F. MORALES PADRÓN

SEVILLA, CANARIAS Y AMÉRICA

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO INSULAR DE GRAN CANARIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

I.—Lengua y literatura.

II.—Bellas Artes.

III.—Geografía e historia.

IV.—Ciencias.

V.—Libros de antaño.

VI.—Varia.

BIBLIOTECA
MANUEL
HERNANDEZ

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

BIBLIOTECA GENERAL
UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
Nº Documento 238.214
Nº Copia 442.372

Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(Comisión de Educación y Cultura)

III

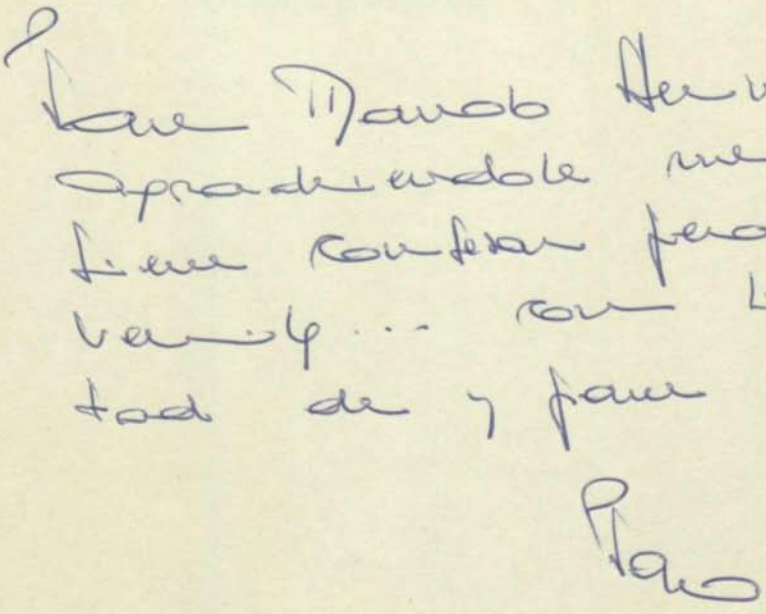
GEOGRAFÍA E HISTORIA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

F. MORALES PADRÓN

SEVILLA, CANARIAS Y AMÉRICA



1970

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

DEPÓSITO LEGAL G. C. 548-1968
Lit. Saavedra - La Naval, 225/227 - Las Palmas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

DEDICATORIA:

En recuerdo de Fernando de Armas, amigo ya ido, con quien compartimos ilusiones de juventud y proyectos de madurez sobre la historia de estas tierras amadas: Sevilla, Canarias y América.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

A MANERA DE PRÓLOGO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

EN agosto de 1485, los Reyes Católicos, estantes en Córdoba, comunican a Juan Guillén, alcalde mayor de Sevilla, que Fernando Guanarteme "por si e en nombre de los canarios e canarias que en esta ciudad están nos fizo relación diziendo que ellos reciben muchos agravios e males de algunas gentes tornándolas a ellos e a sus mugeres e fijos por fuerza para se servir dellos diziendo que no son christianos...". Como vemos, el rey canario Fernando Guanarteme se había alzado como defensor de su "parcialidad", lejana de la patria insular, y protestaba ante los Católicos soberanos contra los atropellos que sufrían sus paisanos y antiguos súbditos.

Los reyes, subrayando que las Justicias no protegían a estos isleños según decía el Guanarteme, por ser "ombres pobres e miserables e non entender su lengua ni ellos la castellana", conminaban a Juan Guillén para que los protegiese.

Podríamos detenernos aquí y hacer una serie de consideraciones sobre estos indígenas —y los futuros

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

indígenas americanos— insertos en una sociedad tensa ante el final de una guerra de siglos, que los considera como esclavos y con la cual todavía no pueden entenderse en el idioma que se está imponiendo. Pero no podemos entretenernos con estas disquisiciones porque el escrito real atrae nuestra atención mucho más, ya que en él se sigue diciendo que no sólo por los agravios que los canarios recibían, sino "quanto allende de lo susodicho nos somos ynformados que ellos no biven como christianos, antes se juntan en las casas que nos mandamos que les fuesen dadas de aposentamiento en esa dicha ciudad e fazer abtos e comunidades e gentilidad que solían fazer antes que viniesen a nuestra santa fee católica...".

Por esto, y por lo otro, los Reyes terminantemente ordenan a Guillén no sólo defenderlos, ampararlos y hacerles justicia, sino quitarles las casas, separarlos y obligarles a tomar señores a los que tengan edad y capacidad... Los viejos y enfermos deberían ingresar en hospitales, monasterios o casas particulares que accediesen a recogerlos, y los matrimonios se podía tolerar que sirviesen juntos con el mismo señor.

Así se dispersaba y desaparecía, sin duda, una raza cuya experiencia esclavista era vieja, pues Zurara en su Crónica de los hechos de Guinea nos habla de lanzaroteños llevados a Madera para cultivar los campos.

Por esos mismos días en que los canarios arrastraban sus dificultades y proseguían, al parecer sin ser totalmente evangelizados, practicando sus antiguos ritos (lo mismo harán los indios americanos), entraba

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en España y se dirigía a Córdoba donde estaban los Reyes Católicos y Fernando Guanarteme, un desconocido llamado Cristóbal Colón. La historia admite suposiciones, máxime si de historia colombina se trata. ¿Quién nos impide pensar que el marino-comerciante genovés conoció entonces al canario Fernando Guanarteme? El mundo canario, prefiguración del americano, se daba cita, en la Córdoba de 1485, con el mundo mediterráneo que hace años viene rondando los archipiélagos atlánticos para doblegar geografías. Una geografía que, inesperadamente y por error, este desconocido genovés ensancha partiendo de Canarias.

El primer acto ha terminado. Hemos de cambiar el escenario y de acción. Y de personajes, aunque la trama se relaciona. Medio siglo más tarde el cura Juan de Chaves bautizaba en la iglesia de San Agustín de Las Palmas de Gran Canaria a un "yndio cacique de nueva españa" a quienes apadrinaban Martín Ponce de León, arcediano de Tenerife, Álvaro de Herrera y su mujer Isabel Serón. Innecesario comentar la escena. América enviaba a Canarias indígenas, como Canarias los había enviado a la Península. Y en Canarias se bautizaba a aquellos indígenas americanos.

Dos documentos, uno guardado en el Archivo del Ayuntamiento sevillano y el otro una partida de bautismo de la Parroquia de San Agustín, nos han servido para sintetizar una historia hermanada y señalar unas vinculaciones entre las geografías de Andalucía, Canarias y América. Relaciones que son más antiguas aún que las que fijan las fechas que hemos citado, pues todo el proceso marinero andaluz cara

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

al África se enlaza siempre con el problema de las Islas Canarias pintadas en los mapas desde 1339. Mapas en los cuales no falta el vaticinio de América en ese cúmulo de islas fantásticas que flotan al oeste de las Canarias: "De Canaria et de Insulis Reliquis ultra Hispaniam in Ocean Noviter Repertis", reza una relación de viajes del siglo XIV.

A partir de 1492 estas interrelaciones se acentúan y estrechan. El mundo presentido al oeste es una realidad. Y las Canarias, conquistadas desde Andalucía y vinculadas a nobles andaluces, no son ya un objetivo o meta, sino una escala. De Andalucía a las Indias de Occidente se va pasando por Canarias. Así durante centurias.

Hoy, a la vuelta de los siglos, cualquiera señala los parentescos y filiaciones canario-andaluzas, y cualquiera sabe que una comprensión de la América hispana tiene su antesala en Canarias. Unidos nosotros a las tres geografías por vivencias, amor y estudios, hemos podido publicar a lo largo de estos últimos años una serie de artículos relacionados entre sí en revistas y periódicos. No queriendo que se perdieran en ese inmenso océano historiográfico de revistas y periódicos que nos inunda, los hemos reunido todos hasta formar un librito dotado de una indudable comunidad: la que brinda una historia que, como un hilo hilvanador, va del Mediterráneo al Atlántico, pasando por Iberia y Canarias hasta llegar a América.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

I

CONQUISTA DE GRAN CANARIA

LA vieja historia de Gran Canaria envejece un año más cada abril atlántico. Ante nuestra consideración, el pasado, el hoy y el mañana. Un proceso cuajado de alegrías y congojas, de glorias y de ejemplos, de anhelos y de esperanzas, digno de examinar con mente continental. Porque así es como hay que ver la historia de esta isla Grande, de todo el archipiélago, si queremos darle dimensiones universales. Aplicándole criterios-archipiélagos o criterios-islas sólo obtendremos eso: islas y archipiélagos o, lo que es lo mismo, pequeñas unidades y divisiones.

Ochocientos años antes de Jesús, las Islas brotan ya en un poeta cuya prosa huele a mar, a yodo: Homero. Las Canarias son para el rapsoda ciego la barrera entre el mundo conocido y los Campos Elíseos; una especie de telón de felicidad. De Homero a Hesiodo, los Campos Elíseos se han convertido en las Islas Afortunadas. Y así, envuelto en el misterio y en la bienaventuranza, el archipiélago va pasando de Estrabón a Plutarco, de Plinio a Juba, de Edrisí a Rábano Mauro, de Petrarca a Bocaccio.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

En la Edad Media, las ideas sobre el archipiélago no son muy claras, como no son muy claras las ideas que Europa tiene del mundo que se extiende más allá del Mediterráneo. El hombre europeo ha vivido casi reducido a la cuenca de este mar, aunque en la Alta Edad Media amplía su horizonte hacia Islandia, que se evangeliza, y hacia Groenlandia y América, a cuyos bordes llegan los vikingos en una acción sin trascendencia histórica. En el siglo XIII, franciscanos y mercaderes tocarán el corazón de Asia y aportarán una más exacta visión del Oriente, pero pese a esto Europa sigue enclaustrada, rodeada de terrores, de enigmas y disfrutando de una serie de ideas geográficas a cual más disparatada. Hacia el norte imagina las tierras frías, las nieblas, la última Tulé. Rumbo a occidente supone el terror del mar tenebroso, los abismos, el mar de hierbas. Hacia el sur cree que se extienden las aguas hirvientes, la zona perusta, la zona tórrida inhabitable, la amplia tierra desértica del Sahara. Camino de Oriente se le opone ya la valla humana y militar de turcos y mongoles. Al comenzar el siglo XIV Europa iniciará la ruptura de este cerco mediante una serie de salidas que irrumpen por el portillo de Gibraltar y que la van a llevar directamente al zaguán de América constituido por los archipiélagos atlánticos.

Lusitanos y castellanos fondean sus barcos casi al unísono en las radas canarias. Ambos pueblos vienen aupados por una constante histórica: la marcha hacia el sur. Un caminar éste que en 1179 comienza a delimitarse geográfica y jurídicamente por el Tratado de Cazorla. Almizra en 1244 y Soria en 1297 son dos tratados más en este acotamiento y marcha histórica

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de los pueblos peninsulares. Precisamente en 1291 ocurrirán sucesos de suma importancia, como son la caída de San Juan de Acre, que hace difícil el contacto de la Cristiandad con Oriente, y la primera expedición de los descubrimientos organizados: la de los hermanos Vivaldi.

Castilla, en su proyección hacia la base del sur peninsular, ha ido aglutinando tierras y situando sus fronteras por obra de Fernando III y de Alfonso X hasta Sevilla, Cádiz y Cartagena. Sus sucesores llevarán estas fronteras hasta Canarias donde la marcha al sur, cortada bruscamente por el pacto de Alcázovas-Toledo (1479-80), se transformará para Castilla en marcha hacia el oeste donde estaban las "otras yslas de Canaria ... por ganar".

Según indicamos, en el año 1291 comienza el ciclo de navegaciones organizadas por el Atlántico. En el principio, glosando al Génesis, fueron los hermanos Vivaldi. Ellos debieron pasar frente a nuestro archipiélago para perderse en el sur misterioso y cálido. Después —1312— otro genovés llamado Lazarotto Malocello situará el banderín de Génova en nuestra fantástica Lanzarote. Un poco más, 1339, y Angelino Dulcert se sienta y traza el perfil de algunas islas Canarias que permanecen ya para siempre flotando en el portulano de los Médicis (1351), en la Carta de los hermanos Pizigani (1367) y en el Atlas del hebreo-mallorquín Abraham Cresques (1375). Sobre las islas Canarias, representadas en estas cartas, figura a veces el escudo de Génova y en torno a ellas se ven navíos tomando el derrotero del sur. Son naves que parecen querer escaparse de estos portulanos que con sus in-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

numerables líneas y rumbos semejan jaulas donde están presos esos barcos ansiosos de huir y alcanzar un mundo presentido. Un mundo que oteará Castilla desde nuestras islas.

Una Castilla que a mediados del siglo XIV participa en la Guerra de los Cien Años, pugnas que, entre otras cosas, servirán para ventilar el poder del mar. La Castilla de Enrique de Trastámara es todo un poder marítimo que, unido al de Aragón en el Mediterráneo, hará de España la primera potencia naval de su época. También lo será económicamente gracias a las industrias árabes, al hierro de Bilbao, a la lana de los carneros introducidos por los musulmanes, a las naranjas, al aceite, a los brocados y a las armas damasquinadas. Esta Castilla, que rivaliza industrialmente con el norte de Italia, Sicilia y Flandes; esta Castilla que cuenta con Escuelas Superiores árabes ya cristianizadas; esta Castilla cuyo desarrollo cultural explica la precocidad de sus instituciones jurídicas, es la que, codo a codo con Portugal, toma el camino de África y de los archipiélagos atlánticos.

Para Castilla serán nuestras islas, que hasta el momento han sido un archipiélago-frontera. Luego serán un archipiélago-objetivo y un archipiélago-camino. Con relación al África fueron frontera, para Europa objetivo y para América camino: los tres continentes que un día se citaron en nuestras islas y que bien pudieron dar a cada uno de los Reyes Magos en esta Natividad de la incorporación de Canarias a Castilla.

En el amanecer del siglo XIV un Papa, graciosamente, ha investido a Luis de España con el señorío de las Canarias (1344). Queda de este modo esta-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

blecido un precedente más del derecho castellano a nuestras islas, derecho que algunos autores remontan a la monarquía visigótica con soberanía sobre Tingitania-Mauritania e islas cercanas. El Papa, en su calidad de *Dominus Orbi*, concede unas tierras infieles a un príncipe cristiano con el fin de que las evangelice, exactamente igual a como hará Alejandro VI, ciento cincuenta años más tarde, con el mundo americano, prolongación de este otro al cual occidente principia a acercarse tímidamente en barcos cuyas velas hinchan vientos mediterráneos.

Desde entonces es la historia la que llega, es el proceso descubridor que viene alargándose desde el Egeo a Syrtes, a Sicilia, al Estrecho, a las islas atlánticas... Es el tiempo-eje, con terminología de Jasper, que ha sonado para estas tierras sobre cuyos habitantes pesa la leyenda, la profecía. Una profecía que comienza a cumplirse. Los que arriban tienen detrás de sí la creencia de que hacia occidente, hacia donde se acuesta el sol, hay tierras de felicidad. Los que están en esas tierras, los indígenas canarios, creían "que Dios (les) puso (allí), e olvidónos —dicen ellos mismos— e dijéronnos, que por la vía de tal parte se nos abriría e mostraría un ojo o luz por donde viésemos, y señalaban hacia España, que por allí habían de ver". Algo semejante escucharán los "Amadises de América" cuando arriben a las playas de las grandes culturas americanas y oigan hablar de la profecía de Quetzalcoalt, de Viracocha y de Bochica.

Dos civilizaciones estaban frente a frente en esta parte del océano. El "Otoño de la Edad Media" contemplaba al neolítico canario. El choque fue inte-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

resante, porque los pueblos europeos medievales estimaban, antes de los grandes descubrimientos, que la mayoría de la raza humana era cristiana. Rodeados como estaban al sur y al este por el Islam, se encontraban totalmente aislados de otros pueblos cuya religión no incluía la adoración a dioses antropomorfos. Pero, de pronto, el contacto con Canarias les situó ante un dilema. El conocimiento de esta y otras sociedades africanas les impresionó vivamente y les obligó a efectuar un cambio en sus creencias. Europa acababa de tropezar en Canarias con un pueblo cuya religión no tenía dioses con forma humana. Era un pueblo éste fuerte y valiente, de gran estatura, de gran inteligencia, alegre, vivo y cortés, indómito. Un pueblo que no conocía la plata, ni el oro, ni las monedas, ni la escritura, ni el comercio por el mar. Un pueblo que no edifica casas, que corre velozmente con sus pies desnudos por tierras fragosas, que se esconde en grutas y cavernas. Posee una virtud natural: es fiel y leal. En los textos de Bocaccio y en los documentos portugueses enviados al Papa, la descripción que se hace del indígena canario reúne estas notas que son como una prefiguración de la idea del "buen salvaje" del siglo XVIII.

El problema de su condición es la gran interrogante del siglo XIV. No sólo surgen los roces jurisdiccionales entre Castilla y Portugal, no sólo se ponen las bases de un derecho, y no sólo se realizan expediciones de estos pueblos, de mallorquines y andaluces, sino que nace el problema espiritual de la esclavitud y evangelización de esta raza que habla dulcemente y que baila como si fueran franceses, según las crónicas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El siguiente siglo, el XV, será el de las soluciones. De 1400 a 1483 tienen lugar los hechos cuyo precipitado final constituirá la incorporación de las Islas a Castilla. Comprende este lapsus citado los años de Juan de Bethencourt, de Enrique el Navegante, de Juan II de Castilla, de los conquistadores Rejón, Algaba y Vera, de los Reyes Católicos en una palabra.

De Juan de Bethencourt a los Reyes Católicos la anexión de las islas corre por cauces particulares. Serán los Católicos Reyes los que hagan de la conquista una empresa estatal comenzando la anexión formal del archipiélago. Pero Juan de Bethencourt marcó el hecho inicial de la expansión ultramarina de Castilla, y fue entonces cuando el archipiélago se incorporó a la Corona de Castilla. Esto se nota claramente cuando en 1434 los portugueses doblan el Cabo Bojador y, por boca del Infante don Enrique, piden a Juan II de Castilla alguna de las Canarias. Al infante le interesaban como base y trampolín para sus exploraciones, pero Juan II contestó que no podía acceder, ya que las islas estaban "incorporadas en la Corona de Castilla y en la sucesión della". Las Canarias, como Granada, eran "reinos y señoríos mayores", eran bienes pertenecientes al patrimonio de los reinos castellanos en virtud de lo dispuesto en las *Partidas* y en virtud de estimarse que las Canarias, pobladas de infieles, formaban parte de la fenecida corona visigótica en unión de Mauritania-Tingitania. Este es el argumento que esgrime Juan II de Castilla al protestar en 1425 y en 1435 a raíz de las expediciones lusitanas del Infante don Enrique. Es el mismo título gótico que se esgrime en 1477 cuando los Reyes Católicos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

quieren justificar la conquista. Y lo mismo que en 1479-80 se dice en Alcázovas-Toledo: que las Islas Canarias "ganadas e por ganar... fincan a los Reynos de Castilla". Las Canarias son desde la primera mitad del XIV bienes públicos, pertenecientes a los reinos de Castilla, incorporadas a ellos, como se comprueba en las cartas de Juan II enviadas al rey de Portugal, en Zurita y en la Bula Sixtina de 1481. Los Reyes Católicos más tarde, en 1487, reincorporarán a Gran Canaria a solicitud de los moradores que le piden prohiban su enajenación.

Nuestras islas, pues, están incorporadas a Castilla antes del reinado de Juan II, sin posibilidad de enajenación. Por eso, cuando Enrique IV concedió derechos a dos nobles portugueses sobre ellas, a los pocos años revocó la merced "reconociendo el agravio y deshonor que hacía a la Corona de Castilla". Por eso tampoco no había tenido vigencia la venta que Maciot de Bethencourt hizo al Infante don Enrique cediendo a las presiones de éste.

Un año después del pacto de Sevilla entre los Reyes Católicos y Diego de Herrera-Inés Peraza, comienza la conquista de la Gran Canaria como empresa nacional impulsada por un móvil civilizador. Móvil que no se omitió antes, pues así lo confiesa *Le Canarien*, aunque no faltaron las tropelías e intereses crematísticos que tampoco ahora estarán ausentes.

Hay en esta anexión de Gran Canaria una primera fase caracterizada por las divergencias entre los conquistadores y por la fundación del Real de las Tres Palmas. De 1480 a 1487 se extiende la segunda fase en la cual se obtiene la rendición de la isla y se efectúa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la reincorporación a Castilla. Aceptemos por buena la fecha tradicional de 1483 para la rendición y veamos en 1487 el remate jurídico de la conquista.

La fecha de 1483 es un hito que por igual pertenece al pueblo invasor que al indígena. Cuando Alonso Jáimez de Sotomayor, el 29 de abril de 1483, proclama la sumisión y anexión de la isla en un acto que luego habría de repetirse al ascender al trono un nuevo soberano, no hace sino proclamar el júbilo de Castilla y de la Gran Canaria cuya población en parte comprende ya el significado de la ceremonia.

No podemos olvidarnos del pueblo indígena en este minuto histórico. La raza indígena está muy presente en el heroísmo de un Doramas o en la mediación de un Fernando Guanarteme que le ha dicho a su pueblo: "Los Reyes de España os prometen entera libertad en caso de que queráis ser pueblo suyo... Yo soy ya cristiano y es necesario que también vosotros lo seáis".

El pueblo indígena, bien es cierto, fue a veces burlado y hay que admitir con el cronista Andrés Bernáldez que si Pedro de Vera no hubiese sacado a los isleños de su isla con engaño, "fuera gran maravilla poderlos sojuzgar".

El pueblo indígena, reconozcámoslo sin la dureza del Dr. Chil o de Millares en algunas páginas, sufrirá injusticias, percibirá la codicia del conquistador, sentirá su pasión y su afán de riquezas, pero también verá realizarse el anhelo real expresado frecuentemente en frases como la de 1480: "en muy poco tiempo se ganará la dicha isla de la Gran Canaria, e serán tomados e convertidos los canarios que en ella están".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El pueblo indígena será vendido como esclavo, pero comprenderá que fueron los hombres, no las leyes, quienes fallaron. Porque al pueblo indígena se le dieron tierras, se le concedieron empleos, se le conservaron sus rangos y preeminencias, y se aprovechó su valor y conocimiento, pues eran "hombres razonables de buenos entendimientos de agudo ingenio", como lo evidencian Doramas, Maninidra y Dara.

El pueblo indígena participó en la anexión de otras islas. El pueblo indígena fue a Castilla y algunos, "toda la parcialidad del rey de Telde", se radicaron en la Puerta de la Carne, de Sevilla. De esa Sevilla que fue escenario de preparativos y de tratos y préstamos para la conquista de las Islas Canarias.

El pueblo indígena, sobre todo, se mezcló con el castellano para originar una nueva raza. La unión del capitán Gonzalo del Castillo con Dácil, la princesa en cuyo rostro lucía, según Viana, "algunas pecas como flores de oro", simboliza el gran milagro de la conquista: el mestizaje, la absorción de un pueblo por otro.

La conquista canaria constituyó una valiosa escuela de aprendizaje para Castilla que llevará a la geografía de América, en mayor escala, toda la experiencia de la Reconquista y de la anexión canaria. Porque las Canarias fueron "el pequeño Ultramar, la modesta América de nuestra Edad Media". La conquista insertó a las islas en la Historia de Occidente, de la Cristiandad, y señaló nuevos rumbos en los cuales yacía un continente cuyo hallazgo daría a la historia insular y castellana dimensiones universales.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La conquista hizo que las Canarias dejaran de estar "tras la puerta" como escribe Las Casas.

La conquista aportó el concepto de unidad, inexistente entonces en el archipiélago y aun dentro de cada isla hartamente fraccionada a veces.

La conquista aportó el concepto de patria nacida aquella mañana de abril de 1483, en que castellanos e indígenas, en una estampa que está pidiendo un monumento en Las Palmas, proclamaron la anexión de Gran Canaria a Castilla.

Alegrémonos, pues, evocando aquella fecha en que nuestra isla Grande enriquecía el patrimonio de Castilla. Castilla articulaba a su trono una colectividad más y daba otro paso —muy importante— en ese amplio sistema de incorporaciones con que iba haciendo su historia. Nada importaban las diferencias raciales que servirán, más bien, para subrayar cuanto hay de específico en el nacimiento de un gran Estado. Nada importaba que tuviesen otra religión y poseyeran una rudimentaria cultura aquellos primitivos canarios. Lo que importaba era la comunidad de anhelos que desde entonces se efectuaría; lo que importaba era vivir juntos, el ir hacia adelante para hacer algo juntos. Y lo primero que ambos pueblos harían juntos sería América, nueva unidad social preexistente, que Castilla incorporaría a continuación en esa inédita y gran estructura que estaba forjando.

Cuando en el XIX suene la hora de la desintegración de las Españas, proceso inverso de la incorporación o totalización, América, por partes, comenzará a dejar de compartir los sentimientos de los demás grupos, en tanto que Canarias seguirá fiel a todo, a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Castilla, como cada año por abril proclama la Gran Canaria.

Pero lo decisivo para nuestra existencia no es el pretérito, el ayer, sino el mañana. Como ha dicho Ortega, los pueblos se forman y viven de tener un programa para el mañana. Esto fue lo que de inmediato hicieron aquellos hombres que en abril de 1483 proclamaron la anexión y fidelidad a Castilla: montar un programa para el futuro en que intervenían canarios españolizados y castellanos isleñizados. Y eso es lo que siempre hemos de hacer nosotros: tener prestos un programa para el futuro.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

II

GRAN CANARIA Y SEVILLA

DESDE la incertidumbre de Homero, en el fondo de la historia occidental, arranca la historia de nuestras islas cuyo origen, más viejo aún, se viene discutiendo de siempre como ya en el siglo XVI reconocía Abreu Galindo al escribir: "Dudoso y controverso fue entre los filósofos antiguos y modernos, si las islas fueron todas mostradas en el tercero día de la creación que congregó Dios las aguas y descubrió la tierra..." Fijemos —¿por qué no?— poéticamente esta fecha de partida bautismal insular y admitamos con el mismo Abreu que Dios dio vida a todas las islas del globo "para más hermosura del mundo y conveniencia del género humano".

Esto, una mezcla de leyenda y realidad, ha sido y sigue siendo nuestra historia que vamos a reconsiderar a través de un simple esquema: en nuestra historia hay una etapa mediterránea y otra atlántica que, a su vez, nos ofrece una dimensión europea y otra americana.

Como indicábamos, desde Homero hasta 1400 las Islas Canarias viven la etapa mediterránea de su his-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

toria. La literatura clásica se hace eco de ellas, como Afortunadas, Bienaventuradas o Hespérides, y su cultura, como ha demostrado Serra Ráfols, brinda múltiples paralelismos con manifestaciones similares a las del Mediterráneo. Los vasos troncocónicos de asa cuadrada y decoración a base de dientes de león se parecen a los de Cerdeña; los vasos para ordeñar llamados "tabajostes" de Fuerteventura recuerdan a los de Chipre; las inscripciones canarias en espiral evocan a las de Creta; las cuentas de collar de Tenerife son iguales a las de Egipto; las pintaderas de Gran Canaria son como los "igudar" beréberes; la lucha canaria y la momificación tienen similitudes en Egipto; etc. Restos de ánforas mediterráneas encontradas en las aguas de nuestras islas evidencian también contactos y relaciones.

Olvidadas un tanto las Islas en la Alta Edad Media, vuelven a ser redescubiertas en 1291 y 1312 por los Vivaldi y Malocello que, sin duda, debió zarpar de Sevilla-Cádiz, si nos atenemos a los informes del *Libro del Conoscimiento...* redactado por un fraile sevillano contemporáneo del viaje que debió recibir informes de los genoveses situados en la ciudad de San Fernando. Desde este rey, precisamente, residían allí mercaderes de tal nacionalidad; que actuarán como agentes de unión o comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico. A partir de entonces las Canarias entran de nuevo en la curiosidad de marinos y comerciantes del Mediterráneo occidental. A mallorquines, catalanes y genoveses, curiosos y mercaderes, todos del siglo XIV, suceden vizcaínos y andaluces, mercaderes y curiosos de fines de la centuria. En 1382,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

el navío del sevillano Francisco López, que iba de Sanlúcar a Galicia, fue arrojado sobre Gran Canaria, donde los indígenas del Guiniguada socorrieron a trece supervivientes con miel, carne asada y harina de cebada tostada. Es este arribo forzoso como una primera prefiguración de la historia del "piloto desconocido" que viajando de Andalucía a Canarias o al Norte de Europa fue llevado a las costas de América.

En 1385, vecinos de Sevilla y vizcaínos salen de Cádiz para Canarias; cinco años más tarde Enrique III de Castilla concede la conquista de Canarias a Hernán Peraza, Caballero veinticuatro de Sevilla, puesto que las Islas se considera que forman parte de la fenecida corona visigótica en unión de Mauritania-Tingitania. En 1391 la nave *Santa Ana* —significativo y premonitorio nombre— sale de Sevilla rumbo a Fuerteventura y Guinea, armada por dos genoveses y por el sevillano Juan González. En 1393, Alvaro Becerra realiza la expedición sevillana organizada por Pérez Martel. Y es que la fama de las Islas corre, y de tal manera crece el interés por ellas, que las expediciones eran de seguro normales al alborear el siglo XV.

Es entonces cuando el historial canario se engarza definitivamente al mundo atlántico-europeo gracias al normando Juan de Bethencourt. A partir de entonces cesan en parte las relaciones de las Islas con el Mediterráneo y se refuerzan las relaciones con la Europa occidental y, para nuestro caso, con Sevilla. Sin olvidar al Mediterráneo —caña de azúcar y malvasía—, el Archipiélago se coloniza por hombres de Hispania, en especial de Andalucía, que prolongan la Reconquista y aportan métodos, instituciones y sistemas que luego

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se llevarán a América. He aquí los dos rumbos de la historia moderna insular: Europa y América. Ellas —las Islas— sirven de enlace y paso de una cultura a otra, de un continente a otro.

Hoy, ahora, lo que deseamos subrayar es la presencia de Sevilla en ese lapsus de la historia moderna canaria que se llamó la Conquista. Relación que ha comenzado a finales del siglo XIV y que se acentúa y prosigue cuando a principios del XV Juan de Bethencourt, que ha recibido amplia confirmación de mercedes, se hace llamar Rey de Canarias en Sevilla donde prepara una armada para continuar su empresa conquistadora. Desde entonces, sin duda, en las famosas Gradas sevillanas se pregonaron los asuntos canarios, y en sus notarías se redactaron documentos sobre la empresa insular. En próximas centurias serán las imprentas sevillanas las que editen algunas de las obras fundamentales de la historiografía canaria, como la de Alonso de Espinosa (*Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, 1594) y Antonio de Viana (*Antigüedades de las Islas Afortunadas y Conquista de Tenerife*, 1604).

A ruegos de Bethencourt da Benedicto XIII, como primer obispo de San Marcial del Rubicón, al franciscano y sevillano fray Alberto de las Casas (1407), antecesor del otro Las Casas y defensor del indígena canario, como también lo será el sevillano y primer obispo de Gran Canaria Juan de Frías, llegado ochenta años más tarde (1488).

No creo que convenga hacer aquí la historia de nuestra isla en el siglo XV. Es una historia la del XV de sorpresas y dolores —desde el mundo indígena— y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de guerra e intereses —desde el mundo europeo—. El Archipiélago está cerca y lejos. A él no llega el rumor de los talleres y bibliotecas donde Filippo Lippi, Piero de la Francesca, Donatello, Bruneleschi, François Villon, Mantegna, Verrochio, Memling, Van der Weyden, Regiomontano, Signorelli, Bramante, Boticelli, Ghirlandajo, Leonardo, Pinturichio, Benozzo Gozzoli y tantos otros trabajan y piensan. Hay un tremendo contraste entre la Europa de estos hombres —pensemos, por ejemplo, en Florencia o Sevilla—, y el neolítico de nuestras islas hasta donde llegará esta marea occidental.

Los monarcas que se suceden de Enrique III a los Reyes Católicos, pasando por Juan II y Enrique IV, llenan esta centuria que Juan de Bethencourt primero y luego los andaluces o sevillanos Conde de Niebla, Pedro Barba, Hernán Peraza, Guillén de las Casas, Jofre Tenorio, Guillén Peraza, Diego de Herrera, Deán Bermúdez, Pedro de Algaba, Pedro de Vera y Juan de Frías, cubren de hechos y acciones como un retablo flamenco de entonces.

El Conde de Niebla ha comprado a Maciot Bethencourt, sobrino de Juan de Bethencourt, los derechos a las Canarias heredados de su tío, y envía a las Islas a Pedro Barba de Campos, Caballero veinticuatro y "uno de los principales de Sevilla más valientes y gran justador". También Guillén Peraza, casado con Inés, hija de Guillén de las Casas, Alcalde Mayor y Caballero veinticuatro de Sevilla, quiere el señorío de las Islas esgrimiendo la merced hecha por Enrique III a su padre en 1390. Pero es el Conde de Niebla quien se queda con ellas en 1418, aunque nueve años más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tarde se las venda a Guillén de las Casas, miembro de una "de las mayores y mejores y ricas casas que había en Sevilla, y de grande y antiguos caballeros conquistadores de aquella ciudad". El sevillano Guillén de las Casas va a Canarias y nombra, entre otros cargos, como Gobernador de Gomera a otro sevillano llamado nada menos que Jofre Tenorio. La Edad Media no está muy lejos aún; Canarias la está reviviendo por completo como lo hará América más tarde. Y con tantas otras cosas arriba el romancero al Archipiélago:

Llorad las damas:
Así Dios os vala.
Guillén Peraza
quedó en La Palma,
la flor marchita
de la su cara.
No eres palma,
eres retama,
eres ciprés
de triste rama...

cantó el anónimo juglar al morir en La Palma el joven sevillano Guillén Peraza, nieto y heredero de Guillén de las Casas e hijo de Hernán Peraza. Pero la línea no se trunca, y como contestando a las endechas anónimas:

¿Do está tu escudo?
¿Do está tu lanza?

marcha a Canarias Diego de Herrera, Caballero veinti-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cuatro de Sevilla, "preciado por su valor, linaje y prudencia (y) gran justador", casado con la heredera del señorío, Inés, hermana de Guillén Peraza y mujer que "era en Sevilla muy notada por su hermosura, riqueza y linaje". Su esposo, un día de 1444 y con 27 años, zarpa para Canarias llevando "muchos fidalgos nobles, dueñas y doncellas, para que se heredasen en las Islas, y para conquistar las demás que estaban por ganar". Cabreras, Martel, Negrín, Venegas, León, Placer, Padilla, Navarrete, Machín, Vera, Gallegos, Camacho, Miabal, Palenzuela, frailes y tantos otros vinieron entonces.

De 1444 a 1474 nacerán los hombres que en relación con la historia de América hemos llamado generación isabelina o colombina, es decir, la de los descubridores. Colón será una de ellos, el que dará un vuelco total a la Historia y a la Geografía. Porque Colón nace en 1451, casi al mismo tiempo que Gutenberg abre una imprenta, dispuesto a darle también otro vuelco a la cultura con sus libros impresos, esos "libros de estampa" que el marino genovés venderá para subsistir en España.

El 12 de agosto de 1461 Diego de Herrera, en el puerto de Las Isletas, toma posesión de la Gran Canaria en presencia de los Guanartemes de Gáldar y Telde. Fácil imaginar la escena, llena de formulismo, incomprensible sin duda para los indígenas. Tan incomprensible, que no recordarán semejante toma de posesión en años próximos y combatirán hasta sucumbir defendiendo sus tierras.

El Infante don Enrique de Portugal ha muerto un año antes sin poder hacerse con las Canarias, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

fue su deseo. Los cuarenta años que restan de siglo van a ser decisivos en la historia insular y mundial. Si la muerte del Infante marca un hito, el advenimiento de los Reyes Católicos implica también trascendentales cambios. La cultura alcanza entonces cima de expresión y como refuerzo nacen por esos años Durero, Miguel Ángel, Tiziano, Rafael... También nacerán a partir de 1474 los que hemos llamado generación de la Conquista: Las Casas, Almagro, Pizarro, Balboa, Cortés, Alvarado, Belálcazar... etc. La Guerra Peninsular de 1475 a 1479, que fija el comienzo del reinado de los Católicos Reyes, así como la firma en 1479-80 del Tratado de Alcázovas-Toledo, delimita y concreta el destino de las Canarias, ya que su condición de españolas se consolida y el interés de la corona, interés estatal, se fija en ellas y aparta el empeño particular de la empresa canaria.

La Reina Isabel encomienda al Prior de Prado fray Hernando de Talavera y a otros miembros de su Consejo que dictaminen sobre el "negocio de las Islas Canarias". El Consejo opinó que la Corona podía conquistar las islas no dominadas e indemnizar a los Herrera-Peraza. Esta consulta y dictamen interesa doblemente: a) como antecedente del Consejo que la misma reina ordenará formar también a fray Hernando de Talavera para estudiar la propuesta colombina, y b) como exponente del deseo estatal de convertir a las Islas de Gran Canaria, La Palma y Tenerife en posesiones realengas, sin que sobre ellas se dejase sentir la autoridad de los particulares. Esta política explica la reacción o repulsa que los Reyes sentirán más tarde ante las pretensiones colombinas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Cuando Diego de Herrera va a la Península los Reyes deciden poner bajo su amparo la conquista de las tres islas que faltan por domeñar, para lo cual compran por cinco millones de maravedises los derechos que sobre ellas tenían los Herrera. La conquista de Gran Canaria será una empresa estatal, con inversiones económicas del Estado.

Dos Comisionados Regios, Diego de Merlo, Asistente de Sevilla, y el cronista Alonso de Palencia, sitos en la ciudad del Guadalquivir, quedan encargados de controlar la empresa. Anotemos, antes de continuar, que estos comisionados son el antecedente de Juan Rodríguez de Fonseca, representante especial de la Corona para los asuntos indianos en los años iniciales y que uno de ellos, Palencia, como Colón, será enterrado en el Monasterio cartujo de las Cueva, junto a Sevilla en 1492. La empresa grancanaria se pone en manos de Juan Rejón, de origen leonés, a quien los reyes encomiendan someter la gente feroz y belicosa de las tres islas; belicosos sobre todo los de Gran Canaria, cuyos naturales "siempre fueron más diestros y valientes en la guerra y más bien armados que los demás de las otras islas"; "por lo cual mereció alcanzar el nombre de grande", según Abreu Galindo. Juan Rejón "requirió" a los indígenas, como luego se hará en América, y apresó al caudillo Adargoma, que envió a Sevilla. Pero su comportamiento no mereció el visto bueno de su compañero el Deán Juan Bermúdez, originario de Niebla, que, con sus quejas, logró que Pedro de Algaba, otro Caballero veinticuatro de Sevilla aunque procedente de Aragón, sustituyera a Rejón. Rejón y Algaba habían llegado a Sevilla enviados por los Reyes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

para establecer la Santa Hermandad. Algaba, primer gobernador de Gran Canaria, llegó a ella en 1478. La historia se va complicando y ofrece remembranzas de conquista indiana: requerimiento, comisarios, comunión con una misma hostia, acusaciones del clero a los conquistadores, maltrato al indígena, discordia entre los conquistadores...

Algaba apresa a Rejón y lo remite a Sevilla. Rejón se justifica ante los Comisarios Regios y retorna con el primer obispo de Rubicón-Canarias, Don Juan de Frías, otro sevillano (1480). Regresa Rejón a Sevilla, comunica que la conquista se hace difícil y vuelve a Las Palmas para matar a Pedro de Algaba. Ante tal panorama, negativo y sangriento, los Reyes Católicos designan un nuevo capitán conquistador, el jerezano Pedro de Vera, abuelo del famoso andarín, y adelantado rioplatense, Alvar Núñez Cabeza de Vaca. La historia canaria se entrelaza, una vez más, con hilos sutiles, con la historia americana.

La *Crónica* de Pulgar recoge los trámites de la paz que entonces se acuerda en Alcázovas-Toledo, y por la cual se reconoce a Castilla la posesión de las Islas Canarias "e todas las otras islas de Canaria ganadas e por ganar" ¿Se refieren a las nuestras? ¿Se abre la posibilidad de otras tierras hacia el oeste cuyo rumbo no se cita? El destino de las Islas queda sellado internacionalmente, también queda particularmente el de Gran Canaria. Porque en la media docena de años que faltan para alcanzar la fecha de 1487 su historia se precipita y adquiere un veloz ritmo. Sobrecoge examinar la historia con la perspectiva que dan los años. Casi al mismo tiempo que concluye la conquista de Gran

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Canaria, entra Colón en Castilla y Bartolomé Díaz dobla el Cabo de Buena Esperanza. Es decir, se abre la ruta a la India anhelada y los lusitanos olvidan por el momento el rumbo oeste, Colón llega a Castilla con su plan casi esbozado y en Canarias se realizan unos ensayos conquistadores-colonizadores que pasarán a América. Estos años densos y apretados de historia son, en Gran Canaria, los años de la rendición indígena y de la incorporación; son los años de Pedro de Vera, Doramas, Fernando de Guanarteme y el Obispo Frías.

Como bien sabemos, la rendición tuvo lugar el 29 de abril de 1483, día de San Pedro Mártir. "Quieta y sosegada" la isla, salieron muchas tropas de ella y vinieron a poblarla gente del Condado de Niebla y de otras partes. No fueron éstos los que trajeron la advocación de la Virgen del Pino, que en Niebla aparece a finales del XVI. La talla canaria debe ser de finales del XV, cuando se hace el retablo de la catedral de Sevilla y tiene gran semejanza con la Virgen de los Remedios de Villarrasa y Santa María de la Luz, entre Lucena y Moguer. Organizada la vida insular, cuya vida religiosa gira en torno a Santa Ana traída por Rejón tal vez de la Santa Ana trianera, centro de la vida religiosa de los marineros sevillanos de entonces, el Obispo Frías trasladó el Obispado a Las Palmas en 1485. Dos años después la isla se incorporó a la Corona de Castilla y más tarde recibió su escudo donde la botánica, la zoología y la guerra —palmas, leones, perros, castillos y espadas— se agrupan para originar una heráldica mestiza. Como mestizo fue el nuevo pueblo nacido a partir de entonces, hijo de unos y otros. Esta unidad es la que hay que mantener siempre,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en todo el quehacer de la vida isleña. Porque unión significa fuerza. Pesa demasiado espiritualmente nuestra estructura de islas, de archipiélago. Ello lleva consigo debilidad; la debilidad del pueblo indígena, dividido e ignorándose unos a otros. Pero desde 1483 por lo que a Gran Canaria se refiere, se impone la unidad, el pueblo único.

Cuatro hombres que expresan cuatro actitudes, necesarias de valorar con la mentalidad de entonces y no con criterios actuales, personifican al nuevo pueblo: Vera, el castellano-andaluz, duro, dispuesto a concluir una empresa que se prolonga demasiado; Doramas, el indígena, defendiendo la tierra que le es querida con la misma intransigencia; Fernando Guanarteme, el ex rey, intentando conciliar ambas posturas; y el Obispo Frías, valla de los conquistadores y defensa de los indígenas, símbolo de la nueva cultura. De ellos, sólo Doramas se quedó en la isla que amaba; los otros encontraron su tumba fuera de ella.

Cuando entre 1481 y 1483 se capturó al Guanarteme de Gáldar, luego llamado Fernando Guanarteme, fue enviado a Castilla con el receptor de los quintos reales Miguel de Moxica. Es lo mismo que debió hacer Pizarro con Atahualpa, pues la persona de los reyes indígenas pertenecía a los soberanos. Moxica expresó a los reyes que Vera tenía necesidad de gentes y los reyes ordenaron al Asistente de Sevilla, Diego de Merlo, la formación de dos compañías de jinetes y una de ballesteros que fueron decisivas en las operaciones finales.*

---

* Se sostiene que en 1481 fue apresado un guanarteme anónimo que viajó a la Península; en 1482 se capturó a la mujer del guanarteme

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Don Fernando Guanarteme regresó con estas tropas; fue a Gáldar y a la Cumbre de Gran Canaria y pintó a sus compatriotas un panorama de lo que era la corte de los soberanos católicos y la conveniencia de someterse. Algunos aceptaron; otros se negaron arguyendo los malos tratos que Vera les dispensaba. Como aquellos otros indígenas americanos que no querían convertirse e ir al cielo para no encontrarse allí a los españoles, así estos otros tampoco deseaban cristianizarse y someterse. Hechos fuertes en Bentayga, Ajodar y Fataga, resisten bajo el mando de Tajarte. Pero es inútil oponer el neolítico a la modernidad que se expresa en arcabuces y falconetes. Ansite, y su holocausto de tragedia griega o romántica, fija el final del heroísmo y resistencia indígena que Adargoma, Doramas, Tajarte, Atindana, Maninidra, Artemi, Neredan y otros personificaron. Y no por ello, por la rendición, la isla dejó de ser grande. Porque, como muy bien decía Abreu Galindo en su historia, Juan de Bethencourt dio "a esta isla el epíteto nombre de *Grande*, que le dura hasta hoy y le durará" siempre.

de Gáldar (Don Fernando), que Miguel Moxica o Mújica llevó a Castilla; y que el 12 de febrero de 1483 se apresó a Don Fernando Guanarteme, bautizado en Madrid por el Cardenal Mendoza y regresado a Gran Canaria en agosto del mismo año. El problema cronológico arranca de Pulgar, quien se refiere a dos guanartemes y dos rendiciones. Vid el estudio de Miguel Santiago en la *Historia de Don Pedro Agustín del Castillo.*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

III

COLÓN EN CANARIAS

COLÓN, como otros personajes de la Historia, es casi un caso de inflación historiográfica. Su persona y acciones resultan ideal para toda clase de literatura, y apenas hay pluma dentro del americanismo que no haya hecho sus pinitos colombinos. Y aún fuera del americanismo. Repito: el personaje y su problemática se prestan a ello. Recuerdo yo oírle a mi querido maestro el Dr. Serra Ráfols que también, y en tono de broma, se sentó una vez y escribió un artículo demostrando que el visionario genovés era gitano. La poca documentación que sobre su figura existe y los puntos en sombra en torno a ella favorecen esta literatura de suposiciones. Miles de aspectos en torno a ella se han estudiado a base de hipótesis, de gratuitas suposiciones más o menos lógicas. Hay toda una nómina de problemas colombinos, pendientes de una solución seria.

En el americanismo, la presencia de Colón en Las Palmas no entra dentro de los interesantes temas pendientes de solución. Éste, más bien, es un asunto que tiene planteado la historiografía canaria que, estimo, le ha dado demasiada importancia al hecho. La

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

verdad es que da lo mismo que Colón fondease en Gando que en Las Palmas o Las Isletas. Lo cierto y fundamental es que estuvo en Canarias —en Gran Canaria y Gomera— y que allí recibió alientos, ideas, noticias y bastimentos. Y, quizá, algún tripulante, como Alice Gould ha llegado a sospechar.

El hecho de que la flotilla descubridora arribe al Archipiélago no es, por supuesto, fruto de la casualidad. Y esto no lo afirmamos por lo que Colón escribe en el prólogo de su *Diario* de a bordo, ya que éste —prólogo— parece haberse escrito tras el descubrimiento. Lo afirmamos por unas normales conclusiones lógicas. Colón sabe que las Canarias constituyen la posesión territorial más sureña de la corona castellana; natural entonces que vaya a ella para repostarse antes de recorrer el trozo desconocido de la esfera que le iba a situar, sin quererlo, en un mundo nuevo. Comisionado por Castilla, arranca de tierras castellanas que están en el mismo paralelo de latitud que las tierras que busca y donde sabe que los vientos se muestran en dirección Este. No es, pues, ocasional su arribada al Archipiélago.

Las fuentes coetáneas para un conocimiento del primer viaje son cinco por ahora: el extracto del *Diario* y los relatos de Las Casas, Hernando Colón, Gonzalo Fernández de Oviedo y Pedro Mártir de Anglería. En ellos está todo lo que podemos saber y de ellos —Las Casas— parte la duda sobre la permanencia del primer Almirante en Gando o Las Palmas durante el primer viaje. Para una total aclaración del hecho hemos de poner nuestras esperanzas en la documentación. El análisis de los *Pleitos Colombinos* y la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

investigación del material guardado en Simancas, creo que podrán arrojar algún día más luz sobre este asunto. Mientras, las fuentes mencionadas son las únicas, y de ellas sólo Las Casas cita a Gando. Notemos, en primer lugar, que el sumario o extracto está hecho en Santo Domingo y que la Historia lascasiana se redacta muchos años más tarde en la Península. En el Sumario no figura Gando, en la Historia sí. Las Casas trabajó sobre una copia del *Diario,* pues el original debió ser entregado a los Reyes en Barcelona. La copia devuelta por los Reyes fue la usada por Las Casas y por Hernando Colón. Las Casas amplía o extracta el Diario, siendo escueto muchas veces en lo que Colón había sido pesado y prolijo. Hemos de lamentar al tratar de Canarias haya optado por darle tono de agenda al *Diario* y estamos en libertad para suponer que pudo ser error de copista o añadido de Casas el topónimo Gando. La ignorancia lascasiana del conjunto insular parece evidente, y así como en otros pasajes de su Historia, y refiriéndose a otros lugares, confunde topónimos, nada de extraño tiene esta otra confusión. No es éste un error garrafal.

Ignoro si se han resaltado suficientemente las condiciones marineras del desplazamiento colombino interinsular. En este sentido diversos autores, y Morison uno de ellos, indican que la ruta de los barcos se efectuó entre el norte de Gran Canaria y el sur de Tenerife tal, creo, como se hace hoy día. Si las naves procedían de Lanzarote, ¿no resulta más natural el arribo de Pinzón a Las Palmas que a Gando? Morison, hombre de mar que efectuó el viaje en similares condiciones que Colón, escribe tajantemente *Las Palmas*. Si Colón, que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se ha ido a La Gomera, luego viniendo de ésta en busca de Pinzón cuya situación exacta ignora, navega de nuevo entre el sur de Tenerife y el norte de Gran Canaria ¿no es náuticamente natural que fondee en Las Palmas o en la rada de las Isletas tras doblar éstas?

Si hubiera fondeado en Las Isletas, y no en Las Palmas, hemos de imaginar que llegó hasta el Real por las razones que seguidamente exponemos. Y si fondeó en Gando, hemos también de pensar que, estando a veinte kilómetros de costa del Real, no fuera hasta éste por las razones que siguen.

Primero, porque Colón llegaba a las Islas no como un "Cristophorus Colonus quidam", según escribió Anglería, ni como un simple capitán de tres carabelas, sino como un enviado de los Reyes de Castilla y Aragón. Afirmar lo primero o ignorar lo segundo significa desconocer los papeles que se extienden el 30 de abril en Santa Fe, mucho más interesantes que las Capitulaciones. Colón arribaba con nombramientos, cartas y pasaportes reales.

Segundo: Colón iría a Las Palmas para ver y recibir apoyos o noticias de sus compatriotas. Más de uno debía estar ya radicado en el Real de las Tres Palmas (que así vemos llamar a la ciudad del Guiniguada en un documento que consultamos en Simancas). En Simancas mismo hemos leído la confirmación de compra de unas casas en Gran Canaria al genovés Bautista Riberol; se le hace igualmente merced para poder ser vecino de la isla. Esto ocurría en 1488, por lo cual nada extraño resulta que este Riberol y otros compatriotas más estuviesen en Gran Canaria, en Las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Palmas, concretamente, y Colón desease verlos en 1492.

Tercero: del 25 de agosto al 2 de septiembre estuvo Colón en Gran Canaria. De esa semana fue domingo el día 26 de agosto. Si estaba fondeado en Las Isletas, forzosamente fue hasta el Guiniguada para cumplir con el precepto de la misa, pues sabido es que no había a bordo ningún sacerdote.

Al puerto de Las Palmas debió volver luego en el segundo y en el cuarto viajes. Vuelve, no sólo porque navega con mayor flota, que exige amplia rada, sino tal vez porque ya conocía de antes aquellos puertos cuyas condiciones y capacidad industrial naviera había probado.

Como vemos, en nuestra prosa se han deslizado muchos "tal vez" y "quizá", pero ello se debe, repetimos, a que sólo entre conjeturas hemos de navegar por ahora. No así en una segunda parte de este capítulo.

De Las Palmas y de San Sebastián de la Gomera zarpa Colón llevando a bordo todo un instrumental colonizador en los viajes posteriores que en parte embarca en las islas. Éstas, según estudió Torres Campos y apuntó Merriman, fueron el antecedente básico de la colonización americana. Al socaire de este trasiego colonizador, de Canarias salieron para América, caña de azúcar, vid, plátanos, cerdos, camellos, colonos, soldados y técnicos agrícolas. Esta consecuencia posterior a la estancia del Almirante por vez primera en Canarias en su ruta a Indias, es lo más interesante de las relaciones Canarias, Colón y América.

La caña de azúcar embarca en Canarias en el se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

gundo viaje colombino y se planta en la isla Española con franco éxito, pues Colón en el Memorial del 30 de enero de 1494 dice a los Reyes que "según unas poquitas que se pusieron han prendido".[1] No hay, pues, que "suponer" que Colón lleva la caña de azúcar. La lleva y de Canarias. Y tampoco hay que esperar a 1569 para ver en Indias los primeros técnicos canarios; ya en 1519 se ordena que pasen los primeros.[2]

La vid pudo embarcarse también en Andalucía, pero sabemos que la vid arribada al Perú se lleva de Canarias y ello ha servido de tema para una leyenda de Ricardo Palma.[3]

Los plátanos —dice Fernández de Oviedo— se los llevaron de Gran Canaria donde él los vio en 1520. En ese año iba el cronista camino del Darién, permaneciendo sólo ocho días en la isla Española al pasar. La prosa de Oviedo es tan perfecta y clara en este párrafo', que suponer que se refiere al convento de San Francisco de Santo Domingo nos parece forzar la argumentación. Precisamente Santo Domingo ha sido citada catorce renglones más arriba; si se refiriese al convento de esa ciudad hubiera vuelto a mencionarla, tal como hace con Gran Canaria que la había mentado antes como se ve del contexto transcrito.

Los cerdos y los camellos cruzaron la plancha de los barcos en nuestras islas atlánticas. Y no nos resulte exagerada la afirmación lascasiana que de los cerdos importados de Canarias se han reproducido todos los que había en América en su época. Ya sabemos la facilidad procreadora de este animal y también conocemos las condiciones del "habitat" antillano que favoreció su reproducción de tal manera que constituyó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

más tarde una plaga salvaje, base alimenticia, por desgracia, de los bucaneros que aprovechaban sus carnes y las del ganado vacuno.

Los camellos embarcan igualmente, sin que haya tenido gran éxito su cría en las Antillas. Pero este fracaso antillano no fue el único. También al Perú se llevan camellos canarios, pues el Padre Acosta nos cuenta que "camellos algunos, aunque pocos, vi en el Perú llevados de las Canarias y multiplicados allá, pero cortamente".

Y nada digamos, finalmente, del aporte humano. Nuestras Islas, a través de Colón, fueron ligadas al Nuevo Mundo, cuya aparición cambió bastante la fisonomía insular. Las Islas comenzaron a mirar hacia América y a proyectarse hacia ellas estableciéndose una simbiosis decisiva. Para siempre Canarias quedó vinculada a la Geografía de América que trajo a la mente de Occidente "el hombre de la capa raída y pobre", el "fabuloso soñador", como le llamó Oviedo, que vivió y soñó en nuestra isla de Gran Canaria y en nuestra isla de la Gomera.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

IV

EL RETORNO DE LAS CARABELAS

ACLAREMOS, de entrada, que las carabelas eran dos. La "Santa María", la que se quedó en América, era una nao. Atraídos por la fecha de la salida de los barcos —cuatro de agosto— o del arribo a América —madrugada del 11 al 12 de octubre— solemos olvidarnos de la fecha del retorno. Y la verdad es que, para mí, este momento es el más interesante. Porque lo crucial, lo heroico, del viaje colombino radica no en el viaje de ida, y menos, por supuesto, en la llegada, sino en el regreso. Ir debieron hacerlo muchos involuntaria o voluntariamente antes de Colón. Pero no regresaron. Ahí está el mérito del visionario voluntarioso italiano. Como el demérito está en haberle restado grandeza a su acción al empeñarse hasta la muerte que lo hallado no era un nuevo mundo. Pero volvamos con él de América, que él piensa es la India Gangética.

Cuando Cristóbal Colón, el primer Almirante de la Mar Oceana, cruzó la barra de Saltés, en Huelva, el 15 de marzo de 1493 lo hacía a bordo de un auténtico barco-exposición. El primero que envió América

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

a Europa. El marino genovés había descubierto América, que él denominó *Indias* creyendo asiáticas las tierras halladas, y retornaba ahora lleno de euforia con su pequeño barco —"La Niña"— cargado de objetos, animales y hombres extraños. Como si fuera una comparsa circense, Colón se dirigió de Palos a Barcelona donde estaban los Reyes Católicos, mostrando por el filo de los caminos de España a sus cobrizos indios, sus verdes papagayos y sus doradas carátulas de metal. El asombro cundía en todas las direcciones. De ciudad en ciudad y de aldea en aldea se iba extendiendo la nueva como un viento que cosiera a todas las torres peninsulares.

Con Colón y su estupenda noticia, había arribado al Viejo Mundo la marea del Nuevo, que iba a transformar a todo el ser europeo. Porque el encuentro con América aumentaba el panorama del pensamiento, brindaba una desconocida geografía para la expansión, ofrecía una humanidad virgen e infiel, y regalaba abundantemente una serie de productos extraños. Es verdad que Colón no había visto la codiciada pimienta, tan usada en la época para condimentar los alimentos y para conservar las carnes cuando escaseaban los forrajes, pero, en cambio, el iluso Almirante traía otras cosas insospechadas.

Una carta de Cristóbal Colón, narrando el descubrimiento, multiplicóse en impresiones y llevó a todos los rincones de Europa la buena nueva. Los hombres se quitaban de las manos la famosa epístola que, en elegante latín, los impresores titularon *De Insulis Inventis*. Fue el *best-seller* del momento, y Colón el autor de moda.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

En Roma un Papa magnánimo, para algo era español, concedió graciosamente a España —a Castilla— la conquista y evangelización de las tierras descubiertas y por descubrir. Su Santidad Alejandro VI firmó y refirmó, dató y antedató, las campanudas Bulas que otorgaban a España lo que hasta entonces había sido patrimonio de los indios americanos. Para algo el Papa tenía, según Enrique de Susa, Obispo de Ostia, poder espiritual y temporal como heredero de Cristo. Y los españoles, que como el Papa mismo y como los Católicos Reyes no creían en tal poder temporal, se dispusieron alegremente y audazmente a anexionar lo que don Cristóbal Colón había vislumbrado. Decimos que los españoles no creían en la autoridad papal para disponer de tierras extrañas porque dentro de poco los vamos a ver discutiendo tal potestad. Pero por lo pronto lo que interesaba era que las tierras indianas fueran *res nullius*, de nadie, y recordar que anteriormente se habían usado ese sistema de concesiones papales. Sistema que convenía volver a poner en marcha para asegurarse el poder de lo hallado y evitar que Portugal pretendiese poner pie en aquellas zonas.

Así los españoles, respaldados por la Bula de donación, salieron disparados hacia el Caribe en minúsculas carabelas que hasta el momento habían estado amarradas al litoral de Huelva o de Cádiz. Fue como una locura, propia del minuto renacentista que estaba sonando. Los lusitanos no pudieron contenerse, se saltaron las Bulas, y metieron el hombro hasta lograr en Tordesillas una tajada del botín. La tajada, agrandada cuando los españoles se descuidaban, se llamó el Brasil.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Después de Colón todo el mundo quiso marchar a las Indias de Occidente, o al Nuevo Mundo. Aún no se llamaban *América* las tierras encontradas. Las gentes, el pueblo y los leguleyos la denominaban Indias, y Pedro Mártir de Anglería las bautizó *Nuevo Mundo*. Tenía que hacerlo así porque era un pulcro latinista milanés anclado en la Corte de Castilla que enviaba a su patria cartas contando lo que pasaba allende el Atlántico. Pedro Mártir era una especie de periodista, que entrevistaba a los marinos, que preguntaba, y que luego enviaba a sus amigos protectores de Italia lo que lograba saber. ¡Lástima que entonces no hubiese multicopistas y radios!

Después de ir más de una vez a Indias, los osados que marchaban a su encuentro acabaron por darse cuenta que aquello no era ni el Catay ni el Cipango de Colón; es decir, ni la China ni el Japón. Aquello era un nuevo continente, la "cuarta parte" que habían presentido griegos y romanos y que Séneca profetizó en su *Medea*. Colón no se lo creía, ni se lo creyó; mas, otro italiano —si es que se puede hablar ya de *italianos*— llamado Américo Vespucio sí que intuyó la realidad del nuevo continente y lo esparció en plásticas y coloridas cartas, tenidas algunas por falsas. Como a Colón el genovés, y como a Pedro Mártir el milanés, a este florentino llamado Vespucio le encantaba escribir cartas. Cartas largas y detalladas. El pabellón de Castilla, que era muy amplio y noble, sabía cobijar en sus pliegues a todos los hombres de acción. No importaba donde hubieran nacido: lo que interesaba era su aporte en favor de la Cristiandad. Así protegió y amparó a Colón, a Caboto, a Esteba Gómez... a Américo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Vespucio. Este tripulando naos de Castilla adivinó que las Indias constituían un nuevo continente, distinto del asiático. El Nuevo Mundo se interponía como una barrera en el anhelado camino que Colón buscó para llegar a las tierras por donde había vagado Marco Polo. La tierra de las especias. En pago a la intuición vespuciana, unos canónigos alemanes, que a pesar de ser canónigos eran poetas, propusieron al mundo renacentista que lo encontrado en la otra ribera del *ex mare tenebrosum* se llamase *América*, de Américo. La propuesta, hecha en el prólogo de un libro que contenía la geografía de Ptolomeo, tuvo éxito y el nombre comenzó a sonar en el aire y a incrustarse en las cartas náuticas y mapas del momento. *América*, el vocablo *América*, comenzó a lucir sonoro en esos mapas mitad realidad, mitad fantasía, llenos de líneas y animales, y asaetados por banderines donde campeaban el león y el castillo de las Españas.

En cada uno de esos banderines se situó un trasunto de la patria peninsular por obra de las generaciones marineras y conquistadores que partieron en busca de aventura y por servir "a las dos majestades": a Dios y al Rey.

Después de Colón los barcos iban solos a las Indias perforando las aguas del derrotado Atlántico. Iban hacia el colorido Caribe, donde les aguardaban tentadoras perlas, extrañas selvas, aromosas chirimoyas, excitante tabaco, lascivos mameyes, suculentas batatas, suaves indias, verdes papagayos... Era una calcomanía prodigiosa, un mundo en tecnicolor, que el español desnudaba apresuradamente a bordo de sus

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

inquietas carabelas. Pero el Estado velaba. Aunque ocupado en miles de los problemas que planteaban la expulsión de moros y judíos, la política matrimonial, las guerras de Italia, los roces con Francia, y las emulaciones portuguesas, los Reyes tenían tiempo para controlar el río humano que se desbordaba hacia las Indias al amanecer el siglo XVI. En tal amanecer, el Estado se había dado cuenta que lo concedido a Colón en la euforia de Santa Fe —próxima a caer Granada— era demasiado. El genovés, a quien España nunca regateó ayuda, vio cómo sus desorbitados privilegios se le recortaban. También se había dado cuenta el gobierno que lo descubierto era algo serio, que demandaba un especial cuidado material y espiritual, y por eso a la Iglesia se le encomienda la conquista de las Indias del Cielo, de las almas; y a la Casa de la Contratación o Casa de Indias de Sevilla se le encarga el control de las expediciones (1503).

Ya no puede ir cualquiera a las Indias. Ni judíos, ni moros, ni herejes, ni gitanos, etc., embarcarán rumbo al Nuevo Mundo. La emigración se selecciona. Se mandan sacerdotes, frailes, artesanos, técnicos en determinadas industrias, agricultores, mineros, soldados que prosiguen la anexión. Los miembros de la Casa sevillana, los famosos Oficiales, inspeccionan todos los barcos que se balancean en el Guadalquivir esperando zarpar para América. Ellos examinan los pilotos, cuidan que los barcos ofrezcan garantías, dan licencia para cargar, cuidan de que no vaya más de lo debido, etc. y reciben lo que se importa de América.

Todo esto, y más, originó el retorno de las cara-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

belas. Desde entonces comenzó a correr la historia de América como parte de la historia de Occidente, y desde entonces esa América comenzó a gravitar sobre el devenir del mundo, de tal manera que a veces la historia de América ha sido la historia de ese mundo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

V

LAS DERROTAS DEL ATLÁNTICO

EL almirante Guillén Tato, director del Museo Naval, y buen conocedor de la "parla marinera", es enemigo del uso del vocablo *rutas* para denominar lo que un historiador antiguo llamó "caminos mojados" del mar. Rutas, dice el almirante Guillén, son caminos por tierra; los caminos del mar se llaman *derrotas*. No tengo a mano en este instante un diccionario de la Real Academia de la Lengua para aclarar esto, pero si don Julio lo afirma...

Bien conocemos cómo el Mediterráneo comenzó a volcarse en el Atlántico por obra de marinos genoveses, catalanes, mallorquines... Y bien sabemos que, constituidos los archipiélagos atlánticos en avanzadas hacia el Nuevo Mundo, fueron —Madera, Canarias, Azores— el laboratorio previo de la colonización americana. De esos archipiélagos, las Canarias constituyeron para Castilla las primeras Antillas. En ellas se experimentaron muchas fórmulas colonizadoras, que después fueron trasplantadas al otro lado del mar, y ellas comenzaron tempranamente a remitir, rumbo a puertos de Levante y de Andalucía (Sevilla), es-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

clavos, cueros, orchilla... Sevilla envió hacia las Islas sus gentes, y aquí, sobre las mesas de los notarios sevillanos, se deslizaron muchas plumas para garrapatear las firmas de quienes se comprometían a enviar tal o cual expedición, tal o cual cargamento de pertrechos, tal o cual hueste. El Archivo de Protocolos de Sevilla guarda esas viejas escrituras notariales, en las que sigue pesando su sabor mediterráneo. Después, desde 1503 y hasta 1718 —jurídicamente— Sevilla fue la sede, la capital, el gran instituto geográfico, el puerto, la entrada y todo lo que puede implicar el ser la única ciudad a través de la cual se podía ir y volver de los reinos castellanos a las Indias de Occidente. Mucho se ha investigado y se ha publicado sobre esto, pero mucho más yace enterrado en los tesoros de papel del Archivo de Indias. Porque América no sólo envió el valioso presente de la plata y el oro mexicano o peruano, sino el tesoro, al menos para los americanistas, de las cartas, leyes y papeles en general que expedían organismos, autoridades y particulares de América. Todo se fue acumulando aquí para, unido a las copias de lo que de aquí se expidió, formar esa gran mina, con los múltiples filones de sus secciones, que es el Archivo de Indias.

Por todo lo dicho, el papel de Sevilla, antaño y ahora, en la escena de "las rutas atlánticas" es fundamental; es papel de primer actor; pocos países pueden exhibir un puerto, un volumen de tráfico, una ejecutoria marinera como los que tuvo esta ciudad de Sevilla, que Ortelio calificó de "Reina del Océano". En Sevilla nacía y desde Sevilla arrancaba la primera "derrota" al Nuevo Mundo, un camino cuyo primer

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tramo era el Guadalquivir, una vía que los antiguos llamaron, con más poesía que ahora, "la carrera de Indias".

Después de la "derrota", que tenía su nacimiento y meta final en Sevilla, surgieron las demás, las de los puertos de la cara atlántica de Europa, sustitutos de los puertos mediterráneos.

Fue en 1492 cuando se estableció tal "ruta", gracias a la primera "derrota" —y aquí empleamos la palabra en una segunda acepción— que el Atlántico sufría. Por obra de un hombre mediterráneo, genovés por más señas, "vendedor de libros de estampa" (impresos), el *Mare Tenebrosum* fue derrotado, debelado. De todo esto saben también mucho Charles Verlinden y Florentino Pérez-Embid, autores de un bello estudio —literaria, científica y tipográficamente—, que han titulado *Cristóbal Colón y el Descubrimiento de América*, y que más que una biografía del autodidacto, tenaz, astuto y aventurero visionario ligur, es una biografía de la etapa descubridora comprendida entre 1477 y 1506. Con magistral escalpelo los autores diseccionan la personalidad de Colón, a quien Pérez-Embid califica con los adjetivos que acabamos de repetir nosotros, y a quien considera "un personaje desagradable".

Esta afirmación de entrada nos sugiere, también de entrada, un comentario. Resulta curioso constatar este despego, esta animadversión o casi fobia de muchos historiadores que se han acercado a la personalidad difícil del descubridor de América. Con harta frecuencia nos hemos preguntado la razón de este desagrado, que también sentimos hacia la figura del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

primer Almirante de la Mar Océana, y, buceando en nuestro ser, hemos encontrado estas posibles explicaciones. En primer lugar, nos irritan en Colón los embrollos, los equívocos que él o sus descendientes introdujeron en su vida. Nos carga Colón por eso, porque de una vida simple y sencilla hizo algo enrevesado, idóneo para que audaces e indocumentados salgan de vez en cuando con peregrinas teorías sobre su nacimiento, formación, planes, ideas, intentando descubrir mediterráneos o nuevas Américas en la personalidad colombina. No quiso el Almirante de las Indias ser el primer "self-man" americano, el primer vendedor de periódicos (libros impresos en su caso) que luego llegó a ser virrey del tabaco, del oro, del azúcar...

Nos molesta Colón por ser el descubridor casual de algo grandioso —¡oh mi paisano Iriarte!—, y, lo más grave, por ignorar su descubrimiento, por disminuirlo, al empeñarse en que había llegado a la India gangética. Es indudable que el plan colombino carecía de originalidad: era como llegar hoy a Marte: se sabe que es posible, se sabe que Marte existe, pero se estima, por el momento, impracticable por la distancia y condiciones físicas que rodean al viaje. La "operación Colón" consistió en querer ir a la India del Ramayana siguiendo el caminar del sol. Ni más ni menos. No hubo, pues, intencionalidad de hallar un nuevo continente; su hallazgo fue fortuito y por eso quienes se oponían a su proyecto tenían más razón que él, ya que con los medios de 1492 era del todo imposible llegar a la India y volver navegando rumbo al Oeste. A no ser que se encontrara una escala. Esa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

escala fue América. Tal como si hoy los astronautas, en su viaje espacial, se topasen, repentinamente, con un nuevo e ignorado satélite entre la Tierra y Marte. Colón, navegando sobre un error y sobre el acierto de enrumbar a la altura de las Canarias, boca de los vientos del Oeste, se dio de frente con la barrera americana.

Nos desagrada Colón por su actitud arrogante ante los Reyes y sus desmesuradas peticiones, sin duda respaldadas por aquel secreto guardado bajo llave del que habló su fiel amigo el fraile franciscano. Nos fastidia por nacionalismo y por nacionalista. Nacionalismo nuestro, que juzgamos preterida y traicionada la figura y la acción de los Pinzones. Nacionalismo de Colón, apegado al banco de San Jorge, de Génova, y nada dispuesto a tomar carta de naturaleza en el reino de Castilla, como haría más tarde su paisano Américo Vespucio. Reconozcamos, sin embargo, que escribió siempre en castellano, y que cuando de comparar se trata echa mano o evoca el paisaje de Andalucía, Castilla o Valencia.

Nos fastidia Colón cuando lo vemos egoísta, cuando regatea el premio de 10.000 maravedíes al marinero de Triana que vio primero que él la lucecita anunciadora de la tierra de América.

Nos desagrada don Cristóbal cuando palpamos el alejamiento —exigencias sociales y políticas, sin duda— a que somete a la joven cordobesa que le dio el hijo Hernando, que para siempre vincularía a Sevilla con el apellido Colón.

Como decíamos, el libro de Verlinden y Pérez-Embid es la biografía de una época. Una época que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

llena Colón, claro. Una biografía que ha sabido aprovechar con acierto las postreras aportaciones en torno al tema. Muy poco, después de las obras de Morison y Ballesteros, se puede añadir sobre Colón; sin embargo, Guillén, García Gallo, Giménez Fernández, Muro Orejón, Manzano, Rumeu de Armas y los *Pleitos colombinos,* cuya edición viene efectuando la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, han facilitado algunas noticias y nuevas interpretaciones que los autores, sobre todo Pérez-Embid en sus capítulos, han sabido aprovechar. Verlinden, en los suyos, acierta constantemente en la explicación de los problemas psicológicos y humanos del Descubrimiento. De este modo la monografía que nos ocupa se convierte en una "mise au point" de la cuestión colombina. Como biografía del descubridor, nos hubiera gustado ver analizadas la evolución de ideas geográficas, su discutida peripecia marinera, sus ideas como gobernante y colonizador. Pero esto es empeño de encontrarle algún talón de Aquiles al libro y no, por supuesto, empeño de restarle su indudable mérito. Mérito que nos lleva a afirmar que cualquier especialista o profano puede manejar dicha obra con la seguridad de quedar "al día" en el tema colombino tras una agradable lectura.

Sevilla, que dio muchas veces cobijo y techo a este "comerciante al por menor", como le llamó Pérez de Tudela, fue el origen de las "derrotas" atlánticas y por ello fue llamada "fecunda Madre del Nuevo Mundo receptáculo de sus riquezas, metrópoli del mundo".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

VI

EL GUADALQUIVIR, RÍO DE AMÉRICA

NO hay imperio sin sistema de comunicaciones. Los caminos del mar fueron las grandes vías, venas y arterias, de los dominios de España. Y el Guadalquivir fue primer tramo de esa inmensa red que unía al viejo y al nuevo mundo. Fue un tramo lleno de significado y de problemática, porque en un extremo estaba Sevilla, símbolo del monopolio, del puerto único, puerta y puerto de América. Al otro extremo del río estaba Sanlúcar con su famosa barra, motivo para romper ese monopolio, entre otros.

No es América —el descubrimiento del Nuevo Mundo— quien dota al Río Grande de esa función. No. El Descubrimiento se lo acentúa o actualiza a la par que lo hace universal. El Río Grande estaba cansado de sostener sobre sus lomos diversas culturas cuando los barcos de América comienzan a herir sus aguas. Pero es entonces, repetimos, cuando el río se hace universal y es también entonces cuando Sevilla comienza a ser un don del río y a cobrar esa grandeza que la lleva en el siglo XVI a ser una de las primeras urbes del mundo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hay ríos hacedores de historia: el Tíber, el Indo, el Tigris, el Amarillo, el Nilo, el Eufrates... En sus cuencas se han desarrollado importantes y viejas culturas. El Guadalquivir es uno de esos ríos. Su cuenca sobrepasa los 56.000 Km.^{2}, abarcando las provincias de Jaén y Sevilla, gran parte de Granada y Córdoba, y trozos de Almería, Málaga, Cádiz, Huelva, Badajoz, Ciudad Real y Albacete. Nace el río en el SE de Jaén y va a discurrir casi siempre por una Andalucía llana, de agradable clima, de húmedo subsuelo, llena de fuentes, con más de seis millones de habitantes.

Una primera parte del río discurre por la España olivarera por excelencia. Tierra rica. Agricultura rica, aunque esta riqueza no implique la riqueza de la población porque el olivo no exige mucho trabajo. En Baeza se hace el río más sereno. Se va aproximando a las tierras bajas. Sus aguas apenas se mueven. El Guadalquivir algo castellano se convierte en el Guadalquivir andaluz por antonomasia: el que baña Córdoba, el que vive sin prisa y tarda en llegar a Sevilla —donde a veces lo dionisíaco de su ser se muestra devastador— para luego seguir lentísimo, formando marismas e islas, hasta enterrarse en el Atlántico.

Desde los encinares y pinares de su cuna altiva hasta los arrozales, algodonales y marismas de su tumba, el río absorbe más de cuarenta afluentes. Tartesio le llamaron fenicios y cartagineses; Betis fue para los romanos; y Guad-el-Kébir le denominaron los árabes. Sus riberas fueron habitadas por turdetanos o íberos; los cartagineses se sirvieron de él para penetrar; y los romanos, como Strabon, escribieron de él: "Las orillas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del Baítis son las más pobladas; el río puede remontarse hasta una distancia aproximada de 1.200 estadios, desde el mar hasta Kórdyba, e incluso hasta algo más arriba. Las tierras están cultivadas con gran esmero, tanto las ribereñas como las de sus breves islas. Además, para recreo de la vista, la región presenta arboledas y plantaciones de todas clases admirablemente cuidadas. Hasta Híspalis, lo que supone cerca de 500 estadios, pueden subir navíos de gran tamaño; hasta las ciudades de más arriba, como Ílipa, sólo pequeños. Para llegar a Kórdyba es preciso usar ya de barcas de ribera".

Las descripciones de Pomponio Mela y de Plinio completan la visión de Strabon y nos traen el dato de las dos desembocaduras del río tras las cuales se asentaría Tartessos.

Los textos árabes se hacen eco también de la navegabilidad del río y de las riquezas de sus márgenes. El olivo da la tónica. Así Edrisí, en su descripción de España, al referirse a Sevilla manifiesta: "Esta última ciudad es grande y muy poblada. Las murallas son sólidas, los mercados numerosos, haciéndose en ella gran comercio, la población es rica. El principal artículo de comercio de esta ciudad es el aceite que se envía a Oriente y Occidente por tierra y por mar; este aceite procede del territorio Aljarafe, cuya longitud es de cuarenta millas y que está todo cubierto de olivos e higueras: se prolonga desde Sevilla a Niebla..."

El río, pues, en los textos romanos y árabes es el fertilizante de una región rica y camino para la penetración o para la exportación de productos, de los cuales el aceite es el principal renglón. El río, más que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

desembocar en el Atlántico —éste casi no existe—, desemboca en el Mediterráneo. Su cuenca era atravesada por una carretera imperial: la vía Augusta que alcanzaba al río desde el este no lejos de Baeza y, por Córdoba y Sevilla, llegaba a Cádiz. La Bética atravesada por esta carretera imperial dio a la actual Andalucía 38 colonias, origen de otras tantas poblaciones actuales.

Los vándalos situados en su cuenca en el 410 la llamarán Vandalucía, y el rey Bechila establecerá su corte en Sevilla. El río deja de ser romano y se hace arriano. Pero Hermenegildo lo hará católico, aunque brevemente. Porque el río se convierte al mahometanismo en el siglo VIII. Su cuenca, tras ser escenario de la monarquía visigoda, contempla emiratos, califatos, taifas, almorávides, almohades... hasta el siglo XIII en que San Fernando lo hace definitivamente cristiano y lo incorpora a la historia moderna.

La marina de Castilla sube con Ramón Bonifaz desde Sanlúcar a la Torre del Oro. Desde ahora las crónicas cristianas nos hablarán del río como agente de devastaciones o como vía de penetración de normandos piratas. La crónica de Fernando del Pulgar, la de Andrés Bernáldez, la del Halconero de Juan II, la de Lucas de Iranzo, etc. recogen noticias de este tipo sobre el Guadalquivir.

Y así llegamos a los Reyes Católicos, y a 1492. El río deja de desembocar en el Mediterráneo, para prolongarse en el Atlántico hasta el Nuevo Mundo a raíz del Descubrimiento. Sevilla, por tradición marinera, por las colonias de mercaderes extranjeros que en ella viven y trabajan, por su experiencia bancaria,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

por sus Atarazanas, por su prosperidad tras la Guerra de Granada, por su relación con el Norte de África y por su situación interna que la libra de los golpes de mano piráticos, por ser la más opulenta ciudad del reino y por ser la ciudad más cercana a las regiones centrales, es escogida como capital de América. En ella se alza en 1503 la Casa de la Contratación encargada de controlar todo el comercio y la emigración hacia las Indias. De Sevilla debe salir todo, a Sevilla debe arribar todo. El río entra así en la Historia de América y se convierte, como escribió Carlos Pereyra, en el más americano de los ríos.

Hablar del Guadalquivir en función de América equivale a analizar el auge de Sevilla, estudiar el desarrollo de Sanlúcar, explicar el régimen impuesto al tráfico marítimo, mencionar todas las expediciones de descubrimiento y conquista, juzgar el problema de la barra sanluqueña, etc., etc.

El humanista Juan de Malara escribe que de las tierras del Aljarafe llegan a la ciudad y la nutren cinco ríos: un río de agua, otro de aceite, otro de vino, otro de leche y otro de miel. Alonso de Morgado, en su *Historia de Sevilla*, refiere también el dicho según el cual ocho ríos entran en Sevilla: de agua, aceite, vino, leche, miel, azúcar, oro y plata. De los cinco u ocho ríos, uno, el de agua, es el que sigue rigiendo la vida de la ciudad. Y fue el que permitió esos tres ríos que Morgado añade a los de Malara: azúcar, oro y plata. Porque los tres productos llegaron de América a través del Guadalquivir y permitieron que la ciudad pudiera convertirse en un gran centro cultural y pudiera dar vida a todo eso que hoy constituye su gran

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

patrimonio artístico: Casa de Pilatos, Ayuntamiento, Capilla Real, Giraldillo, verja del altar mayor de la catedral, Casa Lonja, Custodia de Arfe... etc., etc.

Tomás de Mercado, un fraile sevillano rehecho en América, autor de un famoso libro titulado *Suma de Tratos y Contratos*, expresa así lo que era o fue para Sevilla, y para su río, el hallazgo de América:

"En Sevilla cuasi todos se inclinan a cultivar la tierra, que es gruesa y fértil para cualesquier mieses, o a tratar en todo género de mercería y ropa menuda y gruesa, hallando en ella gran comodidad y aparejo, lo uno como es puerto de mar Océano por el río Guadalquivir...: por donde se entra y sale a tantos reinos cercanos y remotísimos es la puerta y puerto principal de toda España, a do se descarga lo que viene de Flandes, Francia, Inglaterra, Italia y Venecia; y por el consiguiente de do se provee todo el reino destas cosas que de fueran se traen. A esta causa siempre hubo en ella grandes, ricos y gruesos mercaderes y fue tenida por lugar de negociantes. Pero de sesenta años a esta parte, que se descubrieron las Indias Occidentales se rescreció para ello una gran comodidad y una ocasión tan oportuna, para adquirir grandes riquezas: que combidó y atrajo a algunos de los principales a ser mercaderes viendo en ello pujantísima ganancia".

Continúa Mercado asegurando que muchas provincias se tenían que proveer en Sevilla de ropa, trigo, harina, etc. Todo lo cual en Indias valía "un Perú". Nos dice también que los mercaderes en Sevilla han aumentado en número y hacienda, y se han ennoblecido porque muchos caballeros "por codicia o necesidad de dinero" han tenido que descender y em-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

parentarse con los tratantes, mientras que éstos con "apetito de nobleza e hidalguía" hacían lo posible por subir y fundar mayorazgos.

Andalucía, que antes era el extremo del mundo conocido, ahora, "descubiertas las Indias, es ya como medio, por lo cual todo lo mejor y más atinado que hay en las otras partes antiguas, aun en Turquía, vienen a ella: para que por aquí se lleven a las nuevas, donde todo tiene tan excesivo precio". El río es la vía y la Casa de la Contratación el centro. De tal modo, que en la ciudad hay todo género de negocios y "es como centro de todos los mercaderes del mundo". La actividad es febril. "Los mercaderes... despachan naos y urcas con grandísima barbaridad. Y a nadie parezca pesado el término —aclara Mercado— que es muy blando si al hecho se mira". Pierre Chaunu, historiador francés del tráfico Sevilla-América, sostiene que el volumen y valor de estas relaciones marítimas entre ambos hemisferios fue el más importante del siglo XVI.

¿Qué necesitaban los mercados americanos? Libros, cerámica, ladrillos, aceite, vino, granos, harina, herrajes, azogue... ¿Qué enviaban? Oro, plata, perlas, cochinillas, cueros, sebos, palo campeche...

Pedro de Medina, otro clérigo sevillano nacido en 1493 y testigo como Mercado de lo que cuenta, afirma en su obra *Libro de Grandezas de España*: "En esta ciudad —Sevilla— es el trato principal de las Indias de su Majestad. Aquí es la Casa de la Contratación, donde ocurren todos los negocios de Indias; y se despachan por tres jueces oficiales de esta casa; los cuales reciben en ella el oro, la plata, perlas, aljófar y otras riquezas que de las dichas Indias vienen. Aquí

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

han venido y vienen muchas naos cargadas de oro y plata; en que ha venido nao con pastas de oro redondas de a cuatro palmos de longura, y con más de cien vasijas de oro entre tinajas y acetres, y con trece ídolos de oro. Había tinaja de oro que cabía ocho cántaros de agua y ídolo que tenía más de tres palmos de largo. Numeróse el valor de lo que esta nao trujo en más de cuatrocientos cuentos. Ha venido nao que trujo diez y seis carretadas de oro, que se numeró su valor en más de tres cuentos, y nao que trujo quinientas arrobas de plata: y otras muchas naos que han venido y contino vienen con grandes tesoros de aljófar y perlas y otras riquezas, que se han traído y traen, no se pueden numerar". Para Medina esta riqueza que el Nuevo Mundo envía al Viejo a través de Sevilla es el pago por haberle llevado el cristianismo. No supone Medina —Mercado sí— las desagradables consecuencias que, sobre todo para España, ocasionó esta riqueza: la famosa revolución de los precios estudiada por Hamilton. A éste o a Chaunu pudiéramos recurrir para con esa fórmula moderna de las estadísticas evidenciar el caudal de riquezas que el Guadalquivir contempló acarrear camino de Sevilla. Pero hemos preferido el testimonio contemporáneo, sevillano además, coincidente entre sí y con el cronista de la Sevilla del siglo XVI, Alonso de Morgado. La misma literatura de entonces, Cervantes, Tirso, y Lope, recogen entre otros este papel del río y este auge de Sevilla. Por eso Lope en *Servir a señor discreto,* cuando quiere alabar a Sevilla y, por ende, a una bella dama, aconseja dejar de lado la fabulosa Casa de la Contratación y a todo lo que encierra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro,
y aquellos barcos de plata
en que el indio mar desata
su más precioso tesoro.
Deja la hermosa Aduana
y la puente que en su orilla,
para alcanzar a Sevilla,
sirve de brazo a Triana.
Deja sus puertas y hermosos
edificios, y sus muros
altos, del tiempo seguros,
y del agua temeroso.
Deja su famosa iglesia
y su templo tan soberano,
que se le rinde el de Jano
y la maravilla Efesia.
Deja sus plazas, teatros
de grandeza y de sustento,
su Cabildo y Regimiento,
Jurado y Veinticuatros.
Deja su insigne Alameda
su diversidad de calles,
sus hermosuras, sus talles,
donde con envidia queda
toda Europa...

En el otro extremo de este camino fluvial por donde han transitado los más fabulosos caudales de la Historia, se alzaba Sanlúcar, cuya mención también hallamos en los textos romanos y árabes, así como en las crónicas cristianas. A Sanlúcar, como a Sevilla y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

al río, le suena su gran hora en 1492. Ya de antes la rondó Colón, que vivió en el Puerto de Santa María. Ella, Sanlúcar, con el Puerto y todas esas "villas" que se asientan en el arco que va de Cádiz a Ayamonte, juega un decisivo papel en los años anteriores al Descubrimiento. Son años testigos de proyecciones africanas, a Canarias, a Guinea. Años de roces con lusitanos que anhelan reservarse el Mar de África y la ruta a Guinea, cosa que lograrán en 1479-80 en Alcázovas-Toledo. Años claves en el forjamiento de la marina andaluza que más tarde hará las más trascendentales singladuras de los descubrimientos de América.

De Sanlúcar, con raíces en la época tartésica, dice Pedro de Medina que es una villa donde "habitan casi contino los Duques de Medina Sidonia, cuya es, por ser pueblo muy sano. Es de mucho trato de mercaderes y gentes forasteras de todas naciones, que vienen por la mar con sus mercaderías. Cerca de esta villa es el puerto, y escala de los navíos, así de los forasteros como de todas las naos que van a Indias; aquí acaban de cargar y de aquí salen a todos los viajes para cualquier parte de Indias que vayan".

"Aquí acaban de cargar...". En efecto: escogida Sevilla como puerto único —con diversas excepciones— todo el tráfico con el Nuevo Mundo discurrió a través del Guadalquivir y cara a Sanlúcar. Inútil citar todas las famosas expediciones que, formadas en Sevilla, terminaron de hacer sus aprestos en Sanlúcar antes de adentrarse en el Atlántico. Basta mencionar los últimos viajes de Colón, Ovando, Caboto, Pedrarias, Magallanes, Montejo, Pánfilo de Narváez, Pizarro, Orellana, Hernando de Soto, etc. etc. Y junto

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

a estas expediciones bélico-colonizadoras y descubridoras, toda la inmensa teoría de convoyes portadores de productos, cultura y hombres. Los archivos de Medina Sidonia guardan toda la documentación de la Capitanía General del Mar Océano, testimonio de todo este tráfico.

En Sanlúcar terminaban de organizarse y de cargar las flotas. Esta organización fue una consecuencia del peligro extranjero. Las demás potencias europeas no aceptaron la exclusividad ibérica, y aunque impedidos de colonizar las tierras americanas, no lo estuvieron de asaltar a los barcos que venían de América o de practicar el contrabando. España, como era de rigor entonces, practicaba la doctrina del mercantilismo, y esto explica su política de monopolio y acaparamiento de metales preciosos.

La protección de los navíos originó las Flotas a Indias. Su organización se fue regulando a través de diversas medidas dictadas ya en la primera mitad del XVI. Se indicaba el tonelaje de los barcos, su artillería, su número, etc. Y se les llegó a fijar una Armada de guarda. En 1561 se estableció el sistema de enviar periódicamente dos flotas (enero, agosto) a Nueva España y Tierra Firme. Naos de Armada custodiaban a estos convoyes. Maestres y dueños de naos, mercaderes y cargadores, se opusieron a la creación de flotas permanentes defendidas por naos de Armada por los gastos que éstas ocasionaban. Más tarde, en 1574, se dispuso que fueran cuatro las flotas. Esto se hizo por la necesidad de llegar en distintas épocas, ya que el régimen de vientos era diferente en Nueva España que en Tierra Firme. De abril a mayo zarpaban los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

navíos que iban a Nueva España; de agosto a septiembre los que marchaban a Tierra Firme.

Aunque no siempre los barcos salieron y entraron en Sevilla, y tampoco siempre los barcos navegaron en convoyes, pues pudieron ir como "navíos sueltos", sí siempre los barcos fueron visitados y registrados en Sevilla, Sanlúcar, Cádiz o Canarias. La visita pretendía hacer cumplir todas las ordenanzas sobre navegación. Tres visitas, con diversos objetivos, sufría cada barco. La primera visita la verificaban un Juez de la Casa de Contratación, el General de la Armada y los Visitadores de Naos. Tenía como finalidad separar los navíos prohibidos y cuidar que los autorizados estuvieran en condiciones de cargar y navegar. Obtenida la licencia de la Casa de la Contratación, tras la visita, se podía ya efectuar el cargamento. La segunda visita se hizo en Sanlúcar después de 1553 debido al aumento del tonelaje de los barcos y la gradual sequía del río. La verificaban los visitadores y un Juez de la Casa de la Contratación y tenía como objetivo impedir que se sobrecargase el navío, constatar que los productos eran de los autorizados así como las personas, comprobar si se habían efectuado las obras de carpintería que se hubiesen ordenado en la primera visita y comprobar si todo estaba en su sitio. Las armas y municiones eran igualmente inspeccionadas. En Bonanza solían recibir los barcos el resto de la carga y, con los mismos objetivos de la anterior visita, se acostumbraba a realizar la tercera visita con mandamientos del Presidente y Jueces de la Casa de la Contratación.

Previamente se habían hecho los correspondientes registros, donde se consignaba todo lo que iba a bordo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de los barcos. Del registro original se daba un traslado al dueño o maestre para presentarlo en el puerto de arribo. Cerrado el registro no se permitía introducción de nada.

Las infracciones eran habituales. Comenzaban ya en la segunda visita. Los maestres se prestaban entre sí la artillería y municiones; los dueños de barcos utilizaban las mismas armas para todos... En la tercera visita eran aún mayores las anormalidades. El Juez sito en Sanlúcar no podía abandonar el despacho de las flotas y delegaba la visita en tipos incompetentes; los pasajeros embarcaban como marineros; los barcos no cargaban suficiente aguada o artillería; se embarcaba por un lado lo que el Juez había ordenado sacar por otro; desde lanchas se sobrecargaban a los navíos... En Cádiz era mayor el caos. Porque desde Cádiz también zarpaban las Flotas, aunque el gran centro comercial y las grandes firmas exportadoras siguieran en Sevilla. El aumento del tonelaje y, por consiguiente, el obstáculo de la barra de Sanlúcar, constituirían la gran razón que obligó a usar a Cádiz como puerto de partida. A mediados del siglo XVIII el tráfico de Sevilla había languidecido tanto, que muchas veces los barcos no encontraban cargamentos para ocupar la tercera parte de su volumen. Tenían que recurrir a los exportadores de Cádiz. Los extranjeros preferían este puerto que les liberaba de tener que llevar sus mercancías a Sevilla, tierra adentro, con los consiguientes gastos. Pero el retorno siempre se hacía a Sevilla, aunque tormentas y piratas obligaban a efectuar arribadas a otros puertos.

Los fraudes cometidos en Cádiz determinaron que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la Casa de la Contratación desde 1630 presionara para que el Juzgado de Cádiz fuera llevado a Sanlúcar. Se logró por fin en 1664 cerrar el puerto de Cádiz al tráfico indiano, pero en 1679 se abrió de nuevo gracias a una fuerte dádiva que los gaditanos entregaron al rey. Cádiz logró mantener su privilegio y acentuarlo en 1717 en que una nueva dinastía trasladó de Sevilla a Cádiz la Casa de la Contratación o Casa de Sevilla. Los papeles se habían trocado y el Río Guadalquivir dejaba de ser la fantástica vía de antaño.

La decadencia del río, y, por consiguiente, de Sevilla y de Sanlúcar se venía dejando sentir desde el siglo XVII. Las guerras de esa centuria habían obligado a la Corona a secuestrar barcos y embargar con harta y molesta frecuencia el oro de América. La aristocracia mercantil sevillana declinaba y después de 1651 fue casi imposible enviar una flota anual a México.

La decadencia general del Imperio obedecía a diversas causas. No radicaba sólo en la incapacidad de los políticos dirigentes, ni en el absolutismo, ni en la Inquisición, ni en la expulsión de los moriscos... La decadencia, en gran parte, provenía de las riquezas arribadas de América.

El oro y la plata habían elevado el coste de la vida y de los salarios hacia 1580 —primero en Andalucía— por encima del nivel europeo. Esto ocasionó desventajas para la industria de exportación, construcción naval y flete marino.

Hasta 1580 el comercio y la industria se habían desarrollado por el alza de los precios. Pero en 1580 los salarios suben más que los precios y se produce un frenaje en la producción. No hay progreso técnico para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

equilibrar esta diferencia y entonces se produce el declinar del artesanado. Ciudades industriales como Valladolid, Segovia, Córdoba y Toledo se despueblan. Sin industria propia, el monopolio comercial de Flotas y Galeones pierden su razón de ser. A veces sólo el 5% de lo embarcado era nacional. Los extranjeros se beneficiaban, en especial desde Cádiz, que pasó a ser el centro del tráfico. Resumiendo: las Flotas abarrotaron a España de oro. El oro produjo la revolución mundial de los precios que desquició a la industria. Perdida la industria, España no quiso abandonar el monopolio de las Flotas. Entonces, para satisfacer los retornos tuvo que llenar los barcos —en Cádiz— de mercancías extranjeras. El oro en tránsito pasaba a manos foráneas.

Sobre el río Guadalquivir pesó todo esto: decadencia general del Imperio, traslado a Cádiz de la Casa de la Contratación... Pero fue también su barra la que contribuyó a su decadencia. Las ciudades vecinas —Cádiz, Puerto de Santa María, Jerez— lucharon contra Sevilla y Sanlúcar. Ellas pidieron más de una vez que el río fuera desviado al Guadalete para evitar la barra. Fue tan intensa la presión que en 1613 se obtuvo la orden para tal desvío pero el duque de Medina Sidonia logró evitar la realización de tal proyecto. En los años sucesivos se prosiguió con el intento, hasta que trasladada al Puerto de Santa María la Capitanía General del Mar Océano y autorizada Cádiz para la carga y descarga de galeones, el motivo de la barra perdió actualidad.

El Guadalquivir deja de ser un río americano en el siglo XVIII. Su gran función de vía se debilita. De

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tal modo, que a principios del XIX, cuando se crea la Compañía del Río Guadalquivir, su primer Presidente don Francisco de Saavedra, en un *Diario* sobre su gestión al frente de tal Compañía, asienta que el río lleva más de dos siglos de descuido en su drenaje y que no se ha evitado que los barcos de Indias arrojen al río sus lastres. Señala también el inconveniente de la barra y anota el parecer de un colaborador que estima que las piedras que allí hay son arrojadas por los enemigos de Sevilla...

Con la Compañía del Río Guadalquivir vuelve a principios del siglo XIX a actualizarse todos los proyectos que en el XVI, XVII y XVIII se redactaron para hacer más navegable el río. Y aunque Saavedra admite que en Sevilla hay cierto recelo contra los proyectos sobre el río "porque se han hecho muchos y casi todos se han malogrado", reconoce que el Guadalquivir, su mejora, es el mayorazgo de Sevilla. Algo que hoy también parece reconocerse.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

VII

AMÉRICA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

LA grandeza de América —su grandeza telúrica— no ha cabido en unos versos, ni en unas páginas de prosa y teatro del Siglo de Oro español. Tampoco la grandeza épica del Descubrimiento y la Conquista, salvo la excepción de la *Araucana*. Pero ¿no cupo por faltar autor para tamaño tema? No. Autores los hubo dignos de América,[1] pero quizá estuvieron muy cerca cronológicamente de los hechos, perfectamente documentados, y que, por tanto, impedían libre juego a la fantasía. Claro que la realidad era fantástica con frecuencia.

Dentro de la primera y segunda generación de poetas líricos del XVI no figura América porque, tal vez, hasta ellos no había llegado la idea de las Indias. Sólo casi un siglo más tarde —Góngora, Lope, Quevedo— es cuando aparece el Nuevo Mundo. Los asuntos de América semejan sólo interesar a los historiadores, y cuando el verso les da acogida es para hacer una Crónica rimada: *La Araucana*.[2]

El teatro comenzaba entonces, y será con Lope cuando el tema americano inspire algunas piezas tea-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

trales. Como prueba de lo que decimos, Agustín de Rojas rimaba en los días del Descubrimiento:

En los días que Colón
descubrió la gran riqueza
de Indias y Nuevo Mundo,
y el gran Capitán empieza
a sujetar aquel reino
de Nápoles y su tierra,
a descubrirse empezó
el uso de la comedia.

La novela tampoco se orienta por lo americano; seguía la línea italianizante.

Quizá, hemos de pensar, el mundo americano no interesaba al principio porque los vinculados directamente a la Corona no intervenían en los hechos indianos. Cuando alguien que no es un bastardo Pizarro o un desconocido Cortés es personaje clave en el heroísmo de América —García de Mendoza—, entonces sí que nace una obra épica como la de Ercilla o la de Pedro de Oña.

Pero aunque el tema americano —la epopeya de América— sólo sea recogida por el teatro y a finales del XVI, sin embargo el Nuevo Mundo comienza a infiltrarse y a empapar la vida de España, a constituirse en algo común, del dominio callejero, como evidenciarán versos y prosa desde muy pronto. Y es que las obras históricas que se imprimían —las Crónicas de la Conquista—, las cartas de los descubridores y conquistadores, los tratados de los religiosos, los informes oficiales, las cartas de los particulares, etc., iban lle-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

vando a la sociedad española, palabras americanas, nombre de frutas y animales, ideas sobre la riqueza, noticias sobre los hechos heroicos, etc. Basta poner un ejemplo de un temprano autor: Santa Teresa de Jesús. Siete hermanos suyos marcharon a Indias: ¿no resulta lógico que trascienda en su prosa de "elegancia desafeitada" el mundo del otro lado del mar? Precisamente, ella, que nace en 1515, recoge algo del momento en relación con América: la multitud de almas que se están perdiendo en Indias (*Libro de las Fundaciones*) y el cambio social que la adquisición de riqueza permite realizar en el conquistador. Su hermano Lorenzo, que interviene en las Guerras Civiles del Perú y casa con mujer rica, regresa con fortuna y viudo anteponiendo el *Don* a su nombre. A la Santa, que estima esto como algo propio de la nobleza, le molesta y lo censura aunque no tan duramente y sarcásticamente como lo harán Lope, Tirso y Quevedo. Todos los que fueron a Indias soñaron con esta transformación social; ello resultaba lógico: ascenso económico y ascenso social. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo al igual que Bartolomé de las Casas piden hábitos de una orden para premiar a los pobladores que piensan llevar en su empresa colonizadora. Cortés, como Pizarro, fue ennoblecido, y todos, por lo menos, pensaron en ganar el *Don*, pues la Corona fue reacia a constituir una nobleza indiana.

Este cambio social que se efectúa en el español emigrante y que Santa Teresa recoge, lo veremos luego personificado en casi todos los autores del Siglo de Oro, mediante la figura del *indiano*. El otro motivo, observado en Santa Teresa, el de la evangelización,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

constituirá notable preocupación en Calderón de la Barca (1600-81). Pero entre Santa Teresa y Calderón discurren Fray Luis de León, Ercilla, Cervantes, Góngora, B. de Argensola, Lope, Tirso de Molina y Quevedo, en los cuales vamos a ver como se usa el tema de América. Por supuesto que a unos autores —Lope— el mundo neoindiano les interesa más que a otros —Cervantes— por la misma razón del género que cultivan. Ya dijimos que la novela discurre sin tener en cuenta a Indias, o cuando la mencionan es para pensar de ellas como un lugar de refugio a donde se puede ir para enriquecerse (*El Buscón*) o de donde vienen ricos señores e indianos, (*La Entretenida*). En cambio, el teatro, que buscó en la Historia nacional motivos de inspiración —Lope, Tirso, Calderón—, no pudo dejar de tocar esa faceta de la Historia patria, aunque no originó ninguna obra digna de la epopeya indiana. Mas no sólo se trata del tema de América, como fuente de inspiración, que ya hemos dicho lo que fue, sino además, queremos anotar, como dijimos, la presencia de lo americano en la Literatura de entonces como algo que estaba en el sentir popular. Cervantes, gran realista, cuyas novelas constituyen un auténtico espejo de la España de aquellos años, habla del navío de aviso, del quinto de los tesoros, de la guerra araucana, del heroísmo de Cortés al barrenar los navíos, de la despoblación de España a causa de la emigración a Indias, de América como lugar donde se pasa con cargos honrosos, del empleo del tabaco como producto medicinal... Esto es lo que pensaba el pueblo de América.[3] Esto y otras cosas que veremos seguidamente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

América, para todos los autores es una *insegura e inmensa geografía* "donde el fuego escondido en las cavernas... rompe de improviso y sin pensar, y sale afuera en muchos lugares, por los muchos volcanes que en ella hay y se descubren de nuevo",[4] afirma Fray Luis de León. Para Lope el Brasil es una isla. Claro que los mismos cartógrafos de esa época y hasta el XVIII aún siguieron haciendo de California una isla, y del interior del Brasil-Venezuela un lugar de fabulosas Manoas y Parimes. Otras veces es una geografía muy real, que versos de una inmensa belleza describen. Así Góngora ve a ambos océanos como una serpiente de cristal cuya cabeza está en el Norte y el cuerpo en el Sur, separados por el istmo de Panamá:

El istmo que el océano divide
y —sierpe de cristal— juntar le impide
la cabeza, del Norte coronada,
con la que ilustra el Sur cola escamada
de antárticas estrellas.

Y el Estrecho de Magallanes lo ve como "la bisagra de fugitiva plata, abrazadora de un océano y otro aunque estrecho".

¿Dónde cae el Nuevo Mundo?
¿Es dónde traen la caoba
el campeche y el Brasil?
¿Y a la gente simple y boba
por un roto guayapil
tanto oro y plata se roba?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Así se pregunta Lope en *Viaje del alma.* Y así contesta no indicando dónde está América, pero sí lo que de ella se importa por simples baratijas. La geografía de la literatura no es muy exacta. En la misma obra dice Lope:

¿Dónde cae el Nuevo Mundo?
¿Es el clima ardiente o frío?
¿Es el que ganó Colón,
aquel sabio genovés
por Castilla y por León
o donde puso Cortés
de España el rojo pendón?

"Las apartadas Indias", que dice Cervantes en *La Galatea,* eran para algunos autores las Antípodas, como para otros era sólo Potosí o "Lima en antárticas regiones" *(El Arenal de Sevilla).* Y es que Lima servía —al igual que las Indias— para evocar las riquezas:

Si vas a las Indias
verás a Lima, el mejor
fruto de española empresa;
Lima, que al rey en la mesa
no se le pone mejor.

(Lope: *La Noche de San Juan*)

Lo mismo que Potosí:

Si pasas a las Indias...
verás el Cerro, en grandeza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ilustre, aunque dulce y agrio
el gran Potosí, el milagro
mayor de naturaleza...

La otra gran ciudad de la geografía americana es México, tierra de indianos, que tanto a Cervantes en *El Licenciado Vidriera* como a Lope recuerda a Venecia:

dos ciudades celebradas
porque sobre el mar fundadas
con notable perfección
son ciudades y son naves

(Lope: *El Arenal de Sevilla*)

No faltan otras zonas, como Magallanes, Chile, Mar del Sur, el Brasil que el gracioso Machado de *El Brasil restituido* considera una isla.

Es, pues, una geografía no muy conocida aunque sus topónimos, exóticos muchos, suenen. Lope se pregunta dónde está el Nuevo Mundo; Góngora explica, burlesco, lo que es y lo que hay en él:

Dicen que es allá la tierra
lo que por acá es el suelo
muy abundante de minas
porque lo es de conejos.
Que andaban los naturales
desnudos por los desiertos,
pero que ya andan vestidos,
si no es el que se ande en cueros, etc.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

La aventura, la riqueza, el deseo de cambio social y esas miles de circunstancias que se dan en la vida de un individuo para obligarle a cambiar de solar, se dieron en los hombres que fueron a Indias. De todos, sin duda, *la aventura, la riqueza y la atracción por lo nuevo y desconocido* fueron los factores que más influyeron; en este sentido, *El Crotalón* nos ilustra con este párrafo: "para satisfacer de alguna manera el insaciable ánimo de un deseo que tenía de ver tierras y cosas nuevas, determináronse de embarcar y aventurarse a esta navegación". Muchos deseaban cambiar de estado, vivir como caballeros, lujosamente, matar el hambre...

En esta tierra tan nueva,
cuyo Dios el oro y plata
que del mundo en cuanto trata
fueron el Adán y Eva.
Allí las piedras se ven
de tantas minas sacar,
y las perlas en el mar,
blancas y pardas también...

(Lope: *La Noche de San Juan*)

Esta geografía de riquezas atrae, como atrae esa otra geografía fantástica con regusto clásico, llena, a veces, de mitos nacidos en el fondo del Mediterráneo. Atrae el misterio que evoca el Polo Ártico, Quivira, Marañón, Amazonas, Tierra del Fuego, Mar del Sur, Brasil...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Aunque también atrae porque protege, porque ofrece oportunidad de enmienda y para quien desee una nueva vida, porque como dice el Buscón, "mudando mundo y tierra" tal vez mejore la suerte.

A muchos, la atracción de América les llegó a través de una lectura o vivencias sevillanas. Las *Crónicas de la Conquista del Perú* de Pedro de Mena (Sevilla, 1534), de Cieza (Sevilla, 1553), *La Araucana* y otras corrían impresas en el siglo XVI.

SEVILLA PUERTO Y PUERTA

A muchos la llamada de América los alcanzó en Sevilla, capital de América. Otros, en cualquier parte del reino, sabedores de que Sevilla era el puerto único para América se fueron a ella en busca de barco. Así la Diana de Lope que llega a la ciudad del Betis porque en ella "estaba la armada y se hacía la gente que había de pasar con ella, que, a la fama de la inmensa riqueza que aquellas tierras producía, era infinita" (*Las Fortunas de Diana*).

En *El Arenal de Sevilla* de Lope de Vega podemos encontrar toda la policromía y animación de la ciudad como puerto único. Marineros, pilotos, emigrantes. En *El Quijote* se recoge también esta idea de Sevilla como puerto principal de embarque. Lo dice la señora Vizcaína de la primera parte, el Cura de la venta, el oídor, el hermano del cautivo (Caps. XLII, XXXIX). Y nada digamos del testimonio de *Rinconete y Cortadillo*.

Pero Sevilla también es el puerto de retorno y la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

primera en beneficiarse de las riquezas americanas. Sevilla es el "estómago de España y del mundo", según Vélez de Guevara en *El Diablo Cojuelo*, y la ciudad con la que sueña el que anhela retornar, y es el escenario de casi todos los indianos que Lope nos presenta y que en ella se gastan el dinero:

Llegué a Sevilla haciendo confianza
del oro que adquirí para Sevilla

(Lope: *Los peligros de la ausencia*).

Fue el ideal de muchos: ganar dinero y retornar a la patria. América, desde 1492, es un continente lleno de nostalgia:

¡Oh, famosa y gran Sevilla,
retrato del paraíso,
gracias al cielo que piso,
Betis, la arena a tu orilla!
¡Cuánto deseaba el verte
tras esta larga jornada,
llana, hermosa, rica y fuerte!
Aunque de la Nueva España
vengo, mejor hallo en ti
Nueva España para mí:
esta propia aquella extraña.

(Lope: *La Prisión sin culpa*).

Mas, como decíamos, algunos retornaban a morir y a gastar sus riquezas en viejas tierras que de joven soñaron o en palacios y casas, símbolo de su nuevo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

status. Ninguna ciudad debió de beneficiarse de estas riquezas como Sevilla. Un cronista suyo, Alonso de Morgado, escribía en el XVI como testimonio de esto que "si toda la suma riqueza que ha entrado en ella después que (las Indias) fueron descubiertas, se empleara para el empedrado de las calles de Sevilla, se vieran empedradas de ladrillos de plata y oro, y perlas y pedrería, como lo están de ladrillos de barro".

Las flotas, los fantásticos galeones indianos, panzudos y lentos, tras concentrarse en la Habana, surcaban el Atlántico, sorteaban huracanes, piratas, la barra de Sanlúcar y trepaban lentamente río Guadalquivir arriba hasta vomitar ante la impertérrita Torre del Oro, y ante el estupor y admiración de los recién llegados a Sevilla, toda su variopinta, heterogénea, exótica y preciada carga.

Por eso Lope en *El amante agradecido* aconsejaba:

Y si a ver te persuades
ciudades, vete a Sevilla,
que en ella por maravilla
verás todas las ciudades.
Y aunque otro mundo está en ella
y esto no es cuento ni engaño,
que dos veces en un año
se entran las Indias por ellas.

Parte de esta riqueza iba a parar a la Casa de la Contratación fundada en 1503 y cuyo prestigio e importancia trasciende a la prosa de Cervantes y a los versos de Lope:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Para alabar a Sevilla
Deja su Contratación
y cuanto encierra, Girón,
de Guadalquivir la orilla.
Deja la Torre del Oro
y aquellos barcos de plata
en que el indio mar desata
su más precioso tesoro.

En torno a la Casa circulaban los que deseaban marchar a Indias, los que habían llegado, y todos los que tenían cualquier relación con el Nuevo Mundo. Guzmán de Alfarache piensa tener en Sevilla una casa como la de la Contratación...: "barras van, barras vienen que pudiera todo fabricarla de plata y soldarla con oro". Monipodio, el truhán de *Rinconete y Cortadillo*, tenía situado en torno a la Casa a algunos cofrades para "seguir los que sacaban dineros de la Contratación".

AMÉRICA, MUNDO DE RIQUEZAS

América aparecerá como sinónimo de *riqueza* (Potosí), de *mundo fabuloso*. Es la tierra del oro (Perú), la plata, las perlas, las piedras "bezares". "Es incomparable su riqueza —dice Fray Luis de León— y mayor que ninguna otra pasada, que, como se sabe por cuenta cierta, de las minas de sólo un cerro que llaman de Potosí, en el Perú, hasta el año 85 desde el 45, que son cuarenta años escasos, ha valido su ciento y once millones de pesos de a trece reales

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cada uno". Esta imagen de las riquezas del Nuevo Mundo la vemos en *Rinconete y Cortadillo*, en *La Entretenida*, *La Tía fingida* y *El Rufián Dichoso* de Cervantes. Y también se observa esta idea en Lope de Vega (*El testigo contra sí*, *Las Fortunas de Diana*). El descubrimiento ha traído toda esta riqueza que originará el despoblamiento, el alza de los precios, las tensiones sociales y hasta la molicie y el afeminamiento, si hacemos caso de B. de Argensola:

Canción que de Indias con el oro viene,
como él, a afeminarnos y perdernos,
y con lasciva cláusula entretiene.

Desde mediados del XVI se pensó que la riqueza relajaba la moral. Se sabía que mucha de aquella riqueza se obtuvo fácilmente al principio, mediante rescate de bonetes, espejos, cascabeles, baratijas:

Los que las Indias hallaron
Vinieron por oro y plata,
halláronla tan barata
que por vidrio la compraron...!

(Lope: *Arauco Domado*)

Efectuada la penetración continental, alcanzado el mundo azteca y, sobre todo el Incario, las imaginaciones se desataron. El fabuloso rescate de Atahualpa, el botín del Cuzco y el hallazgo de Potosí, impulsaron una corriente emigratoria intensa rumbo al Río de la Plata y Nuevo Reino de Granada. La literatura acusa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

este fenómeno. Hay, ya en 1534, unas coplas impresas en Medina del Campo sobre lo que se trajo del Perú, y Lope de Rueda ridiculiza en el *Paso de la tierra de Jauja* (1547) el asombro fácil que sentían algunos ante los relatos sobre el mundo neoindiano.

Las Indias eran un mundo fabuloso, rico en oro, pero, como decíamos, se creía que las riquezas corrompían y en el citado *Auto de las Cortes* de 1557, adelantándose al Maestre de Santiago de Henri de Montherlant, se preguntaba Santo Domingo:

Di, India, ¿por qué mostraste
a Europa estos tus metales
falsos con que le llevaste
y después nos lo enviaste
cargado de tantos males.
¿No te bastaban las minas
de pecados que tenía?...
.....
¡India que tienes abiertas
las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
¡India, rica de maldades!
¡India de desventurados!
¡India que con tus ducados
entraron las torpedades!

La India es el lugar *donde fácilmente se pueden adquirir riquezas*. Cervantes, que expone esta idea en *La Española inglesa* y *En el celoso extremeño* y que llega a escribir que las Indias son "Común refugio de los pobres generosos" (*La Española Inglesa*) o "refugio

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

y amparo de los desesperados de España" (*El celoso extremeño*), compartía este criterio como lo demuestra en el famoso Memorial de 1590 en que solicita un empleo en Cartagena de Indias.

LAS FLOTAS. LA NAVEGACIÓN

Autores como Cervantes, que vivieron largo tiempo en Sevilla, pudieron vivir o soñar ese mundo fantástico viendo *llegar las flotas*. Por eso en Cervantes hay alusiones a ellas, como en Lope y en Tirso, donde el Guadalquivir es espejo de tanto emporio (*El Arenal de Sevilla*). El Guadalquivir es la arteria por donde llega ese mensaje de riqueza, capaz de solucionar crisis políticas y momentos bélicos cruciales:

Al mar restituye el Betis
los bienes y hacienda misma
que en veces por tantos años
nos feriaban de las Indias.

(Tirso)

Pero también en casi todos los autores campea la idea de que los españoles son para los demás pueblos de Europa lo que los indios para los castellanos, y que el oro de América se entierra en buenas cantidades en los bancos de Génova (Góngora y Quevedo):

Nace en las Indias honrado,
donde el mundo le acompaña;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

viene a morir en España,
y es en Génova enterrado.

(Quevedo: *Poderoso Caballero*).

Mas no es fácil el arribo de estos tesoros —la navegación— porque para algo los demás países no aceptaron la donación papal y acechaban a los galeones hispanos para desvalijarlos. Y la misma naturaleza con sus traicioneros huracanes y sus navegaciones difíciles en Bermudas, el Canal de Bahamas y el Golfo de las Yeguas se oponía a ello. Esto es algo que sabe el pueblo y que Cervantes recoge:

Temí con los huracanes
y con las calmas temí,
y espantóme la Bermuda
cuando su costa corrí.

En *El rufián dichoso, La Entretenida* y *La Española Inglesa* nos habla de la *difícil navegación a Indias.* Igual que Tirso, en *La Celosa de sí misma* patentiza esta inseguridad con estos versos:

Serán como cartas de Indias
que se escriben duplicadas.

Para Tirso no sólo existen el Canal de Bahamas y la dificultad de Bermuda, sino los pechelingues holandeses.

Lope de Vega en la comedia *La prisión sin culpa* pinta un embarque de emigrantes en Sevilla y en la conversación entre Lireno y Alcino se descubren todos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

los preparativos que aquellas gentes hacían y sus temores al viaje e inconvenientes del mismo: mareos, compra de mermeladas, aceitunas, bizcocho, cebollas, limones... Y el adiós melancólico donde el corazón y el esófago acusan la partida y el abandono de la tierra patria:

Adiós, albures y ostiones
hasta que yo os vuelva a ver.
Adiós, puerta de Triana,
Arenal, barquita, adiós.
.....
Ponme treinta candelillas
a la Antigua y adiós.

Algunos temían la travesía de tal manera que en Sanlúcar desembarcaban, por lo cual Lope, burlón, supone que en "el monte de Sanlúcar, que mira verdes cabellos de sus pinos", hay un gatazo que grita a los viajeros: "Tornau, tornau".

LO EXÓTICO

Siendo América una geografía insegura, un mundo remoto, lógico, pues que sea sede de lo *extraño y lo exótico*. Ya el *Diario* de Colón y su Carta anunciando el descubrimiento lanzaron este exotismo que Vespucio o Anglería acentuaron y ha perdurado hasta nuestros días. América, para todos los autores del Siglo de Oro, es lo *exótico*. Si *Perulero* o *Indiano* son sinónimo de rico, y si *Potosí* y *Perú* equivalen a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

riqueza, América o las Indias equivalen a todo esto, y es *lugar apartado lleno de exotismo*. Exóticos son para Cervantes los productos, pues en *La Entretenida* se refiere a "algunas piedras bezares —y algunas sartas de perlas— y "papagayos que hablan". Y en *La Gitanilla* cita el *cacao*, como en *El Viaje al Parnaso* menciona al tabaco. Se refiere, en *El celoso extremeño* y en *La ilustre fregona*, a bailes como la *chacona*, la *zarabanda* y el *zambapalo*. Y Lope, como Góngora, da algunas letras que recuerdan canciones afroantillanas actuales o versos de Nicolás Guillén. La fauna y la flora se prestaban ampliamente para llevar a los lectores notas de exotismo.

La fauna de América aparece con valor retórico en Tirso: el tiburón, el caimán, la tortuga (carey). En su obra titulada *Amazonas en las Indias* se mencionan los monos, papagayos, pericos, niguas y gegenes o mosquitos tropicales.[5] Lope de Vega usa también de los vistosos y raros animales del Nuevo Mundo: papagayos, ratón de Indias, monas, guacamayos, halietos. Pero abunda más la flora de la cual —la más exótica— da Tirso una relación en *La Villana de Vallecas*:

Las Islas de Barlovento
¿cuántas son? ¿abunda el Campeche?
¿cómo se coge el cacao?
Guarapo, ¿qué es entre esclavos?
¿qué fruta dan los guayabos?
¿qué es cazabe, y que jaojao?

Son preguntas para saber quién es indiano. En otras ocasiones habla de jícaras de chocolate, piña

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

indiana, mameyes, cipizapotes, tabaco, etc. No están, como vemos, los productos más populares: patata, maíz, tomate, batata, guayacán o palo indiano, aguacates, chile... La patata y batata descritas muy pronto por Anglería, las cita Santa Teresa en su carta de 1577 dirigida a la priora de Sevilla. Góngora, Lope varias veces, y Quevedo, para tipificar a la gente del Sur, aluden a la patata:

Los andaluces, de valientes, feos,
cargados de patatas y ceceos.

(*Necedades y locuras de Orlando*).

El tabaco tardó en difundirse y pudo hacerlo como remedio medicinal. Quevedo se ensaña con él y con el chocolate, y Calderón maldice del tabaco y de quienes lo toman. Quevedo llama "tabacanos" a los aficionados al tabaco y "chocolateros" a los degustadores de la bebida indiana, que estima invención del diablo. Debía padecer del hígado don Francisco de Quevedo. Ni Lope ni Quevedo mencionan al *cacao*.

LOS INDIOS

El origen de los indios americanos y su condición constituyeron un amplio tema de especulación. ¿Eran seres racionales? ¿Se les podía hacer una guerra justa? La solución a esta pregunta y otras originó variadas juntas de estudio, polémicas, tratados y leyes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que un autor ha llamado acertadamente "La lucha por la justicia".

A la literatura no trascendieron estos problemas teóricos creados por la Conquista. Pero el ser que los originaba —el indio— sí que hace acto de presencia y muchas veces la figura que de él se pinta acusa influencias de esa literatura de polémica mencionada personificada por Las Casas y Ginés de Sepúlveda en sus dos actitudes.

Fray Luis de León tiene una imagen pesimista del indio, al que llama "imberbe" como los filósofos del XVIII: tenían costumbres bestiales puesto que se "alimentaban con carne humana, hacían sacrificios a los ídolos con sangre de hombres, marchaban a la guerra pintados con caras de manera horrible, no distinguían lo justo de lo injusto y usaban abiertamente de la homosexualidad". Al margen de la civilización, postrados aún en la infrahistoria, desconociendo el derecho natural, sin organización política, vivían "en agregaciones sin ningún vínculo de comunidad o de estado". Este *status* —contrario al cuadro lascasiano— se debía a mala educación, perversión de costumbres y falta de instituciones, según Fray Luis, de acuerdo con Vitoria. De forma pesimista concluía Fray Luis: "es tal la condición de su ingenio y naturaleza humana, tal su ligereza, que ningún fruto de virtud egregia dan, ni se espera que puedan darlo jamás". No es, por supuesto, el fray Luis lírico quien así se expresa, sino el pensador.

Con Cristóbal Colón arranca el mito de los americanos antropófagos, surge la idea que todavía en 1503 el Almirante sostiene: "otra gente fallé que comían

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

hombres." Pero en el mismo Colón nace la imagen del buen indio que "cuanto más se allegase a la tierra firme serían mejores". Vespucio, Anglería, Las Casas, Fernández de Oviedo, Cortés y otros tantos nos darán en sus escritos una imagen del indio americano. Este era el indio —la personalidad jurídico-religiosa— de los teólogos y juristas. Pero ¿cómo era el indio en la mente del pueblo español? ¿Cómo se le representa en la literatura del XVI? Ercilla dio una imagen de él en el Canto I de *La Araucana* y tal clisé se repitió. Lope recurre a pocos elementos, para caracterizarlos: plumas, arcos, robustos, desbarbados, recios, ingenuos, valientes. Desnudos y bárbaros, oscuros de piel, antropófagos o caribes ("caribanos" escribe Góngora), idólatras, aficionados al baile... tales los indios Rengo, Teucapel, Dulcanquellín, Tacuana, Tapirazó, Polipolo, Guainacap, Yupanqui... omaguas, yanaconas, yucambos, incas, aztecas y otros más que con diversos nombres aparecen en Tirso, Cervantes, Lope, Góngora y Quevedo.

Las costumbres de estos indígenas y ciertos datos etnográficos, que en el caso de Cervantes debió de leer en *La Araucana* y en *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, se usan como notas exóticas. Los caracteres de los personajes indígenas —auténticos o ficticios— son planos, sin profundidad.

LOS INDIGENISMOS

El exotismo también puede aparecer en el uso de vocablos netamente americanos. Colón, el primero en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

divisar la realidad de América, es también el primero en incorporar, ya en su *Diario*, una serie de vocablos, que con el tiempo se harán habituales en la prosa literaria —Pedro Mártir, Oviedo, Las Casas— u oficial, así como en el habla corriente: *huracán, cacique, canoa, cazabí, guanín, ají, tabaco, hamaca,* etc. Los literatos y humanistas no dudarán en incorporar esta amplia serie de neologismos que América les brindaba y que las obras históricas y los mismos criollos e indianos defendían. Nebrija ya en 1493 incorpora la voz canoa, Pedro Mártir en sus *Décadas del Nuevo Mundo* introduce muchas voces americanas como *areito* (baile), *bohío, batata, guazabara, guanábana, iguana, yuca, magüey, maíz, manatí,* etc. En el *Sumario de la Natural Historia* por Gonzalo Fernández de Oviedo publicada en 1526 también aparece esa adaptación y uso rápido que se hacía de los vocablos americanos: *barbacoa, bejuco, bija, cabuya, comején, caney, chicha chaquira, guayaba, guayacán, guajiro, henequén, macana, mangle, nigua, tiburón, tunas,* etc. Diez años más tarde publica su *Historia General y Natural de las Indias* y son ya tantos los indigenismos o americanismos que se justifica de ello. Su irrupción es tímida aún; sin que hayan penetrado decididamente en la lengua corriente y diaria. Con Lope, Herrera, Medrano, Argensola, Quevedo, Góngora, Tirso y Cervantes ya no hay necesidad de justificarse, las voces americanas surgen sin que se sienta su procedencia foránea, como algo habitual. En Lope esta presencia es triple que en los restantes, pero no sólo en las obras de tema americano, sino en todas.[6] En aquellas a veces el vocabulario en boca de indígenas es como una característica más de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

su condición, como lo puede ser el atuendo. En todos ellos hallamos *taita* por hijo; *frazada* por manta; *plata* por dinero; *pebete*, por niño; *polleras*, por faldas, *chapetón, mico, chichimeco, yanacona, pita, caoba, caimán, tomate, tabaco, chocolate, naguas, caribes, tiburón, batata, arcabuco, huracán, farabute* por farsante. ¡Qué cerca este *farabute* de *faraute, lengua* o intérprete!

LA METÁFORA POÉTICA

Otras veces América es simple tópico poético, motivo para una metáfora. Así Tirso habla de

... el Perú de mis riquezas

y de:

... el blanco de Potosí de tu cabeza.

(La Villana de la Sagra).

... Indias de hermosura

(En Madrid y en una casa).

Potosí, el mundo fabuloso de la ciudad alta peruana, el "rey de los cerros y montes, envidia de los reyes del orbe, y aunque soberbio por tu altivez y grandeza, sólo humilde tributario de tus católicos monarcas..., pero pareces divino pues mantienes con tu riqueza todo el mundo", según decía su historiador Bartolomé Arzans, sirvió para grandes metáforas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Cervantes:

Y sobre un asno trae puesto
el cerro de Potosí.

Góngora:

Con su garganta y su pecho
no tienen que competir
el nácar del mar del Sur,
la plata del Potosí.

Quevedo:

Del Cerro de Potosí
darás hebras tan delgadas.

Como es de suponer, es en Góngora donde la metáfora, inspirada en el mundo americano, alcanza su cima. Para Góngora las perlas de Indias son "las blancas hijas de sus conchas bellas"; las flechas de los indios son "áspides volantes", el pavo azteca luce "su arrogante esplendor", el cuello de una coya peruana es como el de un cisne, y el oro y la plata indianos son "los metales homicidas que Midas no supo lograr bien".[7] Y Quevedo escribe: "Traigo todas las indias en mi mano" (sortijas).

EL INDIANO

Los aires de América también discurren por la literatura española de manos de los indianos y criollos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que menciona Tirso. Cervantes cita a los "peruleros" como sinónimos de ricos. El indiano es el gran tipo americano del teatro español. Vive ya en 1544 en la Comedia *Salvagia* de Alonso Villegas, pero es en el teatro de Lope donde el *indiano* figura más abundantemente porque era ideal para las tablas.[8] Indiano es el que ha estado en las Indias, aunque Lope también llama indiano al que trata con América, al que comercia; al que ha nacido allí (realmente éste es el criollo). En las obras de Lope el indiano se tipifica a veces como individuo sospechoso (*De cosario a cosario*), como hombre codicioso, ingenioso, autoritario, charlatán, tacaño ("gran vicio de los indianos es hablar mucho y dar poco"), o como persona relajada moralmente ya que en las Indias "anda suelto el demonio" (*La prisión sin culpa*) y la práctica del erotismo era cosa fácil. Cruzar el mar, dejar amigos y familias, llegar sin pasado conocido a veces —como Valdivia— dejando tras sí a una mujer e hijos, relajaba la conciencia como sucede en toda sociedad de frontera o bélica, que se juega la vida a diario. Lejos de convencionalismos, alejados del "qué dirán", sintieron y vivieron aquello que el *Mundo* dice en el *Auto de las Cortes de la Muerte* (Toledo, 1557) inspirado en la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas:

¡Gran cosa es libertad
y estar libre de mujeres
y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
tiene para los placeres.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Hay una natural exageración, pero no cabe duda que los resortes sociales se aflojaron y que muchos convencionalismos fueron dados de lado, y así:

Hombres en Indias casados
con blanquísimas mujeres
de extremados pareceres
y a sus negras inclinados.

(Lope: *La hermosa fea*).

Las indias, como las negras, gustaron al español que, falto de mujeres blancas al principio, estableció un intenso connubio trascendental para la América actual.

Existe, pues, prevención contra el indiano por diversas razones. En el caso de Lope hay que tener en cuenta que un indiano le birló uno de sus amores (*La Dorotea*). Fuera de esta razón personal corría también la idea de que a las Indias pasaba lo peor, la escoria social, como dijimos que expresan Cervantes, Quevedo y el mismo Guzmán de Alfarache. En Tirso de Molina el indiano es sinónimo de hombre rico, fachendoso, portador de "pesos ensayados", buen partido matrimonial, pero del que no hay que confiar:

Razón el que afirma tiene
que cuanto de las Indias nos viene
es bueno, sino es los hombres.

(*La Villana de Vallecas*).

Resulta curioso constatar este recelo hacia los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

provenientes de América, en especial criollos y mestizos, estimados como versátiles, inconstantes, solapados, con lo que dice la documentación y un jurista como Solórzano Pereira.

LOS HÉROES DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

Hay un aspecto de América: las acciones bélicas, los hechos heroicos que el teatro sobre todo recogió por obra de Lope, Tirso, y otros autores de menor talla. La gran novela de caballerías de la conquista fue una novela sin novelista, fue una epopeya sin un Homero.

La Conquista de América fue la última gran novela de caballerías que no inspiró a ningún autor de novelas. Cuando se realiza el Descubrimiento, la imprenta recién descubierta esparcía las novelas de caballerías y todo el mundo lee esta literatura que tiene sus antecedentes en el Romancero y en las mismas crónicas históricas. Los Amadises y Palmerines gozaron el favor de Isabel la Católica, Hernando Colón, Ignacio de Loyola y la misma Santa Teresa que confiesa "era aficionada a libros de caballerías". *El Amadís* se publicó en 1508, *Las Sergas de Esplandián* en 1510, *El Palmerín de Oliva* en 1510, el *Primaleón de Grecia* en 1512... a la par que se hacía la gran entrada en América donde se van a situar todos los elementos fantásticos de esta literatura: gigantes, enanos, amazonas, fuentes de la juventud, caníbales, islas encantadas... Pese a ello, nadie redacta la novela de América, aunque más de una crónica indiana acuse la influencia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de las novelas de caballerías. Y así, aunque la Conquista de América puede ser interpretada como una hazaña inspirada en el sentido caballeresco de la vida, y aunque la consideremos como el quehacer de grandes Amadises, ella no contó con su novela. Pero el teatro sí la recogió y se inspiró en ella.

Como dijimos, no faltó en Lope ni en Tirso la curiosidad, el deseo, de llevar a las tablas las acciones heroicas. El pueblo conocía de los hechos valerosos de Cortés y de Pizarro. Cortés es citado en el *Quijote*, y Colón, Pizarro y Orellana son mencionados en otras obras de Cervantes: *El Licenciado Vidriera*, *Persiles y Segismunda*. Algunos autores, como Góngora, apuntan la codicia entre los móviles de estos héroes. Quevedo, que advierte cómo se va formando la leyenda negra y cómo la Conquista es en parte causante, no hace el panegírico de ella. Ni la canta, ni la aprueba, aunque consagra un espléndido soneto a la nao "Santa María".

Como Góngora, Fray Luis estaba convencido de que el Descubrimiento de América era el acontecimiento que jamás los siglos vieron: "Aunque recorramos toda la historia de los tiempos pasados, nunca jamás encontraremos acontecimiento mayor, más increíble y más inesperado que el sucedido en tiempo de nuestros padres, cuando navegando por un mar dilatadísimo fue descubierto por los españoles el Nuevo Mundo, mayor y más extenso que el imperio romano". Para Fray Luis de León el descubrimiento era el premio que el pueblo español recibía por sus grandes virtudes. Fray Luis estaba orgulloso de la proeza colombina, como lo estaba de la hazaña de Magallanes-Elcano.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Esta gesta, como la de Colón, pedía un gran rapsoda o un gran dramaturgo. También lo pedían Cortés, Pizarro, los Amazonautas, Valdivia, Irala, Jiménez de Quesada, Hernando de Soto, Coronado, Cabeza de Vaca y miles y miles de hombres que hicieron la conquista y la colonización.

Colón, Cortés y Pizarro fueron los preferidos. Pero sólo en dos autores: Lope y Tirso.

El Nuevo Mundo Descubierto por Colón se publicó en 1614, en la primera época de Lope, quien se inspira en Oviedo y Gómara. En el primer acto vemos a Colón en Portugal, antes de pasar a Castilla. En su proyecto no trata de hallar un nuevo camino, sino de encontrar un "nuevo mundo". No falta la leyenda del piloto desconocido. En el segundo acto, siguen los errores y anacronismos puesto que fray Boyl navega con Colón rumbo a La Deseada que sería la Isla del doce de octubre. Se pintan a los indios, relaciones amorosas, y se da una relación de productos americanos así como la impresión causada por los castellanos en los indígenas que llaman a los barcos "casas preñadas".

El tercer acto, menos movido, está lleno de escenas muy convencionales. Queda patentizado el sentimiento de los españoles ante el Nuevo Mundo. Hay ya las consabidas escenas amorosas y Lope usa la sorpresa de la escritura para admirar a los indios que no se explican como un papel "habla". El Colón de Lope es mediocre; la obra en general es superficial, con débiles caracteres, con una América pintoresca. La mayor parte de la acción ocurre en las islas descubiertas, donde se dramatiza el desembarco y los pri-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

meros encuentros entre españoles e indios. Estos ofrecen amores y una serie de danzas y músicas. A Lope le interesaba exaltar la misión evangelizadora, por lo cual introduce un fraile —Boyl— que realmente marchó a India en el segundo viaje y subraya la implantación de una cruz y la explicación que del cristianismo se hace a los indígenas. Por eso el Colón de Lope, sin altura, semeja un héroe a quien Dios destina para llevar el cristianismo al Nuevo Mundo. Y con esta obra, en que se deseó dramatizar el aspecto misionero del descubrimiento y señalar a Colón como un elegido, se abre y cierra el ciclo colombino de la literatura española del Siglo de Oro. A finales del XVIII, en 1790, Luciano Comelle volverá a llevar a Colón a las tablas en su *Cristóbal Colón*, donde no se resalta el aspecto religioso ni el heroico, sino el regreso del descubridor en 1500... preso y cargado de cadenas, según el viejo y clásico cuadro.[9]

De la Conquista le interesaron a Lope las hazañas desplegadas en Chile, sin duda porque contaba con el modelo de Ercilla. Tomando el título de este autor —*La Araucana*—, Lope nos brinda una obra más cuidada históricamente que la anterior. Sin embargo, este auto sacramental que Menéndez Pelayo tacha de "absurdo delirio" hoy no lo soportamos. Hay una tremenda mezcla de lo religioso y lo profano; los guerreros araucanos son convertidos en símbolos de la venida de Cristo y de la redención. Lo más interesante de la obra, para nosotros actualmente, radica en la gran cantidad de canciones y bailes que se intercalan, como si se tratara de una zarzuela. Y la aparición de un mulato que plantea la diferencia racial.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Más documentada que esta obra anterior es el *Arauco Domado*, pieza con el mismo título que la obra de Pedro de Oña, donde se hace un elogio de Don García de Mendoza y se exalta el valor de los indios araucanos de los que un autor dijo que estaban "españolados". Ercilla en su obra había preferido a Don García. Lope, siguiendo a este autor y, sobre todo a Oña, lo exalta. Por algo se trata de una obra de encargo. Lope hace aparecer a Caupolicán, Tucapel, Galvarinos..., personajes presentados por Ercilla; y de Oña toma episodios enteros, como los amores de Tucapel con Gualeva o de Fresia con Caupolicán. Pese a estos rasgos comunes, las obras difieren, pues Lope es más real, presenta los episodios con más viveza, fuerza, sencillez y naturalidad.

Aunque no haga referencia a personaje del Descubrimiento y Conquista conviene analizar su comedia en tres actos *El Brasil restituido*, escrita en 1526 pero mantenida inédita hasta el siglo XIX. Por su movilidad de escena, soltura de verso y habilidad en su composición poética se parece al *Arauco Domado*, pero tiene también parecido con el auto *La Araucana* en la manera episódica y circunstancial en que aparecen los personajes americanos. El Brasil no es sino un escenario ocasional, en *forma de isla y bañado por el mar de Etiopía*, donde se ventila una disputa internacional cual es la pérdida y recuperación de Bahía. Ni el paisaje ni los indios tienen la importancia de los judíos culpables de la entrega de la ciudad.

Faltó en Lope la gran pieza teatral que recogiese dignamente la grandeza geográfica del Nuevo Mundo, la grandiosidad del Descubrimiento y la Conquista, o

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

los conflictos que la colonización planteó. No hay acierto geográfico, se confunde la flora y fauna de las regiones, los personajes son débiles...[10]

Tampoco Tirso de Molina, el otro dramaturgo que se acercó a la Historia de América buscando inspiración, logró en sus obras de tema americano esta grandeza que citábamos. Tirso se fijó en la epopeya de los Pizarros, espléndida cantera. Antes que él Luis Vélez de Guevara llevó a Pizarro al teatro en *Las palabras de los Reyes y gloria de los Pizarros*. Tirso escribió una trilogía: *Todo es dar en una cosa, Amazonas de las Indias* y *Lealtad contra la envidia*, que Doña Blanca de los Ríos consideró "la mejor dramatización de nuestros descubrimientos y conquista en América. La primera de las obras se limita a presentar el nacimiento e infancia de Pizarro, con notables desaciertos en cuanto a lo que realmente fue. Pizarro es un muchachito que a los 15 años se entrevista con Cortés, famoso por pendenciero, alocado, arrogante... La segunda obra está dedicada a Gonzalo Pizarro y apenas se cita a Francisco, lo mismo que en la tercera."[11]

Pizarro atrajo también a Calderón de la Barca que en *La Aurora de Copacabana* hace una exaltación del cristianismo y su implantación en América. Lo más interesante de la pieza para nuestro propósito es el contraste de la figura de Pizarro y Almagro. Pero el autor no ahonda y se pierde la ocasión. De este modo nos quedamos con un Pizarro de pacotilla, gris, ferviente mariano, aunque —eso sí— cauteloso y prudente.

Otros autores, ya en el XVIII, volvieron sus ojos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sin mucho éxito a la figura de Pizarro. Lo mismo que la volvieron los líricos a Cortés para darnos un conquistador de México tal como lo pintó don Antonio de Solís. Ni Lope, ni Tirso, ni Calderón se fijaron en Cortés, pero no faltó a éste cantores líricos y dramáticos. El madrileño Gabriel Lobo Lasso de la Vega escribió *La Mejicana*, poema lleno de errores históricos que Moratín criticó duramente. La mediocridad de los que tocaban el tema, y la grandiosidad de éste, explican la pobreza de todas estas obras sobre Cortés y de otras como *El Peregrino Indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán, *Méjico conquistado*, de Juan de Escoiguiz, y la *Hernandía* de Francisco Ruiz de León.[12]

En el teatro tampoco tuvo suerte Cortés. Juan de la Cueva, que vivió en México, no se sintió tentado por el tema que Fernando de Zárate, en *La Conquista de Méjico*, es el primero en llevar a las tablas. Su pieza no es sino una crónica dramatizada, barroca, pretexto para exaltar el Catolicismo. Esta idea de Cortés héroe religioso aparece también en la *Segunda parte de Santa Juana*, obra de Tirso de Molina. No está descaminada la afirmación, pues en el celo de Cortés lo religioso ocupa lugar principal. Y así Gaspar de Avila (*El valeroso español y primero de su casa, Hernán Cortés*), aunque casi se limita a dramatizar el matrimonio de Cortés con doña Juana de Zúñiga, compara a aquél con Lutero, tal como Tirso había apuntado:

El mismo día nació,
según dice, que salió
Lutero a inquietar el mundo;
en que contrapuso el cielo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dos sujetos que le dio:
porque si aquél se adelanta,
levantando y persuadiendo
a derribar la ley Santa,
éste, engañándose y venciendo
la acrecienta y adelanta.

El paralelismo tuvo éxito y lo repitieron posteriores autores. La Conquista de México, muy bien resumida, se cuenta en el segundo acto donde también se trata la fría acogida que Carlos I hace a Cortés. La verdad histórica flaquea en toda la obra, cuyo tema vuelve a tomar José de Cañizares sin mayor éxito.[13]

PERSONAJES AMERICANOS

Otras veces los personajes que aparecen son figuras que tuvieron realidad. Cervantes, que toma del acontecer diario personajes y hechos, no duda en incorporar a su gran retablo figuras que existieron y vivieron en América. Es lo que sucede con Tello de Sandoval, que sale a escena en *El Rufián Dichoso* como inquisidor:

Mas lo mejor es quitalle
de aquesta tierra, y llevalle
a Mexico, donde voy .....
.....
.....
Bien iré a la Nueva España
cargado de ti, malino;
bien a hacer este camino
tu ingenio y virtud se amaña...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Don Francisco Tello de Sandoval, enviado especial de Carlos I a México, para implantar las Leyes Nuevas, es el inspirador de este personaje secundario de Cervantes. Hay, pues, una alusión directa que, sin duda, aplicó en otras ocasiones llevando a sus obras personajes que conoció o de los que supo que habían estado en América.

Cervantes, como Lope, conoce también a los autores que vivían en Indias o que habían nacido en ellas. Hay panegíricos para estos autores en el *Canto de Caliope* y en el *Viaje al Parnaso*, donde se citan a Diego Sarmiento y Carvajal, Juan de Salcedo, Francisco de Terrazas, Diego Martínez de Ribera, Jerónimo Sánchez, Sancho de Ribera, Rodrigo Fernández de Pineda, Enrique Garcés y a Ercilla. A Cervantes le era muy conocida *La Araucana* porque en el famoso escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron de la biblioteca de Don Quijote se dice de ella que era obra preciada, de lo mejor que había en verso heroico en nuestra lengua. Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* también da nóminas de autores americanos, y con uno de ellos "Amarilis ", sostuvo correspondencia.[14]

LA DECADENCIA

En Quevedo hay una América que no figura en los anteriores autores. Sin duda por razones cronológicas. Quevedo está ya lejos del esplendor de los primeros Austrias, pues vive entre los dos siglos (1580-1645). Resulta curioso comprobar cómo Quevedo quizá en 1610 estaba tan mal de fortuna como Cervantes

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en 1590, ya que pensó marchar a Indias si pensamos que es él mismo quien en *El Buscón* nos dice: "determiné... de pasarme a Indias con ella, a ver si mudando mundo y tierra mejoraba mi suerte".

Al vivir ya dentro del XVII, siglo de decadencia, de infiltraciones extranjeras en el Nuevo Mundo, y de piratería, la América de Quevedo es un mundo de polémica (sobre el chocolate y el tabaco) que los extranjeros codician y cercan:

> *...Las Filipinas*
> *del holandés padecen grandes ruinas;*
> *Lima está con las armas en las manos;*
> *el Brasil en poder de los luteranos;*
> *temerosas las islas sus vecinas.*

Un soneto suyo, la *Advertencia a España*, el *Túmulo a Colón* y *La Hora de todos y la fortuna con seso* le sirven para expresar ese peligro que pendula sobre América y para presagiar su próxima pérdida:

> *Y es más fácil ¡Oh España!, en muchos modos*
> *que lo que a todos les quitaste sola,*
> *te puedan a ti sola quitar todos.*

Inmerso en las circunstancias políticas de entonces, Quevedo, escritor político también, vive por ello la coyuntura indiana. Él echa manos de América, como dijimos, para terciar humorísticamente en la polémica sobre el tabaco y el chocolate, para defender a los negros, para hablar de los mulatos a los que llama "hombres crepúsculos", para referirse al lugar de don-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de procede el oro y, sobre todo, para atacar a los ingleses y franceses y criticar a los holandeses que depredaban nuestras flotas.

Por eso para Calderón, contemporáneo de Quevedo (1600-1681), que vive el reinado de Felipe IV y que tras Lope y Tirso cierra el gran ciclo del teatro español, ya no tiene interés el Descubrimiento, ni la Conquista. Es una etapa harto lejana, de la cual queda, sobre todo, la proeza espiritual. En las obras de Calderón, América no señala el lugar del oro y otras riquezas, donde el hispano puso en juego su codicia y heroísmo, sino la tierra escenario de la evangelización. Por eso Pedro de Candía en las playas de Túmbez dice a Yupanqui:

Noble cacique (que bien
tu valor lo manifiesta),
no de tus minas el oro,
no la plata de sus venas,
me trae en su busca, el celo.
Sí, la religión suprema
de un solo Dios, y el sacarte
de idolatría tan ciega
como padeces...

Inspirándose en la *Crónica moralizadora* de Fray Antonio de Calancha, Calderón redactó *La Aurora en Copacabana* que viene a ser la obra de la Conquista espiritual de América. Pero como la épica y las piezas de teatro anteriores, tampoco esta obra está a la altura del hecho que canta. América en Calderón no es lo esencial, como en Lope.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Tras este examen general, hemos de concluir que América es algo que está presente en los autores del Siglo de Oro; que, siendo falsa a veces su geografía, planos los tipos humanos, sin grandeza lírica, teatral o épica sus obras en relación con la epopeya cantada, el Nuevo Mundo es algo presente en miles de detalles insertos en la sociedad de entonces. Y de todos los autores ninguno como Lope para tratar los temas de América, para usar los personajes indianos y para llenar su prosa de indigenismos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

VIII

SEVILLA E ITALIA

AL instante, en oyendo estos vocablos cuajados de grandes resonancias líricas e históricas —Sevilla e Italia—, la mente nos lleva hacia la ópera *El Barbero de Sevilla*; o hacia dos torres, la Giralda y la torre inclinada de Pisa o el campanil de Florencia; o hacia dos ríos, el Guadalquivir y el Tíber o el Arno; o hacia dos poetas, Bécquer y Leopardi... y, cómo no, hacia todo el mundo romano de Híspalis, Itálica, Trajano, César...:

Julio César me cercó
de muros y torres altas.

Y pensamos en esto último porque para algo la conquista de Sevilla por los romanos se inscribió en el Calendario de Roma con el fin de perpetuar ese día entre los fastos de la "urbe".

Italia, en la concepción general hispana, es algo así como Andalucía con ruinas clásicas en lugar de monumentos árabes. Tierra de sol, de casas blancas, de hombres y mujeres morenas, locuaces y gesticulantes... A base de esto y, sobre esto, se suele montar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

el paralelo entre Andalucía o Sevilla e Italia. Pero existen unas relaciones, unos parentescos, unas influencias y semejanzas, más íntimas, más intensas, más viejas y menos epidérmicas y folklóricas entre ambas tierras. Para algo Sevilla fue como otra página del libro de la historia que, al pasarse y cobrar vigencia, cubrió la página que se venía leyendo hasta 1492, la de las ciudades italianas florecientes y mercantiles, mediterráneas y republicanas, conectadas directamente con Oriente para importar unos productos preciosos que, de pronto, y por error de un italiano, comenzó Sevilla a acarrear por caminos que le daban la espalda a las viejas rutas.

Italia, pues, apareció con Roma por estas orillas y llanuras. Reapareció con San Fernando, y antes. Porque nos consta que antes de la conquista de la ciudad por el rey santo los genoveses tenían relaciones comerciales con Sevilla. Aumenta o se fija su presencia desde 1248, al actuar dentro del ejército cristiano como miembros de la flota o fabricantes de armas. Ello mereció que el monarca les premiase y les concediese un barrio y libertad para tener una alhóndiga, baños y hornos. La corona les protegía, además, porque fomentaban el crédito público (banqueros, prestamistas) y porque muchos de ellos ostentaban notables y necesarios oficios entonces. Enquistados en el siglo XVI, en la que se llamó calle *Génova*, luego Cánovas del Castillo (entre el Sagrario y el Ayuntamiento), gozaron de privilegios para nombrar cónsules y corredores de lonja en sus tratos y para poseer casa propia que aún en el siglo XIX lucía una placa con la inscripción: "Esta Casa es propia de la Serenísima República de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Génova". Aquí debieron de vivir los Centuriones, los Berardi y Ribaroles, amigos de Colón, y Vespucio y participantes, con sus dineros, en la conquista de Canarias. Fue calle de ricos comerciantes esta de *Génova*, luego de joyeros y pañeros, y, más tarde, de libreros. Junto a ella corría la de *Placentines* donde vivían los de Plasencia (Lobardía) y donde también existía una lonja de contratación para ellos y los milaneses. Los apellidos de muchos de estos comerciantes iniciales se alzaron en la escala social con el tiempo, bien por su dinero, bien por entronques, dando lugar a notables familias como las de los Pinelo, los Colón, los Paiva, los Spínola... De los Pinelos aún queda un Palacio. De los Colón, del más famoso después del Almirante, aún queda la Biblioteca Colombina (Catedral). De los Spínola brotaron dos cardenales, Ambrosio y Agustín. De los Paiva todavía queda la Casa de la Condesa de Lebrija.

Mientras llegó el encumbramiento que, pasado el tiempo, les convirtió en notables familias, estos inmigrantes italianos no fueron sino comerciantes, banqueros, prestamistas, marinos, cartógrafos, etc. Con ellos desembarca en el Atlántico toda la civilización colonizadora mediterránea: cultivo de la caña de azúcar, cultivo de la vid, los "fondachi" (Al-Fondak árabes), origen de la Casa de la Contratación establecida en Sevilla en 1503, el sistema de flotas anuales y periódicas que Venecia llamaba "caravanas", la "colligantia", "societas maris" y "societas terrae"; las Compañías de comercio como sistema y como institución operantes, pues tenemos una florentina actuando en Sevilla en los años de Cortés y Pizarro; etc., etc.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Sevilla va a hacer en la Edad Moderna, y con relación a América, lo que Venecia y Génova hicieron en el Mediterráneo con relación a Oriente.

Con todos estos supuestos colonizadores arriban a Sevilla los comerciantes citados y, marinos como Colón, Caboto y Vespucio; aparece este último como comerciante y luego se hizo marino al conjuro de Sevilla, y al conjuro de Sevilla se casó en ella con una sevillana (María Cerezo), se hizo español y murió en la ciudad que le vio actuar como primer Piloto Mayor (1512). Algunos de estos marinos italianos, que también fueron antes comerciantes (Colón), traían ideas erradas que originarán inimaginables consecuencias y marcarán rumbos históricos nuevos a sus ciudades patrias; otros, Vespucio, adivinarán mundos nuevos en escritos discutidos; y habrá quien, como Caboto, se empeña al igual que Colón y Vespucio en buscar un paso que el destino reservó a un portugués. No sabemos si aquellos hombres conocían aquello de:

Ver Nápoles y a morir
dicen los napolitanos;
y dicen los sevillanos:
¡Ver Sevilla y a vivir!

Pero ciertamente muchos aquí se quedaron, aquí engendraron hijos, aquí tuvieron buenos amigos hispanos o italianos, como es el caso de Colón, íntimo de Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios, y de Fray Gaspar Gorricio, su compatriota, fraile en Santa María de las Cuevas. Otros optaron por irse como Domingo Viglia-ruola. Lástima que se fuera a Francia llevándose

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

robado el rico tesoro cartográfico de la Casa de la Contratación. Otros pasarán como los turistas actuales. Así Andrés Navagero, embajador de Venecia, que anota en su agenda preciosas referencias sobre Sevilla y confiesa que "se parece más que ninguna otra de las de España a las ciudades de Italia"; y añade que tiene una torre muy alta y bella, de grandes y hermosas campanas, adonde se sube "por rampas como el campanario de San Marcos de Venecia, pero la subida es más cómoda y clara".

Aquel aire italiano de Sevilla que Navagero percibe se va a acentuar a lo largo del XVI, porque a la influencia económica y técnico-naval se agrega la espiritual y artística. Se vive entonces el Renacimiento. Espiritual e intelectualmente los italianos colaboran en la difusión de la imprenta y en la confección y venta de mapas. (Colón vendía libros de estampa, según Bernáldez).

El Renacimiento vino de Italia en manos de italianos y de españoles. En 1508, el mismo año que se nombra a Vespucio piloto mayor, aparece por Sevilla Alejo Fernández portando un pincel que acusa influencia italiana. Pincel que guiará a otros pintores aquí, siguiendo esta tendencia. Más tarde, un sevillano, Juan de las Roelas, estudia en Italia y allí se empapa de la atmósfera de Tintoretto y de Veronés. También Velázquez, cuando llegue el momento, se irá a Italia, y como Roelas y Zurbarán, evidenciará en sus lienzos lo que Italia le impresionó.

Los sevillanos van a Italia, pero también los italianos vienen a Sevilla; Nicoloso Pisano con sus azulejos, Miguel Florentino con su arquitectura y Pedro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Torrigiano con su escultura (San Jerónimo y Madonna sedente del Museo Provincial) preparan el terreno de tal modo que cuando aparece Pedro de Campaña y Luis de Vargas el Renacimiento italiano tiene una franca aceptación. El sevillano Vargas, seguidor de Rafael, estudió en Italia y de allí, aunque nacido en Bruselas, vino también Campaña. A este binomio se une un tercer hombre, Fernando Sturmio, seguidor de Miguel Ángel que con los otros dos ejercerá una notable influencia en la escuela sevillana. El siglo XVI. artísticamente hablando, fue de pleno dominio itálico en los artistas locales y en otros foráneos que aquí dejaron su producción. Repasemos, mentalmente, la arquitectura sevillana de entonces, empapada de Renacimiento, es decir, de Italia: Ayuntamiento donde trabaja el napolitano Benvenuto Tortello; capilla mayor de la Catedral; sepulcros de la Iglesia de la Universidad, obra algunas de los italianos como A. M. Aprile Da Carona y Pace Gazini... Hasta el mármol para los Reales Alcázares se importa de Italia.

La cerámica, elemento usado en la arquitectura, experimenta un notable cambio a principios del XVI con la aparición de los gustos italianos. El azulejo tenía en Sevilla una vieja tradición y técnica árabes. Pero ahora hace acto de presencia el italiano, de loseta plana pintada de fantásticos dibujos. Francisco Nicoloso, natural de Pisa, ya citado, es el introductor de este azulejo que vemos en la portada de Santa Paula y en la Capilla de los Reyes Católicos del Alcázar.

La miniatura acusó también el impacto italiano desde finales del XV. Se trajo entonces a un miniaturista italiano para que historiara las iniciales de gran

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

número de libros de Coro de la catedral. Su estilo, derivado de fray Angélico, se nota en once de tales libros, y en los restantes decorados ya por sevillanos que aprendieron la técnica del italiano.

La corriente cultural no cesaba. El Renacimiento italiano se había desbordado inundando nuestra patria y Sevilla, ciudad rica y próspera gracias a América. Los artistas como los aventureros se instalan en ella. El gusto renaciente se impone, sobre todo en aquellos que por su posición económica pueden ser mecenas de artistas o pueden importar de Italia obras clásicas. Es el caso de don Fadrique Enríquez de Ribera que en 1521 —Cortés está reconquistando México— regresa de Italia trayendo un "Cuaderno de la Fama" que utilizarán los pintores que decoran el Palacio —Casa de Pilatos— que entonces se comienza a construir. Otro prócer ilustre será Perafan de Ribera, sobrino del anterior, primer duque de Alcalá y primer virrey de Nápoles en esta familia. Cuidó con tanto mimo a su hijo natural, San Juan de Ribera, como su palacio sevillano que llenó de estatuas y piezas clásicas inigualables, como la Minerva de Fidias que aún hoy se conserva y que fue un regalo de Pío V. Bien para salvar de la destrucción, bien para decorar la Casa de Pilatos, bien siguiendo el gusto de entonces y su condición de hombre culto, este Perafan de Ribera llega a enviar un barco con 400 piezas extraídas de Roma, Nápoles y Capua. Desgraciadamente el navío se hundió. Ya metidos en el siglo XVII nos encontramos con el tercer Duque, también, virrey de Nápoles, enviando como su antecesor estatuas y libros. Nos consta que Alonso Cano, discípulo de Martínez Montañés, es-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tudió estas piezas de la Casa de Pilatos. Y sabemos por Rodrigo Caro que los dueños del palacio reunieron en él "muchas efigies de mármol... (y) una gran librería... (y) manuscritos y medallas". Sevilla se había hecho sentir en Nápoles a través de estos ascendientes del Duque de Medinaceli, e Italia se aposentó en Sevilla en la Casa de Pilatos con profusión admirable.

Como estos nobles hicieron otros, e instituciones e iglesias en el XVI y posteriores centurias. De tal manera que hoy se conservan obras artísticas italianas en la Catedral, Iglesia de El Salvador, Venerables, Diputación, San Buenaventura, Ayuntamiento, La Cartuja, San Martín, etc., etc.

No podía escapar la literatura a esta presencia italiana. Así proclaman a los cuatro vientos las letras del XV y del XVI, menos el XVII y muy débil el XVIII. Dante se percibe en Francisco Imperial y Pedro Guillén de Segovia. Imperial, hijo de un comerciante genovés, traduce e imita a Dante e intenta, el primero en España, aclimatar el endecasílabo italiano. La imitación italiana la continúan sus discípulos Ruy Páez de Ribera y Gonzalo y Diego Martín de Medina. Como en las otras artes, es el XVI la gran centuria italianizante en Literatura por obra del Renacimiento. Antonio de Nebrija, humanista, autor de la primera gramática de la lengua española respira aires italianos, como los acusan los líricos petrarquistas llámese Gutierre de Cetina o los integrantes de la "Escuela sevillana" como Fernando de Herrera. Herrera, seguidor también de Castiglione, se formó al igual que otros en la escuela humanista de Mal-Lara, creador de la famosa Academia de la Alameda de Hércules, centro

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de las humanidades sevillanas, de fuerte influencia italiana. En el campo de la novela interesa anotar que Mateo Alemán intercala en su *Guzmán de Alfarache* una novelita de corte italiano, "La historia de Dorido y Clorinia". En el siglo XVII Jáuregui y Rodrigo Caro denotan la impronta italiana; el primero siente predilección por los métodos italianos y es un gran traductor de Tasso (*Aminta*), el segundo no olvida en su *Canción a las ruinas de Itálica* el canto *Alle rouine di Roma* de Castiglione. El siglo de las luces apenas detecta la presencia de Italia en las letras sevillanas. Si en el XVI lo italiano desbancó a lo francés, en el XVIII se da el fenómeno inverso.

No será sólo *El Barbero de Sevilla* quien nos permita ver a nuestra ciudad como escenario de la música italiana. Dejando de lado una primera vinculación musical hispano-italiana a través de Juan de la Encina, es preciso subrayar la presencia de Sevilla o Andalucía en ciertos autores itálicos y la influencia de Italia en algún músico sevillano. Donizetti en *La Favorita* sitúa episodios en Sevilla, y Boccherini en el *Quinteto en Re Mayor* (del *Fandango*) introduce una ráfaga vigorosa, popular, de Feria, espontánea a base de castañuelas sevillanas o andaluzas que rompen la refinada, cortesana y dieciochesca melodía. En cambio, don Hilarión Eslava incorpora abundantemente elementos musicales italianos en su famoso *Miserere,* fondo musical excelso de la Semana Santa Sevillana, propio para que sólo lo gocen escogidos, pero que tiene como una prolongación popular en esa otra música de las marchas procesionales callejeras, transidas de tambores, incienso, azahares, candelería y rumor humanos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que sostienen voces de capataces... Tal *Ione*, obra de Enrico Petrella, un italiano. Porque Italia no podía faltar tampoco a la doble cita de la Semana Santa, con *Ione*, y de la Feria con el *Fandango* de Boccherini.

Quizá por todo esto, por todo lo que de su patria había en esta ciudad, Edmundo de Amicis escribió que "En Sevilla no se envejece. Es una ciudad donde se desvanece la vida en continua sonrisa, sin otro pensamiento que gozar del cielo, de las lindas casas y de los jardines voluptuosos. Es la ciudad más tranquila de España... La imagen de aquella ciudad pasa a veces por delante de mis ojos como una forma blanca y desaparece sin que pueda aferrarla con la mente; la veo cuando huelo una naranja con los ojos cerrados; la veo cuando aspiro el aire en ciertas horas de día a la puerta de un jardín... Pienso en ella como en un país que tuviese todavía que ver... la amo como a una hermosa mujer desconocida".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

IX

SEVILLA EN AMÉRICA

LOS primeros datos numéricos que nos permiten calcular la población de Sevilla son de principios del XV. Es un alarde hecho en 1405. A él le seguirán una serie de documentos militares propios de una centuria en que la milicia sevillana estaba en pie de guerra continuo por vecindad frontera de Granada. En la fecha citada de 1405 figuran 5.970 hombres que serían un octavo del total (48.000). En este cálculo no se incluyen ni judíos ni mudéjares. Los primeros no serían muchos, pues pocos años antes tuvo lugar el asalto de la judería. Reuniéndolos a todos podemos pensar en 50.000 habitantes en 1405. Masa urbana considerable para entonces en que Colonia tenía 30.000 habitantes.

A través de los padrones conservados en el archivo municipal de Sevilla se observa una población compleja, integrada por elementos autóctonos, con separación topográfica: barrio de comerciantes (Salvador); pescadores y marineros a orillas del río; industria textil incipiente, labradores y hortelanos hacia el este y sur; clero y oficiales reales en torno a la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

catedral y el alcázar. Antonio Domínguez Ortiz ha sabido estudiar muy bien todo esto.

A lo largo del siglo XV se nota un incremento de la población. La colación de San Esteban pasa de 84 vecinos en 1426 a 143 en 1489; Santa Catalina, de 143 a 240, etc. Para calcular la población de la ciudad en el XV contamos con la *Descripción y Cosmografía de España* de Hernando Colón, que nos da unos 15.000 vecinos.

Cuando Sevilla es elegida como centro ultramarino es ya un gran núcleo urbano. Un viajero alemán dice de ella que entonces tenía doble población que Nuremberg. A principios del siglo XV ésta era de 65 a 70.000 habitantes. Está en los balbuceos del gran desarrollo que va a cobrar en años próximos al conjuro de América. Aumentan las riquezas, aumenta la población y aumentan las casas. Se rellenan de edificios huecos intraurbanos; luego comienzan a desarrollarse núcleos fuera de la muralla. De estos núcleos el mayor era Triana, con 60.000 vecinos. Era el barrio de los alarifes, calafates, carpinteros de ribera, marineros.

Las conquistas de México y Perú van a ser decisivas para Sevilla, que crece a gran ritmo mientras ciudades de la meseta declinan. Todo es consecuencia de la puesta en explotación del Nuevo Mundo. La afluencia de riquezas, la presencia de mercaderes extranjeros, la entrada de esclavos canarios, negros y americanos, las fortunas rápidas, la formación de un estrato de pícaros y maleantes (*Rinconete...*), dan a Sevilla un matiz exótico, cosmopolita.

Un padrón eclesiástico de 1565 nos arroja la cifra de 100.000 habitantes y otro de 1588, con Felipe II,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nos dicen que había en Sevilla 14.282 casas, 29 colaciones y 121.990 habitantes. A éste añadamos la población flotante, más unos 4.000 moriscos. A fines del XVI Sevilla superará los 130.000 habitantes, cifra enorme si pensamos que Roma tenía 110.000 y Amberes 100.000.

La época de mayor opulencia, en relación con América, ha sido, pues, la centuria del XVI. Fue entonces cuando Sevilla recibió la tremenda inyección de los caudales indianos. Francisco Franco, un médico y catedrático de la Universidad Hispalense, calificaba a la ciudad entonces de auténtico Mare Magnum. Si espigamos en los cronistas e historiadores clásicos de la segunda mitad del XVI, obtendremos precisas y detalladas noticias sobre la ciudad que Braun nos pintó en su *Civitatis Orbis Terrarum*.

Las crónicas de entonces reflejan, por ejemplo, la confusión en materia de atribuciones y jurisdicción existentes entre las autoridades. Algo que observaremos en América con harta frecuencia y que en cierta ocasión, como ha demostrado Muro Orejón, nos servirá para saber que los municipios indianos nacieron siguiendo el modelo del de Sevilla.

Como hoy, en las ventas de comestibles efectuadas en calles y mercados se daban frecuentes abusos, exagerados por la falta de celos de los Regidores, que descuidaban hacer cumplir las tasas, precios o "posturas". Sin embargo, no faltaban los azotes públicos a los infractores a los que a veces se les colgaba al cuello el producto mal vendido.

Estas notas negativas, de picaresca, de inmoralidad, propias de un auge materialista, no ensombre-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cieron ni impidieron el desarrollo de una vida cultural inigualable. El XVI es un Siglo de Oro para Sevilla en lo artístico y literario. Sevilla no va a ser sólo un gran puerto industrial, la primera plaza mercantil de Europa, sino que se convertirá también en una capital intelectual. Lo mismo atraía a mercaderes y marinos, que a aventureros, pícaros, genios y artistas.

Al conjuro de la riqueza germinó y se desarrolló la pintura y la arquitectura. Nacieron entonces la Casa de Pilatos, el Hospital de la Sangre, la Biblioteca Colombina, la Casa Lonja, las Casas Capitulares y se le añadieron a la Torre Mayor los tres cuerpos de arquitectura cristiana que la convertirían en la Giralda. En los Reales Alcázares se hicieron obras de ampliación y ornamentación y la pestilente Laguna se convirtió en el paseo de la Alameda. Se dispuso entonces el edificio de la Aduana y se hicieron notables obras contra las arriadas. En la catedral se construyó la capilla Real; se labró la custodia de Arfe, y el Tenebrario; se tallaron las sillerías del coro y el facistol; se forjaron las rejas de la capilla mayor, etc.

Intelectualmente es el siglo de Rodrigo Caro; Fernando de Herrera el Divino; Juan de Mal-lara, humanista y poeta; Argote de Molina, historiador que fue a morir a Las Palmas; Gutierre de Cetina; Baltasar del Alcázar; Lope de Rueda, etc.

Guichot, tomándolo de Luis de Peraza, nos describe la sociedad de entonces ostentadora de grandes lujos. Y Morgado también nos describe hombres y mujeres. Interesantes en estas descripciones las referentes a mujeres porque vemos cómo se tapaban el rostro, dejando ver un ojo exactamente igual que las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

famosas tapadas limeñas: "Usan vestidos muy redondos, précianse de andar muy derechas y menudo el paso, y así las hace el buen donaire y gallardía conocidas por todo el reino, en especial por la gracia con que se lozanean y se tapan los rostros con los mantos y mirar de un ojo, y en especial se precian de muy olorosas, de mucha limpieza y de toda pulicia".

El río era el encargado de llevar y traer la riqueza que originaba este auge. El río fue el camino por donde se lanzó la exuberancia de la nacionalidad recientemente creada, según Carlos Pereyra. A partir, sobre todo, del segundo viaje colombino, Sevilla se convierte en el gran puerto hacia América. La ciudad se constituye en capital del Nuevo Mundo tiñendo de sevillanismo a la vida americana en todos sus aspectos: dicción, comidas, arquitectura, folklore, etc.

La Corona la eligió como centro de todas las actividades a desarrollar con las tierras recién descubiertas. Pensemos lo que ello significó. Aquí se prepararon todas las grandes expediciones. Aquí se almacenaron todos los envíos materiales y espirituales que apoyaron la colonización de América. Aquí se dijeron los últimos adioses y de aquí se llevaron las últimas visiones de la patria. Lógica es la influencia notable de Sevilla en América. Todo pasó por ella. Y todo lo que vino a España de Indias llegó a través de Sevilla.

Puerto único, contó desde muy temprano con un grupo de funcionarios que organizaron todas estas relaciones. Juan Rodríguez de Fonseca el primero. Luego, ya en 1503, poseyó el primer organismo con objetivos americanos: la Casa de la Contratación,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sita en los Reales Alcázares. Aquí estuvo hasta 1717. Ella rigió el monopolio mercantil, ella controló la emigración, ella poseyó pilotos que enseñaron la ruta de América, y tuvo cartógrafos que pintaron los primeros mapas de América, y ella fue siempre la encargada de administrar justicia en los asuntos que le pertenecían contando con su Audiencia propia.

A la Casa de la Contratación añadamos el Consulado, la Universidad de Mareantes... Intentar evidenciar lo que todo esto significó de relación con América es tarea vana y equivale a sumergirse en la misma perplejidad de Ariño cuando en el XVI decía: "En 22 de Marzo de mil quinientos noventa y cinco años, llegaron al muelle del río de Sevilla las naos de plata de las Indias y la comenzaron a descargar, y metieron en la Casa de la Contratación trescientas treinta y dos carretas de plata, oro, y perlas de gran valor. En 8 de mayo de 1598 años sacaron de la capitana ciento tres carretadas de plata y oro, y en 23 de mayo del dicho truxeron por tierra, de Portugal, quinientas ochenta y tres cargas de plata y oro y perlas, que sacaron de la almiranta, que dio sobre Lisboa, y por los temporales truxejon la plata por tierra, que fue muy de ver; que en seis días no cesaron de pasar cargas de la dicha almiranta por el puente de Triana; y este año hubo el mayor tesoro que jamás los nacidos han visto, en la Contratación, porque allegaron plata de tres flotas, y estuvo detenida por el Rey más de cuatro meses, y no cabía en las salas, porque fuera, en el patio, hubo muchas barras y cajones".

Desde Sevilla y como plantas vivas se llevaron los olivos primero a las Antillas y luego al Continente.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Según observa Fernández de Oviedo, en las Antillas no fructificaron. Los destinados al continente se compraron al alcalde de Olivares —Juan de Baena— y se enviaron en 1520. Plantados en medios barriles pasaron así, y más tarde —1531— a México. Al principio las aceitunas eran carísimas. No había apenas. En la segunda mitad del XVI nos dice el P. Acosta que tanto en México como en el Perú había olivares, pero no existían aún molinos de aceite. Al poblador Antonio Rivera se le atribuye la introducción del olivo en Perú. Llevó en 1550 varios plantones de tinas sacados del Aljarafe, pero al Callao sólo llegaron tres plantones que cuidó con perros y esclavos. Le robaron uno que fue a parar a Chile, de donde se originaron otros olivos regresando de nuevo a Lima al huerto de Rivera. Puesta una rama de olivo en una procesión, se la disputaron varios cogiéndola un canónigo que la cedió a un poblador para ir a medias con él. Pero ya en el XVIII esto se había acabado, pues sólo en la región de Arica se recogieron 400.000 arrobas de aceite. La tradición de los olivos llevados de Sevilla se recoge en una cuarteta compuesta en honor del P. Alejandro Paz, elegido superior de un convento limeño en 1709:

De Sevilla fue el olivo
primero que vino acá.
Vitor por Sevilla, vitor.
Vitor por el padre Paz...

Las legumbres también salieron de Sevilla; con Pedrarias Dávila en 1514 embarcaron rumbo a la Antigua doce celemines de "Simientes de toda hortaliza".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las rosas y lirios pasaron por vez primera en 1520, pero sólo 32 años más tarde llegó la rosa al Perú. El mimbre pasó en 1505. En todos estos envíos de simientes, árboles, animales, etc., desde el puerto de Sevilla, no faltó nunca la picaresca. Pensemos en lo que eran las Gradas de la Catedral, centro comercial de la época y foco de reunión de tahures de toda clase. Ya en el segundo viaje colombino le cambiaron aquí en Sevilla 25 flamantes caballos que la Santa Hermandad de Granada le había proporcionado por 25 jamelgos de mala muerte. Podríamos continuar enumerando la inmensa cantidad de productos sevillanos que salieron para América en los años del XVI y XVII.

Y con todos estos productos: sus hombres. Sevilla enviaba sevillanos.

El dinamismo emigratorio español alcanza su máximo en la ciudad de Sevilla. Sevilla era una especie de perenne Feria Indiana, que atraía a sus habitantes y a los de otras regiones o reinos. La exposición que hace Hernando Pizarro del tesoro de Cajamarca obligó a don Antonio de Mendoza, que preparaba su expedición al Río de la Plata, a cerrar el banderín de enganche.

La emigración se efectúa cuando la tierra natal es muy pobre o cuando los atractivos económicos de los mundos lejanos son muy grandes, o por simple afán de aventura. La emigración sevillana viene determinada sobre todo por su condición de puerto único. Junto a ella, las provincias de Huelva, Badajoz, Cáceres y Salamanca, bautizadas todas por Peter Boyd-Bowman como "fértil medialuna", proporcionaron más de la mitad de los colonos salidos entre 1492 y 1520. Sólo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la ciudad de Sevilla facilitó un poblador por cada seis de los embarcados y la mitad del total de las mujeres. En un segundo momento, de 1520 a 1539, la población emigrante no sólo proviene de la "fértil medialuna" sino que absorbe gentes de Toledo y Valladolid, pero sólo seis provincias, entre las que está Sevilla, proporcionaron más de la mitad de los 13.262 colonos que salieron en esos años. Los andaluces que en el primer período, etapa que puede llamarse antillana, representaron el 40% de la emigración, en este otro momento "continental" no constituyen sino el 32%, si bien fueron andaluces el 48% de los marineros, el 50% de los comerciantes y el 58% de las mujeres. Los andaluces priman en Antillas, y un tercio de la población de México y Panamá procede de Sevilla. Sevilla-Triana facilitan ahora 1.790 habitantes de los 13.262 identificados. En el tercer momento, de 1540 a 1559, más de la mitad de los emigrantes siguen procediendo de la "fértil medialuna", y Sevilla ciudad facilita unos 1.750 de los 9.044 emigrantes estudiados por Boyd-Bowman. La posición geográfica de la ciudad y la Casa de la Contratación confirieron a Sevilla desde los inicios una "ventaja inigualable que hizo la emigración a sus habitantes más fácil y más común que otras ciudades", según el autor citado. "Para el sevillano, plantado en el pivote mismo sobre el que se movía el comercio de España hacia las Indias, el ir y venir a través del océano llegó a ser casi una rutina".

Hemos de suponer naturalmente la exportación, con estos hombres, de todos los supuestos que integran una cultura y una civilización. Con los hombres iban su lengua y dicción, sus mentalidades, sus concep-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ciones de la vida, sus dietas alimenticias, su folklore, su religión y advocaciones. El imperio ultramarino quedó ligado lingüísticamente más a Sevilla que a Toledo o Valladolid. El "dialecto" fronterizo andaluz, diferenciado ya algo del castellano de la meseta, ejerció una notable influencia en el habla que se desarrollaría en el primer escenario americano: Antillas. Al igual que se ejerció en Canarias. Esta lengua andaluza antillana, salpicada de antillanismos, fue llevada por los españoles de las islas al continente. Lo de las advocaciones es algo propio del pueblo andaluz, unido al cielo y clavado a la tierra (barrio o pueblo) por una advocación aún hoy y que no podía faltar ya en el XVI. Entonces los sevillanos adoraban —como hoy a la Macarena— a Nuestra Señora de la Antigua y a Nuestra Señora del Buen Aire. Ambas advocaciones pasaron a América, situándose sobre todo en uno y otro extremo de América del Sur. Una, la Antigua, fue el primer poblado que los españoles fundaron en el continente. La otra, Nuestra Señora del Buen Aire, misérrima aldehuela pronto abandonada y vuelta a fundar en 1580, se ha convertido con los siglos en la mayor ciudad de habla hispana.

Nuestra Señora de la Antigua era en el momento del Descubrimiento la principal advocación sevillana. Pintura mural, se discute su antigüedad bizantino-italiana. Pintada sobre un muro, pertenecía a la antigua iglesia o primitiva mezquita. El cronista Morgado indica que tal pintura se llamaba "así generalmente de tiempo inmemorial por su antigüedad de tiempo de Godos, permaneciendo siempre en Sevilla". Expulsados los godos, los árabes intentaron más de una vez lavar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la pared y borrar la imagen, pero salía más resplandeciente, nos cuenta el mentado cronista, que añade: "tamaño de una mujer muy proporcionada". Entonces contaba con numerosas lámparas de plata y se le decían numerosas misas diarias, aparte de una salve que se le cantaba los sábados. Cuando los cristianos erigieron la catedral respetaron el sitio, pero en 1501 el cardenal Hurtado de Mendoza costeó una nueva capilla y en 1578 se trasladó íntegro el muro al sitio que hoy ocupa. Cuando se hizo el traslado, recortando el muro se comprobó que había sido ya trasladado de otro sitio, pues el argamazón aparecía cortado y era de diferente material. Era del mismo material que las murallas de Sevilla. Esta es la historia de la imagen que pasó con los descubridores, ante la cual se postraron los hombres que dieron la primera vuelta al mundo, que dio nombre a la primera ciudad del continente: Nuestra Señora de la Antigua del Darién y que en magníficas reproducciones llevadas de aquí se venera aún en la catedral de Santo Domingo, México y Lima. El cuadro de Santo Domingo tiene el estilo propio de la escuela sevillana.

En cuanto a Nuestra Señora del Buen Aire, confundida lamentablemente a veces con la Virgen de los Navegantes de Alejo Fernández, ha sido el argentino Torre Revello quien nos ha proporcionado preciosos datos sobre esta advocación venerada hoy en la iglesia del Palacio de San Telmo y que dio nombre a la capital argentina. Claro que esta imagen es de 1600, pero la advocación es anterior y fue traída por los marinos españoles de Cagliari (Cerdeña) y llevada luego a la Argentina en la expedición de don Antonio de Men-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

doza. En Sevilla la advocación no aparece en ningún documento anterior a 1561, por lo cual hemos de pensar que Mendoza la conoció cuando fue soldado en Italia. En este caso, como se ve, mencionamos datos para acabar con una creencia errónea: que la advocación del Buen Aire llevada a la Argentina partió de la Virgen de los mareantes adorada en Triana primero, y luego en el Palacio de San Telmo, y para aclarar también el error de suponer a la Virgen de los Navegantes de Alejo Fernández como Nuestra Señora del Buen Aire. La Universidad de Mareantes se fundó en 1561. Resumiendo: la Cofradía del Buen Aire establecida en Sevilla no influyó para nada en la imposición del nombre de la capital argentina.

Apuntemos, a título de curiosidad, la presencia de una advocación que parece haber venido de América. Nos referimos al llamado Cristo de Maracaibo, pintura existente en la Catedral, cerca de la puerta de San Miguel. Para este Cristo de mucha devoción, y que no sabemos por qué se llama de Maracaibo, se encargó un suntuoso retablo a José González que lo hizo de estuco y se colocó en la capilla de Santa Ana en 1796 con motivo de la venida de los Reyes.

El comercio de libros, con base en Sevilla, se desarrolló muy pronto como otros comercios. Pero lo que nos interesa señalar ahora no es la cantidad enorme de libros que pasan de Sevilla a Indias y la variedad de sus títulos, sino el inmenso desarrollo de la industria libresca observada en el XVI en Sevilla con proyecciones a América. En México sabemos que la imprenta comienza a funcionar en 1535; pues bien, en 1539 está allí radicado el gran impresor sevillano

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Juan Pablos. Otros, como Antonio Espinosa de los Monteros, se radicaron en Cartagena de Indias. Y al Perú fueron los sevillanos Jerónimo de Contreras, el de las Siete Revueltas y sus hijos: Manuel, Juan y Jeromín. También fueron Francisco Gómez Pastrana, Pedro de Cabrera y Luis de Liria.

A la literatura sevillana no le fue ajena el tema de las Indias. Y algunos de sus cultivadores pasaron al Nuevo Mundo o dejaron sentir su influencia como los escultores y pintores. Herrera recuerda las hazañas de los conquistadores que compara con las gestas clásicas, además de hacer una gran apología de Cortés en sus *Acotaciones*.

Medrano, elogiado en el XIX y luego olvidado, pertenecía a una familia de banqueros y mercaderes que traficaban con Indias, por lo cual la nueva geografía debía serle familiar. Sabemos que los vinos de su hacienda "Mirarbueno" en Aljarafe se embarcaron para América y en sus versos notamos continuas alusiones a las Indias. Otros autores sevillanos pasaron a Indias, tales como Alvaro de Guzmán y Esquivel, Diego Mejía de Fernagul, Pedro Venegas de Saavedra, Juan de la Cueva... Juan de la Cueva marchó a México cuando su hermano va a la Nueva España a servir en un cargo eclesiástico. A Juan de la Cueva, poeta sevillano, debemos una magnífica descripción de México, de sus costumbres, comidas, juegos:

Consideráis que está en una laguna
México, cual Venecia edificada
sobre la mar, sin diferencia alguna
.....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Los edificios altos y opulentos
de piedra y blanco mármol fabricados,
que suspenden la vista y pensamientos.
Las acequias, y aquestos regulados
atanores, que el agua traen a peso
de Santa Fe, una legua desviados.

Y ahora, el ejemplo opuesto, un poeta americano —porque americano es Alonso de Ercilla— que nos describe a Sevilla:

Mira a Sevilla, ves la realeza
de templos, edificios y moradas,
el concurso de gente y la grandeza
del trato de las Indias aportadas,
que de oro, plata, perlas y riquezas
dos flotas en un año entran cargadas,
y salen otras dos de mercancía
con gente, munición y artillería.

Otro poeta sevillano, con vinculaciones americanas, es Luis de Belmonte Bermúdez, colaborador con Juan Ruiz de Alarcón en la comedia *Las hazañas del marqués de Cañete*. Y, sobre todo, autor de un espléndido diario donde se recoge el viaje de Pedro Fernández de Quirós desde el Perú en 1605 en busca de la tierra austral. Todos estos hombres que conocieron las Indias vivieron también el fárrago de la Sevilla ultramarina que se refleja o describe en varias obras del teatro del Siglo de Oro. En ellas siempre al hablar de Sevilla no se puede olvidar nunca, al admirar sus riquezas, los vínculos con las Indias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Vínculos mantenidos gracias a las Flotas, aquellas largas teorías de barcos que salían dos veces al año —desde 1561—, en enero o abril y agosto. Previamente sufrían en Sevilla múltiples visitas de inspección por los oficiales de la Casa de la Contratación. El regreso, directo a Sevilla, se hacía desde la Habana, donde los barcos idos a Nueva España y a Nombre de Dios se reunían. Este tráfico mercantil, mantenido durante siglos, contó con la Casa de la Contratación como organizadora y con los Consulados que se establecen en Sevilla en 1543 y que pasan a México y a Lima en 1592-3 teniendo como modelo el Consulado sevillano.

La contribución sevillana en la arquitectura y escultura es insoslayable. Resalta a simple vista cuando se examina el arte americano. Las ventanas de rejas venezolanas, los claustros colombianos, el mudejarismo de Colombia, la pintura americana del XVII influida por Murillo y Zurbarán, o la escultura exportada por Montañés. Ya en 1510 don Diego Colón organiza una expedición de canteros-arquitectos a Santo Domingo. El mudejarismo que observamos en diversas zonas de América embarcó en Sevilla y los claustros de Tunja, por ejemplo, tienen indudables parentescos con los claustros de Santiponce y La Rábida.

La exportación artística sevillana a Indias fue inmensa. Angulo Iñiguez en su trabajo "Dos Menas en México" relaciona una serie de contratos hallados en el Archivo de Protocolos de Sevilla referidos a imágenes, retablos, cuadros, etc. Los destinos: Chile, Perú, Colombia, Ecuador, Antillas, América Central... La

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

mayoría de los contratos se refieren a Suramérica, en México o para México se encuentran pocos. Con respecto a la escultura, el interés de las imágenes americanas no es sólo el de ser muchas de ellas obras de artistas europeos que emigraron, sino el de ser obras importadas, contratadas. Nunca cesó el envío de imágenes y cuadros; y Sevilla fue el gran mercado abastecedor. En la iglesia de la Profesa en México hay un Ecce-Homo y una Dolora en las que pudo intervenir Montañés. En la iglesia de la Compañía de Oruro (Bolivia) se encuentra una Inmaculada de 0'80 de altura firmada por Montañés. Al igual que ésta hay otras imágenes por el continente que se suponen debidas a la mano de Martínez Montañés: dos en Comayagua, por ejemplo. El gran imaginero talló también varios altares, pues conocemos encargos que le hicieron para Panamá (1598) y para Lima.

Con respecto a Puerto Rico hay noticias de envíos hechos desde Sevilla de un Crucificado en 1571 y un San Felipe y un Santiago en 1610. La conocida Virgen con el Niño del Seminario de Puerto Rico es una de las esculturas de estilo renacentista más bellas de América, salida de Sevilla. Sabemos que en el tercer cuarto de siglo la escuela sevillana crea sus mejores imágenes de la Virgen con el Niño. El flamenco Roque Bolduque talló una serie de estas imágenes marianas que ejercerán una perceptible influencia. Tras él sigue el castellano Juan Bautista Vázquez imbuido del mismo sentido humano típico del Renacimiento. Con este autor, sito en Sevilla, se relaciona la imagen puertorriqueña que no es sino una réplica de la Virgen existente en la iglesia de la Magdalena considerada del círculo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del citado maestro. La Virgen puertorriqueña en nada es inferior a su modelo estimado como una de las interpretaciones marianas más emocionadas y mejor compuestas de la escuela sevillana.

El mismo Cristo de los Ponce, enviado a Juan Ponce de León por Nicolás de Ovando, estima Angulo que es de factura sevillana. La imaginería, pues, americana tallada en el continente acusa una notable influencia en muchos casos de la escuela sevillana y concretamente de Montañés y además hemos de afirmar que un buen porcentaje de la imaginería americana fue importada de Sevilla.

Ya hemos dicho que la escuela pictórica sevillana del XVII fue la que más hondamente dejó sentir su huella en Indias. Murillo y Zurbarán, sobre todo, fueron los pintores modelos y de ellos pasaron cuadros a Indias. Sabemos que en Bogotá vivió el hijo mayor de Murillo: Gabriel, corregidor de Ubaque en 1679. Pasó sus días dedicado a las tareas agrícolas y muere en 1700. En el inventario de sus bienes figuran múltiples lienzos que decoraban la casa que mantenía en Santa Fe y donde podía haber algún cuadro obra de su padre. Estos lienzos pudieron influir en los maestros santafereños de la segunda mitad del XVII, sobre todo en Gregorio Vázquez de Arce, el máximo pintor neogranadino y en cuyos retratos de la Virgen con el Niño es patente la influencia murillesca. También se nota la presencia de Zurbarán en sus claroscuros, y recordamos haber visto en el Museo a él consagrado en Bogotá un cuadro representando a Santiago Matamoros donde el pintor de Santa Fe ha situado una Giralda idealizada, digna de una antología giraldeña.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Elemento artístico también importado fue el de los azulejos, compañeros inseparables de los colonizadores. Sabemos que el siglo XVI es el de máximo esplendor de la cerámica trianera y sabemos también que por razones económicas resultaba más barato enviar desde Sevilla ladrillos y azulejos a América que construirlos allí. Iban como lastre a veces. Los azulejos sevillanos se encuentran en toda América y desde muy temprano. En la misma Caparra (Puerto Rico) se ha descubierto la enjuta de un arco cubierta de azulejos que deben pertenecer al zócalo. Nada digamos de los azulejos de la Casa de don Diego Colón, la Catedral, San Francisco, el Hospital de San Nicolás, etc. en Santo Domingo. Por todos lados hay rastros de azulejos trianeros, sevillanos: en México, en el convento de San Francisco de la Antigua (Guatemala), en la catedral de León de Nicaragua, etc.

La misma geografía del Nuevo Mundo, bautizada con nombres de la Vieja Europa, acusa también la presencia de Sevilla, de los sevillanos, en todas sus latitudes. Con Colón en el viaje segundo va un sevillano, Diego Esquivel, que conocerá el norte de Jamaica y que, más tarde, en 1508 enviado a esa isla por Diego Colón con ánimos de conquistarla fundará una localidad a la que llamará *Sevilla la Nueva*. Es la primera mención que tenemos del trasplante del topónimo. En Cuba hallaremos un río en Oriente y una punta en la costa norte o provincia de Pinar del Río llamados Sevilla. Sevilla se denominarán una isla de Panamá en el Pacífico y una población de Filipinas en la isla de Bohol. Sevilla del Oro se llamará en Ecuador una lo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

calidad, etc. etc. El recuerdo de la ciudad querida iba dando lugar a una cordial, emotiva, geografía.

Ya indicamos que Felipe V en 1738 ante una cuestión de precedencia en Indias indica que las reglas para la formación de ayuntamientos americanos son las mismas que se observan y guardan en el Ayuntamiento de Sevilla. No vamos a delinear estas reglas, pero bástanos con saber que el Ayuntamiento de Sevilla fue modelo. No lo fue su Universidad, pero sí lo fue su Arzobispado, del cual dependieron las primitivas divisiones administrativas religiosas. Desde 1504 se establecen en Indias los primeros obispados, pero los designados no llegaron a ir al Nuevo Mundo y hasta 1511 la iglesia americana estuvo acéfala. En 1511 la bula "Romanus Pontifex" concede ya, como el Rey quería, explícitamente el patronato de las diócesis de Santo Domingo, Concepción de la Vega y Puerto Rico y se nombran sus obispos. De manera definitiva se establecía en esta fecha la iglesia americana siguiendo el modelo sevillano. El ámbito indiano fue creciendo, nuevas diócesis se erigieron en el continente y de todas Sevilla era la metrópoli. A Sevilla había que ir a solucionar los problemas religiosos planteados, pero las distancias, la inmensidad del territorio descubierto, etc. creaban unas demoras que obligó a crear una archidiócesis americana y prescindir de Sevilla. Ello se hizo en 1544, pero hasta entonces la vinculación con el Arzobispado sevillano fue total.

Todo lo que hemos estado examinado implica la existencia de unos hombres portadores de todos estos valores y elementos culturales. Ya nos referimos al volumen de la emigración. Pero ahora queremos citar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

algunos personajes claves en la historia americana íntimamente relacionados con Sevilla. El primero sería el mal llamado Rodrigo de Triana —Juan Rodríguez Bermejo—, el hombre que vio tierra por vez primera. Otros serían los hermanos Guerra, de Triana, descubridores tras Colón. Otro Álvarez Chanca, primer médico español en América, compañero de Colón en el segundo viaje. Otro Andrés Bernáldez, Cura de los Palacios, de los primeros en contarnos en prosa plástica las peripecias de Colón, etc., etc. Aquí vivió el primer Almirante y tuvo buenos amigos. Aquí vivió Américo Vespucio que dio nombre a América, aquí se casó, aquí murió y fue enterrado. Por aquí pasaron Juan Rodríguez de Fonseca, el primer hombre que llevó por varios años todos los asuntos indianos; Juan de Matienzos, primer presidente de la Casa de la Contratación; el fraile Gaspar Gorricio, íntimo amigo de Colón. Por aquí pasaron camino de Indias a hacerse famosos todos los conquistadores: Ojeda, que ejecutó la conocida pirueta en la Giralda, Pizarro, Cortés, Valdivia, Jiménez de Quesada... Por amores habidos en Sevilla no pudo Cortés marchar a Indias cuando debiera y en Sevilla vino a morir el conquistador de la Nueva España. Seguir mencionando nombres significaría no acabar. Reduzcámonos a dos hombres: Fray Bartolomé de Las Casas, sevillano cien por cien; y Hernando Colón, nacido en Córdoba, pero sevillano de adopción, pues aquí vivió y murió y a Sevilla dejó su gran tesoro bibliográfico. ¿Qué vamos a decir de Las Casas?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

X

SEVILLA Y LAS CASAS

EN Madrid moría nonagenario este dominico, gran batallador, en pleno comienzo de la gran hegemonía de España, que había de durar hasta 1610. Él había sido, con los Católicos Reyes, Carlos I y todos los grandes descubridores, conquistadores y primeros gobernantes, actor y testigo de aquella gran salida iniciada en 1492, que sirvió para poner las bases de esa otra etapa que principiaba cuando él desaparecía. Moría Las Casas en el mismo año en que Santa Teresa publicaba sus *Pensamientos sobre el Amor Divino*, en pleno período de Reforma y Contrarreforma.

Sevilla, puerto y puerta de América, capital del Nuevo Mundo, había sido la patria de Las Casas, al igual que lo fue de una pléyade de hombres que tiñeron de sevillanismo el mapa americano. Descubridores y conquistadores como Rodrigo de Bastidas, Díaz de Solís, Fernández de Enciso, Diego de Porras, Vargas Machuca; cronistas como Vázquez de Espinosa, Francisco de Jerez, Góngora Marmolejo, Juan de Castellanos, Luis de Belmonte; científicos y escritores como Tomás Mercado, Alonso de Santa Cruz, Álvarez

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Chanca, Juan de Cárdenas, Pedro de Medina, Nicolás Monarde; gobernantes como Antonio Bucareli y José María Chacón; o religiosos como Bartolomé de Las Casas y Alfonso de Medrano, fueron los que hicieron realidad la historia de España en América, una historia que otros sevillanos llamados Altolaguirre y Duvale, Antonio María Fabié, J. María Asensio, Jiménez Placer, Luis Torre Mendoza, Francisco de las Barras, Puente y Olea, Cristóbal Bermúdez Plata o Giménez Fernández, por sólo citar a los desaparecidos y más preclaros, han ido dando a conocer desde el siglo pasado, en que se intensificaron los estudios americanistas.

Ninguna ciudad mejor que Sevilla para ser cuna de un hombre —Las Casas—, "candela que todo lo enciende". Tal ciudad para tal hombre. Cuando Las Casas desaparece, Sevilla, en pleno Siglo de Oro, cuenta ya con unos 100.000 habitantes. Los caudales de América permitían ese auge demográfico, paralelo del económico y artístico, que hoy constituye lo mejor de la ciudad, y que ya entonces despertaba admiración.

Dos veces al año, según consignamos ya, arribaban aquellas fabulosas flotas portando riquezas e indianos y llevándose luego a todos aquellos hombres, autores de la extraordinaria empresa militar y política que se estaba desarrollando al otro lado del Atlántico. Junto a ellos navegaban también los "conquistadores de las Indias del Cielo", los que, como Las Casas, impusieron el imperio de los preceptos del cristianismo como guía en las relaciones entre los hombres. Alberto de Las Casas, un sevillano, ya había impedido que se vendieran como esclavos los canarios. Descen-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

diente era Bartolomé de Las Casas, de los Casaus que en el siglo XV participaron en la conquista de Canarias, islas que ofrecieron a Castilla un adelanto de los problemas que América presentaría. Juan de Frías, obispo en Canarias y sevillano, defendió a los insulares de Gran Canaria de las tropelías del gobernador y conquistador Pedro de Vera; Mendo de Viedma, también de Sevilla, protegió a los lanzaroteños; y el agustino Juan de Sevilla amparó a los indios de Sierra Alta en Nueva España, como Juan de Quiñones —sevillano— amparó a los filipinos. En esta tradición sevillana de sostener que todos los hombres son iguales ante Dios, y que el cristiano, sin tener en cuenta condiciones, es responsable del bienestar de sus semejantes, se inserta Bartolomé de Las Casas.

A los cuatrocientos años de su muerte, Las Casas, español de América, americano de España, sigue presente en el alma y recuerdo de los pueblos de América, y su doctrina cobra una tremenda actualidad a la luz de escritos y acontecimientos internacionales contemporáneos.

Fue Las Casas el primero en planificar socialmente y en hablar de economía dirigida, inspirándose en criterios de actual vigencia. Fue creador de utopías: su *Relación de remedios...*, en 1515, sólo antecede un año a *De optimo republicae statu, duque nova insula Utopía*, de Tomás Moro. En ella vemos como nada menos que un compañero de Américo Vespucio —Rafael Hitlodeo— es el personaje ficticio que relata el viaje a Utopía. Moro sueña, como soñará Las Casas, con un mundo mejor, y revive en pleno Renacimiento

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ideales platónicos, a la par que critica a la sociedad de entonces. Esta reacción contra la sociedad, contra el mundo en torno, este anhelo de un mundo mejor, lo hallaremos luego en Bacon y en Campanella. Y, sobre todo, en Vasco de Quiroga, que pretendió hacer realidad las ideas de Las Casas y Campanella.

Su brega tenaz, su lucha continua, le permitió lograr que sus doctrinas prevalecieran en el texto de las leyes. Y hasta el mismo público trascendió la polémica que sostuvo contra los que no veían en los indios americanos unos semejantes. Prueba este aserto el *Auto de las Cortes y de la muerte*, impreso en Toledo en 1557, obra compuesta entre 1552-7 por Micael de Carvajal y Luis Hurtado de Toledo, bajo la inspiración del breve y denso libro *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.*

Esa polémica de antaño no ha terminado, o por lo menos, la problemática del indio americano, que Las Casas, primer indigenista, ya planteó. Muchos indios siguen "como tierra no labrada", marginales o maltratados. Y la voz de Las Casas sigue oyéndose: "todos los hombres es uno". Y "quien quita el pan ganado con el sudor es como el que mata a su prójimo".

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XI

EL INCA GARCILASO Y SEVILLA

TODOS los cronistas primitivos, viajeros posteriores y visitantes de hoy, se desbordan en alabanzas hacia la ciudad-Dios, la ciudad fortaleza y santuario del Cuzco. Pedro Sancho, el secretario de Pizarro, estima que los edificios del Cuzco son obras de romanos, como los de Tarragona o Segovia; Miguel de Estete se acuerda de Burgos al hablar del Cuzco; y Cieza de León hace grandes elogios de esta ciudad, vértice del imperio incaico, cruces de vías, situada a una altura de puna (3.350 metros), en un valle u hoya que suaviza su clima, y que es una auténtica puerta de entrada a la selva.

"Es tan grande y tan hermoso que sería digna de verse aún en España", escribe Pedro Sancho (1534). Y fray Martín de Murúa la llama "Cabeza de estos reinos y provincias de este nuevo mundo llamado Perú". Pero es Garcilaso de la Vega —su hijo— quien ante este enigma arqueológico, rodeado de montañas severas y majestuosas, que eso es el Cuzco, derrocha más mimo y morosidad al describirla. Para él, "el Cuzco en su Imperio fue otra Roma en el suyo", a la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cual "los españoles honraron con renombre largo y honroso, sin quitarle su propio nombre; dijeron la gran ciudad del Cuzco...".

En esta ciudad nace, y en abril de 1539, un niño mestizo que se llamará por el momento Gómez Suárez de Figueroa. Su padre es el capitán extremeño Garcilaso de la Vega. Ha llegado a Indias hacia 1525, y antes de arribar al Perú con Pedro de Alvarado en 1534, ha actuado en México y Guatemala. Pertenece, como vemos por las fechas, a los que su hijo llamará "segundos conquistadores" cuando escribe: "Llamamos conquistadores de los primeros a cualesquier de los ciento y sesenta españoles que se hallaron con Francisco Pizarro en la prisión de Atahualpa; y los segundos son los que entraron con don Diego de Almagro y los que fueron con don Pedro de Alvarado y todos entraron casi juntos; a todos éstos dieron nombre de conquistadores del Perú y no más, y los segundos honraban mucho a los primeros, aunque algunos fuesen de menos cantidad y menos calidad, que no ellos porque fueron primero".

Su madre fue la princesa inca Isabel Chimpu Ollo, nieta del emperador Tupac Inca Yupanqui, sobrina de Huaynac Capac y, por tanto, prima de Huáscar y Atahualpa. Hasta los veintiún años este mestizo, llamado Gómez Suárez de Figueroa como un ascendiente español, vivirá en esa gran ciudad de Cuzco. Ya lo hemos dicho: la ciudad es un mundo singular, pintoresco. Los indios seguían con sus vestidos, sus divisas y sus tocados, según regiones. Continuaban celebrando las fiestas de su religión, a la par que los españoles edificaban sus casas y los templos cristianos sobre las

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bases y material del Collcampata, Amarucancha, Coricancha, Acllahuasi, etc. Esta geografía urbana contará como telón de fondo los años agitados y sangrientos de las guerras civiles. Unas luchas en las que el capitán Garcilaso de la Vega tendrá una actuación contradictoria y que para el niño mestizo significarán un trauma. Un trauma similar al que le ocasionará la separación o matrimonio separado de sus padres. El niño, educado en ambos mundos, paterno y materno, que al mismo tiempo aprende el quechua o "runa simi", idioma al que llamará "mi lengua general", y el castellano, verá quebrarse estas dos mitades por el matrimonio mencionado. Pero su padre, al casarse con una española, no lo olvidó y cuidó de su educación, de tal manera que en 1560, con veintiún años y muerto ya su padre, nuestro personaje sale para España. Llega a Lisboa y, por mar y el río, entra luego en Sevilla. De aquí a Córdoba.

Sobre estos supuestos podemos arrancar para establecer dos etapas en la vida del personaje que nos importa. Una primera, americana, del Cuzco, ya esbozada. Son años de zozobra, de caballos, de fiestas de cañas, de arcabuces, de libros de caballerías, de intrigas, de amistades militares. La educación del joven Gómez Suárez de Figueroa fue un pendular del mundo materno al paterno, del español al indígena. El paisaje y la familia materna le atarán fundamentalmente a la tierra peruana, definiendo sus años de infancia. Ya adolescente y, sobre todo, traspasado el umbral de los veintiún años, se proyectó en el mundo de su padre, en el mundo español.

La segunda vertiente de su vida discurre en la Península. Son años de estudios, sosiego, de amistades

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

con clérigos y religiosos o indianos que le evocan la patria lejana. Se afianza entonces su personalidad, le interesan los frutos del espíritu, se convierte en autor, y, algo muy interesante, sumergido en el mundo español, aflora en su personalidad el sentimiento indio, el orgullo de su sangre indígena, de ser mestizo, que confiesa sin ambages cuando escribe: "a los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones... y por ser nombre impuesto por nuestros padres, y por su significación, me lo llamo yo a boca llena, y me honro con él". Deja de llamarse Gómez Suárez de Figueroa, para ser conocido por Garcilaso de la Vega o "El Inca", apodo y seudónimo literario que toma y tal vez le imponen los que le rodean. Se llamará entonces a sí mismo "Indio Antártico"; en sus dedicatorias presume de sus ascendientes y parientes indígenas. Como mérito y con arrogancia llama a un libro suyo *La Florida del Inca*, y la versión española que hace de *Los diálogos de amor*, de León Hebreo, la denomina "Traducción del indio".

Pero este fervor nativo, este entrañable amor por el Perú —que de lejos evoca e idealiza—, tiene también una cara española. Porque la mitad de su espíritu pertenece a España cuando afirmaba que él poseía "prendas de ambas naciones". Y cuando traza la genealogía de Garci-Pérez para demostrar su ilustre ascendencia hispana. O cuando hablando de los grandes sufrimientos con que conquistó América dice en *La Florida del Inca*: "Con estos trabajos y otros semejantes, no comiendo mazapanes ni roscas de Utrera, se ganó el Nuevo Mundo, de donde traen a España

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cada año doce o trece millones de oro y plata y piedras preciosas, por lo cual me precio muy mucho de ser hijo de conquistador de Perú, de cuyas armas y trabajos ha redundado tanta honra y provecho a España".

Entre Sevilla, Córdoba, Montilla, Madrid, Badajoz, Navarra, Granada y, quizás, Italia, vive quien desde 1563 ha comenzado a llamarse Garcilaso de la Vega, como su padre, y como un lejano pariente que fue poeta... En 1563 está en Sevilla; siete años después interviene brevemente en la rebelión de los moriscos con grado de capitán y viene de nuevo a Sevilla. Vive fijo en Montilla, localidad que abandona en 1591 para trasladarse a Córdoba. Libros, cartas, informaciones y visitas, se amontonan y citan en su casa para respaldar sus escritos. Escritos que se proyectan a América y en los cuales el criterio histórico de nuestro personaje es el del momento. Es decir, para el Inca, la historia es ejemplar, pragmática, llena de máximas. Atento a la verdad, embellece e idealiza y presenta cuadros de hechos que deben imitarse. Le preocupa la fama y desea a veces tener "la facundia del grandísimo César para gastar" toda su vida contando las grandes hazañas de los españoles, a quienes les han faltado autores que recogieran su heroísmo.

Un amor breve, un hijo clandestino, un hacerse clérigo, un escribir continuo y un morirse casi al mismo tiempo que Cervantes, en abril de 1616, con setenta y siete años. He aquí la vida del Inca Garcilaso de la Vega, el "más grande y más clásico" de los escritores del Perú, según Riva Agüero, quien, por sangre, carácter, escritos y circunstancias de su vida lo con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sidera también como el símbolo más adecuado del alma del Perú.

En 1560, lo dijimos ya, remontó el Inca el río y llegó a la ciudad que Mateo Alemán consideraba entonces como "patria común, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores, donde todo es necesidad y ninguno la tiene". Volverá el Inca a Sevilla en otros años, y en ella, ligada económica y culturalmente a Italia, conocerá algunos humanistas italianos que debieron influir en su formación y en la de su biblioteca. Después de 1579 debió frecuentar y vivir en Sevilla, a la que podemos rastrear en los capítulos de los *Comentarios Reales* y en *La Florida del Inca*. En estas obras son muchos los sevillanos que se mencionan y con cierta frecuencia el Inca evidencia que conocía la ciudad por multitud de detalles. Habla, por ejemplo, de las botijas que se fabricaban en Sevilla para llevar aceite a Indias; menciona la guayaba, que los indios denominaban "savinto" y que él tuvo ocasión de volver a ver en Sevilla, traídas de Nombre de Dios "por un pasajero amigo mío", quien, "por ser fruta de mi tierra me convidó a ella". Refiere también que estando en Sevilla en 1579 vio una perla traída de Panamá por un tal Diego de Tenez con destino a Felipe II. Era una perla enorme, como huevo de paloma, de incuestionable valor, que llamaron la "Peregrina" y que las gentes "en Sevilla la iban a ver por cosa milagrosa". Igualmente aquí causaban admiración a los joyeros las "chaquiras" o joyas de oro de maravilloso labrado que el Inca trajo del Perú y les mostraba. Como en tantos otros cronistas, encontramos en el Inca comparaciones

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

entre el mundo americano y Sevilla, cosa lógica, porque la ciudad del Guadalquivir era la "última visión de la Patria". Así, el puente de barcas sobre el río, "que es de barcos y no está en el aire", le recuerda a Garcilaso el puente del Desaguadero, que "no está en el aire como están los de mimbres". Y en Florida consigna que había un río "poderoso" "que iba ya mayor que el Guadalquivir por Sevilla".

En relación también con nuestra ciudad, inserta anécdotas o curiosas historias. Una, por ejemplo, sobre el trasplante del olivo a América, que ya mencionamos, y otra sobre papagayos.

Hablando de papagayos y loros, cuenta que en Potosí había "un papagayo de los que llaman loro", que cuando los indios transitaban por la calle los llamaba con el nombre de su región, como si los conociera por el tocado y los trajes. En cierta ocasión pasó una india hermosa, vestida de Palla, como van las mujeres de sangre real, y el loro, al verla, le chilló: "¡Huairu! ¡Huairu!", equivalente a la tribu o nación más vil. La india se avergonzó y escupió, llamando al loro "Zupai" o diablo. Lógicamente, los indios, viendo este hecho, rieron, porque comprobaron que la india se había disfrazado. Tras esta historia refiere que en Sevilla, en Caldefrancos, había un loro indiano que, viendo pasar a un médico indigno, le insultaba por su mal comportamiento. El médico se quejó, puesto que no podía pasar por la calle donde el loro estaba, y las Justicias condenaron al dueño del animal a no tenerlo en la calle, so pena de dárselo al médico. Todas estas referencias y pequeñas historietas demuestran que Sevilla fue bien conocida por el Inca, quien debió vivir

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en ella largas temporadas; mas no sólo existe esta relación de vecindad con la urbe del Betis, sino que hay además unas vinculaciones históricas y sentimentales que el mismo Inca aireó al escribir la genealogía de Garci-Pérez. Garcilaso de la Vega descendía por línea legítima y varonil del hermano de Garci-Pérez de Vargas, el gran auxiliar de San Fernando. Su padre, como tercer hermano, dejó de lado el Vargas y tomó de la madre el Lasso de la Vega. Ese padre, segundo conquistador del Perú, de quien se honraba, y cuyos restos, tras lograr una bula papal, trajo a Sevilla y enterró en San Isidoro.

Vinculación histórica, de sangre. Vinculación sentimental, de vecino y admirador. Una admiración que le llevó a decir de Sevilla "encantadora de los que la conocen". Es decir, que también a él se le metió la ciudad en el corazón.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XII

VIAJEROS EN SEVILLA

SEVILLA, como Brujas, París, Roma, Venecia o Florencia es una ciudad con la que se sueña. Su historia, su encanto, su embrujo han inspirado a poetas, músicos, novelistas, dramaturgos e historiadores, y ha atraído a miles de viajeros que, tras idealizarla, acuden a ella como a una Meca del amor, de la belleza y del encanto. Desde la Edad Media se da este peregrinar que en testimonios, más o menos acertados, ha quedado plasmado en unos libros de viajeros. Con testimonios de ellos quisiéramos hablar a los turistas y visitantes de hoy. En primer lugar nos agradaría que los alemanes se fueran de nuestra ciudad diciendo no sólo que "en Sevilla hay una Iglesia muy grande, más grande que la de Colonia, y la ciudad es también más grande", según escribía a mediados del siglo XVI el alemán Nicolás de Popielovo, sino que se fueran habiéndoles sugerido Sevilla líneas como las que redactó Jerónimo Münzer: "Sevilla, ciudad del famosísimo reino de Andalucía, conocida en latín con el nombre de Híspalis, situada en una extensa y hermosa planicie, mayor que ninguna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de las otras ciudades de España que visité y cuyo campo produce en abundancia prodigiosa toda clase de frutos, especialmente aceite y excelente vino. Vila, dice el viajero teutón, la ciudad desde la altísima torre de la catedral, antes mezquita mayor, pareciéndome doble que Nuremberg".

A los italianos nos agradaría evitarles que esta tierra les resultase "calurosísima", como a Guiciardini en la época de los Reyes Católicos, pero eso es imposible. Sí estimo, en cambio, que estamos en condiciones de negar que todos los españoles son "saturninos, oscuros de piel y de pequeña estatura, soberbios por naturaleza, sin que, a su parecer, haya nación alguna que se les pueda comparar; en el hablar son muy exaltados de sus propias cosas y se ingenian en aparentar cuanto pueden; aman poco a los forasteros y son con ellos muy villanos...".

Nos gustaría que ningún extranjero compartiese estos pareceres tras su experiencia en Sevilla y que ella, en cambio, les permitiera decir como a Andrés Navaggiero, embajador de Venecia ante Carlos I, que Sevilla "se parece más que ninguna otra de las de España a las ciudades de Italia". Creo que éste es un justo y suficiente elogio. Elogio que confirma en el siglo XVIII Victorio Alfieri, a quien de Sevilla le agradó también "el aspecto originalísimo y españolísimo que todavía conserva".

Sentiríamos satisfacción si a los actuales visitantes nórdicos esta tierra les arrancase un párrafo como éste: "Al entrar en Andalucía, nuestras vistas, cansadas de un desierto monótono, han sido recompensadas con la hermosura, alegría y abundancia de productos de aquel

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

país. Desde las fronteras mismas encontramos numerosos lugares y ciudades populosas; la Andalucía es el país más poblado de España. En todas partes descansa la vista sobre grandes extensiones como selvas de limoneros, olivos, cipreses, palmas de dátiles, viñas riquísimas que producen finísimos vinos... Sevilla, célebre ciudad de España y capital de Andalucía, muy comercial, rica, poblada, con numerosas calles, edificios bajos por causa de los grandes calores y de un piso como los de los turcos. Tiene un puerto lleno siempre de un sinnúmero de barcos, navíos de guerra y de comercio; un río baña sus murallas y, aunque parece pequeño y poco ancho, es tan profundo que pueden pasarle sin inconveniente los más grandes navíos y galeones"... Esto lo consignó Jacobo Sobieski, un polaco, a principios del siglo XVII y mucho, decimos, nos agradaría que sus observaciones sobre el río se pudiesen hoy repetir por todos los que lo contemplan y transitan.

Los viajeros franceses, impenitentes andarines sobre el mapa de España, desde antes de Napoleón, estoy seguro que, como a finales del XVII su compatriota Jouvin, suscribirían este párrafo: "Sevilla es la más rica y la mayor ciudad de España, si exceptuamos Madrid, situada a orillas del río Guadalquivir, en medio de una gran llanura, la más fértil del reino de Andalucía, del que es la capital... (dotada) de un hermoso río, que la hace como un famoso puerto de mar, puesto que llegan allí barcos de todas las partes del mundo". De forma parecida se expresa Juan Francisco Peyron en el siglo XVIII, el cual describe con detalle y cariño a la ciudad e indica que la actual Universidad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

es "uno de los más hermosos edificios que hay ahora en Sevilla... Es un hotel inmenso, construido bajo este reinado, donde los patios son vastísimos y las galerías están multiplicadas para servir a las diversas preparaciones que debe experimentar el tabaco de España para ser reducido a polvo impalpable..."

Nunca quisiéramos que los británicos pensasen, como su compatriota Bowles, que el viento y el calor procedente de África ataca a la cabeza, inflama la sangre, y determina muchos excesos en Sevilla. Tampoco nos gustaría que creyesen lo que el Mayor Dalrymple afirmó a finales del XVIII. Procedente este viajero de Gibraltar, donde estaba destinado, hizo un viaje a España y Portugal para conocer la Academia Militar establecida en Ávila por O'Reilly. Una vez en Andalucía, cerca ya de Sevilla, parece que se tropezó con un muchacho, el cual le preguntó: "¿De qué país sois?" Contestando Dalrymple: "Soy inglés". A lo cual replicó el muchacho: "¡Ah!, he oído decir que los ingleses son buenos marinos, pero malos soldados". Repito, no pensamos esto. Y a cambio de ello quisiéramos que, como su compatriota de finales del XVIII, José Townsend, los viajeros ingleses supieran que nuestra Universidad fue fundada en 1502, teniendo una tradición tan venerable como la de algunos centros universitarios británicos, que siempre han despertado en nosotros el mismo respeto que despiertan sus soldados.

Agradeceríamos a belgas y holandeses su visto bueno a este trozo de Abraham Ortelio: "Es Sevilla la más linda de todas las ciudades de España y la más adornada de edificios, así sagrados como profanos; no

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tiene ni pareja en todo el orbe de la tierra, cuanto al traje de sus vecinos y cuanto es resplandor particular y nobleza que tiene natural.

Florecen en ella mucho la piedad, el estudio de las buenas artes y ejercicios de caballeros.

Es tan abundante de riqueza cuanto ningún reino e imperio nunca lo fue, por muy excelente que lo haya sido, si no fuera por ventura sólo el imperio romano.

Porque ella, como la más rica de todas las ciudades de Europa, las riquezas que recibe sin cuento, y nunca antes oídas, de otro orbe, que ella primero descubrió, derrama y distribuye liberalmente por todo el orbe cristiano, y aun los bárbaros que habitan el interior de Asia y África abundantemente enriquece".

A quienes lleguen de Portugal o de Hispanoamérica, buscando filiaciones, raíces para inaugurar o intensificar amores, no vale esgrimir párrafo de viajero alguno. Sólo el verso del poeta:

Y Sevilla.

Poeta hermano de otro, llamado Antonio Machado, que un día escribió:

Mi corazón está donde ha nacido,
no a la vida, al amor, cerca del Duero...

Suficiente explicación para los que puedan pensar que un enfermizo, y muy sevillano, narcisismo han inspirado estas líneas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XIII

EL "BETIS" POR EL GUADALQUIVIR

EL 16 de julio de 1817 fue miércoles. Don Francisco de Saavedra, un ilustre sevillano algo olvidado y a quien venimos estudiando, consignó aquella noche en los dos Diarios que llevaba que el "barco de vapor" o Steimboat, como él le llamaba, había salido haciendo su primer viaje con pasajeros a Sanlúcar, "pero habiendo roto uno de los ejes de las paletas no siguió adelante y se paró en La Puebla; los pasajeros, según voces, tuvieron que desembarcarse y tomar cada cual su partido". Saavedra redactaba entonces su Diario personal, donde incluía todo: lecturas, estado del tiempo, visitas, salud, etc.; pero al mismo tiempo llevaba otro Diario, como presidente de la Compañía del Río Guadalquivir, donde sólo dejaba constancia de lo perteneciente a ésta. Es un Diario éste donde la navegabilidad del río, la construcción de canales, las minas de Guadalcanal, etc., y, cómo no, el "barco de vapor" acaparan su atención.

En otra parte de la ciudad, el doctor M. del Mármol, "Catedrático por S.M. de Física experimental en la Real Universidad de Sevilla", redactaba un librito

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

titulado *Ideas de los barcos de vapor*, donde no sólo analizaba científicamente el nuevo ingenio, sino que hacía su historia, cantaba las excelencias del viaje por el Guadalquivir y describía el barco, que el pueblo de Sevilla llamaba el "Betis", encargado de sustituir al "barco de la vez" o de pasajeros que, de acuerdo con la marea, hacía la travesía entre la Torre del Oro y Sanlúcar. El nuevo barco sólo tardaría nueve horas. Construido por la Real Compañía del Guadalquivir, era una embarcación chata o, "si se quiere, de menos quilla" para sortear los bajos del río. Por ello —según Mármol— se parecía a las urcas holandesas. Llevaba dos cámaras, una a proa y otra a popa, con el departamento de máquinas entrambas. La chimenea permitía, caso necesario, acoplarle una vela. Alrededor de la borda corría una galería, sólo interrumpida por las cajas donde iban las paletas. De vez en cuando unas escaleras permitían subir a la cubierta de las cámaras.

La gente túvole cierto recelo, porque en algunos países europeos barcos semejantes habían explotado, pero Mármol garantizaba la calidad del metal de la caldera, y en cuanto a incendios, estimaba que eran casi imposibles. El "barco de Sevilla" poseía caldera de hierro batido que, a lo más, llegaría a agrietarse; en cuanto a incendios, habría la posibilidad "a tocar la orilla, siempre tan cercana, de nuestro río". Aparte de que los que "tanto temen y encarecen los riesgos" del "Betis" entran serenos y tranquilos en una pobre "charanga" y se dejan llevar a Sanlúcar como si fueran en una sosegada litera.

El barco fue bendecido y bautizado con el nombre de "Real Fernando" el 28 de mayo de 1817, y su bota-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dura se efectuó el viernes 30 de mayo, festividad de San Fernando. A las tres y media cayó sobre Sevilla el mayor aguacero del año. A las cinco y media, momento de la marea alta, el "Betis" abandonó la grada de San Telmo y entró en el Guadalquivir. Numeroso público presenció el acto. Casi a finales de junio, 26 y 27, efectuó los primeros ensayos. Saavedra había presidido el acto de la botadura y por aquellos días sólo leía obras sobre canales y arquitectura hidráulica. Le preocupaba —"le dolía"— el río, como hoy también le duele a muchos. Al atardecer del 26 de junio el "Betis", con autoridades y público, se puso en marcha, y contra marea y viento navegó suavemente a unas seis millas por hora. Todos admiraban la limpieza y comodidad del barco cuando, de pronto, éste se paró. Hubo que acercarlo a la orilla y desembarcar el público, que regresó por tierra. Total: un perno mal puesto que impedía el juego de paletas. "No hay operación de alguna importancia que no exija ensayos, tanto más circunspectos cuanto la operación fuese más nueva", dice Saavedra. Y un nuevo ensayo se hizo el 27 a las cuatro de la mañana. Como "no iba empachado de gente", pudo desarrollar todo su andar y en una hora fue y retornó de Gelves. Por la tarde, ante mucho público, hubo nuevo ensayo, "aguado" un poco porque en la caldera de vapor entró más agua fría de la necesaria.

El sábado 28, a las diez y media de la noche, volvió el "Betis" a navegar, llegando hasta cerca de Sanlúcar y regresando a Sevilla a las cinco de la madrugada. El nuevo barco tenía infinitos enemigos: unos por interés, otros por envidia, y otros por la ge-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

neral manía que siempre un sector del público siente por todo lo nuevo. Saavedra temía y consideraba que la Compañía tenía que andar con mucho cuidado "para que la malicia no invente alguna morisqueta desgraciada". El martes primero de julio, Saavedra, con muchos notables y más de veinte señoras, subió a bordo y cerca del anochecer fueron a San Juan en veinticinco minutos, maravillándose todos de la ligereza y facilidad de maniobra del barco. Se podía considerar, tras la maravillosa prueba, que el "Real Fernando" o "Betis" se encontraba en condiciones de realizar el viaje Sevilla-Cádiz. A toda prisa, el 7 de julio, se terminaba de pintar y de colocar los muebles a bordo. Se había acordado que no fueran señoras, aunque luego se haría otro viaje "expresamente en su obsequio". El martes día 8, a la una de la madrugada, levó anclas el "Betis". La expectación en Sevilla se había dado los días de las pruebas; ahora correspondía a Sanlúcar y Cádiz la novedad. Con todo, las orillas de San Telmo estaban llenas de gentes a pie, a caballo y en coche, aunque era de madrugada. Claro que era una madrugada de julio. Pese a las paradas que hicieron en el canal de aguas muertas, Puebla y otro lugar, el viaje transcurrió con toda felicidad, y a las seis de la tarde entraba en Cádiz. Una inmensa multitud les aguardaba y poco faltó para hundir al "Real Fernando" el tropel de botes y de gentes que deseaban verlo. El capitán general paseó por la bahía gaditana al siguiente día y el "Betis", sano y triunfante, retornó a la sombra de la Torre del Oro. Rápidamente se confeccionaron las tarifas: 120 reales de vellón por un camarote, 60 por un asiento en la cámara de popa, 40 por el asiento en proa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

y 20 por cubierta o galería. Los niños y la carga tenían su consideración y tarifa especial. Y así, a partir del 16 de julio de 1817, quedó establecida oficialmente la línea Sevilla-Sanlúcar-Cádiz. Bien es cierto que en este primer viaje oficial se le rompió en La Puebla un eje de las paletas y sesenta y un pasajeros tuvieron que desembarcar, según dijimos.

Saavedra seguía con sus lecturas y considerando que desde Sevilla a Sanlúcar el "Guadalquivir debe estar compuesto... la empresa no es difícil". Mientras que "desde Sevilla a Córdoba es preferible un canal, por más cómodo y más útil y menos costoso".

Mientras, el catedrático Mármol intentaba convencer al público que el viaje en barco era cómodo y económico, al tener a bordo alimentos y no tener que ir embarazado con equipajes. Aparte, contaba Mármol, del placer que la belleza del río brinda a quien por él navega: olivos, huertas, mieses de cambiantes colores. El catedrático de Física tenía sensibilidad y su prosa científica deja fácil paso a una insuperable descripción del río que merece la pena transcribir, sobre todo hoy que no tenemos la oportunidad de viajar por el Guadalquivir y gozar, como antaño, de "aquellos parajes vestidos de nuevos colores, que presentan varios aspectos, según la dirección en que se miran los olivos alineados. Ya es un verde oscuro que cubre toda la falda, ya es un gris claro de formas cambiantes, ya son largas calles que cruzan mansas ovejas e inquietas cabras. Ya en los valles nacen al lejos, como circos de olmos y álamos, que descuellan entre pitas y madreselvas, para guardar una pequeña casa rodeada de legumbres regadas de aguas y de sudores. Ya vienen

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

estos erguidos árboles a pintar en la corriente su imagen, que divide el barco veloz. Ya se ve un pequeño río que paga su tributo al Padre Betis. Sus estrechas márgenes se coronan de juncias, mimbres y olmos agrupados sobre las mismas aguas que el movimiento de la nave hace parecer salva flotante...". Viajemos, al menos con la imaginación, por el Guadalquivir en compañía del catedrático Mármol y sigamos soñando con Saavedra si es mejor aprovechar los ríos o trazar canales... La vida corre, y el río también. Muchos "barcos de vapor" lo han andado con facilidad y con dificultad desde entonces.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XIV

CANARIAS EN UN ARCHIVO DE SEVILLA

SIMANCAS, Madrid y Sevilla, que sepamos, atesoran amplio material documental sobre Canarias. Lentamente se podría hacer no sólo un Catálogo sino una colección en microfilmes o copias que pudieran completar los fondos custodiados en Canarias. Estudiosos, y estudiosos canarios, no faltan en las localidades citadas que pudieran ordenar y dirigir la catalogación y recopilación. Sería una tarea sistemática, orgánica, a cargo de hombres conscientes, preparados y responsables.

Las relaciones sevillano-canarias son viejas, intensas y trascendentes para el archipiélago, según hemos expuesto en el capítulo "Gran Canaria y Sevilla".

Limitándome, pues, al caso sevillano, puedo indicar que en el Archivo de Indias y en los Archivos Notariales se conservan muchos fondos. Los del Archivo de Indias, aquellos que se presentan en bloque, fueron ya utilizados en una monografía. Pero quedan otros, que se van hallando en diversas Secciones, factibles de reunir lentamente. Personalmente tenemos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

varios de estos papeles que también pensamos dar a conocer.

Imagino que en el Archivo Municipal se podría hallar algo; los de la Audiencia fueron ya trasladados a Canarias en una gestión en que tuvimos algo que ver. En cuanto a los Archivos Notariales, la muestra está a la vista: Núñez de la Peña, Enrique Marco Dorta y Alejandro Cioranescu han patentizado su importancia para la historia insular y han ofrecido importantes piezas.[1] Creemos que una tarea metódica daría óptimos frutos. El interés de estos protocolos es indudable. Charles Verlinde, entre otros,[2] trazó un plan para aprovecharlos. El autor belga, con clarividencia, juzgaba que la colonización americana entronca con la mediterránea y que la anexión y colonización de los archipiélagos atlánticos es una proyección de esa colonización medieval-mediterránea y un adelanto o experimento del fenómeno americano. Nada más cierto. Y nada también más cierto que es en Protocolos donde es posible hallar los testimonios documentales de este nexo o filiación, aparte de otras noticias.

Las escrituras protocolizadas constituyen un interesante testimonio aunque tengamos que utilizarlos, al igual que los textos legislativos, con gran prudencia.[3] Con todo, estos papeles recogen una actividad económica y social notable, donde el pueblo es personaje principal. Siendo Sevilla el puerto por excelencia en la expansión atlántica, se comprende la importancia que tendrán sus fondos notariales. Ya años atrás lo señaló Ots Capdequi: al Archivo de Protocolos hay que acudir para completar la visión que tengamos de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

la participación del pueblo en el quehacer colonizador. Las actas notariales recogen miles de nombres y de profesiones que, de una u otra manera, participaron en la tarea colonizadora insular. Siendo grande el valor que como fuentes para la historia económica tienen.

Por desconocimiento, por menosprecio, por la lejanía para el estudioso canario, primer interesado, o por lo difícil de la letra de los protocolos no se ha investigado en ellos como se debiera. Ya citamos las excepciones, quienes valientemente o animosamente se enfrentaron con este penoso quehacer y facilitaron valiosas muestras. Pero queda mucho más.

Según sabemos, estos viejos documentos están clasificados según Escribanías de procedencia y, dentro de cada una de ellas, por años de redacción. Hay que examinar uno a uno los libros de cada Escribanía para localizar lo que nos interesa.

La lectura de las escrituras, según dijimos, autoriza a clasificarlas según materias. El examen de casi medio centenar de documentos notariales nos ha permitido extraer noticias referentes a una serie de aspectos seguidamente desarrollados.

LOS CONQUISTADORES DE GRAN CANARIA

Casi medio centenar de conquistadores de Gran Canaria se asoman a nuestros documentos personalmente o mediante sus herederos para exigir el pago de lo que se les debe por su tarea bélica o para vender sus tierras. Unos siguen viviendo en Gran Canaria,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

otros se han radicado en Sevilla, Jerez o Niebla. No encontramos esa "relación de méritos y servicios" que nos vamos a tropezar en Indias y que tan útiles son. Aquí aparece la fría exigencia, la concesión de poder o el recordatorio de lo que se les debe.

Marcos de Palma menciona que a él y a sus peones se les ha de abonar 15.000 maravedíes por parte de Alonso de Lugo y en concepto de servicios prestados en la anexión de Tenerife. Ya luego son todos nombres vinculados a Gran Canaria. Al filo del 1500 encontramos la cifra de 101.600 maravedíes librada por los reyes para abonar a los que intervinieron en la conquista de Gran Canaria. De ellos se reparten 55.962 entre Yborre de Armas, vecino de Gran Canaria, Pedro de Ávila Tastarando, Pedro de Salamanca, Perucho de Natra, Guillén Castillo, Pedro del Rey, Rodrigo Carpintero, Simón de Fuentes Aguilando, Miguel Colmenar, Fernando de Montemayor, Lucas Martínez, Juan Inglés, Gonzalo Real, Andrés de Fasnalcázar, los herederos de Fernando de Prado, Pascual Telles, Juancho el Sastre, Pedro de la Hinojosa, Juan Guerra, Diego de Salamanca, Juan Santrysco, Alonso García, Francisco Cabrejas, Alonso de Albayda, Alonso Barvero, Juan de Burguillos, Pedro de Argüello, Sebastián de Arjona, Rodrigo Preñadao y Esteban de Urueña. A todos, una treintena de nombres, se les debe miles de maravedíes.

De 1501 a 1505 nos encontraremos con diversos nombres de conquistadores, algunos refugiados en modestos oficios, que otorgan poder para que se les cobre lo que aún se les debe por su participación en aquella empresa. Tenemos a Miguel Galván, humilde

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

zapatero de Sevilla, Juan Ruiz y Juan García, vecinos de la misma ciudad junto con Inés de Limpias, viuda de Alfonso Jaymes, vecina entonces de Niebla, que otorgan poder a Pedro Santana. Al mismo le concederán poder Diego de Carita, vecino de Gran Canaria; Alfonso Fernández, arriero de la misma isla; Pedro de Vargas, vecino de Sevilla; María López, como viuda y en nombre de Alonso López de Zorita, para sí y sus hijos Melchor y Baltasar; los hermanos trianeros Juan y Cosme de Alcalá, como herederos universales de Juan de Alcalá, su abuelo; Sancho de Escalante, domiciliado en Sevilla; el escudero Pedro de Villate que vive en Ecija; y Juan de Herrero, habitante de Jerez de la Frontera y al cual se le deben nada menos que 20.000 maravedíes.[4]

Otros nombres de mílites de la conquista aparecen en el apartado siguiente íntimamente ligado a éste.

REPARTIMIENTO DE GRAN CANARIA

Hemos de remitir al estudio que hace mi querido maestro y amigo don Pedro Cullen sobre el *Libro Rojo de Gran Canaria*,[5] a quien desee saber lo que conocemos sobre este repartimiento. Se ha discutido y dudado de la fecha en que tuvo lugar, pero a juzgar por estas escrituras notariales no cabe duda que se efectuó en 1485.

Este apartado, más que "Repartimiento de las tierras y aguas de Gran Canaria" debía titularse "Historia de las tierras que el genovés Batista Riberol poseyó en Gáldar". Porque, en efecto, es la historia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de estas tierras lo que se dilucida en las escrituras halladas, aunque anejas vengan noticias de suma importancia. Ojalá pudiéramos encontrar muchos documentos como éstos, que nos permitieran poner luz en el inicial reparto de la isla. Conoceríamos la totalidad de sus conquistadores y qué tierras y aguas se asignó a cada uno.

Sabemos que el 4 de febrero de 1480, desde Toledo, los Reyes Católicos remiten al Gobernador Pedro de Vera una Real Cédula comisionándolo para que efectúe el citado reparto. El Gobernador, no sabemos la causa, demoró el mandato de tal manera que en 19 de mayo de 1485 el Consejo y Moradores del Real de Las Palmas requirieron a Vera en la Iglesia de Santa Ana para que efectuase el reparto. Los demandantes, con justas razones, se consideraban dañados. Habían participado en la anexión de la isla y el Gobernador no les entregaba los premios asignados por la Corona. Pero el requerimiento de 1485 causó efecto, y Vera ordena la integración de una Comisión que efectúe lo pedido. Como representante suyo figuró Pedro García de Santo Domingo; en representación de Las Palmas, los Regidores Alonso Jaymes, Diego de Carrión y Martín de Escalante; en nombre de Gáldar estuvieron Pascual Tello, Juan Suárez de Morón y Diego Ramírez; y, finalmente, de Telde vinieron Juan Veléz de Valdivieso y Alonso de Zárate.

Como el asunto a aclarar ahora, en los papeles hallados, gira en torno a las tierras que Batista Riberol adquirirá en Gáldar, lógicamente sólo se mencionan esas tierras y los conquistadores que las recibieron. Tenemos así a Juan Suárez de Morón, Pedro del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Dotor, Francisco López, Francisco Peña y Fernando de Montemayor, como conquistadores que reciben tierras en Gáldar.

En 1491 se le dio un trozo de tierra a Gonzalo de la Rojana, junto a los anteriores. Aquellas tierras iban a parar a manos del genovés Batista Riberol, personaje estudiado por Leopoldo de la Rosa, quien ha perfilado la historia de esta familia o clan de mercaderes vinculados a Canarias mediante poderosos lazos económicos y unidos también a la gesta americana y al mismo Colón, según sabemos. Es Riberol un apellido que suena junto al de Berardi y que encontramos con facilidad en el Registro General del Sello del Archivo de Simancas.[6]

En agosto de 1487 Juan Sánchez Roldán, vecino de Gáldar, vende tierras a Micer Batista Riberol en la villa de Gáldar. Son tierras que lindan con las de Alonso Armaux, Pedro del Dotor y la acequia y madre del río. Ese mismo año, Francisco López vende al regidor de Las Palmas, Francisco de Porras, sus tierras en Gáldar.

En 1490 Pedro del Dotor vende a Riberol —septiembre— una "huerta de regadío, cercada, con parras y árboles" que posee en Gáldar, lindante con las tierras de Riberol. Este le da por la huerta cinco mil maravedíes. Al año encontramos a Gonzalo de la Coruña vendiendo a Francisco de la Peña y a Francisco de Montemayor unas tierras, que lindan con posesiones realengas, a cambio de un buey y treinta fanegadas de trigo.

En el trascendental mes de abril de 1492 —se firman las Capitulaciones de Santa Fe— Riberol hace

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

doble adquisición: por un lado le compra tierras a Francisco de Porras a cambio de veintisiete arrobas de azúcar, por otro lado le da a Francisco Montemayor unas tierras de regadío y un molino de pan moler a cambio de unas tierras que éste tiene y que limitan con las suyas. Como vemos, Riberol ha procurado ir aumentando su predio a base de comprar o cambiar tierras en Gáldar de modo que le permita integrar una sola y gran posesión sita en el Valle de las Garzas.

La primera fase del repartimiento grancanario lo personifica o llena el reparto hecho por Pedro de Vera. Un segundo momento, de repartos y reformas, lo representa el Gobernador Alonso Fajardo y arranca del año de 1495. En febrero de ese año a Fajardo, como Contino de la Real Casa, Gobernador y Capitán General de Gran Canaria y Reformador de tierras, se le faculta para repartir tierras vacantes y hacer justicia a aquellos pobladores dañados en el primigenio repartimiento. En virtud de estas facultades, Alonso Fajardo entrega a Batista Riberol, el 15 de junio de 1496, tierras que fueron dadas primeramente a Bartolomé Muñoz, Martín de Santibáñez y, además, un asiento de tierra para un ingenio en "la tierra blanca" y otro pedazo de tierra en el valle junto a las anteriores con el fin de que labre allí una huerta destinada al servicio del ingenio. Esto se le da en compensación de tres "suertes" de tierras que Riberol compró a Francisco Montemayor, Francisco Peña y Francisco Porras. Al año, en mayo de 1497, Alonso Fajardo recibía, como vecino de Gran Canaria, a Batista Riberol y le asignaba una caballería de tierra de regadío en Gáldar "debajo de la acequia". Ya metidos en la centuria décimosexta,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

entramos en la tercera fase o tercer momento del repartimiento de Gran Canaria. Nuevos hombres y nuevas medidas. La Reina Isabel acaba de morir y Don Fernando, como administrador de los reinos de su hija Juana, comisiona al Licenciado Juan Ortiz de Zárate para que forme y confirme los repartimientos de aguas y tierras grancanarios: por no estar poblada la isla del Real, ni la de Tenerife ni la de La Palma como debieran, alega el documento. Esto ocurre el último día de agosto de 1505, fecha también de las Instrucciones con que se dota al Licenciado.

El *Libro Rojo de Gran Canaria* no recoge la R. C. datada el 31 de agosto de 1505 y por la cual se sabe que las islas de Gran Canaria y La Palma no están pobladas como debieran por las siguientes causas:

1. Por darse muchas tierras a extranjeros y personas poderosas.

2. Porque los encargados de hacer los repartimientos no han seguido las instrucciones reales y han concedido a veces inmensas cantidades de tierra y aguas, donde se podían alzar poblaciones y puertos.

3. Porque algunos han ocupado más de lo que se les concedió.

4. Porque a muchos de los que actuaron en la conquista aún no se les han hecho mercedes ni dado repartimientos a pesar de que hay tierras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

5. Porque algunos Gobernadores y otras autoridades, parientes, amigos y criados han tomado para sí buenas tierras.

6. Porque a varios de los premiados se les han arrebatado sus repartimientos.

Por estas seis razones, y para que las islas se pueblen y los damnificados y agraviados reciban justicia, se comisionó la reformación a Ortiz de Zárate. A él y al Escribano que le acompañe se le fijan sueldos de acuerdo con los regadíos (50 mrs.), secanos (20 mrs.), sitios de ingenios (un doblón de oro), que confirme a sitios de ingenio que señale (100 mrs). Un año después, en octubre de 1506 y desde Burgos, se le prorroga a Ortiz de Zárate sus facultades.

En noviembre de 1506 se está pregonando en el Real de Las Palmas el mandamiento relativo a la reformación de los repartimientos. En diciembre Ortiz de Zárate da plazo de treinta días a los vecinos de Gáldar para que le presenten los títulos de sus tierras con el fin de confirmarles la posesión. El pregón se lanza en Gáldar y Agaete el 8 de diciembre de 1506 y no se presenta nadie. En enero de 1507 Ortiz de Zárate prorroga el plazo y el día veinte del mismo mes se presenta Batista Riberol pidiendo confirmación de la propiedad que tiene sobre unas tierras, ingenio y fuente del Valle de las Garzas de Gáldar. Como no se presentó nadie a oponerse a esta confirmación y sí, en cambio, varios testigos favorables, el 11 de febrero de 1507 Ortiz de Zárate confirmó a Riberol la posesión de sus tierras. En agosto del mismo año el Gobernador

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Lope de Sosa —el del verso famoso de Baltasar de Alcázar— y el Cabildo insular otorgan a Riberol, tras petición, un cayz de tierra sobre un cercado de cañaverales que tiene en el arroyo (valle) de las Garzas. Ortiz de Zárate confirmó la donación. Vemos cómo el genovés Riberol ha ido acumulando un predio de importancia en el término de Gáldar y que su historia nos ha permitido aclarar algunos puntos del repartimiento de Gran Canaria y asomar a nuestras páginas los nombres de algunos de sus conquistadores.[7]

También en las operaciones de otras ventas de tierras que no hemos citado, suponemos que actúan nombres de conquistadores ya que ellos son, sin duda, los primeros poseedores. Si a Riberol lo vemos amasando tierras en Gáldar, también a Tomás de Palenzuela lo hemos de encontrar adquiriendo más de una posesión. Es un mercader sito en Sevilla. En 1504 le compra a Pedro Rodríguez de Carvajal todas las tierras calmas que en el río de Firgas pertenecían a Francisco de Sevilla. Este, que recibe diez mil maravedíes por ellas, debe ser un viejo mílite de la conquista, ya que se indica que las tierras le fueron dadas por sueldos que se le debían. En el mismo año, también Palenzuela compra por 11.700 maravedíes al portero Antón Romo, que vive en Sevilla, unas tierras de sequero y regadío pertenecientes a la isla de Gran Canaria. Al año compra Palenzuela, por 8,300 maravedíes, tierras en el valle de Firgas que eran del cantero Jorge de Carita. Hemos de pensar que tanto el portero Romo como el cantero Carita fueron soldados en la conquista que, vueltos a su tierra de origen, se desprendían ahora de las tierras que como premios les dieron en el repartimento.[8]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las tierras canarias, tierras vírgenes casi, conocieron pronto un cultivo trascendental en la economía universal.

Sabemos cómo la caña de azúcar marcha con la civilización occidental, desde el fondo del Mediterráneo a los archipiélagos atlánticos, y de éstos, a las Antillas y Nuevo Mundo continental. Los ingenios azucareros, movidos por corrientes de agua o por bestias, fueron establecidos prontamente en las Canarias. Hay diversos trabajos sobre el tema que hacemos la gracia de no citar por su general conocimiento. En las escrituras notariales figuran los ingenios, sus tierras, aguas, herramientas, maderas, producción, etc.[9] Diversos ingenios de Gran Canaria — en Telde o Las Palmas — y de Tenerife — Duate — son citados para su compra o venta. Jacome de Sorvanys (*sic*), mercader genovés, da poder a otro mercader, Juan Ortiz, para que en su nombre pueda entrar en posesión de un ingenio en Telde (Gran Canaria) movido por bestias. En el mismo año de 1500 Pedro de Escalona compra a Juan de Robles un ingenio en el barranco de Avinaste por 80 arrobas de azúcar. Herramientas, maderas, calderas, moldes y asiento de tierras, entran en el trato. Situado en el valle del Real de Las Palmas arriendan un ingenio (1502) Constantino Cairasco y Francisco de Riberol a Batista de Riberol y Cristóbal de la Puente. Anejos al molino se mencionan casas y edificios, huertos y parrales, molino de moler pan, tierras de pan, cañaverales y aguas que fueron, se indica, de Alfonso Jaymes. El famoso Alférez debía ser retribuido

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

con unas de las mejores tierras del barranco de Guiniguada, bien cerca del Real.

LOS ESCLAVOS INSULARES

Los indígenas canarios plantearon nuevos problemas a los pueblos ibéricos obligando a revisar el concepto de esclavitud. Esta se aceptaba para los infieles, moros y turcos, pero ¿eran los canarios realmente infieles? Era un pueblo nuevo, desconocido, que disfrutaba una cultura y estado primitivo ideal. Sin embargo se les sometió en gran cantidad a la esclavitud. Las islas fueron mercados oficiales o particulares de incursiones cuyo arranque estaba en las costas del sur peninsular. Los trabajos de Wölfel, De la Torre y Vicenta Cortés han patentizado cuán abundante fue este tráfico y el valor que tuvo este comercio humano a fines del XV.[10] En la documentación notarial sevillana hallamos ventas, declaraciones de libertad, pregones de fugas etc. en torno a esclavos canarios.

El valor de ellos varía, de acuerdo con el sexo y edad. Una mujer tinerfeña, blanca, de cuarenta años, se adquiere por 4.600 maravedíes, mientras que otra de iguales notas, salvo tener dieciséis años, se da por 15.600, y 19.000 por una de treinta años, y 11.500 por otra de treinta años. El color debe influir, junto con la edad, número de hijos o posibilidad de tenerlos. Una esclava palmera de veinte años, de color "de loro", es comprada por 3.000 mrs. Los hombres se cotizan a menos precio e influyen también el color y edad. Uno de La Palma, de color "loro" y con veinte años, vale 6.000 maravedíes, mientras que otro también pal-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

mero y de igual edad se vende por 11.000. 7.000 y 12.000 maravedíes es un precio corriente en un esclavo de veinte años, de color blanco.

Si la esclava tiene hijos, el precio sube. Una esclava de origen tinerfeño, de treinta años y blanca, se vende por 11.500 maravedíes más 4.000 que vale su hijito, nacido en Sevilla, de tres años. El vecino de Zafra Rodrigo de Arocha vende en 1531 al reverendísimo y magnífico señor don Luys, obispo de la ciudad de Orán y administrador perpetuo del priorazgo de Canarias, una esclava blanca, llamada por lo demás Blanca, de diez y ocho años de edad, junto con una hijita de año y medio llamada Polonia, por cuarenta y cinco ducados (16.875 maravedíes).

Más de un dueño "ahorra", libera a su esclavo, "por sus muchos servicios". Otros lanzan pregones en la Plaza de San Francisco de Sevilla prometiendo premios de 1.000 mrs. a quien le devuelva un esclavo fugado. Suele indicarse siempre si están herrados en las mejillas con unas aspas de la cruz de San Andrés, unas flores de lis o unas estrellas. Hay individuos que para lograr préstamos hipotecan a sus esclavos; son empeñados, por ejemplo, una madre y un hijito, de treinta y de dos años respectivamente, por 10.000 maravedíes a pagar en seis meses.

Como Procurador de los canarios aparece un tal Juan de Peñafiel, a quien más de un isleño, llamado Alfonso Canario o Pedro Canario, nombres que denotan bien a las claras su origen esclavo, autoriza para que le ventile su libertad. A Alfonso Canario lo encontramos radicado en Béjar, casado con Juana Méndez.[11]

En cierta ocasión la Corona habla de lo poco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

pobladas que están las islas de Gran Canaria, Tenerife y La Palma. Vemos cómo muchos de sus primitivos habitantes salieron de manera forzosa como esclavos, o como soldados de las huestes que conquistaron las islas insumisas; otros abandonaron su patria y se situaron en la península voluntariamente, como el rey de Telde que con toda su parcialidad se radicó en la Puerte de Mihojar de Sevilla.[12] En estos años iniciales del siglo XVI algunos —castellanos y canarios—, agotada la aventura insular, embarcarían hacia las Indias. Sabemos de órdenes reales para que se embarquen nadadores o labradores o técnicos de la industria azucarera, camino de las Antillas. Pero también hallamos órdenes o diligencias para canalizar una emigración peninsular hacia las Canarias. En 1505 el Comendador López Sánchez de Valenzuela, capitán real y vecino de Baeza, da poder a Alvaro Beltrán, su mayordomo y vecino de Moguer, junto con Antón García, vecino de Córdoba, para que en su nombre lleven a Gran Canaria cierta cantidad de hombres. En el poder no se indica ni número ni misión, aunque se señala que podrán ser coaccionados a cumplir "todo aquello que son obligados a hazer en la dicha isla".

NAVÍOS Y MERCADERES

Desde el Puerto de las Muelas o de las Nueve Fuentes, en Sevilla, Cádiz y Málaga, a veces salían los barcos que iban, en general, a las "Yslas Canarias" o a los puertos de las Isletas, La Caleta, Melenara, Sardina, San Dimas en Gran Canaria, o La Torre en Tenerife, o Lanzarote, o Fuerteventura. El retorno, con

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

productos isleños, se efectuaba a "algún puerto de Andalucía", Flandes o a otros puertos situados en el Mediterráneo. En Canarias los navíos demoraban el tiempo necesario para vender y cargar, siendo corriente hallar que se le fijan al maestre de la nao los días que debe permanecer en cada puerto. De acuerdo con esta permanencia cobraba.

La documentación se refiere a "contratos de fletamentos", "Debe" o títulos de maestres, y en ella aparecen diversos tipos humanos financiando los cargamentos que se remiten a comerciar. Agujeteros, cerrajeros, traperos (vendedores de paños), zapateros, barberos, candeleros, cambiadores, labradores, calceteros y especialmente puros mercaderes intervienen en las compañías y negocios, contribuyendo con dos, cuatro o diez mil maravedíes para adquirir productos en la península que se comercian en Canarias, o comprarlos en Canarias para comerciar en la Península.

Por lo general, las mercancías embarcadas son vinos, aceite, paños, esclavos negros, "forcas para fazer azúcar", ropas, aceitunas, cebada, ajos, garrafas de agua, carne de cerdo salada, trigo, mantas, lienzos, lana, etc. De las islas se importaban azúcares, melaza y orchilla.[13] Resulta interesante comprobar el valor de las mercancías; así, por ejemplo, encontramos que una jarra de vino valía un real de plata de cuño de Castilla; una albarda valía lo mismo; un quintal de pan bizcochado importaba 50 maravedíes de Canarias; un vaso de loza menuda costaba 10 maravedíes de Canarias y 30 si era de ladrillo el vaso; 6 esclavos negros, 25 arrobas de aceite, 100 jarras de vino y otras mercancías costaron 150.527 mrs. En otra ocasión se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

indica que cada arroba de azúcar importa 325 mrs. de la moneda de Canarias.[14]

Siguiendo el modelo de Génova o Venecia, de las famosas "Commenda", "Societas maris", y "Collegantia", en las relaciones con Canarias se establecen compañías que veremos desarrollarse también al iniciarse los viajes descubridores-comerciales postcolombinos. El individuo que aporta el dinero para el "fornecimiento y despacho y vituallas y mantenimientos", puede remitir también sus maravedíes a Canarias con el fin de que con ellos se adquieran productos de la tierra. Estas mercancías canarias se venden en la Península y con el dinero obtenido vuélvense a comprar productos peninsulares que se remiten al archipiélago. La compañía dura tres años al cabo de los cuales quien prestó el dinero se reparte por mitad las ganancias y las pérdidas con quien efectuó los viajes y el negocio.

Los navíos, como es lógico, se repiten. Sus nombres, extraídos por lo común del santoral, son generalmente los de "San Telmo", "Santa María de la Antigua", "Santa Cruz", "San Cristóbal", "San Pablo", "La Trinidad", "Espíritu Santo" ... o "La Canóniga", que debía ser una nao llena de empaque y de buen volumen. Cualquiera que fuera el navío o nao su ruta era la indicada, es decir, Península-Canarias, haciendo a veces alguna escala en puertos africanos o llegando a Madera. Los maestres llevaban fijados los días de la estancia: cuarenta, sin contar los días de navegación entre islas por ejemplo, debiendo estar, se le dice a uno, quince días en cada puerto. Por cada día de permanencia se le abonaban 500 mrs. Si al barco le era preciso marchar a Lanzarote o Fuerteventura, "donde

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

suelen cargar la mayor parte de los navíos", debía ir. Al retornar a Cádiz recibiría instrucciones sobre el desembarco que podía hacer o no en el puerto gaditano. Si descargaba en Cádiz se le abonaban al maestre por cada caja de azúcar 10 maravedíes y 70 maravedíes por cada quintal de orchilla. Pero podía suceder que al llegar a Cádiz se le indicase que el destino sería Valencia, Marsella, Génova, Nápoles, Civita Vieja o Venecia, en cuyo caso el importe por cada caja de azúcar y quintal de orchilla variaba.[15] Tan sólo una vez nos encontramos un contrato sobre mercancía que se ha de embarcar en Canarias para llevar a las Indias. Pero este ejemplar único tiene un inmenso valor por los mínimos testimonios que al respecto poseemos. Tres hombres: el mercader Alonso de Valladolid, vecino de la Gomera, el marinero Fernando de Trigueros y el vecino de Sevilla Juan Gómez se comprometen de mancomún ante el doctor Sancho de Matienzo, el Jurado y Fiel Executor Francisco de Pinelo y el Contador de la Casa de la Contratación Juan López de Recalde, para embarcar seis camellos que venderán en la Española. No sabemos si estos camellos de 1508 son los que el Padre Acosta vio en el Perú —o sus descendientes—, ya que el fraile habla de camellos importados de Canarias y multiplicados en Indias "cortamente".[16]

Los nombres de mercaderes genoveses abundan demostrando la importancia de su papel —suficientemente resaltado por más de un autor— en el descubrimiento y anexión de los archipiélagos atlánticos. Esta intervención se prosigue luego en la empresa de América y posterior organización y disfrute del régimen mercantil. Las instituciones y los hombres

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

mediterráneos —de Génova, Venecia, Pisa y Florencia— estarán siempre presentes en la vida mercantil atlántica. Apellidos que vienen de la península itálica se asientan en Sevilla, se radican en Cádiz, se sitúan en Canarias y van a América en esas flotas que, como las de Venecia hacia Oriente, salen dos veces al año rumbo al gran mercado americano.

Son bastantes, decíamos, los apellidos mediterráneos que figuran en las escrituras notariales. En efecto, un examen de los documentos presentados nos facilita los nombres de Batista, Cosme, Francisco Jacome, Luis y Antonio Riberol, Batista Bornego, Lorenzo de Montibres Astea, Jácome y Antonio de Sobranys, Gerónimo de Ore, de Ororio o de Osorio, Simón de Forne, Sebastián Etaja, Francisco Ytalian, Esteban Buen, Silvestre de Brine, Bartolomé Guilón, Julián de Mendoza, Cristóbal de Aponte, Otterian Calvo, Valerio y Teodoro Carderina, Cosme de Berrio, Andrea de Toscana, Jácome Catano, Sebastián Doria, Vicencio Veneciano, Paolo de Espindola, Marcos de Castellón, Batista Bornego, etc. En su mayoría son genoveses, encontrándose algún milanés como Catano. Los Riberol fueron los más numerosos y ellos, como bien sabemos, son personajes principales en la historia insular.[17]

Con los mercaderes —ya lo vimos— los conquistadores, el pueblo y personajes tan sonados como Pedro de Vera, Alonso Jaymes, Antonio de Torres Fonseca, Hernán Peraza, Beatriz de Bobadilla, Alfonso de Lugo, Pedro Fernández de Lugo, Guillén Peraza, Pedro Fernández de Castañeda, y otros más que llenan ese sugestivo retablo de la vida Canaria en los años cruciales del XIV al XVI.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XV

LAS CANARIAS EN LOS CRONISTAS DE INDIAS

NOS ha parecido siempre que las Crónicas de Indias no han sido examinadas como debieran en busca de datos para la historia de nuestras islas. Desde nuestro campo americanista estimamos que podemos arrojar cierta luz, de vez en cuando, en esa historia que tiene un punto cardinal —no lo olvidemos— hacia América.

Conocemos el valor para la historia canaria de los textos del *Matritense*, el *Lacunense*, Bocaccio, *Le Canarien*, Pedro Gómez Escudero, Antonio Sedeño, Torriani, Fray Alonso de Espinosa, etc., de los siglos XV y XVI, para saltar ya a Fray Juan de Abreu Galindo en pleno siglo XVII.

Podríamos, estimamos, considerar como cronistas marginales, cronistas complementarios, a los Andrés Bernáldez, Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara y otros que vamos a compulsar en nuestro recorrido por la historiografía americanista en busca de Canarias.

Haremos notar con respecto a estos cronistas:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

1.—Su valor como primeros o primitivos historiadores de Canarias.

2.—La comparación continua que hacen del mundo americano con la geografía canaria.

3.—La visión que tienen del hecho canario como un fenómeno sin relación con América (Bernáldez) o en función de América (Casas y Gómara).

Aparte de estos nombres mencionados, nuestro examen se extenderá sobre un medio centenar más de obras, escritas del XVI al XVIII, de las cuales hemos obtenido noticias en unas cuarenta de ellas. Sírvanos ello para facilitar al estudioso canario algunos datos naufragados a veces en la historiografía americana y para subrayar una vez más los nexos y paralelos entre Canarias y América.

Dice Viera y Clavijo en su Prólogo que "La historia natural de Canarias, si se tratase por una mano hábil, no podría menos de ofrecer una pintura muy risueña a los que amando la hermosura de la naturaleza no son insensibles a la riqueza de sus dones. Su clima es el de las Islas Afortunadas; sus campos son los campos Elíseos ¡Qué no sería su historia! Por otra parte, nuestra historia civil es más fecunda en grandes sucesos de lo que parece a primera vista y sus pasajes políticos tienen un no sé qué de más sólido que de brillante. Es verdad que las famosas conquistas de Méjico y del Perú harán siempre más eco en todo el mundo que las de Canaria y Tenerife. Es verdad tam-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bién que Cortés y Pizarro serán en la opinión de los hombres más héroes que Vera y Fernández de Lugo; pero ¡ah!, si fuese lícito hacer un paralelo entre los guanches y los indios, entre las fuerzas de las Canarias y de las Américas, entre el impulso que animaba a unos y a otros conquistadores![1]

Ese paralelo lo vamos a observar trazado en más de uno de nuestros cronistas indianos. Lo veremos cuando Las Casas señala que la Tortuga era como la Gran Canaria;[2] volvemos a encontrarnos la comparación en el mismo Colón —tan dado a parangones— cuando señala que en Jamaica acaecían aguaceros al igual que en Canarias. Las Casas, al referir y criticar la destrucción de los indígenas de algunas islas antillanas, manifiesta que éstas eran mejor que las Canarias.[3] Nunca faltará este mirar hacia atrás, hacia la última escala y geografía vista que Colón debía conocer bien, antes de 1492, como lo evidencian sus paralelismos.

Las crónicas indianas estudiadas no están muy lejos de la experiencia canaria. Ese es un valor de parte de ellas. No vamos a encontrar en los capítulos consagrados a Canarias los clásicos "yo lo vi" o "yo estuve", de las crónicas indianas, pero sus datos son frecuentemente frescos, vívidos, que acusan una experiencia directa personal o de alguien que ha acarreado la noticia.

Sin duda que habrán quedado algún cronista o algún párrafo fuera de nuestro escrutinio. El orden seguido ha sido caprichoso, aunque al tocar un tema procuremos ir esgrimiendo los testimonios de acuerdo con una cronología.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El puñado de curiosidades que aportamos nos permite a veces traer a primer plano los pequeños hechos de la historia, no menos valiosos por pequeños. Son datos diversos que, reunidos, constituyen un inventario aprovechable donde se describen nuestra tierra en su fisonomía del XVI, nuestros antepasados indígenas, sus costumbres, el paisaje, los productos de la tierra, la conducta de los conquistadores, la relación con América, etc. La imagen resultaba fragmentada, pero no por eso carece de valor.

Como denominador común en estos cronistas historiadores tenemos el interés por América: es su objetivo. En bloque o en parte, Canarias está en el camino de ese objetivo. Está geográfica e históricamente.

Los datos aportados pertenecen a hombres diversos, en su formación, en sus procedencias, en el tiempo. Unos son marinos simples, otros soldados, algunos clérigos, clérigos especiales, gobernantes, simples escritores o cronistas. Sus obras han sido escritas en diversas épocas, y desde distintos sitios y con diversos propósitos. Unos están enjuiciando el quehacer peninsular —Bernáldez— y miran a Canarias desde Castilla; otros están juzgando la acción americana y enfocan el Archipiélago desde América —Las Casas—; algunos van de paso —El Fidalgo de Elvas, Federman—, pero todos nos traen el dato, la noticia, la anécdota que el estudio, la curiosidad o la escala portuaria de días les facilitaron.

Dijimos que son diversos los momentos, como diversos los hombres y los lugares desde donde se atalayan nuestras Islas. Hay un primer minuto, el auro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ral de Colón, en que las islas son el último tramo de lo conocido. Desde ellas comienza lo desconocido. Hay un segundo instante, de puesta en marcha una colonización entre dudas y sacrificios, que nos lo expresan Las Casas, Oviedo, Gómara, Herrera, etc. Y ya, pasados los años, viene la etapa de la colonización con pasos firmes, rindiendo frutos que recogen autores tardíos y en que la noticia aparece de segunda mano, trasvasada de un cronista a otro, con leves novedades.

Por todo ello, son diversas las reacciones ante el mundo canario y, por lo mismo, variado el valor de los testimonios. Pero siempre son interesantes, llenos de novedad. Es como, marchando en un viaje descubridor, ir hallando nuestras islas aquí o allá, en los capítulos ligeros o macizos, científicos o aventureros de las viejas crónicas indianas.

Como los primeros minutos pertenecen a una hora renacentista, muchos no olvidarán a Plinio, Solino, Juba, Estrabón etc., etc., ni a San Isidoro, Seboso y otros tantos. No faltarán tampoco las deformaciones, los errores, y hasta la "mala prensa" para las islas, pero entre todos —casi medio centenar— reuniremos bellas páginas, de antología, que confirman y completan las también viejas páginas de los cronistas canarios.

AFORTUNADAS, HESPÉRIDES, CAMPOS ELÍSEOS, BEATAS, BIENAVENTURADAS.

Bienaventuradas, Afortunadas, Campos Elíseos, etc., son designaciones que se disputa más de uno de los archipiélagos atlánticos, pero parece cuadrar más

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

a nuestras islas, aunque ciertas crónicas o Historias lo pongan en duda. Cristóbal Colón corrobora que algunos gentiles situaron el Paraíso en las Islas Afortunadas, que son las Islas Canarias ... Ya veremos que cuando llegue la fecha de 1497 y haya que situar el Paraíso, nuestro almirante lo coloca en el Orinoco.

Pedro Mártir de Anglería insiste en la designación, aunque da cabida a otras opiniones contrarias: "La Antigüedad las llamó Islas Afortunadas por la temperatura de su cielo, pues ni sufren el pesado invierno ni el atroz estío. Pero hay quien quiere que estas Islas Afortunadas sean las que los ingleses llaman de Cabo Verde".

Fernández de Oviedo sostiene que Afortunadas y Hespérides no son lo mismo y, como otros, se escuda en el testimonio de los antiguos que fueron quienes las llamaron Afortunadas.

Sin duda va a resultar nuestra prosa muy esclava del texto antiguo, pero no queda más remedio, pues ésta es tarea de antólogo y, con harta frecuencia, es necesario dejar constancia del texto auténtico, ya que tiene mucha más fuerza que la posible glosa. Es por ello por lo que dejamos que *Las Casas* escriba: "Podría también haber sido que las islas de Canarias fueran parte de la tierra de la misma isla Atlántida, y de allí, por la felicidad de la tierra la hubiese venido el nombre de Fortunadas" (I, 52). El texto lascasiano es con demasiada frecuencia confuso, obliga a una lectura detenida, pues el hilo principal del relato queda oscurecido con eruditas elucubraciones y citas clásicas. Este tema de las Afortunadas, Campos Elíseos, Hespérides, le interesa al fraile dominico y en diversas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ocasiones se enfrasca en él. Cuando no dice que "Héspero fue a reinar a las Islas de Canarias o de Cabo Verde", sostiene que los gentiles quisieron poner el Paraíso Terrenal en "las Islas Afortunadas, que son las Canarias". En cierta ocasión refiriéndose a testimonio de Plutarco dice que Sertorio navegando hacia Cádiz se encontró con unos navíos que iban a Canarias, "que llamaban entonces Beatas o Bienaventuradas (porque según la ceguedad de los antiguos, por ser templadas y fértiles estimaban ser allí los Campos Elíseos de que habló Homero, donde iban después desta vida las ánimas)...".' Siempre recurriendo a testimonios de autores clásicos hace el dominico sus consideraciones, sin emitir un juicio suyo definitivo. Cuando lo emita será adverso. Pomponio, recuerda, indica que las Hespérides debían de estar hacia el norte o sur y no hacia poniente. Esto no contradice lo que indica Solino porque al hablar de Canarias señala que están cerca de donde se pone el sol de occidente. Solino mismo manifiesta que las Canarias no son dignas del nombre del Paraíso. Por su parte, Plinio —seguimos usando a Las Casas— en su *Historia Natural* afirma que en las Canarias estaba el Paraíso; idéntica consideración hace Estrabón en su Geografía. Como vemos, Las Casas usa a todos los autores clásicos y comenta sus teorías sobre el lugar de las Afortunadas o del Paraíso porque éste es el tema que le apasiona. Le apasiona al principio, cuando nos describe con halo clásico todo el mundo atlántico y juzga la relación que ha podido haber entre las Indias y las Hespérides. Le interesa luego, 127 capítulos más tarde, cuando tiene que situar el Paraíso terrenal que ya Colón ha colocado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en tierras de Paria. Entonces estima que "grande diferencia es la que hay entre la felicidad del Paraíso a las islas de Canaria, que llaman Fortunadas", porque aunque los antiguos colgaran a éstas muchas cualidades la verdad es que más se debía a la fantasía y libertad de los poetas que a la realidad. "Y así, concluye, no son aquellas islas del nombre del Paraíso dignas". Esto prueba que los antiguos no debieron tener noticia alguna de las Indias, pues de haberlas conocido sí que las hubieran bautizado con el nombre de Campos Elíseos.[5] Su amor a las Indias le torna parcial, por no decir falsario. Veremos cómo su amor al indígena americano le lleva a defender al canario y a criticar duramente los métodos de conquista usados en el Archipiélago. Antesala esta dura conquista de la indiana, y antesala esta crítica lascasiana de la que hará a los dominadores de las Antillas. Pero, como escribíamos, su cariño a la tierra de América —¿le ha conquistado?— le lleva a mentir. En la *Apologética Historia* vuelve a negar a Canarias cualidades para llamarse o ser Bienaventuradas, Campos Elíseos, Afortunadas. Está describiendo entonces la Isla Española, y, vuelve a razonar, como en el capítulo 149 del libro I, que si la ignorancia de los gentiles situó los Campos Elíseos en Canarias de tal modo que Sertorio deseó vivir en ellas, "por una poquilla de templanza que tienen" ... pues su tierra es hartamente seca y estéril, con sierras ásperas y peladas ¿Qué hubiera dicho de la Española, fértil y amena y más templada que cualquiera de las Canarias?[6]

Gómara recuerda también que los antiguos las llamaron Afortunadas o Beatas, por ser muy sanas y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

abundantes de todas las cosas necesarias para la vida del hombre que allí, sin trabajo, vivía luengo tiempo. Igual denominación les da Juan de Castellanos:

Pasando van las Islas Fortunadas
Y Hespérides que dicen Ogorgones[7]

LAS DESCRIPCIONES DEL ARCHIPIÉLAGO

Cinco cronistas-historiadores y dos geógrafos nos van a prestar su prosa para efectuar una descripción de nuestras islas tal como se conocían en Castilla en el siglo XVI. No es la descripción de *Le Canarien* (caps. LXIV-LXIX) sonriente y jugosa, donde hasta Fuerteventura aparece verde y con agua, pero sí una visión donde hay rastro de antiguas pinturas y de paisajes soñados. Hay una descripción, la de Andrés Bernáldez, donde se adivina la curiosidad renacentista de este cura excepcional. Las Islas se describen como un mundo nuevo que flota en el Atlántico, sin relación alguna con América. Las demás descripciones se hacen ya en función del mundo americano.

Para el Cura de los Palacios, Gran Canaria es una isla grande, "muy virtuosa", con abundante agua y ríos dulces, mucho pan, cañaverales, trigo, cebada, vinos, higueras, palmas de dátiles y conejos. Estas notas y estas abundancias se repetirán, como podremos comprobar, en los demás autores. Visto uno, casi se puede decir que se han visto todos.

Lanzarote tiene también mucho pan y ganado de cabras, conejos, palmas (palomas dice la edición de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Sevilla 1870), pescados y poca agua dulce, por lo cual sus casi cien vecinos beben agua llovediza que recogen en "maretas".

Fuerteventura, con parras, almendros, cabras y vacas, posee también agua dulce de río. Nos parece algo errada la fuente del buen cura, pero sigamos su examen o viaje insular. Tenerife, estima, es tierra de pan, ganados y agua dulce, "muy aparejada para plantar las cosas necesarias a la vida de los hombres". Se refiere al Teide y señala que la isla tenía nueve reyes indígenas.[8]

Gomera es "muy virtuosa" de pan y de ganados y de azúcares, viñas y árboles. La Palma es "tierra de mucho pan e azúcar e aguas dulces". Y el Hierro es "tierra áspera que ... tiene muchos puercos e de todos ganados", carente de agua aunque posee el fabuloso Garoé.[9]

Pedro Mártir de Anglería, curioso siempre por los productos y geografías nuevas, nada nos dice de Canarias. Menciona sus nombres y nos indica que desde la desembocadura del Guadalquivir a las islas hay 400 millas.[10] *Gonzalo Fernández de Oviedo* tampoco es prolijo. Reconoce que las Islas son fértiles y abundantes de cosas necesarias para la vida del hombre, pero nada más. Sólo el Garóe le impresionó de Hierro donde según nos confiesa estuvo tres veces.[11]

Las Casas, que ha tratado del descubrimiento y de los principios de la Historia española de Canarias, reconoce él mismo, conviene hablar "del cielo y suelos y bondad de la tierra y de los habitantes". Pero esta promesa casi se queda en eso, en promesa. Transcribe los nombres de las siete islas, señalando la presencia del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Teide en Tenerife y la carencia de agua en Hierro. Cuando llega el momento de desplegar su descripción que suponemos suculenta, pues debió de pasar junto a las islas multitud de veces, echa mano de San Isidoro para pintarnos su geografía.[12] Y así las islas poseen frutos preciosos, montañas "vestidas y adornadas de vides", trigo, cebada y hortalizas en tanta cantidad como hierbas en el campo. En su afán de mirar hacia el mundo clásico recurre a *Plutarco*, de cuya *Vida de Sertorio* inserta extensamente las cualidades de las islas expresadas por estas notas: raras lluvias y moderadas, vientos suaves que por la noche se convierten en rocío, suelo grueso y fértil que produce por sí solo sin necesidad de ararlo o sembrarlo en tal cantidad que puede mantener una multitud de hombres ociosos. Los aires son purísimos y templados, casi igual en todo el año. Los vientos que procedían de Francia y Flandes, corrían por la mar "vacua de tierra" hasta llegar a Canarias, "cansados y apurados y así eran templados y sanos". Otros vientos del océano (Argeste y Céfiro) refrescaban y aportaban lluvias templadas. Estas circunstancias hacían a las Islas muy fértiles y por ello "los bárbaros pensaban que las Canarias eran los Campos Elíseos.[13] Y aquí se nos acaba la descripción lascasiana, que no es de él sino de San Isidoro y de Plutarco, ya que seguidamente se enzarza en disquisiciones sobre el Paraíso y los Campos Elíseos a base de citas de los Evangelios, autores clásicos, etc., y cuando llegue el momento de emitir un juicio no será muy favorable.

Gómara, que no navegó jamás a Indias, es más explícito que quien estuvo en Canarias decenas de veces. Para el capellán de Cortés, Gran Canaria es una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

isla "redonda y la mejor", fertilísima donde es fértil y esterilísima donde es estéril... "Así que lo bueno es poco y de regadío". Tiene razón. Nos aclara el buen clérigo que Pedro de Vera no encontró en Gran Canaria los perros o canes que cita Juba.

Tenerife estima que debe ser Nivaria, de forma triangular y la mayor de todas. Abundante en trigo, tiene una montaña, el Teide, que es "verde al pie, nevado siempre al medio, rasa y humosa en lo alto". Hierro es la Pluitina, donde sólo interesa el garoé. Es curioso comprobar como Gómara, al usar algunos vocablos indígenas, busca la filiación africana de ellos y a este respecto manifiesta que Gomera y Teide y otras palabras canarias se encuentran también en los reinos de Fez y Benamarín. Para él, el archipiélago se reduce a las tres islas citadas, y al final relaciona como productos canarios típicos: el azúcar, las peras que en La Palma alcanzan una y dos libras de peso, los pájaros canarios y el canario "baile gentil y artificioso". Como al tratar de América, Gómara se encarga muy bien de indicar que las peras y el azúcar son frutos llevados por los castellanos. Recordemos al respecto la nómina o balance de productos que menciona llevados a Indias por los hispanos para mejorar la vida de los indios.

Dos geógrafos, *Fernández de Enciso* y *Alonso de Santa Cruz*, difieren en extensión. Enciso corresponde a un primer momento, como Anglería, mientras que Santa Cruz ya escribe cuando la colonización está muy avanzada en las Islas y de ella se recogen frutos en todos los aspectos. No son sus Canarias las del Descubrimiento, que son las que aparecen en Casas, Oviedo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

o Gómara, sino las Canarias de la colonización, las del pleno siglo XVI.

Enciso sitúa a las Islas y, muy resumidamente, señala que Fuerteventura cuenta con ganado y cabras. Gran Canaria tiene mucho ganado, está muy poblada y produce azúcar, miel, pan y vino. Reconoce que es de buena gente y la mejor isla de las Canarias. Tenerife, que es la mayor, posee ganados, pinares, azúcar, pan, vinos y está bien poblada. Gomera, con buen puerto al sur, produce azúcar, orchilla, miel y ganado. En Hierro, que no tiene agua, se fija en el Garoé; y a la Palma la hace productora de ganados, queso y miel.[14]

No en balde la obra de *Alonso de Santa Cruz* se titula *Islario General de todas las Islas del Mundo.* Queremos decir que vamos a encontrar en ella amplios datos sobre nuestro archipiélago. Sabemos que Santa Cruz estudia Cosmografía en Salamanca y que en 1526 va con Sebastián Caboto hacia el Río de la Plata. Pudo entonces conocer alguna de nuestras islas. Seis años, desde 1530, permanecerá en Sevilla hasta ser nombrado Cosmógrafo Mayor con encargo real de formar el *Islario.* Estuvo en Lisboa años más tarde, y con el conocimiento que adquirió allí, donde examinó muchos derroteros, y su experiencia directa en la Casa de la Contratación, pudo darnos la imagen amplia que de Canarias nos ofrece.

Lanzarote, a la que parece que Plinio llamó *Caperia,* tiene una reducida población, muchas cabras, ovejas y conejos. Y muchas conchas coloradas, "muy estimadas para el rescate de Guinea". Se recoge en ella orchilla y cebada, pero carece de todo lo demás porque

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

no tiene ríos ni pesca. La ausencia de agua la mitigan a base de una fuente que tienen al norte, junto a la isla de la Graciosa (debe ser en Famara) y un pozo excavado al sur, junto a Rubicón. Abundan las aves marinas que cazan con anzuelos y cuenta la isla con cuatro puertos.

San Buenaventura o Fuerteventura, a la que parece que Tolomeo llamó *Pintaria*, tiene un pueblo denominado Tascalejo (*sic*) y produce cebada, algún trigo, orchilla, ganado cabrío y conejos. Aquí viven aún gentes descendientes de Juan de Bethencourt. Lo mismo nos dice Anglería.

Gran Canaria es redonda, con una ciudad muy rica y noble que cobijará a unos 1.000 habitantes y donde están el Obispado, Inquisición, Audiencia como la de Grados de Sevilla. Es isla alta, con ríos y frescura. Otros lugares importantes de ella son Telde, Gando, Gáldar, Lode (*sic*) y Arucas. Produce trigo y cebada para solo medio año, por lo cual tiene que importar granos de Tenerife. Además, produce carnes, pan, vino, miel, cera, azúcar, orchilla, ovejas, cabras, vacas, puercos y palomas. Cuenta con buenos ingenios de azúcar y frutos agrios, y árboles útiles como pinos, dragos, laureles y palmeras. Sus puertos más importantes son los de las Isletas, Playa Brava (*sic*) junto a Las Palmas y Telde.

Tenerife es la que Plinio denomina *Nivaria*, nombre tomado de las nieves que perpetuamente coronan un alto monte llamado Teide "que algunos dicen que tiene más de doce leguas de altura y se ve desde sesenta leguas". Posee la isla una villa de 1.000 habitantes llamada San Cristóbal, vulgarmente Alaguna

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

(*sic*) porque está junto a una laguna. Posee un puerto, Santa Cruz, donde se carga mercancía para Oriente, y otro en Garachico con 500 vecinos donde se embarcan trigo, pez y orchilla. Hay otros lugares en la isla como Buena Vista, Nicoden de los Vinos y otro Nicoden (*sic*) donde se coge mucho pan; Realejo, productor de azúcar, Sauzal, Orotava, con 400 vecinos donde se cargan vinos y pez, etc. La isla posee muchas moreras productoras de seda. Tanto en esta isla como en Gran Canaria hay muchos mercaderes. Finalmente, algo notable, según el cronista: son "en todas estas yslas las mugeres dadas a la luxuria".

Cuenta Tenerife con monasterios de frailes dominicos, franciscanos y agustinos. Una ermita dedicada a Nuestra Sra. de la Candelaria, imagen antigua y milagrosa. La isla está poblada de árboles, especialmente pinos de donde se saca el pez (resina) y tablazones que se exportan; hay otros llamados ninanos olorosos y amarillos. Se cosecha abundante orchilla, trigo, cebada y mucho azúcar, pues cuenta con ocho ingenios. Han plantado los pobladores muchas viñas, por lo que las cosechas de vinos son cuantiosas en estos años, siendo de notar que "las viñas donde se coge son todas parrales altos por el gran vicio de la tierra" aunque también los hay muy bajos. Se cosecha más trigo que en ninguna otra isla y abunda en frutas como membrillos, granadas, peras, melones... Cuenta con muchos conejos y sus naturales son muy guerreros.

Gomera debe ser la que Plinio denomina *Capraria*, llena de lagartos, según el autor romano. Es una isla muy fértil que produce trigo, cebada, vino, azúcar, higos, orchilla, granadas, membrillos, miel, cera y mu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cho ganado, pues posee unos valles profundos, muy frescos de abundante agua. Carece de puertos y su población principal con 300 vecinos es Las Palmas (*sic*), con un puerto llamado Hida (*sic*), aparte de Barranco, Val de Remigua (*sic*), Vallehermoso, Valle del Gran Rey, llamado hoy Puerto del Rey, y donde se alza uno de los cuatro ingenios azucareros que la isla tiene.

Hierro es la llamada por Tolomeo *Pluitana, Pluviala* por Seboso y *Ombrion* por Plinio siguiendo a Juba ... Plinio la describe vacía de edificios, con un estanque en la cumbre de un monte y unos árboles llamados *férulas* ... Cuenta con dos puertos, uno La Caldera donde se pueden fabricar naos. Se cosecha trigo, cebada; y hay ganados de cabras y ovejas. Produce miel, cera y orchilla. Hierro es la isla desde donde más derechamente se toma el rumbo hacia América.

Finalmente, La Palma, a la que Plinio según Seboso llama isla del *Sol* o *Planaria.* Abunda en trigo, cebada, cabras, ovejas, puercos, vacas. Cría buenos perros "para torear ganados". Cosecha miel, cera, vino bueno "que se carga para las Indias y Flandes". No faltan tres ingenios, ni los conejos, perdices, gallinas, de India, dragos y, algo muy importante que algunos afirman, "se cogía en ella antes de que se conquistase una miel que llamaban celestial que la cogían sobre las matas y los montes como copos de nieve; agora cae algunos años". Esta afirmación la hacen también Torriani y Abreu Galindo.[15]

En La Palma hay un pueblo de 400 vecinos, Santa Cruz de la Palma, que es ciudad. Le sobra el agua, abundante y buen pan, vino, orchilla, carnes que se

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

embarcan para las Indias, y mucho azúcar manufacturado en cuatro ingenios. Uno de los ingenios se llama Tesa Corte (*sic*), el más poblado, cerca del cual hay una montaña llamada la Caldera con una fuente que huele a azufre y que mata si se bebe. En este valle de la Caldera la gente mete el ganado macho sin guardas para engordar. Atribuye a los palmeros culto al sol y dota a la isla de una gran sierra casi siempre cubierta de nieve donde muchos se han perdido de frío, y refuerza el dato escribiendo: "yo vi un recuero y un negro que se les cayeron los pies."[16]

EL GAROÉ, ÁRBOL SANTO

El Garoé o árbol santo —árbol del Hierro— ha merecido la curiosidad de literatos, historiadores y naturalistas. Viera y Clavijo[17] hace una amplia digresión en torno al árbol de Hierro sin olvidar a Plinio, uno de los primeros en tratar este tipo de árbol (Cap. *De Fortunatis Insulis*). Teodoro de Bry, entre otros, nos ha dejado una fantástica e ingenua estampa o grabado de este fenómeno arbóreo, que Torriani también dibujó y que Emilio Hardisson, Buenaventura Bonnet, Darias y Padrón y Jesús Maynard han estudiado. Enrique Marco Dorta y Antonio Rumeu de Armas han facilitado documentales descripciones del Garoé y la fecha de 1612 como la de su muerte.[18]

En todos estos estudios de autores canarios el dato sobre el Garoé, dentro de los cronistas de Indias, sólo aparece en la prosa de Antonio de Pigafetta y de Gonzalo Fernández de Oviedo, pero son más los tes-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

timonios que existen, especialmente el de Las Casas, el de Gómara o el de Alonso de Santa Cruz.

Hoy sabemos ya que el Garoé no es un tilo, sino un *til*, especie propia de las Canarias o de las Islas de Madera, perteneciente a la familia de las lauráceas. El Garoé del Hierro fue un condensador de nieblas que, procedentes del mar, ascendían por un valle estrecho a cuyo final se alzaba el árbol.

Andrés Bernáldez, el Cura de los Palacios, lo considera "una gran maravilla del mundo". Para el amigo de Colón el árbol era una especie de álamo, que sudaba agua por las hojas, siempre verdes, con unas bellotitas amargas como hiel y muy medicinales. Alto como una lanza —Bernáldez usa mucho la medida de lanza—, grueso hasta abarcar dos hombres, dotado de grandes ramas y copa, el árbol de donde se nutrían ochenta vecinos de la isla. Sus hojas eran como las de un laurel. Para Bernáldez no hay árbol igual en el mundo y estima es misterio de Dios y como consolación a los indígenas que en otros tiempos fueron arrojados en aquella tierra.[19]

El texto de *Pigafetta*, compañero de Magallanes en la primera vuelta al mundo, es sobradamente conocido. Supone que el árbol absorbe el agua de la niebla que le rodea y al referirse a él indica que "nos contaron". Es decir, que no lo vio a su paso por las Islas.[20]

El testimonio de *Gonzalo Fernández de Oviedo* es igualmente conocido.[21] Hay un sentido providencialista en este testimonio, pues Oviedo estima que diariamente Dios provee "de agua celestial" a los indígenas del Hierro. Dos horas antes de amanecer

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

comienza el árbol a sudar gracias a una nube que se sitúa sobre él y así está hasta dos horas después de levantarse el sol. Cuatro horas dura, pues, el proceso, cayendo en un estanque el agua excelente y sana para hombres y ganados. En el Lib. VI, Cap. XII de su misma obra, Oviedo, estudiando fuentes famosas, no olvida mencionar al Garoé y remite a donde lo ha descrito ya.

Anglería, tan curioso por todas las novedades de América, no considera portento el Garoé, pues le consagra tres renglones. Al tratar del segundo viaje colombino se refiere a "La última de las Afortunadas" que no tiene agua potable, sino la que continuamente destila un árbol que hay en la cúspide de la isla.[22]

Las Casas, en cambio,[23] da una detallada descripción del mismo. El dominico sevillano lo considera "un secreto de la naturaleza" o, mejor dicho, "un milagro patente" que facilita agua para los hombres y bestias gracias a la nube que se sitúa sobre el árbol. Grueso, como tres cuerpos de hombre, con hojas como de laurel o naranjo, que forman una copa que arroja una sombra de 150 pasos en torno. La prosa de Casas evidencia que debió estar junto al fenómeno en algunos de sus numerosos viajes a Indias, o el autor donde se inspira. Señala que no se parece a ningún árbol de los que hay "en España". Alrededor tiene una alberca donde cae el agua dulcísima a través de "unas sangraderas" que corren del suelo a cada brazo y rama del Garoé. Dentro de la alberca caben unas 1.000 pipas que son 25.000 cántaros de agua, cuya distribución se regula, para lo cual hay junto al árbol y estanque una casa con un guarda. Son estos detalles

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

síntomas de un conocimiento "de visu", pues en otros testimonios no hallamos semejantes referencias de capacidad y guarda, aunque puede Las Casas haberlo tomado de otro autor.

Gómara no añade nada nuevo en su testimonio. Tampoco el geógrafo *Fernández de Enciso*, más parco que *Alonso de Santa Cruz*, quien en su *Islario General* señala que al Garoé le llaman "árbol de agua" y que Plinio, tomándolo de Juba —rey de Canarias—, indica que la isla tiene un lago en lo alto de una montaña y unos árboles llamados "férulas", semejantes al sauce, de los cuales se exprimía agua. El agua era amarga si el árbol era negro, y dulce si era blanco. Hoy sólo queda el "del agua", con una pila al pie, donde cae el agua que destila por la noche. Ello le lleva a suponer que se han debido perder los árboles citados por Plinio o que no era muy exacta la relación que de las islas tenía.[24] Ninguno de los cronistas de Indias le llama Garoé y sólo Las Casas parece haberlo visto personalmente.

INDÍGENAS CANARIOS

La novedad, la perplejidad diríamos mejor, que el indígena canario significó para el hombre europeo del cuatrocientos se adivina en la prosa de Bocaccio. Pero es en nuestro Andrés Bernáldez donde el mundo prehispánico canario figura con esta plasticidad y viveza que caracteriza a los capítulos del cura de Los Palacios. ¿Cómo obtuvo Bernáldez sus datos? El último estudio y edición de las *Memorias del Reinado*

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de los Reyes Católicos, obra de M. Gómez Moreno y Juan de M. Carriazo, señala como fuentes de tales Memorias los trabajos de Fernando del Pulgar, colecciones legales, el *Talmud*, fuentes orales, Vicente de Beauvais, John de Mandeville, Werner Rolevinck, *Biblia*, papeles personales de Colón, cartas y documentos oficiales, la correspondencia del rey don Fernando con el arzobispo de Sevilla Fray Diego de Deza, etc. Se citan hasta 29 fuentes, pero en ninguna hallamos lo que pudo ser directa información del mundo canario. Sin embargo, su información al respecto es muy completa, de primera mano, y cuajada de interés. Cualquier clérigo o marino, algún comerciante o conquistador de los que iban a Canarias pudo informarle.

Comienza por referir que los canarios andaban desnudos, usaban una lengua en cada isla y comían carne, leche y queso. La diversidad del lenguaje que más de un cronista señalara, merece el interés de Bernáldez porque en el Cap. 118 al tratar del viaje de Colón subraya que pese a haber una enorme cantidad de islas —Antillas— sin embargo el idioma es el mismo, y la causa de esto bien pudiera estar en la intensa navegación que practicaban y que implicaba un trasiego cultural, al contrario que en Canarias, recuerda, donde "no se entendían porque no tenían con qué navegar (y) en cada isla avía una lengua". La comparación no podía faltar.

Se echaban en mantas confeccionadas con el pellejo de los animales y a los niños los criaban envueltos en pellejos de cabritos. No conocían el hierro.

Idólatras, sin ley, en Gran Canaria poseían una casa de adoración llamada Toriña, nombre éste que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

para Serra Ráfols equivale a Atorina, Tirma y Atirma. Ignoraban quién les había situado en las Islas. Eran hombres de buen esfuerzo, muy trabajadores, livianos y ligeros, razonables, de buen entendimiento y agudos de ingenio. Fieles y caritativos. Sembraban trigo y cebada con cuernos de cabras metidos en varas y así revolvían la tierra.

Los reyes de Gran Canaria se llamaban "Guanartemes" y los sacerdotes, especies de Obispos, "Fagzames". En Gran Canaria existían dos parcialidades, Telde y Gáldar. Los de Gáldar se hicieron pronto amigos de los castellanos y los de Telde se fueron casi todos a Sevilla.

El Cap. 66 está consagrado a Gran Canaria, de cuyos habitantes dice que poseían diversas leyes y costumbres. Por ejemplo: cuando había de casar alguna doncella "poníanla ciertos días en vicio", a engordar. Salía de allí para desposarse y entonces los caballeros e hidalgos del pueblo se acercaban a ella que debía elegir uno para acostarse antes de hacerlo con el que sería su marido. Si quedaba en estado, el hijo que hubiera sería noble o caballero. Si no, los hijos de su marido serían comunes y para saber si quedaba preñada el marido "no llegaba a ella fasta saberlo por cierto, por vía de la purgación". Esta y otras costumbres —apotegma— "como de alimañas" tenían. Las Casas recogerá también esta costumbre y la vinculará al África, y Abreu Galindo, paliando el dato, la compara al derecho de pernada medieval, de modo que también los cristianos practicaban tal costumbre.[25]

Hablando en el Cap. 64 de la religión sostiene lo que ya indicamos, que eran idólatras y que la casa de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Gran Canaria, *atorina*, poseía una imagen de madera tan larga como una lanza, tallada, con todos sus miembros de mujer "desnuda y con sus miembros de fuera". Delante de esta imagen femenina labrada en madera había también tallada en madera una cabra "con su figura de hembra que quería concebir" y tras ella, en actitud de "subir y engendrar sobre la cabra", había un macho cabrío de madera. En este "templo" derramaban leche y manteca, por lo cual el lugar apestaba.[26]

Al referirse a sus ropas nos cuenta que los indígenas canarios antes de ser ganados por Castilla iban desnudos, salvo en Gran Canaria donde llevaban "unas bragas de palma como por gala, ellos e ellas; pero no cubrían bien los lugares inhonestos, porque no eran cerradas por abaxo, salvo una cuerda ceñida por las caderas, e de allí colgaban una flocaduras de palmas repicadas".[27] El relato de Bernáldez, ingenuo, veraz, apretado de viveza, denota una información de primera mano, hecha por todos los medios que estaban a su alcance. En eso precisamente reside el valor del relato bernaldeciano, en su información fresca y directa, "en su capacidad de entusiasmo y en que representa la opinión, los intereses, y los puntos de vista del pueblo, al que pertenece por completo". A su obra no la llama Historia, ni Crónica, sino Memorias: recuerdo y pragmatismo. Es una colección de relatos independientes en los cuales la gran preocupación es la moralidad, el dar ejemplo. El tema canario puede, por eso, desglosarse perfectamente del resto de la obra, no tiene conexión. Posee la natural relación de una conquista finiquitada en la época de los Reyes que él recuerda (sus hechos) y por eso al narrar esta conquista

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

resulta lógico —hombre renaciente al fin— que se fije en la naturaleza primitiva de esos isleños atlánticos cuya aparición plantea una interrogante teológica a Castilla.

Indica que la rendición se hace en 1483, y tras ella en Canaria quedaron sólo las mujeres y la gente menuda. Muchos se fueron a Castilla. Y toda la parcialidad del Rey de Telde se fue a Sevilla y se situó en la Puerta de Mijohar (otra edición dice Mihojar). Se trata de la Puerta de Bib-Ahoar, hoy de la Carne. Aquí cerca aún hay un Callejón de los Canarios. Otros marcharon donde quisieron, libremente. Y muchos ayudaron a conquistar Tenerife "donde murieron asaz de ellos".

Recuerda Bernáldez que a los más ancianos de Gran Canaria —su interés siempre se centra en esta isla— le preguntaron sobre su origen y que estos respondieron que sus antepasados les habían manifestado que Dios les había colocado allí, olvidándolos luego. También esos antepasados les comunicaron que por cierto rumbo —el de España— se les mostraría "un ojo o luz por donde viésemos" y señalaban hacia España.[28] También, según Abreu, en Hierro el adivino Yone les vaticinó a los indígenas que su dios Eraoranzan vendría por el mar en unas casas blancas ... por la cual no debían ni pelear ni huir. Así lo creyeron cuando apareció Juan de Bethencourt. Evoca esto las profecías americanas de Quetzalcoat, Bochica y Viracocha, profetizadores de la venida de un dios blanco que les dominaría. Alonso de Santa Cruz, al describir la isla del Hierro, indica que en esa isla había una vieja que soñó "que venía una generación por la mar

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que los había de llevar al cielo y vino un navío con un clérigo, a quien se lo dijeron y él entendió que era de Dios y los tornó cristianos antes de que se conquistasen éstos".[29] Vemos, pues, cómo se da hasta el caso de un fraile o sacerdote —o un apóstol en ciertos sitios de América— que ha estado predicando el cristianismo antes de la arribada hispana.

Para *Las Casas* las Afortunadas estaban habitadas —unos 100.000— por hombres desnudos "porque están fuera de todo clima de Europa, al mediodía". Vivían sin religión y en Gran Canaria tenían dos gobernantes (las dos parcialidades); a uno llamaban rey y al otro duque. Tenía el rey como insignia y corona un ramo de palma. Nuestro rey y nuestro duque gobernaban con un Consejo de 190 hombres, reemplazados tan pronto morían por otros de su linaje. Estos 190 escogidos dirigían a todo el pueblo, que seguía sus indicaciones.[30]

Al igual que Bernáldez nos confiesa que las mujeres no se podían casar sin que previamente "las hiciese dueñas" uno de los 190 escogidos o consejeros. Debían ir al matrimonio gordas, cebadas con leche, pues si no eran rechazadas alegando que no estaban para casar por tener el vientre estrecho para concebir. Esta costumbre sirve a Las Casas para deducir —como Gómara con los topónimos— que el poblamiento de las Islas se ha hecho desde África, ya que en el continente negro viven pueblos con similares costumbres.[31] En la *Apologética Historia* es más explícito, pues dice: "Las gentes llamadas Adirmachides o Andrimachides, pueblos de África, tuvieron por muchos siglos esta costumbre: que todas las doncellas que se habían de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

casar, primero las presentaban al rey, el cual las usurpaba su virginidad; testigo es Herodoto, Libro IV. De aquí debió pasar esta ley a las islas de Canaria, como confina con parte de África, que ninguno se podía casar sin que primero el rey hiciese la salva, lo cual era estimado entre aquella gente por cosa egregia y muy honrada. Refiérelo así Archangelo Madrignano en el *Itinerario de los portugueses*; pero Juan de Barros, historiador portugués, libro 1.°, capítulo 12, de su Década 1.ª lo cuenta de esta manera..." Y da la versión que inserta en su historia; es decir, la de los 190 gobernadores, uno de los cuales disfrutaba de la doncella que debía venir bien gorda con vientre grande...[32]

El vestido de estos indígenas canarios consistía en hojas de palmas teñidas de color. Se rapaban las barbas con agudas piedras pues no conocían el hierro. Si algún clavo u otro objeto de hierro tenían, lo usaban para fabricar anzuelos. Sigue minucioso Las Casas, y él es consciente de este detallismo y nos lo dirá.

Continuemos glosándolo. Poseían los isleños mucho trigo y cebada, pero carecían de industria para amasar pan, por lo cual la harina que obtenían la tomaban cocida con carne o con manteca de los ganados. Estos eran de cabras y ovejas, muy numerosos. Consideraban como vil desollar el ganado, para lo cual dedicaban a los esclavos que capturaban en sus luchas, y si les faltaban éstos, obligaban a los más viles del pueblo al desuello.

Las madres eran reacias a criar a sus hijos y solventaban la crianza poniéndoles a mamar de las cabras.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Eran esforzados y hábiles en sus luchas, que hacían a base de piedras y palos cortos.

Los indígenas de la Gomera tenían algunas de las costumbres señaladas, pero diferían en otras. Generalmente comían leche, hierbas y raíces de juncos, culebras, ratones y lagartos. Tenían a las mujeres "cuasi comunes"; y cuando unos a otros se visitaban, los visitados ofrecían sus mujeres a los visitantes. De estas relaciones "tan francas y voluntarias, procedió ley y costumbre entre ellos, que no heredaban los hijos, sino los sobrinos". Pasaban el tiempo cantando, bailando "y en uso de las mujeres, y esto tenían por su bienaventuranza". Estos los de Gomera.

Los de Tenerife se alimentaban con trigo, cebada, y legumbres, amén de ganado que tenían en abundantes hatos y con cuyas pieles se vestían. Se distinguían por tener unos ocho o nueve linajes, con su rey propio. Cuando el rey moría lo llevaba a cuestas a enterrar el más honrado. Una vez en la sepultura, todos a una gritaban "Vete a la salvación". Las mujeres no eran aquí comunes, sino personales. Eran más razonables que los de las otras islas y más guerreros.

Los de La Palma, unos quinientos, eran los "menos políticos y razonables". Los menos civilizados, en una palabra. Comían hierbas, leche y miel.

Este substancioso capítulo XXI (Lib. I), que no es sino una traducción del Cap. XII, Década I de Joao de Barros (Década Primeira de Asia. Lisboa, 1752), lo termina el dominico sevillano refutando a Petrarca en sus juicios sobre los indígenas canarios. Petrarca, en el Lib. II, Cap. III de su *De vita solitaria*, escribió que los indígenas canarios eran poco menos que bestias,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que vivían más por instinto que por razón, y que andaban dedicados a cuidar solitariamente sus ganados por sus montes. Las Casas reconoce que hay autores que tienen autoridad y crédito, pero cuando se dedican a escribir de oídas "yerran en la substancia de la verdad". Es el caso de Petrarca, pues no es cierto que los canarios fueran tan bestiales, como lo demuestran los escritos de los portugueses que fueron los primeros en tratarlos. Uno de estos autores debe ser Joao de Barros, al que Casas cita con frecuencia. Y en esta disquición historiográfica termina con algo muy interesante, diciéndonos que Alonso de Palencia en su obra *Universal Vocabulario en latín y en romance* participa que ha escrito "las costumbres y falsas religiones maravillosas de los canarios", pero, razona el fraile, no ha debido publicarse esta obra. "Y lo dicho baste cuanto a las Islas Canarias", termina.[33]

Anglería, anterior a Las Casas en cuanto a testimonio, no aporta grandes novedades, pero da dos interesantes noticias. Una sobre la cosmogonía o teogonía canaria; otra sobre los descendientes de Bethencourt, y todo en un capítulo donde está hablando de la isla Española. Y es que el humanista milanés deja fluir de la pluma las noticias según le afloran o según le llegan. Hablando de lugares sagrados, cita a Jerusalén y a la Meca, similares en su significado religioso, según él, a "Tyrma, edificada sobre alta roca" en Gran Canaria y desde donde muchos indígenas alegres y cantando "se tiraban abajo persuadidos por sus sacrificadorcillos de que las almas de los que se arrojaban desde allí por amor de Tyrma

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

eran más felices y llevados a las delicias eternas".[34] Esto mismo lo dirá Alonso de Santa Cruz.

Pedro Mártir es desordenado, mezcla, y nos obliga poner en orden su prosa. Pero en este caso vamos a prescindir de este orden y seguir su desorden. Porque a continuación dice: "he sabido poco ha" que en Canarias hay un partido betancorano, que conserva todavía la lengua y las costumbres francesas, a pesar de que los herederos de Bethencourt vendieron sus derechos. Los que acompañaron al francés construyeron allí sus casas, aumentaron sus familias, y allí permanecen felices viviendo con los españoles "sin los fríos de Francia".[35]

Fernández de Oviedo es tan breve como Anglería, y en su brevedad no añade noticia nueva alguna. Para él los canarios son gente de mucho esfuerzo, "cuasi desnuda y tan silvestre", que no tenían lumbre según algunos, y poseían armas consistentes en varas y piedras con las que mataron a muchos cristianos.[36]

Gómara, como siempre, inicia su indagación por la filología. Y así nos explica o nos da la versión que algunos autores han facilitado del gentilicio *canario,* derivado, según unos, "por comer como canes, mucho y crudo", pues un canario "se comía veinte conejos de una comida".

Habla de las cuevas de los reyes de Gáldar cavadas "en peña viva y todas chapadas de tablones del corazón del pino que llaman tea, madera perpetua". Los indígenas andaban desnudos o, cuando mucho, con dos cueros peludos de cabra. A base de sebo endurecían el cuero, mojando el sebo de cabras con zumos de hierbas. En su alimentación gastaban cebada (no te-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nían trigo), carne cruda, por no conocer el fuego según dicen. Pero Gómara no acepta esta afirmación y sostiene que sí conocían el fuego. En cambio, sí consta que no conocían el hierro y que tenían que arar la tierra a base de cuernos.

Cada isla tenía su propia lengua.

En la guerra eran esforzados y cuidadosos, usaban ballestas de palo y dardos y lanzones con cuernos por hierro. Eran hábiles arrojando piedras y solían atacar de noche para engañar al enemigo. En la paz eran flojos y disolutos. Gustaban de fiestas y bailes, y solían pintarse en éstas así como para la lucha. Polígamos, idólatras, se les aparecía mucho el diablo. Cuando elegían nuevo señor, muchos, para ganar fama y hacienda para los suyos, solían arrojarse por el peñasco de Ayatirma (*sic*). A los muertos los bañaban en el mar, luego los secaban a la sombra y los liaban con correas de cuero de cabra, de tal manera que duraban mucho sin corromperse. Maravilla —considera— que estando tan cerca de África fueran tan distintos en religión, costumbres, trajes y color. Gómara no rehuye nunca la consideración y la comparación y por eso termina razonando que el hecho de que no tuvieran fuego, hierro ni letras es síntoma de que no habían entrado allí cristianos. Pero desde Bethencourt han comenzado a ser de Castilla y ya son cristianos "y visten como en España" (primera distinción de un peninsular), adonde vienen con "las apelaciones y tributos."[37]

Alonso de Santa Cruz coincide con Gómara y con Anglería y Casas. Los canarios para Alonso de Santa Cruz sí conocieron el fuego, aunque haya autores que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

sostengan lo contrario. Como armas usaban varas y piedras, y como casas las cuevas. Religiosamente rendían culto al sol, estrellas y luna. Eran polígamos, "pero el principal las había de conocer primero, lo cual era tenido por una gran honra". Ligeros, saltaban como cabras de peña en peña, siendo los de Tenerife los más guerreros. Tenían lenguas distintas según islas.

En Gran Canaria al subir al poder un nuevo príncipe algunos se despeñaban como parte de la ceremonia, gratificando el príncipe a los parientes del suicida.

También en Gran Canaria había una peña alta, llamada Telma (*sic*), donde hacían sus ritos y en su honor los canarios, tomándose de las manos dos a dos, alegres y cantando, persuadidos por los sacerdotes de que quien así moría lograba que su alma gozara vida eterna, se despeñaban. Así los canarios por sus Telmas (*sic*)., que eran como cosas santas y que tenían para ellos el mismo significado que para nosotros Jerusalén o para los moros la Meca, perdían la vida.[38]

En ninguno de los cronistas se recoge la suerte posterior del indígena canario. Se habla de sus costumbres y Bernáldez, lo vimos, nos da el fin de algunos grupos, pero nada más. Unicamente Fray Bernardino de Sahagún, al referirse a la desaparición del pueblo azteca, recuerda el caso canario e indica que "desde las Canarias acá todas las naciones han faltado".[39]

LA CONQUISTA DE LAS ISLAS

¿Quiénes pudieron informar a Bernáldez sobre la conquista de Canarias? Tal vez algún clérigo o comer-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ciante pudo ser quien le informase tan cuidadosamente sobre lo sucedido en Canarias. O alguno de los actores. Pudo tener como amigo, en su casa, a cualquiera de aquellos conquistadores que partiendo de Sevilla se lanzaron a debelar el Archipiélago. Es lo que le sucede a Colón. Tanto el hecho canario como el hallazgo colombino entran en sus capítulos poniendo una nota exótica en el popularismo de su prosa.

No hay acarreo de materiales nuevos y, por lo mismo, no encontramos noticias. Nos dice, refiriéndose a Gran Canaria, que desde Sevilla se enviaron a conquistarla a Juan Rejón y a Pedro de Algaba, pero "entre los cuales ovo cisma e muerte". Después marchó Pedro de Vera, Alcaide de Arcos, que salió de Jerez en 1480 y que fue enviado a conquistar Gran Canaria como castigo por haber matado al alcaide de Medina Sidonia. La relación con América se apunta ya, pues este Vera será abuelo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, como más de una vez nos dirán las crónicas indianas. En los Caps. 64, 65 y 66 trata Bernáldez de las islas, su conquista en general, y, en particular de la Gran Canaria. Para volver en los Caps. 132 y 134 a tratar de las conquistas de La Palma y Tenerife. Precisamente el capítulo 132 es copiado servilmente por Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de los Reyes Católicos*. Resulta interesante leer en Bernáldez al referirse a La Palma que su conquista no la ha sabido "explicadamente". Prueba de que su información debió ser oral. Refiere que Alonso de Lugo, caballero de Sevilla, actuó con Vera y quedó en Canaria, de donde salió para dominar a La Palma, cosa que efectúa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en 1493, sometiendo a 1.200 palmeros entre varones y hembras y capturando 21.000 cabezas de cabras y ovejas. El mismo Lugo obtiene la conquista de Tenerife que principia con gente de Sevilla y toda Andalucía, amén de gente del Archipiélago. Pero tan pronto comenzaron a hacer la guerra a los guanches se encontraron con que éstos querían "ser cristianos e libres, que no querían guerra" y pedían los dejaran tranquilos en sus casas y tierras como vasallos de Castilla. Esto no fue bien acogido entre los conquistadores por diversas causas: 1.°) por los grandes gastos que se habían hecho preparando la expedición; 2.°) porque los tinerfeños habían sido requeridos muchas veces y se habían negado a aceptar la fe católica y el vasallaje a Castilla, y 3.°) porque se desconfiaba de ellos. Tras discutir diversas opiniones se inició la conquista, pero los guanches descalabraron a los de Lugo rápidamente y los persiguieron "fasta la mar". Fue un reembarque sangriento porque muchos lograron alcanzar los navíos, pero otros se "enrrocavan en las peñas e barrancos e veras donde bate la mar, e allí los mataban; e dellos desde que la mar crescía los ahogava". Murieron más de ochocientos hombres de Lugo. Los que escaparon se volvieron a Gran Canaria "e dende cada uno a su tierra". Pero Lugo se envalentonó más; regresó a Castilla, pidió licencia, reclutó gentes y más ordenadamente desembarcó en Tenerife en 1495 sometiendo totalmente a los guanches y a "Tenerife (e) la metieron en el señorío de Castilla".[40]

Para Bernáldez la conquista de Canarias es un episodio más del reinado cuyas Memorias escribe, no así para los otros cronistas que analizamos: *Gómara*,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

por ejemplo. Para el capellán de Cortés la conquista de Canarias es el antecedente de la conquista de América. Lo dice claramente: "Por ser las islas Canarias camino para las Indias, y recientemente conquistadas, escribo aquí su conquista". Se remonta al siglo XIV tras sostener que el Archipiélago fue muy conocido y elogiado por griegos, latinos y africanos. Es en 1344 cuando Luis de la Cerda solicita ya licencia a Pedro IV de Aragón para someter a las Islas adonde, tal vez, hubieran llegado entonces los mallorquines a quienes los canarios se alaban de haber vencido. Hacia 1393 arriban los primeros españoles, que son sevillanos, vizcaínos y guipuzcoanos. Van con caballos y el cronista ignora a costa de quiénes fueron, pero sí sabe que apresaron al rey y a la reina de Lanzarote, más 170 personas, cueros de cabras, cera... El próximo personaje en la prosa de Gómara es Juan de Bethencourt, que lleva a Fray Mendo (*sic*) como obispo. El conquistador normando sometió a cuatro islas, cuyo señorío dejó a su sobrino Menante (*sic*). Bethencourt envió a España y Francia esclavos, cueros, sebos, cera, orchilla, sangre de drago, higos... Prosigue narrando las incidencias de la conquista. Son de notar las equivocadas transcripciones de los nombres indígenas: Maninigra, por ejemplo y otros que hemos hecho constar. De éste, de Maninidra, reproduce una frase que ya recoge la Crónica de Sedeño al igual que Abreu Galindo, pronunciada cuando alguien le tachó de medroso: "Tiemblan las carnes temiendo el peligro donde las de poner el corazón". Gómara no emite ningún juicio sobre la conquista, ni califica a ninguno de los actores, pero subraya el valor del indígena

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

canario y menciona a Maninidra y a otro llamado Delgado.[41]

Gonzalo Fernández de Oviedo aprovecha la escala de Colón en Canaria en 1492 para facilitarnos los breves datos que nos da sobre la conquista y los indígenas, sin novedad alguna.[42] Y de paso también, y así lo expresa, se manifiesta Anglería cuando escribe: "Paréceme que no ha de disgustar, supuesto que hemos venido a las Canarias (con Colón en el primer viaje) el que cuente como de desconocidas se hizieron conocidas y de incultas vinieron a cultura". Supone que "por feliz suerte" las encontró Juan de Bethencourt en 1405, pero su relato es mínimo aunque, como Oviedo, resalta el coraje bélico de los indígenas. Como Gómara transcribe mal los nombres, y como Bernáldez menciona la derrota de Lugo en Tenerife, aunque la mortandad de cristianos la reduce a 400.[43]

Indicábamos que Bernáldez recoge la conquista de Canarias como un episodio más de la historia de los Reyes Católicos que narra, en función de éstos. En cambio, Gómara, Oviedo y Anglería —como Sahagún más tarde— se hacen eco determinados por el hecho americano que están narrando. Gómara, ya lo dijimos: "por ser camino para las Indias", Anglería "supuesto que hemos venido a Canarias". Es decir, ya que estamos aquí —en Canarias— digamos algo de ellas, parecen decirnos con sus frases.

Entre unos y otros hay diferencias, no sólo en cuanto a la extensión o transcripción de nombres indígenas, sino en cuanto a fechas. Merece evidenciemos algo notable en Bernáldez y en Las Casas. El cura de los Palacios recoge el mito sobre el ojo o luz que,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

según profecía, se les mostraría a los canarios en dirección a España. En Las Casas llama la atención su bella frase: "Las Canarias estaban tras la puerta", y pese a ello no habían sido descubiertas y conquistadas. Con mayor razón, considera, tenían que estar ocultas las Indias. Siempre, como vemos, el paralelo, la comparación Canarias-Indias. Las Casas, cuyo relato de la conquista de las Islas es amplio, merece la atención aunque no vayamos a glosarlo. Como fuentes utiliza documentación y al portugués Joao de Barros, a quien combate especialmente al tratar de los intentos portugueses.[44] Las Casas y Gómara ofrecen cierto paralelismo al tratar de Bethencourt.

Las razones que impelen a Las Casas para tratar de la conquista canaria están perfectamente expresadas cuando escribe: "porque haya dellas noticias alguna en nuestro vulgar castellano, pues ni en él, ni en historia escrita en Latín, se hallará escripto tan particularmente ni tan larga lo que aquí habemos dicho dellas".[45] Cierto, pero son las palabras siguientes más interesantes puesto que evidencian ese paralelismo tantas veces citado, pero ya visto por el fraile dominico: "y parece no ser fuera de propósito referirlo como quiera que cada día, hablando destas Indias, hemos de topar con ellas". *Ellas* son las Islas Canarias. Ya en el Cap. XVII ha hecho semejante afirmación y propósito en bello párrafo que no tiene desperdicio alguno: Dado que "muchas veces hemos de tocar en la historia siguiente, con el ayuda de Dios, y muchos y aun quizás todos los que hoy son y menos los que vinieren, no saben ni por ventura podrá saber cuándo ni cómo ni por quién fue celebrado su descubrimiento, pare-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cióme que sería mucho agradable, referir aquí algo de ello; antes que tratemos del de nuestras océanas Indias". Nos libera de todo comentario la claridad del párrafo lascasiano. Pero queremos añadir algo más, no nuestro, sino del mismo fraile. Y es que, continuando esta similitud Canarias-Indias, seguidamente nos comunica que un año, que deja en blanco, una nave inglesa o francesa yendo de Francia o Inglaterra a España fue arrastrada por vientos contrarios yendo a parar a Canarias. Esta nave llevó la noticia a Francia... y entonces comenzó su conquista. La similitud con el casual descubrimiento de América por el piloto desconocido es patente. Seguir al fraile implica alargar nuestro estudio, pero sus capítulos XV a XXI del Libro I contienen un rico material para la historiografía canaria.[46]

Resulta interesante no sólo seguir la tarea de exégesis y crítica de Las Casas cuando se trata de desmentir a Barros o cuando usa documentos y la *Historia* de Don Juan de Castilla, de la cual sólo posee "ciertos cuadernos". Aún más notable resulta comprobar en Las Casas una exaltación —que alcanzará su cenit al enfrentarse con el mundo americano—, cuando trata de los derechos para efectuar la conquista. Y así exclama y se pregunta: "¿Qué causa legítima o que justicia tuvieron estos Betancores de ir a inquietar a hacer esclavos a aquellos canarios, estando en sus tierras seguros y pacíficos, sin ir a Francia ni venir a Castilla ni a otra parte a molestar ni hacer injuria, violencia ni daño alguno a viviente persona del mundo?".[47] Como una tromba prosigue el fraile arremetiendo contra los portugueses y contra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

los que arribaron a Canarias a efectuar daños, robar, saltear.[48] Juan de Bethencourt, dice, conquistó Lanzarote, Fuerteventura y Hierro "haciendo guerra cruel a los vecinos naturales dellas, sin otra razón ni causa más de por su voluntad, o por mejor decir, ambición y querer ser señor de quien no le debía nada, sojuzgándolos... es cosa cierta de maravillar que haya caído tanta ceguedad en los cristianos, que habiendo profesado guardar la ley natural y el Evangelio...".[49]

En la *Historia de la Nueva España* escrita en el XVI por Juan Alonso de Zorita, se habla de Lucio Marineo Siculo que en sus *Cosas Memorables de España* (Lib. XIX) trata de "cómo y cuándo se ganaron las Canarias".

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Es éste tema siempre polémico y cuajado de interés en la historiografía colombina. No cabe aquí extenderse porque sólo pretendemos señalar las relaciones de Canarias, tal como aparecen en los cronistas indianos, con el asunto. Las Casas, Oviedo y el Inca Garcilaso recogen la historia del hallazgo casual de América por un piloto desconocido que lo comunicó a Colón.

En *Las Casas* se trata de un barco descarriado que hacía la ruta de España a Flandes o Inglaterra; en *Fernández de Oviedo* es el mismo barco en ruta España-Inglaterra; en *Gómara* son más de una las versiones, pero es donde primero se dice que se trata de un piloto andaluz que negociaba con Canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El Inca Garcilaso amplía la referencia, pues habla de un piloto de Huelva, del Condado, que traficaba con Canarias, de estas islas iba a Madera y de aquí se dirigía a España cerrando su "triangular contratación", primera mención que hallamos de un comercio triangular. Pizarro Orellana dará similar versión que la del Inca.[50] A nosotros, claro, nos interesan aquellas versiones donde el predescubrimiento aparezca ligado a Canarias, bien porque se trata de un piloto canario o porque el famoso piloto contrataba con Canarias. Ese es el valor de las versiones que recogemos.

Pigafetta escribe que algunos suponían que "desde las Islas Canarias podía llegarse a la isla de la Antilla, y por esta razón Colón denominó Antillas a las Islas que encontró más acá de América".[51]

Antonio de Herrera recuerda que un vecino de las Islas Maderas pidió licencia en 1484 para descubrir ciertas tierras que se veían anualmente hacia el WO. De esto resultó que en los mapas antiguos se pintaran algunas islas, especialmente llamadas Antillas, situadas a unas 200 millas al poniente de las Canarias. Estas Antillas, estimaban los portugueses, eran las Siete Ciudades "cuya fama y apetito ha hecho a muchos por codicia, desvariar y gastar muchos dineros sin provecho".

Menciona también Herrera el caso de un Antonio Leme a quien navegando hacia Poniente le pareció encontrar islas. Y afirma que en la Gomera y Hierro muchos habitantes sostenían ver cada año islas hacia poniente. Pero también recoge el cronista oficial que más de uno pensaba que la tierra se acababa en Canarias, más allá sólo había mar.[52]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Alonso de Santa Cruz se inclina a considerar como germen del plan colombino, no las lecturas efectuadas por el futuro Almirante, sino "la noticia que traxo aquella nao que viniendo por alta mar de la parte de las Canarias y siendo alcanzada allá por tempestad vio alguna de aquellas yslas que están casi adiacentes a la Española por el qual indicio se determino don Christoval Colón o por que Dios por su bondad y misericordia quiso revelar una cosa que avia de redundar en su servicio".[53]

Fray Antonio de la Calancha en su *Crónica Moralizadora* elucubra igualmente sobre la génesis del proyecto colombino, barajando diversos pareceres que él expone objetivamente: "Otros dicen que le dio la noticia —a Colón— un hombre del Condado llamado Alonso Sánchez de Huelva, natural de Huelva, piloto de las Canarias; así lo dice Garcilaso. El "presbítero Gómara —añade— dice que muchos afirman que el marinero que le dio la noticia era andaluz que trataba en Canarias y en las Islas de Madera...".[54] La *Historia Apologética de las Indias Occidentales y en especial de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*, recoge también la historia del piloto andaluz, llamado Alonso Sánchez que navegando de España a Canarias fue empujado hacia el Nuevo Mundo.[55] Y el Padre Gumilla, para afianzar esa posibilidad de una derrota a causa de una tormenta Canarias-Indias, cuenta que estando en 1731 en San José de Oruña (Trinidad) los vecinos que "aunque pocos son honrados" le contaron que años atrás había arribado a la isla un barco que yendo de Tenerife a otra isla del Archipiélago se vio desviado por una tormenta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Gracias al vino que llevaban vivieron, aunque llegaron flacos y esperando la muerte a cada minuto. Si esto sucedía en pleno siglo XVIII, se pregunta Gumilla, ¿no pudo acontecer lo mismo en siglos pasados?[56] y admite así la posibilidad de que un marino canario, o de un barco que traficaba con Canarias, o un marinero andaluz que viajaba a Canarias, etc., se viera empujado hacia poniente hasta arribar a las costas americanas. El hecho en sí no era difícil, ni imposible. Lo meritorio estaba en la segunda parte: en el regreso.

CANARIAS COMO ESCALA

Insistir sobre el valor de Canarias como escala y centro de aprovisionamiento resulta vano ya. En cualquiera de los *Derroteros* de antaño se recalca esta nota y en todas las crónicas las expediciones a Indias aparecen tocando en Gomera, Gran Canaria, Hierro, y a veces en Tenerife o Lanzarote, para hacer aguada, tomar leña y provisiones. Pocas fueron las flotas que no hicieron esta parada reglamentaria uniendo de este modo a las Islas con América en un vínculo que aún dura. Si recurrimos a la *Geografía de Indias* de López de Velasco, por ejemplo, hallaremos perfectamente trazada toda la ruta: de Sevilla a Sanlúcar, de aquí por el Golfo de las Yeguas y tras navegar unas 250 leguas a Canarias, tardándose ocho o diez días. Nos explica el geógrafo los momentos del año en que conviene navegar y el predominio de los vientos que afectan a la navegación, para indicarnos seguidamente que de Canarias se va a Dominica recorriendo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

unas 500 leguas en 25 días en naves que suelen navegar de 25 a 30 leguas diarias.[57] Las recaladas solían hacerse "en Gran Canaria, o la Gomera, o La Palma (porque están en más derecha derrota y al propósito, e son fértiles e abundan de bastimentos y de lo que conviene a los que esta larga navegación hacen", dice Oviedo.[58] Hierro y la Punta de Anaga serán también fundamentales referencias para enrumbar y fijar posiciones como bien nos lo recuerdan Alonso de Santa Cruz y Vázquez de Espinosa;[59] y Tenerife, más abundante en provisiones, será refugio de importantes flotas. Y el Teide, desde el gran viaje descubridor, será faro y guía:

Pasan por Canarias, ven el pico
de Teide que domina los celajes
corta las ondas náutico hocico...[60]

Las escalas de Colón revisten un enorme interés, y la primera ha servido para que modernamente algunos cultivadores de la historia insular polemicen sobre el lugar de la arribada de Colón en Gran Canaria. Para nosotros no hay duda alguna que ese lugar fue Las Palmas. Aunque el Almirante o Pinzón hayan arribado a Gando, luego debieron ir a Las Palmas. Y si Pinzón fondeó en Gando, no cabe duda que Colón viniendo de Gomera se dirigió a Las Palmas donde debía estar doña Beatriz de Bobadilla y el navío de Grajeda que le interesaba. No podía pensar Colón que la señora de la Gomera estuviera en Gando, lugar sin importancia política o comercial. Repito, pues, que no insistamos más en las recaladas de Colón. Todas constan bien en el *Diario* del primer viaje, en Las Casas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en Fernández de Oviedo, en Hernando Colón, en Antonio de Herrera, etc.

Si el primer viaje colombino tiene interés descubridor, por los aprestos y arreglos técnicos que se hacen a los barcos y, sobre todo, por la inyección de optimismo que les ponen a los aventureros al indicarles que desde las Islas se veían tierras hacia el oeste, el segundo viaje está dotado igualmente de una enorme trascendencia colonizadora. De nuevo se hace alto en Gomera donde estarán dos días tomando velozmente provisiones de becerros, cabras, ovejas, leña, agua, gallinas que fueron la base de la futura riqueza avícola americana, pepitas y simientes de frutas, y las famosas ocho puercas que costaron 560 maravedíes.

Los animales prefirieron siempre tomarlos en Canarias vivos para evitarles el mal rato que significaba la navegación Cádiz-Canarias. En este tramo las flotas "sienten la mayor dificultad, por ser aquel Golfo de las Yeguas vario, y contrastado de varias vientos."[61] Esto lo hace constar el P. Acosta, pero mucho antes, y por directa experiencia en más de una ocasión, Fernández de Oviedo expresó que "aquel espacio o golfo de mar que hay desde Castilla a estas islas se llama Golfo de las Yeguas a causa de las muchas dellas que allí se han echado. Porque, como es tempestuoso mar, en mucha manera más que desde allí adelante hasta las Indias, e demás peligro, acaesció en los principios que esta tierra se poblaba, que trayendo los ganados e yeguas desde España, todas las más dellas se quedaron en aquel golfo, por tormentas e por se morir en el viaje; y de ser tan dificultoso de pasarlas, comenzaron los hombres de la mar a llamarle el Golfo de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

las Yeguas. E así se le puso este nombre e se ha quedado con él; porque las que llegaban vivas hasta las Islas de Canaria, las tenían por navegadas o puestas en salvo. Mas también se pudiera llamarle el Golfo de las Vacas pues no murieron menos que de las yeguas, de la mesma menera".[62]

Gómara fija también la ruta Sanlúcar-Hierro en unas 250 leguas a hacer en ocho o doce días. Y, como Oviedo, Las Casas y Acosta, reconoce que el tramo peor del viaje a Indias está en el citado Golfo de las Yeguas, equivalente, al regreso, al Canal de Bahamas.[63] Las Casas, que navegó decenas de veces por el Atlántico, asevera que "el mayor golfo de mar que en aquellos tiempos por nuestra gente se navegaba era, o el de las Canarias, o el de las Islas Azores, o el de las Islas de la Madera o las de Cabo Verde".[64]

El viaje era menos rudo en el segundo trecho; "pasando las Canarias, van bajando (las naves), dice el P. Acosta, hasta entrar en la Tórrida; y hallan luego la brisa, y navegando a popa, que apenas hay necesidad de tocar a las velas en todo el viaje. Por eso llamaron a aquel golfo, el golfo de las Damas, por su quietud y apacibilidad".[65]

Con frecuencia se tardaba más en lograr fondear en una de las Canarias que en llegar a ellas. Dijimos que el tramo Sevilla-Canarias se hacía en 8 ó 12 días o algo más; dependía del estado del mar. Colón tardó del 4 al 9 de agosto en su primer viaje, logrando fondear, dice Hernando, el 11.[66]

Desde Canarias hacia América empujaban los alisios y los marinos divisaban hasta cinco clases de aves, entre ellas el famoso "rabo de junco", que Oviedo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

haciendo su tercer viaje entre Canarias y la Península logró divisar en el Golfo de las Yeguas con gran admiración de los marineros que nunca habían visto estas aves tan cerca de España.[67] Los compañeros de Colón, por su parte, creyeron experimentar que el agua en el llamado Golfo de las Damas era menos salada y cada vez más hermosa, síntoma de "ser los aires más puros y dulces".[68]

Toda la teoría de expediciones que siguen al hallazgo colombino tocará generalmente en Canarias. Lo hace Pinzón y Ovando en 1502 y Alonso Quintero en 1504. Pedrarias Dávila, con su florida expedición, en el año 1514 arriba a la Gomera donde permanece fondeado 16 días para carenar las naves maltratadas por un temporal, especialmente la capitana que perdió el timón al igual que Pinzón en 1492. En Gomera toma leña y agua; "pues vienen muy bien aquellas islas a los que quieren lanzarse a aquel mar", sentencia Anglería.[69] Oviedo manifiesta que Pedrarias arribó a la Gomera con 18 naos y carabelas, enviando una directamente a Santo Domingo para tomar "lenguas".[70] La escala debió ser de 20 días, pues Oviedo que iba en el viaje así nos lo dice[71] manifestando entonces que eran 22 naos y carabelas. El sucesor de Pedrarias, el Gobernador Pedro de los Ríos, también arribará a Gomera en 1526.[72] El mismo año en que tocó Montejo, conquistador de Yucatán.

No faltarán nunca la anécdota, el episodio cómico o trágico, en estas escalas como siempre sucede en la historia del mar. Cuenta Las Casas que en 1510 pasaron a la Española los primeros dominicos en la figura de fray Domingo de Mendoza. Se contaba en Santo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Domingo que cuando este fraile tocó en la Gomera le rogaron que visitase a una mujer que estaba endemoniada y el fraile aceptó gustoso. Conjuró al demonio y le preguntó que de dónde venía, a lo que el diablo, por boca de la mujer gomera, le contestó que de las Indias. El fraile exclamó: "¡Ah, don traidor, que yo no os cale para allá, pues la fe católica se lleva y va en ellas a predicarse, donde habéis rescibido gran daño y ser dellas desterrado!" Respondió el demonio: "Bien está, que algún daño me han hecho y hacen, pero por eso bien que no se sabrá el secreto de estos cien años". El demonio ha podido decir verdad, apostilla Las Casas, y el tiempo se encargará de demostrarlo "y por ventura el secreto es la claridad del engaño y ceguedad que hay cerca de las injusticias e impiedades que estas gentes de nosotros han rescibido, no teniéndose por pecado"...[73] Un demonio "canario" le ha servido para una de sus admoniciones.

Magallanes se aprovisiona en Tenerife,[74] y fondea en un puerto llamado Monterroso.[75] Loayza yendo a las especierías toca en agosto de 1525 en la Gomera, donde embarca "agua y refresco y los que le convenía para la prosecución de su luengo viaje". Francisco Pizarro, después de las famosas capitulaciones, pasó con sus gentes por la Gomera, donde aguardó a su hermano Hernando —la inteligencia de la familia—, a quien había dejado atrás resolviendo los problemas de la empresa de última hora.[76]

Simón de Alzaba toca en octubre de 1534 en la Gomera, donde toman refrescos y adoban a la nao capitana que hacía mucha agua debido a que saliendo de Cádiz tocó fondo.[77]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Don Pedro de Mendoza en su conocida expedición al Río de la Plata fondea en Canarias y como a otros "se le quedaron muchos hombres en las Islas".[78] Esto se lo contó a Fernández de Oviedo el clérigo Diego de Quintanilla que formó parte de la citada expedición. Sabemos que ésta tuvo que cerrar el banderín de enganche pues las gentes, ilusionadas por el tesoro de Atahualpa traído por Hernando Pizarro y expuesto en Sevilla, corrió a enrolarse con don Pedro de Mendoza. Pero a causa de muertes, desertores y dos naos perdidas, al Plata llegaron 1.500 hombres de los 2.000 que habían embarcado.[78]

También yendo al Río de la Plata tocó en La Palma Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tomó por la fuerza "una carabela que estaba cargada con vino"[79]

Diego de Ordás arribó a Tenerife, lo recuerda Fernández de Oviedo glosando la crónica del P. Carvajal y fija en 22 días la estancia de Ordás en Santa Cruz de Tenerife, donde compró dos carabelas "y tomó otros cien hombres isleños, buena gente, y proveyóse..."[80] El P. Aguado, más explícito, indica que Tenerife era en aquel tiempo "y aun agora la más fuerte y abundante de comidas y mantenimientos".[81] En Santa Cruz permaneció durante dos meses Ordás rehaciéndose de bastimentos y de gentes, entre los cuales estaban los hidalgos Silvas que se ofrecieron a pertrechar ciertos navíos y tripulación a su costa:

Gaspar de Silva con sus dos hermanos

.....

Al Ordás ofrecieron sus caudales

.....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

y con doscientos hombres naturales
prometieron de yr aquel viage...[82]

Como los Silva tardaban algo, Ordás se adelantó rumbo al Amazonas donde tendrá lugar una historia de la cual hoy queda el topónimo Silva dado a una isla del río.

Jerónimo Dortal, sucesor de Ordás, zarpa de Sevilla en agosto de 1534 y en Tenerife armó otra carabela con 70 hombres.[83]

Juan de Castellanos, beneficiado de Tunja, refiriéndose a Dortal en su *Elegía de Varones Ilustres* canta:

Surgieron en las Islas de Canaria
adonde recogió gente novela;
y en Tenerife fue principalmente
donde se le llegó copia de gente.[84]

También se refiere a Pedro Fernández de Lugo, que prepara su expedición en Tenerife,[85] y Fernández Piedrahita[86] da testimonio de esta expedición. Don Alonso Luis salió de Sanlúcar con 1.200 hombres entre los que iban ilustres caballeros. En Tenerife su padre nombró ya a Gonzalo Jiménez de Quesada como Teniente General. Y Castellanos respecto a Alonso Luis ya en 1540 dice:

En efecto: con muchos hombres nobles
don Alonso de Luis salió de España
y pasó por las Islas de Canaria,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

donde de los isleños más granados
también se le llegó lustrosa gente
y en tres navíos bien aderezados
para Sto. Domingo hizo via.[87]

Lucas Fernández de Piedrahita y Fray Pedro Simón corroboran que con *Alonso Luis* se enrolaron en Canaria "gente noble y común", "algunos de los soldados de más porte de las Islas, y personas de mucha experiencia como Juan de Mayorga, antiguo conquistador de Cubagua". El madrileño Pedro de Heredia, yendo también a las tierras del Nuevo Reino, tardará once días en avistar Gomera donde permanecerá ocho días y "donde se proveyó de lo que hubo menester de refresco e agua e leña e otros bastimentos para su camino."[89]

Los testimonios con frecuencia se contradicen al describir la isla, al valorar sus ventajas, al enjuiciar sus productos y hombres. Vimos cómo Fernández de Oviedo, tratando de la expedición de Ordás, califica a los isleños de "buena gente". Esforzados, sufridores, los llamarán otros, que por su rápida adaptación a las condiciones telúricas del nuevo Mundo destacaron pronto en todas partes.

Ruiz de Arce (1543), testigo y cronista de la conquista del Perú, habla de la Gomera como de una "tierra mísera" donde viven unos pocos cristianos dedicados a la ganadería.[90] Peyorativamente se trata a la tierra gomera, pero es un caso único. Igual sucede con los isleños, calificados de "bastos y groseros" por Aguado, Lucas Fernández de Piedrahita y Oviedo y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Baños. Al historiar la expedición de Spira, arribada a Canarias ocho días antes de Navidad, cuenta Aguado que no sólo celebraron las Navidades, sino que procuraron rehacerse de la gente que en casi la mitad se les había quedado en Cádiz, para lo cual embarcaron doscientos hombres, "gente basta y grosera".[91] Los dos adjetivos debieron de gustar a Fernández Piedrahita[92] que los repite, y a Oviedo y Baños, que reincide con más alevosía, pues señala que Spira tomó "los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen de los bastos y groseros que suelen producir aquel terreno."[93]

Paliemos el mal sabor que nos hayan producido estos juicios adversos saboreando la anécdota llena de picaresca, humor o tragedia. Recordemos lo sucedido en Canarias a las expediciones de Nicolás Federman, Pedro de Mendoza y Hernando de Soto: 1529, 1535 y 1538.

Federman arribará a Lanzarote; Ulrico Schmidl (con Mendoza) fondeará en La Palma; y el Fidalgo de Elvas, cronista de Soto, en la Gomera. Tres fechas, tres nombres, tres islas y tres sucesos curiosos, narrados por dos tudescos y un portugués.

Federman cuenta que tardaron 23 días en llegar a Canarias, por lo que se vieron obligados a buscar agua en Lanzarote, "isla, que a pesar de estar bajo el Reino de España, sólo tiene una ciudad poblada de cristianos llamada Lanzarote" (*sic*). El viento les impidió fondear y se dirigen entonces a Rubicón (*sic*) donde el mismo Federman desembarca con diez hombres, sin sospechar que en tierra pudiera haber enemigos. Por entonces reinaba en la isla una gran sequía, por lo cual

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se permitía a los árabes de la costa vecina habitar en Lanzarote apacentando sus rebaños de cabras y camellos. Pagaban un tributo al capitán (*sic*) de la isla y negociaban con África a base de ganados, leche y queso. Cuando los árabes que estaban en Rubicón vieron a Federman y los suyos, estimaron que eran franceses (Francia estaba en guerra con España entonces) y les atacaron en número de 80. Federman y otros fueron heridos a pedradas, dos alemanes y un español fueron apuñalados y el mismo Federman sufrió una estocada, amén de la pedrada, siendo finalmente hecho prisionero junto con dos españoles. Los que huyeron lo hicieron malamente, pues se les persiguió hasta las barcas a pedradas. Los prisioneros fueron llevados a una cueva en calidad de rehenes, aunque se le permitió a Federman escribir pidiendo rescate. Federman ocultó que él era el capitán de la expedición, y pidió enviaran al barbero para curarlos y a un griego que sabía árabe para enterarse de lo que tramaban sus raptores. Igualmente ordenó que los navíos levaran anclas y fueran a la ciudad a pedir que enviaran ayuda por tierra. Así lo hicieron los navíos, y a los cuatro días el capitán de Lanzarote, Sancho de Herrers (*sic*), mandó fuerzas en camellos que los liberó y apresó a los árabes o berberiscos. Curados los heridos y perfectamente atendidos, partieron luego hacia la Gomera para terminar el aprovisionamiento durante tres días.[94]

Ulrico Schmidl, años más tarde, pasará por Canarias en unión del Adelantado Mendoza. En el Archipiélago, poblado por "puros españoles con sus mujeres e hijos", los barcos se dispersaron. Schmidl fue con tres barcos a La Palma, donde estuvieron cuatro semanas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

anclados abasteciéndose. Cuando Mendoza ordenó levar anclas, encontraron que en el barco de nuestro cronista iba una pareja de novios formada por un primo del Adelantado —don Jorge— y una muchacha palmera, hija de un rico vecino insular. Por la noche el citado don Jorge había bajado a tierra con doce compañeros y había recogido a su amada "con sus joyas y vestidos y también con dinero". Ni el capitán del barco, Enrique Paime, ni el resto de la tripulación se enteraron de este rapto. Sólo el que montaba la guardia a media noche lo supo. Al levar anclas a la mañana siguiente un ventarrón fuerte les obligó a regresar al puerto, para desgracia de don Jorge Mendoza. Porque entonces el capitán Enrique Paime, ignorante de lo sucedido, quiso bajar a tierra en un batel y se encontró con que en la playa le esperaban más de 30 hombres bien armados con arcabuces y alabardas. Paime tuvo que huir rápido y refugiarse en otro barco distinto del suyo. Fracasado el intento palmero, en la ciudad comenzaron enseguida a repicar las campanas y dos piezas de artillería a disparar contra el barco de Paime. El primer disparo hizo trizas el depósito de barro que había en popa con agua fresca, el segundo hizo añicos el paño de mesana, el tercero abrió un gran agujero en medio del navío y mató a un hombre, y el cuarto se malogró. Gracias a la intervención del capitán y tripulantes de unos barcos anclados junto al de Paime que iban a Nueva España y estaban en tierra, se apaciguaron los ánimos. El Alcalde y el Regidor, así como el padre de la muchacha, subieron a bordo en busca de ésta y de Jorge Mendoza, pero éste manifestó que la muchacha "era su corporal esposa", cosa que ella con-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

firmó, por lo cual "se les unió de inmediato", aunque el padre de la joven estaba triste. Paime, por supuesto, se negó a que la pareja viajara en su barco maltrecho.[95]

A los 15 días de zarpar de Sanlúcar llegaba a la Gomera Hernando de Soto. Era el año de 1538. Domingo de Pascua Florida, por la mañana. El que había sido el mejor jinete de la conquista, el hombre que había repartido las primeras vírgenes del sol incaicas y que asustó con su caballo cerca de Cajamarca a unos nobles incaicos que merecieron la muerte por este temor, era recibido por el Conde de la Gomera "con mucho placer". Y "fue bien aposentado". El conde "andaba todo vestido de blanco, capa y pelliza y calzas y zapatos y caperuza, que parecía conde de gitanos". Ocho días después de su llegada, después de tener todos "graciosamente" posada y "por su dinero muchos mantenimientos, pan y vinos y carnes", la flota se alejaba de la Gomera dejando en ella a este pintoresco Conde que, en su generosidad, dio a la mujer de Soto —doña Isabel— una hija que tenía bastarda, como doncella.[96] Da la impresión de que es el Conde quien debe agradecer a De Soto lo sucedido, tal como nuestro cronista portugués cuenta el hecho. Pero el Inca Garcilaso añade algunas pinceladas más a la anécdota y por él nos enteramos que De Soto "en aquellos días alcanzó del Conde, con muchos ruegos y súplicas, le diese una hija natural que tenía, de edad de diez y siete años, llamada doña Leonor de Bobadilla, para llevarla consigo y casar y hacerla gran señora en su nueva conquista". Cedió el Conde y entrególa a doña Isabel de Bobadilla, mujer del Adelantado, "para que admitiéndola por hija, la llevase en su compañía". Y

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cierra el Inca su historia: "Con esta dama, cuya hermosura era extremada, salió el governador muy contento de la isla de la Gomera" el 24 de abril. Tal vez el Conde quedó triste, sin su hija bastarda. Y lo que no sabemos es si la muchacha iba triste o contenta. Triste, desde luego, si presintió al final de la expedición que descubriría el Río Mississipí.[37]

Otra expedición importante rumbo a Florida es la del General Pedro Meléndez de Valdés que también arribará a Canarias, y en escritos al rey hará una valoración estratégica de las islas, como apostadero, donde es necesario que las armadas se abastezcan por múltiples razones, siendo una de ellas, muy importante, que los productos son más baratos (una pipa de vino vale 10 ó 12 ducados y en Indias 40 ó 50 ducados), aunque conviene contar con reales despachos para que las autoridades colaboren en estos aprestos y se logren productos buenos y a precios no abusivos.

PRODUCTOS EMBARCADOS PARA INDIAS

Nos interesa aquí pasar revista a los productos canarios embarcados hacia América. Los vinos, quesos, harina y animales fueron metidos en los barcos prontamente. Junto con simientes. Las Casas, Fernández de Oviedo, Acosta, el P. Cobo constituyen testimonios fehacientes que la documentación confirma. Pero hay algunos productos originales, decisivos, que interesa subrayar, cual es el caso de las famosas conchas coloradas, de los camellos, de los plátanos, de las vides, de la caña de azúcar o de los cerdos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Las conchas coloradas las cita ya Bernáldez al mencionar las cosas que los portugueses llevan para rescatar en las costas de Africa. "Conchas de Canarias, escribe, que tienen los negros en muy gran estimación y aprecio".[98] En Fernández de Oviedo las conchas coloradas aparecen cuando describe una balsa de indios peruanos que Pizarro encuentra. La descripción de la embarcación o balsa es espléndida y recuerda los dibujos de Humboldt. "La manera de este navío era de muy gruesos maderos, reatados fuertemente con soga rescia de henequén, con su alcázar o retrete o governalles, velas e jarcias, e potales de piedra grandes, tamañas como piedras de barbero, que sirven en lugar de áncoras. Llevaban conchas coloradas, de que hay en Chaquira, *id est*, sartales, como las de las islas de Canarias que se venden al rey de Portugal para el rescate de Guinea; e por éstas dan los indios todo el oro e plata e ropas que traen de rescate".[99]

Sarmiento de Gamboa en su *Historia Índica* menciona también el gran valor —"más que la plata ni el oro"— que las citadas conchas tenían para los indígenas del Perú.[100] También Las Casas, contemporáneo de Oviedo, cita el valor de "las conchas que se pescan en Canaria y se venden en tanto precio en la Mina de Portugal".[101] Igual testimonio recogemos en Alonso de Santa Cruz.[102]

Gonzalo Fernández de Oviedo es prolijo al citar productos canarios pasados a Indias. En sus capítulos figuran pan fresco, gallinas, cabras, quesos, carneros, cabritos, "vacas en pie", carne salada, "pescado salado de tollos",[103] etc. Todo embarca en Gran Canaria, Gomera o La Palma. Es en Oviedo donde hallamos el dato

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

relativo a los plátanos que también recoge el Padre Cobo. Dice el Cronista oficial que fray Tomás de Berlanga llevó a Santo Domingo "este linaje de planta", que luego se propagó muy bien por todas las Antillas y el continente, dado que no lleva trabajo el mantener la planta y debido a que tiene mucha demanda el fruto. "Trujeron los primeros de Gran Canaria —recuerda— e yo los vide allí en la misma ciudad en el monasterio de San Francisco el año de mil quinientos veinte, e asi los hay en las otras islas Fortunadas o de Canaria".[104] Prosigue Oviedo con una larga digresión en torno al plátano, su cultivo, clases y termina el capítulo hablando de la caña de azúcar que también se llevó a Canarias. Aquí precisamente[105] indica que fue el bachiller Gonzalo de Velosa quien primero construyó en Santo Domingo un trapiche movido por caballos a orillas del río Nigua, llevando "oficiales para ello desde las Islas Canarias." Sin embargo, parece haber sido un tal Pedro de Atienza el primero que llevó la caña de azúcar. Años más tarde, el P. Cobo (1582-1657) corrobora el dato de los plátanos transportados en 1516 por fray Tomás de Verlanga (*sic*) de la orden de Predicadores, posteriormente obispo de Panamá.[106]

En Cobo se halla igualmente la noticia relativa a los camellos llevados al Perú por el Capitán Juan de la Reinaga, uno de los primeros pobladores. Estos camellos se multiplicaron mucho, pero no se extendieron fuera de los límites del Arzobispado de Lima. Unos fueron domesticados y otros se hicieron salvajes en las Sierras entre Lima y el valle de Ica. Descuidados, fueron disminuyendo, sobre todo por las matanzas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que negros cimarrones hacían de ellos para mantenerse, de tal modo que en 1615 sólo quedaban dos hembras cuando un vecino quiso recogerlos para que no se extinguiesen. El Padre Acosta los vio "aunque pocos", "llevados de Canarias, y multiplicados allá, pero cortamente."[107]

Los cerdos igualmente pasaron de Canarias a Indias en uno de los viajes colombinos. El valor del cerdo en las entradas conquistadoras fue decisivo. Las huestes que contaron con las armas de fuego, el caballo y el perro como factores sorpresivos o sorprendentes, se hacían también acompañar por reatas de cerdos y vacas que les proporcionaban carnes. Las Casas lo dijo primero, y Antonio de Herrera, Cronista Oficial, recuerda que en el segundo viaje colombino se embarca en Canarias agua, leña, becerros, cabras, ovejas "y ocho puercas, a sesenta maravedis la pieza, de las cuales multiplicaron las que después hubo en las Indias". Simientes, hortalizas y gallinas entraron con las puercas.[108]

Son heterogéneos los productos tomados en Canarias. El Padre Aguado, por ejemplo, recuerda que el Emperador autorizó a los alemanes capitulantes de la conquista de Venezuela —Eynger y Saylle— para cortar en Tenerife "cien pinos de los que allí tenemos nuestros" destinados a lo que quisieran.[109]

La escala en Canarias, postrero adiós, servía para cargar todo lo que en Sevilla o Cádiz no se embarcaba por diversas razones. Primero, para aligerar los barcos; luego porque en el Archipiélago se obtenían algunas cosas más baratamente y más frescas. El Almirante Menéndez o Meléndez Valdés comunicaba al rey, a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

raíz de su viaje a Florida, que interesaba adquirir el bizcocho en Canarias, pues valía 20 reales el quintal en lugar de 36. El vino también era más barato, las carnes, etc. Con el objeto de hacer este ahorro los expedicionarios cargaban a veces sólo lo necesario para arribar a Canarias, y una vez allí terminaban de abastecerse. Meléndez de Avilés calculaba que podía ahorrarse, en su caso, más de 4.000 ducados con esta operación.[110]

Es raro no encontrar productos canarios, u hombres de Canarias, en las grandes conquistas indianas. Sahagún recuerda que, mientras Cortés fabricaba los famosos 13 bergantines para llevar a cabo la definitiva conquista de México, fondeó en Veracruz un navío de Castilla y Canarias con tres caballos, ballestas, escopetas, pólvora, hilos de ballestas y mercancías que alegró a todos.[111] En el Perú los quesos canarios arriban en momentos difíciles, llevados con cecina y tocinos por el mercader Pedro Gregorio. Pedro de Alvarado también llevó bastante queso de Canarias, "con lo que dio la vida a muchos de sus militares", sostiene Fernández de Oviedo.[112] Momento crítico también el de unos náufragos que, cuenta Oviedo, gracias a los restos del navío, las balsas, clavos y pez que encontraron en una pipa llevada de la Gomera, pudieron fabricar un bergantín y arribar a Tierra Firme.

El vino pasó de siempre y hasta el XVIII. Y también la planta. Es el único caso de exportación de la planta y del producto sin mengua. El Inca Garcilaso en *Los Comentarios Reales*[113] cita a un Francisco Caravantes, antiguo y de los primeros conquistadores del Perú, hombre noble y toledano, que viendo la tie-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

rra en quietud —después de las Guerras Civiles— mandó a buscar a España plantas de vid, "y el que vino por ella, por llevarla más fresca, la llevó de las islas Canarias de uva prieta, y así salió casi toda la uva tinta y el vino es todo aloque, no del todo tinto...".

Los ricos caballeros del Perú enriquecían su tierra, la antigua "viña de Dios", y llevaban a ella todo lo que fuera trasunto de la patria lejana. Por eso, en 1556, un salmantino llamado don Martín de Guzmán volvió al Perú atraído por la nostalgia "y llevó muy lindos jaeces y otras cosas curiosas, entre las cuales llevó una jaula con un pajarillo de los que acá llaman canarios, porque se crían en las islas Canarias, fue muy estimado porque cantaba mucho y muy bien; causó admiración que una avecilla tan pequeña pasase dos mares tan grandes y tantas leguas por tierra..."[114]

ISLEÑOS, NATURALES DE CANARIAS

Isleños se denominaron tempranamente a los naturales de nuestras islas e isleños se les sigue llamando hoy en muchas partes de América. Aunque esas partes sean islas. El *Catálogo de Pasajeros a Indias* recoge los nombres de algunos de estos emigrantes, pero no todos por razones obvias. El insular aprovechó el barco, la nao de tránsito, para embarcarse en ella sin cumplir con el formulismo de una licencia diligenciada en Sevilla. Cabe suponer, sin mucho error, que en todas las expediciones que tocaron en las islas debieron engancharse isleños. Algunos muy conocidos, como los hermanos Silva que fueron con Ordás, o como aque-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

llos nobles y distinguidos caballeros que embarcaron con Pedro Fernández de Lugo y con su hijo Alonso Luis más tarde. Otros, menos notables, como el gran canario fray Alonso Lobrón, compañero de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en tierras de Suramérica,[115] o los que brotan en los versos del beneficiado de Tunja Juan de Castellanos.

Hay una zona donde los isleños figuran más: Tierra Firme, la zona norte de Suramérica. Nos referimos al primer momento, al período de la conquista. Castellanos o Aguado recogen esta presencia explicada por motivos ya expuestos: Ordás y Lugo, que en Tenerife cargaron bastante gente isleña. Los hermanos Silva fueron convencidos por Alonso de Herrera, Maese de Campo de Ordás. Eran los Silva "gente de mediana hacienda y linaje y juveniles en la edad, y aun en el juicio, a los cuales fácilmente atrajo a sí Alonso de Herrera para que deshaciéndose del patrimonio y bienes que allí tenían, los gastasen en armar navío y los que pudiesen, y en ellos metiesen los soldados y gentes que hallasen para ir con el Comendador Ordás". Les ofreció a cambio riquezas y fama. Así hicieron los Silvas. Se deshicieron de todos los bienes y haciendas que tenían y compraron una nao y una carabela... Los hermanos Silva, aceptados por Ordás, quedaron en Santa Cruz pertrechando sus barcos, pero el demonio les tentó y comenzaron mal su actuación indiana. Se presagiaba ya el final que iban a tener. Cuando se disponían a zarpar en seguimiento de Ordás, arribó un galeón de un caballero portugués cargado de mercancías para Tenerife y con una doncella, corta de edad, hija o pariente del dueño del barco. El maestre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

del galeón, enemistado con el caballero portugués, se puso al habla con el mayor de los Silva, Gaspar, y convenció a éste que se debía apoderar del galeón luso. Así lo hizo Silva y dio al portugués, a cambio, la nao deteriorada que tenía aprestada para hacer su viaje. Repartió su gente entre el galeón y una carabela y a sus dos hermanos Juan González y a Bartolomé González los puso en el galeón por capitanes.

En Cabo Verde continuaron sus tropelías los Silvas, pues robaron ganado y desvalijaron a algunos moradores. Gaspar, que debía ser personaje de cuidado, "forzó y corrompió a la doncella" que llevaba en la carabela. El galeón se adelantó. Cuando llegaron a Paria Ordás los recibió espléndidamente y hasta les autorizó a vender mercancías que traían con tal fin, pero prontamente Ordás fue enterado por dos soldados de lo que había sucedido en Tenerife, Cabo Verde y a bordo: inmediatamente Ordás ordenó apresar y enjuiciar a los dos Silvas que venían en el galeón, a Juan y Bartolomé González, los cuales fueron ajusticiados en seguida. Al poco arribó Gaspar a la fortaleza de Paria y no halló a Ordás, que ya se había metido por el río Uriaparia. Decidió seguirle y cuando lo encontró mostró alegría, que pronto se le apagó. Porque Ordás ordenó condenarle y ajusticiarle. Su cadáver fue enterrado en la islita de Peratabre, que desde entonces se llamó de Gaspar de Silva.[116]

Jerónimo Dortal, sustituto de Ordás, se hará acompañar por Agustín Delgado, su Alcalde Mayor, "que era diestro en la guerra y cuya patria era Tenerife".[117] Fue este Delgado hombre destacado en la conquista porque son varios los cronistas que recogen su

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nombre. Aguado nos comunica que "hera tenido por hombre experimentado en negocios de guerra, por averse hallado en algunas entradas de las que de las yslas de Canarias suelen hazer a Ververía"...[118] Lo que suponíamos y sabíamos: más de uno de los actores de la conquista de Canarias pasaron a Indias, y muchos de ellos prosiguieron en la costa africana sus actividades bélicas que luego extendieron al horizonte indiano, como este Delgado.

Castellanos, en sus versos, saca a relucir en diversas ocasiones a isleños destacados por una u otra razón: Diego Rodríguez, Luis Perdomo, Cristóbal Fernández de Sanabria... El primero,

> ..... *no menudo*
> *ni grueso, pero joven; es ligero*
> *međiante el cuerpo y espaldudo.*
> *El oficio del cual era platero*
> *y en las presas de lucha nada rudo,*
> *en todas las posturas de maña varia*
> *e hijo de las Islas de Canaria.*[119]

Luis Perdomo era, en cambio:

> *soldado diestro, suelto y animoso,*
> *hombre para la guerra de gran tomo,*
> *y en lances semejantes venturoso,*
> *natural de las Islas de Canaria*
> *y de los antiquísimos de Paria.*[120]

Y el último fue "capitán en su tenencia" y "natural de la isla de Canaria",[121]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Es decir, que debía pertenecer a las huestes de Ordás u Dortal llegadas años atrás a las bocas del Orinoco y tierras de Paria.

Estos canarios o isleños, que en el XVIII afluirán más intensamente hacia Venezuela, llevaron a esta tierra el culto a la Virgen de La Candelaria, a la cual elevaron un templo en 1708, "ayudados del fervoroso celo y piadosa aplicación del Licenciado Pedro de Vicuña, venerable sacerdote".[122]

¿Pudieron llevar estos "isleños" la diversión de la lucha canaria a Indias? Es posible. Nuestra sospecha se asienta en el Canto IV del Elogio a don Luis de Rojas, Gobernador de Santa Marta, debido a Juan de Castellanos. La historia es sencilla: el indio gandul, Tiguer, con una carga de plátanos llega al mercado en unión de otros compañeros. Cuando le preguntan el valor de su mercancía contesta que no la vende, pero que la cede si alguien se la disputa en lucha. Ninguno de los cristianos acepta el reto, hasta que el capitán Antonio de Torquemada —viendo a toda su gente "cuasi demudada—, y uno y otro hablar confusamente con una cierta risa disfrazada", se dirigió a Diego Rodríguez, el isleño cuyo oficio era platero. En la plaza, fresca la mañana, rodeados de indios y castellanos, ambos contendientes se enfrentan como si de Hércules y Anteo se tratara. Lo que sigue es una perfecta descripción de una lucha canaria:

Desnudos miembros del gandul robusto
Y limpios del paléstrico ceroma,
Aquella parte que le dio más gusto
Del lugar que decimos, esa toma;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Diego Rodríguez con vestido justo
Muslos y partes impudentes doma:
Ambos se van llegando con gran tiento
Y en los rostros algún demudamiento.

Firmes los pies, los brazos extendidos,
Entrambos iban por la llana mesa,
Los ojos vigilantes y advertidos;
Arremetieron para hacer presa;
Resuena con bufidos la dehesa;
Bien tienen menester la plaza larga
Según el uno sobre el otro carga.

Ambos resguardos dan a las gargantas
Y a las partes que puedan darles pena;
Las prestezas de vueltas eran tantas
Cuantas un remolino desordena:
La tierra se rompía con las plantas;
Desgarros grandes hay por el arena;
del Gran reholladero de la rueda
Los cubría nublosa polvareda.

No reposan en unos mismos puestos:
Aquí y allí los lleva furia loca;
Los indios que los miran hacen gestos
Queriendo ver su Tíguer hecho roca;
Hasta los españoles más enhiestos
Hacían mil visajes con la boca:
Y cada cual sin pelear pelea

Bien como cuando dos toros valientes
Muestran sus furias en el campo verde,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Y hacen con los golpes de las frentes
Al ganado dormido que recuerde:
Crecen impetuosos accidentes
Y el que tierra ganó luego la pierde,
Y el perdidoso vuelve más atroce,
Y superioridad no reconoce.

Desta manera cada cual se muestra
En su postura y en su movimiento,
Sin que del gran rigor de la palestra
Se pueda declarar el vencimiento:
Está dudosa ya la gente nuestra
Y no menos el bárbaro convento
Viendo que el español en la congoja
Cuanto trabaja más menos afloja.

Andando pues trabada la rencilla,
Diego Rodríguez con honroso celo
No sé cómo se puso la rodilla
A tiempo que le vino muy a pelo,
Y de tal suerte fue la zancadilla
Que dio con el gandulo en aquel suelo,
Diciendo: "Perro, ¿tú no me conoces?"
Y dióle luego tres o cuatro coces.[123]

Con esta lucha canaria terminamos nuestro estudio. Dejamos al lector saborear la prosa de Colón, o vea él mismo los párrafos de otros autores donde se nos habla del Infante Don Henrique y Canarias,[124] de piratas en las Islas, del Tratado sobre las Islas, sobre esclavos, comercio, etc., etc.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XVI

CANARIAS EN AMÉRICA. AMÉRICA EN CANARIAS

PARA unos la voz Canarias viene del latín *can*, pero para otros de *canare*, cantar. Antes que esta discutida denominación, las islas tuvieron otras en la Antigüedad. Fueron llamadas Hespérides, Islas de la Fortuna, Purpurinas, Kaledat... Su conocimiento es bien remoto. Distantes de Europa más de 1.000 kilómetros, fueron conocidas y visitadas antaño por griegos, romanos, fenicios y árabes. A principios del siglo XIV fondearon en sus ensenadas naves de catalanes y mallorquines. Su conquista había sido ya concedida a Luis de la Cerda por el Papa Clemente VI (1344). Por entonces también Angelino Dulcert, un cartógrafo mallorquín, trazaba su primer mapa. Al siglo siguiente, en 1402, el bretón Jean de Bethencourt prestaba vasallaje a Enrique III de Castilla y conquistaba alguna de las islas Canarias. Casi a finales del XV, ya con los Reyes Católicos, tuvo lugar la total incorporación del Archipiélago tras forcejeos con Portugal. De las siete islas, tres eran realengas y cuatro de señorío o particulares, hasta que Carlos III las agregó a la Corona. En pleno siglo XX el Archipiélago fue dividido en dos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

provincias para poner coto a ciertas diferencias insulares.

El origen de este conglomerado insular es volcánico. Quedan en todas las islas patentes testimonios de ello. En Tenerife el Teide, mayor altura de España, donde en invierno se hace posible el deporte de esquí; en La Palma, la Caldera de Taburiente, considerada como la mayor del mundo; en Lanzarote, la singular Montaña del Fuego, en cuyas entrañas bulle el calor de tal manera que permite al excursionista cocinar sus viandas tras hurgar un poco en la superficie; en Gran Canaria, las zonas volcánicas del sur, de cráteres apagados y tierras de "picón", fértiles para la vid y el tomate; y la Caldera de Bandama, en el centro.

En esta geografía volcánica prima la verticalidad sobre la horizontalidad. Las Islas —altura— se enclavan en el océano —llanura—. Las carreteras se agarran trabajosamente a las faldas de las montañas y a los riscos llevándonos de la orilla del mar a las cumbres, o de norte a sur. El cambio es maravilloso. Más maravilloso porque se hace en breve tiempo y en cortas distancias. De la orilla templada, donde es fácil ver las playas concurridas en invierno, se pasa a la altura donde reina el frío y cae la nieve. Es el caso del Puerto de la Cruz y las Cañadas del Teide. La variación en altitud es de clima y temperatura; pero el traslado en longitud lleva consigo una variación de horizonte. Si vamos al sur nos toparemos con un paisaje un tanto desértico, de llanura, africano. El agua brota salobre de los pozos. Hay grupos de palmeras como oasis. Arenas. El ejemplo es Maspalomas, en Gran Canaria. Por el contrario el norte luce verde,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tapizado de plataneras, lluvioso, más frío. Como transición se da el centro, la zona más bella en cuanto al paisaje. A lo largo de la ruta del centro se alinean los árboles, las flores, los chalets, las pequeñas fincas, como si fuera un Belén.

Tal multiplicidad paisajística ha permitido llamar a las Islas continente en miniatura. El viajero que arribe a ellas se percatará de inmediato de esta variedad. Si llega en barco se encontrará con unas ciudades que dan la impresión de ser empujadas hacia el mar. Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia tinerfeña, tiene aires peninsulares y es la sede de los Capitanes Generales. Las Palmas de Gran Canaria, capital de la provincia oriental, es blanca, alargada, con un tremendo aire comercial y cosmopolita. Detrás de ambas poblaciones, las montañas semejan una valla infranqueable. Valla que en Tenerife es verde y está poblada de alegres casitas, pero en Las Palmas es hosca y ahora comienza a poblarse de modernas barriadas. El viajero que se acerca por mar no puede adivinar que detrás de aquellas lomas y acantilados se refugie un paraíso. Pero así es.

Si arribásemos a Canarias por avión, el paisaje sería totalmente distinto del que brindó la entrada por mar. Aterrizando en Gran Canaria nos hallaríamos en el aeropuerto internacional de Gando, en pleno sur insular. Llanura volcánica junto al mar. Las pistas quedan entre el océano y las plantaciones de tomates que se desparraman hacia las alturas que actúan de telón de fondo. No es alegre el paisaje. Impone. De allí a la capital hay más de 20 kilómetros que discurren por el borde costero y atraviesan una ciudad —Telde—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dueña de un barrio de San Francisco, encantador en su pureza arquitectónica. Aterrizando en el aeródromo de Los Rodeos (Tenerife), la vista es completamente distinta. Todo es verde. Hay suaves colinas, vacas que pastan, flores, niebla frecuente y el Teide en la lejanía cercana. El mar no se ve. Desde allí se baja a la orilla buscando a la capital. Se atraviesa por La Laguna, ciudad universitaria con fisonomía, mezcla de Santiago de Compostela y población hispanoamericana.

Pero ocurre un fenómeno curioso en estas llegadas nuestras a las islas principales. Y es que caemos en medio de una naturaleza poblada, dominada por el hombre. Lo curioso radica en que este paisaje habitado es eminentemente americano. Abundan las plantas del Nuevo Mundo. Se divisan las góticas figuras de las palmeras africanas o las manchas rojas de las flores de pascua si estamos en invierno; se ven geranios, rosas, claveles, crotos, hibiscos, helechos, petunias... Se ven muchas flores que bordean las carreteras junto con los eucaliptus. Pero también se contemplan —y dan la nota fuerte— nopales, pimenteros peruanos, maguey, ágaves... A los nopales se les llama tuneras; al maguey se le denomina pita o pitera. Las tuneras fueron precisamente en el siglo XIX un magnífico basamento de la economía isleña al permitir el cultivo de la cochinilla importada de Méjico.

Así como en las zonas habitadas viven estas plantas llegadas de América, en las zonas agrestes se han refugiado las autóctonas: berode, aulaga, cardón, balo, tabaiba..., que cubren los riscos imponentes y las laderas no sometidas aún.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

España considera hoy a estas islas como un auténtico jardín y ellas constituyen una de las mayores fuentes de divisas extranjeras gracias al tráfico de sus puertos y a la potencialidad y valor de su economía basada en plátanos, tomates y turismo. Como el Brasil, las islas han tenido siempre sus ciclos económicos y, por tanto, su monocultivo predominante base de riqueza. Hoy por hoy, repetimos, el plátano y el tomate constituyen los pilares de esta economía, pero la competencia de otras zonas productoras, nacionales y extranjeras, hace peligrar la vida de tales cultivos.

El habitante de esta geografía es tenaz, callado, trabajador, con agudo humor. Mira mucho a su tierra. El la ha hecho. No empece su amor y apego para que, sintiéndola estrecha, se haya lanzado por el océano que se le ofrece como camino. Así ha llegado a América, continua meta.

El íntimo contacto de este mundo subtropical y cosmopolita con el continente americano principió en el mismo momento en que las Islas fueron conquistadas. Aclaremos esto, ya que entonces el Nuevo Mundo no estaba descubierto. Comenzó esta relación porque en el instante de su anexión los soldados y capitanes, que desembarcaron en ellas, implantaron unos sistemas de conquista y colonización que pueden tomarse como los inmediatos preccedentes de la conquista y colonización de América. En ambas empresas el Estado empleó las iniciativas y riquezas de los particulares para organizar expediciones y enviar huestes. En las dos penetraciones bélicas el europeo contó con una donación papal para justificar sus hechos. En ambas "requirió" previamente al indígena y lo encomendó

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

o vendió como esclavo. También en ambas el europeo se unió al indígena para ocasionar el milagro del mestizaje biológico y cultural. Si en el Perú es el Capitán Garcilaso de la Vega quien se une a una coya o princesa incaica para dar vida al más insigne de los mestizos; y si en Estados Unidos es John Relfe quien casa con la célebre india Pocahontas, en Canarias será el Capitán Gonzalo de Castillo quien personifique en su unión con la princesa Dácil esta simbiosis de razas.

Es claro que la toma de las Islas Canarias fue como el primer experimento ultramarino de Europa.[1] Experiencia que luego llevaría al ámbito americano ampliada y adaptada al medio. Sin embargo, la relación entre el archipiélago africano y el Nuevo Mundo no termina con esto. El enclave ideal de las Canarias las iba a transformar en una estación de aprovisionamiento necesaria. Porque Europa, al avanzar en el siglo XV hasta las Canarias, puso una piedra más —la última— en el vado que tenía que cruzar. Cristóbal Colón efectuará su postrera escalada en Gran Canaria y Gomera para reparar a la averiada Pinta y avituallarse antes de saltar hacia lo desconocido desde el trampolín insular. Hombres de Gomera y Hierro participaron al futuro almirante de la Mar Océana que "cada año veían tierra al oeste". La conocida leyenda de San Borondón y su viajera isla andaba rondando por el archipiélago canario.

Debelado el misterio del Mar Tenebroso, y encontradas las Indias Occidentales, las lentas y panzudas naves de Europa, que marchaban rumbo al Nuevo Mundo, continuaron tocando en las Canarias para ingresar en sus bodegas hombres, animales y pro-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ductos. Las Canarias eran como la puerta de salida de Europa, y las Antillas como la puerta de entrada de América. Las relaciones entre ambas eran estrechas, según hemos expuesto en anterior capítulo.

Las Islas Canarias remitirán los primeros técnicos en la industria azucarera, que darán vida a ingenios y trapiches antillanos. Industria y agricultura que pasarán al Brasil prontamente y ocasionarán una ruinosa competencia en Canarias. Nadadores gomeros zarparán igualmente camino de las Indias de Occidente para actuar en las pesquerías de perlas. Aparte de todo este material, las Canarias enviarán a Indias conquistadores y pobladores. Nombres como los de Luis de Day, Agustín Delgado (Teniente de Jerónimo Ortal), Pedro Fernández de Lugo, Alonso Luis de Lugo —muchos mencionados en el capítulo anterior— y otros tantos sonaron en la gesta de la conquista.

Concluido el primer ciclo de la entrada en América, las Canarias prosiguieron enlazadas al recién descubierto horizonte geográfico mediante una corriente migratoria y a través de un activo y cuantioso comercio.

Las relaciones se hacen tan importantes que España o, mejor dicho, la Casa de la Contratación situada en Sevilla, radica en Canarias unos funcionarios denominados Jueces de Registro para que controlen todo el comercio y emigración. A los Jueces de Registro sucederán los Jueces Superintendentes en el siglo XVIII. Otros organismos como la Intendencia General, el Administrador de Aduanas y el Consulado, participaron en la fiscalización de este comercio, aunque las Islas lucharon de continuo por sacudirse la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

mediatización y acotaciones. Deseaban exportar más cantidad de la que toleraban, pero el criterio monopolístico de los hombres de Sevilla y Cádiz puso una y otra vez cortapisas a estos anhelos. Para subsanar en parte la delimitación los insulares recurrieron al contrabando y al fraude.[2] Las múltiples reglamentaciones en el correr de los siglos fueron conculcadas; naves piráticas de Hawkins y otros bandidos del mar fondeaban subrepticiamente en las ensenadas insulares y cargaban la tentadora malvasía, tan elogiada por personajes de Shakespeare, Walter Scott, Goldoni y Alexis Kuprin. Cuando el novelista norteamericano Mayne Reid, en su obra *Guillermo el Grumete*, narra el naufragio del barco Pandora, coloca flotando sobre las aguas "la preciosa reliquia" de un tonel de vino canario como prueba de la apreciación que se le tenía. En los mismos barcos en que las Islas exportaban sus productos y recibían los americanos, remitían familias emigrantes que alzaban fundaciones y originaban ilustres personalidades. Un indígena de Canarias debió ser de los primeros en pasar a América. Fue con Cristóbal Colón en el segundo viaje, y se hizo célebre porque en la isla de Guadalupe apresó a un cacique tras una veloz carrera que admiró a toda la tripulación.[3]

La presencia de sangre canaria es tan abundante en algunas zonas que el famoso Manifiesto a muerte del Libertador Simón Bolívar no puede menos que hacerse eco de ella al comenzar diciendo: "Peninsulares y canarios..." De madre canaria nacerá el Precursor Francisco de Miranda. De madre canaria será también el cubano José Martí. Canarios puros lo fueron los realistas Domingo de Monteverde y Francisco

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Tomás Morales; mientras que insurgente lo fue el canario Francisco Aguilar y Leal, Senador en el Uruguay. Insulares de Canarias —Juan Francisco León— fueron los hombres que al mediar el siglo XVIII se unen a pardos e indios y se alzan en Venezuela trastornando a toda la Capitanía General y protestando contra el régimen económico-político impuesto por la Compañía Guipuzcoana.[4] Canarios fueron, dentro del período colonial, Diego Soprani Suárez Ponce de León, Gobernador y Capitán General de Trinidad y Guayana; Pedro de Ponte, Presidente de la Audiencia de Panamá; Antonio de Rojas, Capitán General de Guatemala; Diego de Ponte, Gobernador de Puerto Rico; Diego de Nava Grimón, Gobernador de Quito; Juan de Mesa y Lugo, Gobernador de Arequipa y la Paz; Francisco Dávila Orejón, Capitán General de Cuba; Marcos de Bethencourt, Nicolás Eugenio de Ponte y Antonio Álvarez de Abreu, Gobernadores de Caracas; etc.

Dos egregias figuras en el terreno de la evangelización americana fueron hijos de Canarias: el Padre José Anchieta y el Hermano Pedro de Bethencourt. El primero es gran apóstol del Brasil, el fundador de San Paulo. El segundo pertenece a Guatemala y su obra se traduce en la Orden Bethlemita consagrada a la beneficencia. Más personalidades que brillaron en el aspecto religioso fueron: Manuel de Sosa Bethencourt, Arzobispo de Santa Fe de Bogotá; Francisco Matos Coronado, Obispo de Yucatán; Juan López Augusto, Obispo en Puerto Rico y Caracas; etc.[5]

Estos apellidos brillantes en la historia americana brotaron del seno de familias emigrantes que mar-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

charon a poblar la geografía de América tal como hoy siguen yendo camino de Venezuela, Cuba o la Argentina. Antaño el Estado español exigió a Canarias el envío de un determinado número de familias, de cinco personas cada una, si deseaban gozar de alguna licencia de exportación. Dentro y fuera de tales circunstancias y exigencias arribó a América un considerable caudal de sangre insular que se aposentó en Cuba, Méjico, Venezuela, Argentina, Uruguay y Perú. Localidades como Montevideo, San Agustín de la Florida, Valenzuela, Galveztown, San Carlos de Tenerife y otras se poblaron con individuos canarios. A pueblos de Luisiana, Yucatán, Trinidad, Guayana, Cuba (Vuelta Abajo, Matanzas, Sagua, Guantánamo, San Fernando, San Carlos de Nuevitas), Cumaná, Puerto Rico y Santo Domingo (San Rafael de la Angostura, Samaná, Sabana la Mar, Montechriste), fueron a parar familias colonizadoras procedentes de Canarias porque eran estimadas como magníficos pobladores que, fácilmente, se adaptaban al terreno.

En los actuales Estados Unidos de Norteamérica la huella canaria se manifiesta en las fundaciones citadas de Valenzuela y Galveztown, establecidas mediante 113 y 112 familias isleñas y en el pueblo de St. Bernard (Luisiana). Aquí, en St. Bernard, la pervivencia canaria es intensa, manifestándose en un patrimonio cultural tradicional de claro raigambre canario. Estos habitantes de St. Bernard se siguen, en la actualidad, llamando isleños, manteniendo esta distinción y tradición gracias a su aislamiento y ocupaciones. Parte de la población se consagra a colocar trampas en el lapso comprendido entre el 30 de no-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

viembre y el 1 de febrero con el fin de atrapar animales de piel valiosa. Siguiendo este quehacer, las familias abandonan sus casas y los niños dejan de asistir a la escuela, pasando todos a los pantanos donde habitan en barcas-habitaciones. Concluida la estación de la caza, se dedican a reparar sus útiles, a pescar moluscos y a criar ostras. Esto desde los meses de abril a junio, y desde agosto a octubre. En tales tareas abundan el jolgorio y las fiestas aprovechadas para exhibir juegos, cantos, bromas y comidas que han perdurado a través de los años. El aislacionismo de esta pequeña humanidad ha hecho que sobre ella apenas se pueda mantener en serio un gobierno municipal; por otro lado les obliga a ellos a casarse entre sí manteniendo el patrimonio cultural de la comunidad más puramente.[6]

Tantas y tantas familias llevadas de Canarias al otro lado del mar implicaba una notable influencia más o menos vista ya. Este mundo emigrante llevó a América sus costumbres, sus modismos lingüísticos, su cocina, sus industrias caseras; y salpicó el mapa de toponímicos evocadores: Candelaria, en Puerto Rico; Gomera, en Guatemala; Realejo, en Nicaragua; Candelaria, hoy en Paraguay; Nuestra Señora de la Gran Canaria, en Perú... Juntos transportaron sus creencias y sus santos. Nada menos que la Virgen de la Candelaria, patrona de Tenerife, fue "llevada" a Caracas a principios del XVIII. Tal vez esta misma Virgen aún venerada en Caracas sea la que los mineros chilenos tienen por su patrona.

En la industria casera nada más interesante que el tejido calado. Hoy mismo la artesanía canaria hace gala de ofrecer en sus mercados típicos unas mante-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

lerías únicas, muy apreciadas en el exterior y similares a las de Madera. En los siglos pasados esta artesanía del tejido calado se exportó al Paraguay, llevada con toda seguridad por alguna familia que dominaba su arte. En el país del Plata citado, los indios guaraníes aprendieron esta industria, la mejoraron, y lograron los primeros encajes llamados *ñandutí*. Palabra esta última que significa telaraña y que prueba la delicadeza de esta filigrana textil hoy sólo confeccionada por unas familias del pueblo Itauguá (Paraguay).

Tanto en Chile como en Argentina (Tucumán) y, sobre todo, en Perú es dable aún contemplar una arquitectura civil cuyos modelos están en las ciudades canarias.[7] El archipiélago atlántico, más aislado que la península ibérica, conservó fielmente el tipo de morada de un solo piso o dos, cubierta de azotea o tejado, patio interior de pilares y galerías de madera, y balcones exteriores saledizos con celosías de tipo oriental. Estas construcciones conservadas aún hoy en La Laguna (Tenerife) o en Las Palmas de Gran Canaria (Barrio de Vegueta) fueron enviadas a América y guardan un inconfundible parentesco con esa arquitectura arequipeña y limeña que el arquitecto peruano Héctor Velarde define diciendo que es una mezcla de harem y confesionario. Oriente y Occidente. Indagando la causa de esta influencia o similitud entre la arquitectura canaria y la arquitectura peruana, puede pensarse que el clima la ocasionó o, más seguramente, la presencia de algunas figuras canarias relevantes en la vida peruana. Un canario, don Juan de Mesa y Lugo, fue Gobernador de Arequipa en tiempos de Felipe IV; él y sus acompañantes isleños pudieron introducir la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

modalidad arquitectónica. Otro canario, don Luis Gonzaga de la Encina, Obispo de Arequipa, pudo continuar esta influencia.

Canarios llevaron al Perú la vid y el vino, sirviendo la historia de esta introducción para tema de una tradición de Ricardo Palma según ya indicamos. Aires folklóricos insulares arribaron al Perú dentro de la corriente migratoria, como lo prueba la marinera "Palmero sube a la palma", cantada como isa palmera. Dentro de esta aportación folklórica popular está la del arrorró, nana o canción de cuna, que se oye en Cuba, Venezuela y Argentina y que tiene una fuerte raigambre isleña.

El lenguaje marchó con los hombres. Modismos y palabras viajaron a las tierras de América en canciones, técnicas industriales, escritos, conversaciones... A uno y a otro lado del Atlántico se han mantenido vigentes arcaísmos que ya en Europa han desaparecido. A veces la palabra canaria ha pasado a considerarse como americanismo; es lo que sucede con *gofio* (harina de maíz tostado) empleada en Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Luisiana, Ecuador, Bolivia y Argentina. Tal vez es en St. Bernard, como ha demostrado el hispanista norteamericano Raymond R. MacCurdy, donde los rasgos de un español con acento canario son más fuertes.

La poesía, la prosa, las adivinanzas y otras manifestaciones literarias de América acusan la influencia canaria. Una influencia que perdura y no periclita porque el canario prosigue yendo a América, aunque la canción venezolana de los días de la Independencia dijera:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Vino Morales,
vino y siguió
porque en las calles
a nadie vio.
Tilón, tilón.
Rompió el silencio
la Libertad,
rayos y truenos
pronto a lanzar.
Talán, talán.
Viendo el canario
la tempestad,
a todo paso
se fue a embarcar.
Talán, talán.
¿Vendrá otra vez?
Talán, talán.

Hoy Argentina, Venezuela y Cuba siguen siendo los mayores centros de atracción. Más Venezuela. Pocas familias existen en las Islas que no posean parientes o amigos domiciliados en América. Las colonias canarias son importantísimas en algunos centros como Habana, Buenos Aires y Caracas. Cuentan con revistas y periódicos propios que las unen, les traen las noticias del terruño isleño y mantienen viva la nostalgia. Los canarios en América han leído "Cúspide" y "Patria Isleña", en Cuba; "Canarias", en Buenos Aires; "El Guanche" y "Canarias", en Caracas; "Puerto Rico Ilustrado", en Puerto Rico. Y otras tantas publicaciones más, antiguas y modernas.

La abundancia, en nuestros días, de canarios en

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

determinadas zonas queda patentizada si referimos que en el Mercado Central de Caracas (Quinta Crespo) trabajan muchos insulares y que en las calles caraqueñas circula aún medio centenar de carritos de vendedores ambulantes conocidos por "carritos isleños". Exactamente igual que se les puede contemplar en La Habana o en las capitales del Archipiélago canario.

Todo, sin embargo, no es corriente Canarias-América. Hay también la consiguiente influencia América-Canarias. En el trasiego humano y económico que las Islas iniciaron con el Nuevo Mundo al amanecer el siglo XVI, la interinfluencia fue múltiple. Las Canarias remitían a las Indias hombres y productos en barcos que retornaban con hombres y productos. Los hombres implicaban ya un trueque de supuestos culturales que fueron y vinieron de un lado a otro. El canario que se dirigió a América y retornó transformado en un indiano, trajo para sus islas una serie de plantas que modificaron el paisaje: nopales, pimenteros peruanos, maguey, ágave... Los nopales o tuneras sirvieron para, en el XIX, dar lugar al cultivo de la cochinilla. Importó tabaco, cueros, cacao y azúcar. El tabaco, en polvo o en rama, llegaba de Antillas y Venezuela. Los cueros procedían del ganado ampliamente multiplicado en las Antillas, pampas argentinas y llanos venezolanos. El cacao arribaba como otro género típicamente americano, siendo en el XVII el producto que seguía a los metales preciosos en cuanto a valor. Provenía de Venezuela. El azúcar lo remitía América de las Antillas y del Brasil, devolviendo con creces los resultados de una industria que llevaron los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

canarios al marco americano. Palo de tinte de Campeche, dinero de toda América, vainilla, diquidambar, carey, achiote, copal, jalapa, zarzaparrilla y otros tantos productos más entraban en Canarias, desde el continente de Colón y, desde el archipiélago, se reexportaban a Cádiz, mercado internacional, que los difundía en todas las direcciones.

De estos productos conviene resaltar cuatro: patatas, tabaco, tomates y maíz. La patata fue conocida en Canarias durante el siglo XVII, por obra de un miembro de la familia Ponte que la dio a conocer antes de que en la Península ibérica la introdujeran los franceses. En Canarias se conoce este tubérculo con el nombre quechua de papa, frente al antillano de patata, que es como se le denomina en el resto de España.

El tabaco ha originado en las Islas, especialmente en La Palma, Tenerife y Gran Canaria, una considerable industria donde el ejemplo cubano es manifiesto. A Cuba iban obreros canarios a trabajar durante la zafra de la caña de azúcar y en el tabaco, siendo lógica la influencia de estos obreros al retornar. Los cubanos exiliados durante el régimen de Fidel Castro, radicados en Canarias, han acentuado esta presencia de los métodos cubanos en la industria tabaquera canaria.

El tomate llegó de Méjico y su nombre, como sabemos, es palabra azteca. Canarias lo cultiva como un fruto de lujo y envía sus ricas vitaminas a Inglaterra y demás países nórdicos.

El caso del maíz o millo, como se llama en Canarias, es de lo más notable en esta transculturación. El maíz, que para unos tiene su origen en América Central y para otros en el Perú, no sabemos cómo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

apareció en Canarias. Algún indiano lo trajo y sembró con éxito; de tal modo que las islas pueden ser incluidas en el área del maíz. De él obtiene el habitante canario, después de tostarlo y molerlo, la harina que llama gofio. El gofio, la patata, los plátanos y el pescado son los soportes de la alimentación canaria.

Pero no son únicamente estos productos americanos los que se ven en los campos canarios. El hombre isleño, que como el indígena peruano construye en andenes las tierras de labor en un esfuerzo admirable, cultiva también otros elementos botánicos que América le proporcionó. Casi se puede afirmar que todas las frutas americanas existen en Canarias. Al lado del cafeto, crece un papayo o un mango. Mezclada con el naranjo, se ve la chirimoya. Hay aguacates que en Perú llaman paltas, mameyes, mangos, piña tropical, guayabas... Todos estos frutos los sacó el canario de América y ellos hacen que el forastero considere a las islas como algo exótico y como un trozo antillano más. No es raro que estas concepciones rayen en el pintoresquismo. Para algunos las Canarias son tierras fáciles, de indolencia, cocoteros, rumbas y papagayos. Han llegado a mezclar en Canarias la idea de Hawai y Cuba que proporcionan películas y revistas.

Nos hemos referido únicamente a la economía como si el influjo de América sólo se hubiese sentido en este aspecto. No sucede así. A Canarias han llegado otros valores culturales procedentes de la otra orilla atlántica. Algunos no se sabe muchas veces quién los dio a quién. En la música se acusa esta duda. La re-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

valorización que actualmente sufre el folklore canario exhibe una marcada huella americana. Los sones cubanos, las habaneras y los corridos mejicanos se adivinan a veces dentro de las canciones canarias. Claro que la causa puede estar en una mutua fuente antigua o que América devuelve con su sello lo que se le envió en siglos pasados. Ello nos trae el recuerdo del fenómeno dado en el vino de Indias. Este caldo, criado en España, era embarcado antaño y enviado a América. Sólo se le daba el paseo para que sufriera el impacto del aire americano, pero, al retornar de nuevo a España, traía ya un codiciado sabor. El ambiente americano lo había transformado dotándolo de otra personalidad. Así ha sucedido a menudo con determinadas manifestaciones culturales del Viejo Mundo a las que América ha impreso su esencia.

Las bellas artes denotan en Canarias la presencia americana en distintos casos. Apuntemos, sin que ello signifique nada, que en el siglo XVI muchos pobladores canarios retornaron de las Indias trayendo como esclavos a indígenas americanos. No creemos que ellos fueran empleados en el terreno artístico. La orfebrería insular denota la influencia de América a través de ciertos motivos.[8] Hay en objetos de plata elementos botánicos americanos. Ello es fácil de explicar: muchos indianos regresaban de Méjico o Perú con riquezas en plata labrada que donaban a las iglesias de sus pueblos o usaban en sus casas. La Virgen del Rosario de Agüimes se dice enviada por un isleño emigrante en México. También en Agüimes se conservan unas casullas de origen filipino. En el Archivo de Indias hemos encontrado más de un registro o inven-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

tario de objetos de este tipo importados por pasajeros canarios.

La arquitectura cuenta con varios y notables ejemplares. No insistimos en la casa canaria antigua emparentada con la peruana, ni en el moderno llamado "estilo canario", copia de lo colonial californiano o de lo andaluz; no. Se trata de ejemplos aislados que citaremos sin idea de exhaustividad. En la isla de Tenerife, la iglesia de la Concepción de la Orotava muestra en su portada dos relieves hechos en el siglo XVIII. En uno se contemplan las islas antillanas, en el otro a las islas canarias. El simbolismo de hermandad y comunidad que estos relieves encierran es clarísimo.

En Fuerteventura, isla cercana al África, donde estuvo Unamuno desterrado y donde experimentó el tremendo alcance de la voz aislamiento, existen varios ejemplares de interés. Uno: la portada de la iglesia del pueblo llamado Pájara. En la parte superior de esta portada se distingue perfectamente una mezcla decorativa de motivos que algunos han supuesto aztecas. Se ven serpientes dispuestas en círculos o mordiéndose la cola, soles, etc. ¿Origen? Parece que la portada la donó un canario que en Méjico había sido Contador de las Rentas del Tabaco con la condición de que ella fuese decorada de ese modo como prueba de su amor a Méjico. Otro pueblo de la misma isla, Bentancuria, posee un valioso retablo mayor en el que el artista recurrió a frutas de América para ornamentar su obra. La Oliva, otra localidad, posee una portada señorial con elementos decorativos americanos. La casa que ostenta tal portada se alza en un sector del pueblo denominado Puerto Rico. Con este mismo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nombre se conoce en Gran Canaria un punto del sur donde se cultiva el ananás o piña americana.

En Gran Canaria, como en Tenerife, se conservan pinturas, joyas y esculturas procedentes de América. La más notable y famosa de estas esculturas —llevada al folklore popular de las folías o canciones típicas— es el Cristo de Telde, obra del siglo XVII debida a los indios mejicanos tarascos. Está construida con la médula de la caña del maíz. En Méjico se conservan aún varios Cristos hechos con esta materia que luego se revestía de tela y se pintaba. Sobre tal técnica, material y primeros escultores que la emplearon, dice el Mejicano Manuel Romero de Terreros: "Desde el siglo XVI y principalmente en Michoacán, se fabrican santos Cristos y otras imágenes con caña seca de maíz". Hablando de los tarascos, escribe el P. La Rea: "Cogen la caña de maíz, y le sacan el corazón, que es a modo de corazón de cañeja, pero más delicado, y moliéndolo se hace una pasta con un género de engrudo que ellos llaman titsingueni. En este género de trabajos sobresalió un Luis de la Cerda, de quien dice Mota Padilla que fue mestizo, hijo de Matías de la Cerda, el más famoso escultor que a estos reinos pasó de Europa cuando se pobló la América y fue el primer maestro de donde se ha derivado de padres a hijos el oficio". En Canarias sólo se conoce el ejemplar de Telde, pero en Méjico hay más de una escultura hecha con este material. Se suelen citar: El Cristo de Tlaxcala, el Señor de Santa Teresa (catedral de Méjico) y Nuestra Señora de la Salud (Patzcuaro).[9]

Ya señalamos algunas notas de la influencia actual en la arquitectura y música canaria y de la presencia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de algunos modismos lingüísticos y determinadas palabras que, como la de *guagua*, se oyen lo mismo en América que en Canarias.

Todo este parentesco canario-americano exige más de una monografía. Algo se ha hecho ya, pero quedan aún interesantes aspectos que analizar. Habría que ver más ampliamente la emigración insular al Nuevo Mundo; sería preciso hacer un estudio sobre la Orden Bethlemita; resultaría interesante biografiar la figura de Morales; Los Gobernadores canarios que gobernaron a Venezuela piden un estudio; las relaciones de música y arquitectura habría que verlas más despacio; la misma vinculación actual es digna de análisis. Ante nosotros tenemos fichas que hablan de remisión de familias a Tejas, del fracaso de los canarios como colonos en Florida, de la salida clandestina de insulares hacia la América republicana en 1833, de quiénes fueron los que fundaron Montevideo, de los males que se siguen llevando a la América insurrecta el producto de fincas que algunos de los rebeldes tenían en Canarias..., etc.

Quede, con estas líneas, una vez más, apuntada la relación Canarias-América.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XVII

GRAN CANARIA, ESCUELA DE VULCANO

GRAN Canaria es una isla-azul-atlántica casi redonda. Debió ser antiguamente donde trabajaba Vulcano. Pero ya sus fraguas están apagadas e inundadas de flores. Antes, antes de nuestra guerra civil, yo hubiera tenido que explicar dónde estaba mi isla. Porque la gente la creía atada al suelo marino del SE. de la península ibérica. En los mapas se le veía, con unos meridianos y paralelos distintos, metida en un rectángulo. Parecía, con las otras islas canarias, una colección de siete peces extraños dentro de un acuarium.

La isla tiene un Centro, un Norte y un Sur. Yo nací en el Centro; en el centro geográfico quiero decir. Porque el centro vital está en Las Palmas, ciudad más o menos lánguida, con más de trescientos mil habitantes, que yace varada por cerca de nueve kilómetros entre el mar y unas antiguas montañas peladas que hoy son sede de ciudades satélites llamadas Schamann o Las Escaleritas. Nací en Santa Brígida, en plena carretera central, en un escenario mezcla de dureza y blandura. Dureza geológica, blandura botánica. Cuan-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

do me llevaron al Sur sentí algo especial que muchos años más tarde volví a experimentar en las marismas de Huelva o en las salinas de Cádiz. El sol, la sal, la arena, los tomatales, el viento y los pueblos casi africanos sureños me impresionaron para siempre. Más que el Norte, verde y jugoso. El Norte femenino, verde-platanero en Arucas, Guía, Agaete, verde-tilos en Moya; verde-pinar en San Nicolás y Tamadaba; verde-húmedo en Valleseco; verde-esperanza junto al santuario de la Virgen del Pino en Teror.

Estas son las zonas de la isla. Y la Cumbre. Realmente no hay cardinalidad en ella, sino verticalidad. La Cumbre exhibe un paisaje torturado, dislocado geológicamente, en Tirajana, Tejeda, Ayacata, Los Pechos, Temisa, Fataga y Pozo de las Nieves. Aquí tiene la isla su cúspide y techo y aquí fue donde los aborígenes situaron su reducto y donde la conquista desarrolló el acto final, no exento de grandeza como en una tragedia griega.

Sobre todo esto planea la triste soledad isleña tan bien expresada por Alonso Quesada y por Unamuno. "Allí en Gran Canaria —escribe don Miguel— conocí toda la fuerza de la voz a-islamiento". Este aislamiento impele hacia la intimidad, que la vive perfectamente el que tiene que quedarse en la isla y, como escribe Valbuena Prat, crea en ella su universo de ensueño. Alonso Quesada y Tomás Morales, poetas, supieron de esto. No sé si lo supo el imaginero Luján Pérez. Y lo desconoció Pérez Galdós, salido pronto de su isla.

Al comienzo todo fue un campamento. Un campamento en los bordes del río Guiniguada. El llamado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Real de las Tres Palmas. De aquello sólo queda la historia y el cauce seco del río, que como una cicatriz corta feamente el rostro de la ciudad. Un rostro que tiene en un extremo un barrio de pescadores de bajura, —San Cristóbal, en vías de desaparición acorralado por una autopista— y en el otro una breve península —La Isleta— que abriga un puerto donde se citan todas las banderas del mundo: "Yo amo mi puerto, en donde cien raros pabellones desdoblan en el aire sus insignias navieras", cantaba Tomás Morales ¿Y qué grancanario no ama a su puerto? Inicio posible de un itinerario que nos llevaría por Los Arenales, Ciudad Jardín (donde hay que gozar del Parque Doramas y del Pueblo Canario, escenario de bailes típicos y sede del Museo Néstor de la Torre), Alcaravaneras, Lugo y Triana, hasta Vegueta, corazón viejo de la ciudad donde late todavía la vida con pulso de antaño. Aquí están la catedral, el palacio episcopal, el Ayuntamiento, El Museo Canario, La Casa Museo Galdós, la Iglesia de Santo Domingo, El Seminario, la Plazuela, la Casa de Colón, la calle de los Balcones... Y un "no sé qué que queda balbuciendo", que decía San Juan de la Cruz y que se experimenta en el atardecer al deambular por las callejas de Vegueta. Calles a las que se asoman, y se recatan al mismo tiempo guardando su intimidad, casas y patios que muy bien podrían estar en San Juan de Puerto Rico, en Cartagena de Indias, Arequipa o Tucumán. Como constante de todo esto: el mar. El mar lleno de claridad y bravura junto al Colegio de los Jesuitas; el mar de la Mar Fea, hermoso y feo; el mar lleno de salitre en la trasera del Teatro Pérez Galdós; el mar lejano ya de como lo cantó Tomás

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Morales, de la calle de la Marina y destrozándose en septiembre sobre los malecones del Parque de San Telmo y apenas audible en la iglesita del mismo nombre, cuajada de trasuntos americanos; el mar de las Alcaravaneras salpicado de navíos y de manchas de aceite; el mar de las Canteras, masculino por la mañana —el mar— y femenino por la tarde —la mar—;...

Pero así como antaño las gentes de los pueblos al oír el cañonazo de las doce que daba el castillo de Mata huían hacia la intimidad de sus pueblos, con un dolor de cabeza, y dormitando en el coche de la hora, así nosotros dejemos Las Palmas con su cosmopolitismo de bazares hindúes, productos extranjeros, turistas suecas tentadoras, viejos ingleses reumáticos, bancos activos apilando letras, olor a gasoil... y vayamos hacia el interior donde están las auténticas esencias insulares, y donde el paisaje es otro.

Por donde quiera que vayamos acabaremos en la Cumbre, en el centro, coleccionando atardeceres cara al Nublo y el Bentayga. Si tomamos la autopista, camino del aeropuerto internacional de Gando, rehuiremos Jinámar, vigilada por un volcán silencioso, pero tétrico, y Telde. Y la verdad es que no vale la pena desconocer Telde, ciudad dueña de un retablo flamenco y de unas pinturas de J. Arencibia, que hay que ver, entre otras cosas. Otras cosas son: el barrio de San Francisco, de pura arquitectura canaria, la casa de León y Castillo ejemplo de hogar canario, y la plaza principal, con casas únicas, y unos laureles de la India, una muchedumbre de pájaros, y una paz propia de plazas canarias. Telde de lejos, con la arcada de su puente y sus palmeras y barranco, tiene aire de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

fiestas. A la Cumbre se puede seguir rápido subiendo por Valsequillo, donde el pueblo se agarra todo a la iglesia para no caerse al abismo, y por Utiaca donde ya se siente la angustia de la Cumbre a punto de desplomarse sobre nuestra persona como castigo de este nuevo pecado "atlántido". Pero también se puede llegar a la Cumbre siguiendo más al sur, por una carretera casi recta que va zurciendo pueblos de aire africano: Ingenio, Agüimes, Sardina, Juan Grande, Maspalomas, Arguineguín, Mogán... El mar, que queda a la izquierda, vomita un viento que inclina a los árboles y les obliga a señalar hacia la Cumbre violácea. Los pueblos, con muchas casas sin encalar, o pintados de blanco, parecen trasplantados del vecino continente o traídos de Fuerteventura. Tomates y maíz plantados en las bocas de los secos barrancos y en las laderas en suave ascensión constituyen la riqueza de la zona. La carretera, casi recta, sigue hilvanando caletas y playas de arenas negras o doradas y urbanizaciones veraniegas o turísticas donde puede ondear una bandera sueca. Maspalomas, en este sentido, es la joya del sur. Es un oasis africano, paraíso para nórdicos y anglosajones, donde los norteamericanos otean el cielo persiguiendo satélites y naves espaciales en una estación que no ha logrado doblegar la altivez del faro y de las palmeras. Al final de la ruta está Mogán, otro oasis, donde podemos recomponer fuerzas a base de un caldo de pescado, un escaldón, unos aguacates y unos papayos ¡Y arriba! Hacia la caldera de Tirajana de agobiante geología.

A la cumbre se puede ir también por el Norte, por una carretera de tobogán. El norte es Arucas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

dueña de una catedral gótica moderna inadecuada para el paisaje y de una montaña-observatorio espléndida para avizorar la costa festoneada por un lado con el encaje azul y blanco del mar, y por el otro de platanares verdes que se adornan con las lentejuelas rutilantes de los estanques de agua. El norte es también Bañaderos, y Moya, patria de Tomás Morales y dueña de unos tilos famosos y de una vista desde su iglesia que recuerda al tajo de Ronda; y Guía, patria de Luján Pérez, y Gáldar, poseedora de una montaña que suele, de lejos, hacer las veces del Teide, y Agaete, guardián de unas tablas flamencas únicas y de una fiesta de "La Rama" que evoca el carnaval de Río de Janeiro. Más allá está el Andén Verde, paisaje del Dante, y San Nicolás de Tolentino en medio de un valle espléndido, reconfortante para quien se ha atrevido a recorrer una carretera colgada sobre el océano y que produce escalofríos. Desde Agaete ya podíamos haber ascendido a Artenara y al Pinar de Tamadaba, donde se hace imposible explicar la vista que Dios ofrece cara a Tenerife. Al final: la Cumbre, como siempre.

Y como todos los caminos llevan a la Cumbre, a Tejeda y su Cruz, podemos también llegar a ella por el Centro, un edén desde el principio, aunque se llame Barranco Seco. Más arriba, donde el aire se hace más fino y sutil, el picón pone un fondo espléndido a la buganvilia, a la vid y a las casas y chalets recoletos que suelen tener una o más palmeras como centinelas. Los eucaliptos escoltan siempre a la carretera; y los pimenteros peruanos y laureles de la India, al igual que en casi todas las plazas de la isla, se ofrecen como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

refugio de pájaros que armonizan el alba y el crepúsculo. La flora del Centro es algo impresionante. Árboles, plantas y flores se amontonan en una sorprendente variedad: magnolios, hibiscos, crotos, flores de pascua, geranios, cardones, naranjos, jazmines, helechos, begonias... El Centro es un jardín. Un jardín en Tafira, en Bandama con su espléndido Club de Golf, en el Monte Lentiscal, en Santa Brígida, en la Angostura, en la Atalaya, en la Portada Verde, en Pino Santo, en la Hoya Brava... ¡Qué nombres, Dios mío! La carretera sube, sin cansancio, hacia el frío, descubriendo nuevos paisajes a nuestra espalda en cada revuelta del camino. Como siempre, al final, la Cumbre en el Parador de Tejeda. Tal vez se pueda gustar el bienmesabe de Tejeda. Si no, vale la pena bajar al pueblo. Es un dulce, como tantos otros de la isla, que hacen más agradable la vida.

La cocina grancanaria no es rica ni variada, pero su república culinaria ofrece algunos platos y especialidades que se hace preciso degustar para una mejor comprensión de la tierra. Un fondo musical de isas o folías pueden sazonar cualquier plato que por todas partes o en determinados pueblos hallaremos. Los bizcochos lustrados de Moya y de Santa Brígida; las quesadillas de Telde; el pan de Agüimes; el queso de flor de Guía; el vino tinto del Monte; las aguas minerales de San Roque, Firgas, Teror y Agaete... Hay que probarlo todo. Hay que tomar pasteles de carne en Navidad, un potaje de berros, un escaldón de gofio, un frangollo, un caldo de pescado, un puchero, un sancocho, unos tollos, unas carajacas... En cualquier cafetín y restaurante nos facilitan esto; pero mejor es

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en una casa, en el ambiente familiar de un hogar canario donde antes, previamente, merece la pena tomarse un aperitivo con queso tierno y pan bizcochado.

Mar, playas, flores y volcanes, y un clima único... eso es Gran Canaria: Trópico, Mediterráneo y Sáhara. La flora de dragos, tajinastes, cardones, mocanes, tabaibas, pinos, palmeras, plátanos, jacarandaes, laureles de la India, acebuches, eucaliptus, naranjos, papayos, aguacates... evidencian este calificativo de "continente en miniatura". Lo es, de verdad. El Jardín Canario, en Tafira Baja, es un proyecto de lo que debió ser el Paraíso. Y la isla toda es la maqueta de este Paraíso que el hombre perdió por una manzana y que ahora puede recuperar yendo a Canarias.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XVIII

LANZAROTE, DONDE LOS ÁRBOLES MUEREN DE RODILLAS

QUISIERA yo hacer un retrato de Lanzarote. Trazar el retrato de una persona o de un pueblo no consiste en pintar sus rasgos fisonómicos. Es preciso rastrear su mundo espiritual que es, en último término, quien ha grabado o determinado el rostro. Y ello es muy difícil. Mucho más sencillo es plasmar el retrato externo, lo que nos entra por los ojos del cuerpo. Pero este cuadro de nuestra isla ha sido mil veces pintado y en todos ha aparecido siempre la hospitalidad de Arrecife, el encanto de Teguise, la soberbia de Zonzamas y Guanapay, la sorpresa blanca y verde de Haría, la majestad telúrica de Famara, la mansedumbre arenosa y salada de la Graciosa, el asombro geológico del Jameo del Agua o de El Golfo, la arquitectura agrícola de La Geria, la blancura hiriente de Janubio, el horizonte legendario de Playa Blanca, la demoníaca belleza de Timanfaya o la Montaña de Fuego, el milagro, en fin, de toda la isla. Pero tras esto, hay algo más, hay una historia cuyo rastreo quizá nos permitiría acercarnos al alma de la isla. Pueblo sencillo, sin complicaciones, su alma tal vez queda reflejada en una sola

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

palabra: lucha. Agonía, diría Unamuno dándole al vocablo su auténtica acepción. Y esta lucha, contra agentes externos e internos, ha determinado el alma lanzaroteña cuya historia constituye un ejemplar capítulo.

Con harto error la imagen que se tiene de las Islas Canarias es una, como si no hubiera variedad en ellas y dentro de ellas. Fueron las islas para Homero Campos Elíseos donde "fácil es la vida de los hombres"; para Hesíodo constituyeron Islas de los Bienaventurados "exentos de toda inquietud"; para Solino fueron el Paraíso y las Afortunadas para San Isidoro; y para Plutarco el lugar que Sertorio escogería para pasar el resto de la vida. Aún hoy sigue primando algo de esta imagen seductora.

Pero hay que conocer las Islas una a una, hay que llegar hasta Lanzarote para saber que allí no se puede vivir "exento de inquietud", que allí no "es fácil la vida de los hombres". Pero, sin embargo, no por ello deja de ser una isla mitológica, llena de exotismo y leyenda, de belleza y atractivo, donde bien se puede gastar el resto de una vida.

Occidente, es decir, la Cristiandad, arriba a las Islas Canarias por Lanzarote. Era el año de 1312. Desde entonces, sobre la figura de la isla va a ondear y en la primitiva cartografía, la enseña de Génova: la cruz de gules en campo de plata. Desde entonces Titeroygatra, nombre indígena, pasará a llamarse, primero "Insula de Lanzarotus Marocellus", y luego Lanzarote a secas en honor del genovés, mediterráneo y moreno, primero en clavar audazmente sobre el lomo de la isla un banderín símbolo de posesión.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Son estos los umbrales de la historia lanzaroteña, llenos, como todo gran nacimiento, de sangre porque sus indómitos indígenas ofrecen la muralla de sus vidas al invasor europeo. De éstos, otro rubio y atlántico, que se llama Juan de Bethencourt, sustituye el airoso pendón de Marocellos por un fortín que hinca sobre el dorso isleño, cara a Fuerteventura. El Mediterráneo ha dejado paso al Atlántico en este relevo, pero serán hombres que por igual participan de los dos mares los que, una vez cerrado el ciclo normando de la conquista, apronten a Lanzarote en son bélico. Son los barcos del infante portugués Enrique el Navegante, que, sedientos de geografía y esclavos, sitúa una nueva divisa, donde campea la cruz de la casa de Avis sobre la atormentada Lanzarote.

No cesan las luchas y depredaciones a mediados del siglo XV, hasta que Lanzarote, "motu proprio", rechaza al lusitano y sienta su voluntad de ser de Castilla. Pero también desde entonces se inicia la cadena de actos piráticos que una y otra vez machacarán a la isla a lo largo de los siglos haciendo de su quehacer histórico un combate perenne contra enemigos que envía el mar.

Lanzarote es de Castilla, está incorporada a la corona de la meseta, pero sobre ella se dejan sentir las apetencias de muchas coronas, de muchos barcos y hombres que desembarcarán para saquearla. Los años han pasado y de Guadarfía, último rey de Lanzarote, sólo queda el testimonio pétreo de Zonzamas, castillo y morada, sustituido por los torreones de la conquista, de los cuales Guanapay es compendio y símbolo. De Zonzamas a Guanapay, de Guadarfía a los Reyes de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Castilla, de un mundo a otro, la isla ha ido transitando en un vivir cuya constante histórica ha sido la lucha. Pero eso es la vida. Vivir es combatir, sostuvo Séneca. Y el hombre de Lanzarote, que sabe cuánta inseguridad le rodea, no da jamás por terminada la lucha.

Para que ese combatir no cese, el mar hace derivar hacia las costas lanzaroteñas a Cachidiablo y "El Clérigo", a La Testo y a La Motte. Y el mar deposita a los moriscos que azuzados por sus señores se proyectan de África, como otras plagas, dejando ya para siempre su huella antropológica y topográfica. Otras veces son los lanzaroteños, capitaneados por Diego de Herrera o su hijo Sancho o Agustín de Herrera, los que saltan al continente para atacar y apresar al enemigo en sus mismos reductos.

Sigue la lucha. Los señores de alguna isla serán "señores de conejos, como peyorativamente dirá algún enemigo, pero no cabe duda que las Islas, y Lanzarote la primera, constituyen una auténtica "frontera de moros". Frontera que atacan Dogalí y "El Turquillo"; y Morato Arráez "el Grande", un renegado albanés; y Cumberland y Sir Walter Raleigh, etc. Todos se llevan algo, todos sabrán del sabor de la malvasía.

¿Para qué proseguir? Sería repetir los sucesos. Cambiarían la enseña de los atacantes, las armas o la táctica, pero siempre existirá el elemento constante de la vida insular: lucha. Mas, repetimos, luchar es vivir.

Y eso es lo que el hombre de Lanzarote sigue haciendo hoy cuando el mar no le trae enemigos. Ahora lucha —también lo hizo antaño— contra la tierra, contra la naturaleza toda, que no es su aliada

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

y no le da cuartel. Sobre el asombroso suelo de Lanzarote prosigue pendulando la inseguridad. Sus habitantes saben que cualquier logro material peligra perderse y por ello jamás ponen punto final a la lucha, al esfuerzo por crear una tierra mejor.

En lo alto de Teguise continúa floreciendo un castillo, que muerde el azul límpido del cielo, y desde donde se otea un campo, de tierra híspida, de geografía hosca, que con tenacidad ha sido domeñada por la voluntad del hombre y obligada a dar su fruto. Desde Guanapay se otea el campo espléndido, donde navegan unos camellos, donde monta la guardia silenciosa un molino, donde yacen unas casas que albergan la vida de unos seres que no saben de ocio. Desde allá también se divisa el mar, palestra igualmente de luchas, porque ya no es camino para enemigos, sino ruta de riquezas que el hombre de Lanzarote extrae sin cesar.

Bendita Lanzarote, porque pese a todo, porque pese a los ademanes volcánicos de tu geografía, porque pese al dramatismo espiritual de tu existencia, tú eres una tierra que emociona, ejemplar, que entras para siempre en el corazón, que admiras porque has sabido hacer que tu vida lo exprese un verbo único: luchar.

* * *

Ahora Lanzarote vuelve a estar de moda. De vez en cuando nos llega una noticia sobre ella que, generalmente, gira en torno a sus arenas nada radiactivas, pese a lo dicho. También se le cita como futuro gran centro vacacional. Hay tranquilidad, exotismo y una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

serie de atractivos (pesca submarina) capaz de tirar por el más reacio.

En nuestro tiempo la isla vuelve a sonar. Su Montaña de Fuego moviliza a un alquimista que promete el oro y el moro..., sobre todo el oro. De él queda la noticia, el comentario, y una herrumbrosa caldera varada sobre la Montaña de Fuego. Otros sabios hablan de sus tierras radiactivas y de posibles exportaciones de ellas; detrás vienen otros negando la radiactividad. Una revista de moda francesa lanza a las playas de Europa como prenda veraniega el sombrero típico de la Graciosa, isla satélite de Lanzarote.

Pero no son muchos los que llegan a esta tierra extraña, que lo mismo podemos bautizar como la isla de los volcanes o isla donde los árboles mueren de rodillas.

Es una tierra espléndida. La capital, Arrecife, es un gran pueblo, de casas planas, y sin pretensiones. Desde el Parador de Turismo no se divisa la cúpula de cemento, horrible, que señorea a la ciudad, mucho más que un molino sin pulso que se yergue en una altura, vigilando el maravilloso Puerto Nao, cuajado de barcos pesqueros. A la misma sombra de la cúpula citada, inspirada como otras en Tenerife, pulula un pequeño mercado, que evoca algo hispano-americano. Las mujeres que venden se tocan con sombreros o "sombreras" que recuerdan a América o Portugal, y se envuelven con un pañuelo exactamente igual que los hombres de Moguer y Palos. Es un atuendo moruno típico. África está cerca, enfrente. Allí están el burro y el camello, hermanados en una dura tarea para decírnoslo. Ellos son los animales del

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

campo. El camello tira del arado romano y el burro lleva quesos o lleva una preciosa chiquilla, que se cubre con un sombrero de tela almidonado, similar a una toca monjil. Es algo medieval, algo normando. Pienso: ¿no es extraño todo esto? En dos renglones han sonado Europa, África, América. ¿Y Asia? También está presente, como veremos.

Son muchas las cosas que la isla ofrece para llenar nuestra retina e impresionarnos. No es preciso ser extranjero o peninsular para sentir este latigazo anímico que la isla da al que llega. Cualquier isleño lo siente y se va más maravillado que nadie, porque nunca pensó que allí, a la vuelta de la esquina —mejor diríamos a la vuelta de la isla—, había otra tierra.

Tierra extraña. De montañas amasadas con carbón y pimentón. De castillos donde montan la guardia el viento, las gaviotas y alguna vieja culebrina. Tierra de molinos que cantan la tibia y perfumada canción de gofio. Tierra cuyas entrañas dan infierno y gloria. Tierra de timples, de quesos sabrosos, de dátiles. Tierra hostil, ingrata. Tierra pródiga. Tierra de conventos desmantelados. Tierra africana y asiática, porque orientales son esas chimeneas que tanto recuerdan a las que vemos al sur de Portugal. Tierra de viejas casonas donde campea aún el esplendor que trajo el cultivo de la barrilla y la cochinilla, a mediados del XIX. Tierra de amigos, sobre todo, de buenos y cordiales amigos, que saben cuánto atesora su isla y cuánto se podría hacer por ella.

Todos hemos oído algo sobre la Montaña de Fuego, pero nada de lo escrito ha alcanzado a expresar cómo es aquel paisaje. Los árboles que se agazapan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

en hoyos —higueras, por ejemplo—, para sobrevivir al viento, o los que se esconden tras alguna casa y son peinados por ese mismo viento que no los deja crecer más altos que la casa, no viven ya en la tierra que señorea la Montaña de Fuego. La pista corre por un paisaje lunar. Al fondo, montañas, y detrás el mar. No hay árboles, ni pájaros, ni mariposas, ni moscas. De noche, a la luz de la luna, debe ser impresionante tal soledad cosmológica. Sólo pasa el viento, cuyo ruido es similar al mar. De pronto el viento se calla y corre —se siente pasar— un silencio de muerte. ¿En qué día de la creación estamos? El hombre solo frente a Dios.

Dios pasa en el viento y en el silencio y Dios llega como un vaho caliente de la boca de una caldera. Atentos, mudos, los cráteres y las agujas volcánicas vigilan. Una aulaga arde rápida cuando se la arroja a la boca de la caldera. Y seguimos pensando: que estupendo escenario para el pueblo griego y para su mitología. ¿Quién puede vivir aquí? Nadie. Sola, como testimonio de un audaz y falaz alquimista, hay una caldera derrotada. Es una nota discordante. Y, sin embargo, alguien vive, alguien ha vivido en este paisaje. Cerca ha saltado el agua, tiempo ha. Cerca se hunde "la taza de chocolate" dentro de la cual crecen helechos. Y estoy seguro que vivirían lagartos o iguanas.

En una de estas islas vivió el leyéndico Hilario, acompañado de su camello. Hilario ya no existe, pero los camellos siguen dóciles tirando de la carga, arando, trillando o colgados mansamente en los exvotos de la iglesia luciendo una anatomía de cera que engaña a los chiquillos que piensan en camellos de azúcar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

El paisaje y el hombre. He aquí los elementos claves, los dos factores que vienen de siglos luchando como la luz y la oscuridad o el bien y el mal en las antiguas cosmogonías. El hombre no ceja y la tierra tampoco. Los dos admiran. La tierra por extraña; el hombre por tenaz.

La tierra es fantástica. Nada mejor para meditar sobre nuestro destino que las soledades de la Montaña de Fuego. Nada más perfecto para imaginar un arribo a la luna que esta geografía final de un cataclismo o principio de una creación.

Y sobre el paisaje, el hombre. El hombre, cara a la tierra o interrogando al cielo como un antiguo oráculo. El hombre luchando siempre —de siempre— con el enemigo interno —su medio— y con el enemigo de fuera. Luchando y creando. Crear es luchar. Los testimonios de un pasado más espléndido van quedando arrumbados. Molinos desmochados sin latido ni pulso; conventos desmantelados, sin misticismo ni incienso; castillos deshabitados, sin agresividad y sin función; archivos esquilmados, sin inventarios ni cuidado... Pero todo se podría enmendar con voluntad y ayuda. Entonces los archivos se cuidarían y los papeles viejos se reunirían sacándolos de apolillados baúles y estantes o de manos particulares. Los conventos se restaurarían para el culto o como museo religioso (San Francisco, por ejemplo); los molinos andarían lanzando al aire la alegría de su girar y exhibiendo en su interior la permanente exposición del folklore isleño; y los castillos cobrarán vida como museos militares e históricos donde se guardan y exponen armas, planos y documentos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

¿Por qué no hacerlo? Igual que se puede construir la iglesia del Rubicón, igual que se puede establecer en La Graciosa una colonia veraniega..., igual que todo esto se puede hacer lo anterior. Lanzarote tiene ante sí un maravilloso porvenir, si sabe, quiere y le ayudan a ponerlo en marcha.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XIX

FUERTEVENTURA, LA ISLA DEL SILENCIO

SILENCIO e inmensidad es lo primero que brinda la isla del paradójico nombre. Y lo último que nos ofrece cuando nos vamos, tras correr por sus carreteras desiertas y silenciosas seguidos de una nube de polvo. Sobrecoge este paisaje que en nada tiene que ver con lo que nos dice *Le Canarien* o algunos cronistas de Indias como Alonso de Santa Cruz. ¿Dónde las verduras? ¿Qué se ha hecho de los ríos de agua? Los hubo, sin duda, porque la tierra calcinada está transida de surcos, hoy ríos de arenas negras que el avión nos permite examinar muy bien cuando sobrevolamos el mundo majorero.

Quien quiera meditar, quien desee saborear el silencio, placer que este mundo actual nos regatea y niega, que vaya a Fuerteventura. Basta con permanecer en su capital, Puerto del Rosario, degustando el queso majorero, una buena "vieja" (pescado) y un vino que llaman malvasía de Lanzarote. Silencio. El mar. Ni las gaviotas perturban. Ni los autos, ni los turistas, ni los transistores o radios. El hombre de la tierra parece amasado de silencio, como la propia isla. Y de pa-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ciencia o tranquilidad, pues es reposado y contesta con mínimas palabras, sin adornos o añadidos, sin concesión o exceso, a lo que se le pregunta.

Mis horas en Fuerteventura coincidieron con los días de Semana Santa, cuyo espectáculo subrayó este silencio y resignación del majorero. Yo, hecho ya, en más de veinte años de vecindad, a la Semana Santa de Sevilla, nada más dispar, nada más en el extremo, podía trocar con ella que estos actos dolorosos de Fuerteventura. Dos tristes imágenes, unos mínimos "tronos" o pasos, seguidos por toda —toda— la población de Puerto del Rosario sobre la cual se alzaba en vano la voz de un sacerdote intentando lograr cantasen un "Perdona a tu pueblo, Señor", o contestasen a los rezos del Rosario. Ni para rezar se esforzaba la voz. Se contestaba casi con silencio.

Varios rumbos nos llevan fuera de la población. Podemos irnos a la inigualable Playa Blanca o a la íntima Caleta Fustes, refugios espléndidos frente al mar atlántico. Otras rutas para nuestra curiosidad son: Corralejos, Betancuria o Gran Tarajal-Jandía. Corralejos es el "esposo" de la conejera Playa Blanca. Entre ambas localidades pescadoras, de maravillosas playas, flota la isla de Lobos, sin lobos marinos, pero con unas cualidades turísticas inmejorables. Desde Corralejos arrancan y se arrastran playas desconocidas, fantásticas, que llevan por nombre Playa del Pozo, del Viejo, de los Matos, del Moro... Kilómetros y kilómetros de mar y de arena blanca y de silencio. Porque hasta el mar parece guardar silencio en estas zonas. Algunas de estas desconocidas, no holladas playas, son de artesanía, como la del Cotillo. En la Edad Media los

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

hombres de Europa lacerados de lepra llegaron a estas islas buscando la sangre de drago para curar su terrible mal. En plena Edad Moderna pudo Colón ver en Cabo Verde algunos de estos desgraciados que se bañaban con sangre de tortuga en un desesperado esfuerzo por arrancarse la lepra. Hoy, que otras lepras afectan a la sociedad, como la prisa, la tensión de nervios, los ruidos, la agitada actividad..., sólo aquí se encuentra una terapéutica ideal. Todo está en lograr agua.

Dejamos atrás Corralejos en un atardecer bello y ventoso, sin el adiós de su molino, viejo y encadenado con una herrumbrosa cadena.

Los pueblos de Fuerteventura tienen una especial fisonomía. Hay en ellos una nota africana —el camello, el desierto, la palmera— pero también tienen clavados un aire de tristeza manifestado en su abandono y ruina. Hay casas cerradas; casas que se caen a trozos. La Oliva, en la ruta a Corralejos, merece una parada especial y un juicio aparte en estas generalizaciones.

Si al norte, cara a Lanzarote, fuimos buscando el mar, y un balcón —Corralejos— para mirar hacia Lanzarote y un barco —Isla de Lobos— para navegar con vientos de fantasía, al centro de la isla podemos ir tras África y a América, porque de ambos continentes hallaremos rastros en nuestro peregrinar por Casillas, La Ampuyenta, Antigua, Valles Ortega, Agua de Bueyes, Tiscamanita, Tuineje, Toto, Pájara, Río Palmas y Betancuria, última, sola, recostada bíblica y americanamente. La misma filología de algunos de estos topónimos nos ofrece el rastro africano. África está en todos estos topónimos que comienzan con T, como está en lo desértico y en el lento e impasible

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

camello. Y en la ausencia de agua también se acusa África. América está... ¿Dónde está América en Fuerteventura?

Casillas tiene una imagen de Santa Ana enseñando a leer a la Virgen niña, digna de un museo. Y una Inmaculada, descuidada, pequeña, que incita al viajero al robo...

La Ampuyenta, como Agua de Bueyes, posee una sencilla y deliciosa iglesia rodeada de una cerca o muro blanco que evoca a ciertas iglesucas del altiplano boliviano: Sorata, Juliaca, Juli, Pomata. Desde el exterior, por una escalera carcomida, se sube a un coro-balcón pequeño que acusa la ruina, el abandono, la incuria, que pesa sobre unas gigantescas pinturas que cubren las paredes del templo. Hay una soledad trágica, que levemente rompen unos niños jugando en una casa cercana, no exenta de belleza en su arquitectura pese a la ruina que la corroe. Tienen cara de ángeles estos niños, que juegan con su tristeza, con la soledad de su casa, con el viento, con la tierra adornada de un poco de verdor cactáceo... Hay un patio terriblemente desnudo en la casa, al que se asoma una cocina que impresiona en su pobreza. Junto se yergue una casa mejor cuidada, pintada, dueña de un estrecho huerto donde crece un naranjo ¡cuajado de azahares! Hay también un limonero, unas vides intensamente verdes y jugosas, y un hombre locuaz, y por lo mismo extraño también en el contorno, que me habla de la soledad y pobreza de la tierra. Contrastan esta casita y este huerto de cuatro metros cuadrados con la muerte que envuelve a las casas vecinas y, en especial, con el desafiante antaño Hospital de la Caridad que una

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

familia pudiente levantó tras la Iglesia en vano y que hoy sirve de escuelita.

La Antigua también respira ruina y abandono en sus casas. Vemos, como en otros pueblos, unas mujerucas sacando agua cenagosa de unas pocetas que valen dinero. Dejamos atrás Valles Ortega, adornada de muchos molinos, y embocamos Tiscamanita, enguapada con unas airosas palmeras que denotan vida y contrastan con la decadencia y parálisis de un molino sin aspas. La iglesia de Tiscamanita está como la de Agua de Bueyes y la Ampuyenta circundada por un muro. El paisaje es bíblico. Higueras y polvo. Ganado apacible rebuscando entre las piedras, y unas montañas lejanas, mudas. Las montañas de Fuerteventura están todas tatuadas de muros horizontales que sirven para que las dudosas y ansiadas lluvias cuando caigan no arrastren la tierra. Desde lejos, o desde el aire, semejan incisiones, cortes en una piel, estos muros que acumulan una enorme actividad desplegada por los majoreros a través de años y años.

Tuineje nos ofrece una doble ruta: Gran Tarajal-Jandía o Betancuria. La blanca e industriosa Gran Tarajal rivaliza con Puerto del Rosario y es el límite sur desde donde podemos lanzarnos hacia el Istmo de la Pared, garganta de la arenosa y extraña Jandía.

Tuineje, su iglesia, huele a gasoil, que es para mí un olor propio de Canarias. Han estado untando los muebles o los "Tronos" de Semana Santa con gasoil, y el templo ha cambiado el recóndito y misterioso olor del incienso por el del industrial gasoil, olor de muelles y pozos... Un joven prepara amorosamente el Santo Sepulcro. Han desclavado a un Cristo de brazos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

articulados y lo han metido en una urna o sepulcro. La iglesia, original, tiene sólo dos naves, una más pequeña, separadas por una hilera de columnas con arcos de medio punto. El templo, como otros templos de la isla, está pintado de blanco y dorado... La plaza, abarrotada de sol, recoge la sombra de una torre sin terminar y soporta unos viejos cañones cansados.

Vámonos a Toto y Pájara. Un camello, con las patas atadas, en lo alto de una loma nos trae un ramalazo de un querer y no poder que parece afectar a toda la isla. Las casas, blancas y cuadradas, con sus hornos de pan, refuerzan la visión mediterránea... Y la carretera sigue incansable y cansada para nosotros dejando atrás las manchas verdes de algunos valles, y esos montones de paja, como rapaduras o botellas, cuya tapadera es una torta de barro y dentro de los cuales en años buenos se mete el grano.

Pájara nos refresca. Tomateras y palmas salen a recibirnos y un chorro gordo y fresco de agua alegra la visión. La Iglesia de Pájara, su fachada y su jardín, valen una visita. Al americanista —como yo— le impresionan en Pájara muchas cosas. Lo primero, la portada de la iglesia enjalbegada de azul que, gracias a Dios, se va perdiendo. Dos cabezas de indios emplumados nos miran desde lo alto del frontón o contemplan unas serpientes que se muerden la cola... ¿Por qué aquí esta nota americana? Dos naves, como en Tuineje, tiene el templo, además de un artesonado digno, unos retablos planos de oro y blanco con estípites, y la misma humildad y sencillez de todos los templos. Las manos franciscanas se adivinan en estas iglesias y nada extraño tiene que, como en La Vegueta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de Tinajo (Lanzarote) encontremos aquí una Virgen de Regla fechada en 1752. Franciscanos de Chipiona debieron llevarla hasta Fuerteventura.

En lo alto de una loma, desafiante, mitológico, nos observa sin decirnos adiós un carnero.

La Edad Media está en Río Palmas, con la Virgencita de la Peña —de alabastro o marfil—, testigo de viejas peregrinaciones y devociones ya desvaídas.

Al fin alcanzamos Betancuria, donde América y Normandía nos esperan. Y Sevilla. La carretera ha ido subiendo, dando vueltas y revueltas, rivalizando con algunas águilas solitarias que surcan el desértico cielo. El espejo de una presa allá abajo, o las palmeras de Río Palmas alegran lo hirsuto de la ruta en cuyo final se sitúa Betancuria como en un Belén, escalonada, dominada por la Iglesia que tiene un balconcito con una campana que es una delicia. Y una sacristía con un escondido refugio en el techo para escabullirse de los piratas que vale por una novela. Y unos retablos cargados de frutos que parecen un trasunto del trópico. Pero todo yace en el mayor abandono. Deprime. Hay unas rústicas Santa Justa y Rufina, de madera, con una estilizada Giralda hecha por alguien que soñaba con la torre mayor de Sevilla. De la Iglesia de Betancuria lo mejor es no hablar. Atrás, en la nave de la izquierda, un cuarto grande o antigua capilla con un ataúd, una calavera tirada en el suelo terroso, y otros objetos viejos y rotos. Mejor es no hablar, repito... Fuera dos chiquillas casi iguales, insultantemente rubias, nos obligan a recordar a Juan de Bethencourt y sus huestes arribadas a este rincón a principios del siglo XV. Desde entonces, poco ha llovido en Fuerteventura.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XX

PLATERO EN EL CARIBE

ANOCHE, aquí en Jamaica, me encontré con Platero. Ni siquiera en los campos de Moguer había visto yo un burro más Platero. Era, como pedía Juan Ramón, un burro de cristal. Tal vez fuera el fantasma de Platero. He de confesar que mi alma está predispuesta a espejismos juanramonianos. Porque apenas han transcurrido dos meses desde que estuve en Moguer siguiendo una costumbre establecida ha diez años. Deambulé por la casa del poeta, hoy biblioteca y museo; soñé y trasoñé en las puestas de sol malvas y verdes de La Rábida; aspiré el olor de las salinas palermas; y oí versos sobre la misma tumba de Platero, en Fuente Piña, bajo el pino "redondo y paternal"... Todavía tengo, pues, el olor a vino, a sal y a pan de la tierra moguereña; pese a este olor del trópico que me inunda por completo. Pero es que no ha transcurrido aún una semana desde que vi y hablé con el mismo Juan Ramón allá en Río Piedras y allá —¡qué triste!— en Hato Tejas.

Anoche, dije, vi a Platero. Paseaba con mi amigo Alan Soons, profesor de Literatura en la University

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

College of the West Indies, por el "campus" de la misma. Altas hierbas africanas delimitaban la carretera y semiocultaban las siluetas lejanas de los edificios. Los cucuyos, insectos luminosos al abrir las alas, ponían en el cielo jamaicano el festival luminoso de sus vuelos. La noche era clara, cargada de todos los ruidos típicos del trópico. Caminábamos y charlábamos, cuando entre las hierbas susurrantes surgió el mismísimo Platero. Era él. Se le adivinaba peludo, suave, blando. Se paró. Nos paramos. Todo pareció pararse. Hasta los cucuyos, que pusieron en torno al burro eterno un halo de fuego animal. De lejos, del bungalow-bar de los estudiantes arribaron voces humanas y sones de calipso.

Nada andaluz rodeaba a Platero; pero era él. Y como vino se fue, sin darnos cuenta. Y la aparición trajo la charla inevitable: Juan Ramón.

Por diez años —dije a Soons— he ido sin faltar a Moguer. De niño, en mi atlántica isla azul de Gran Canaria, leí a *Platero y yo* que entró en mi vida con ese leve trote con que ha entrado en el alma de millones de seres. Ya hombre, me fue dado vivir cada verano junto a Moguer —en La Rábida— y sentir, intensamente, el paisaje hondo de Juan Ramón. Un paisaje que amo y sobre cuya geografía he recorrido paso a paso los capítulos del poeta. Y de hombre —hace horas— me fue dado conocer a Juan Ramón, solo y viejo, envuelto en tristeza y dentro de un paisaje que en nada se parece al moguereño. Ese paisaje ya universal, que él vivió y aprehendió como nadie y que ya siempre tendrá que ser como él lo describió. De ese mundo venía yo hasta Puerto Rico con cartas,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

documentos y fotos que el pueblo de Moguer enviaba a su hijo.

Era un cambio brusco el mío. No sé cómo Platero se habrá adaptado a él. Del sol de Moguer al sol del Caribe. De las tardecitas anchas y largas de Huelva, al crepúsculo breve y caluroso de las Antillas. Dos mundos distintos: Uvas y cocos. Higos y papayas. Melones y fruta, pan. Vino y whisky. Trigo y arroz. Calma y prisa...

Yo había salido del primero para encontrarme en el segundo a Juan Ramón y a Platero. Primero con el poeta. Fue un día en que no lo esperaba, como dijo Rabindranath Tagore. Yo estaba, mejor dicho: Juan Ramón estaba en la "Casita de Huéspedes" de la Universidad puertorriqueña. Descansaba sentado, con la cabeza hundida en el pecho. Vestido de oscuro. En torno a él la señora del Rector, la simpática señora Mendoza; Connie Saleva, secretaria del Rector y ex secretaria de Gabriela Mistral, y la enfermera del poeta Srta. Guzmán. Las mujeres hablaban, y Juan Ramón escuchaba. Muy cerca, sin darnos cuenta del visitante, estábamos los habitantes de la Casita, cuando me indicaron al poeta. Le veía de perfil. Fui hacia él y me presentaron. Sonó la voz del tercero diciendo que yo era de Moguer...

—¿Es Vd. de Moguer?— preguntó el poeta, alzando ligeramente la cabeza, serio, con recelo... —No, no soy de Moguer. Vengo —contesté— de Moguer y le traigo un mensaje de su pueblo—. ¡Ah!, exclamó para comenzar un silencio que ya no interrumpió. La respiración se le hizo más agitada. Dominaba un fuerte calor. Las mujeres le miraban con una sonrisa ma-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ternal. Juan Ramón respiraba agitado. Le había impresionado que yo fuera de Moguer, según me dijo luego Mis Connie Saleva. Con la cabeza inclinada, actitud muy suya ahora, rumiaba Dios sabe qué recuerdos. A una señal de alguien me retiré discretamente. Las mujeres reiniciaron la charla y Juan Ramón Jiménez quedó solo con su cabeza agachada.

Volvió otro día a la Universidad y no lo vi. Yo había ido con un amigo puertorriqueño al viejo cementerio de San Juan a ver la tumba de Pedro Salinas. Junto al mar, cobijada por leprosas murallas de viejas fortificaciones del imperio, se alza apenas la tumba de mármol gris del gran poeta muerto lejos de la patria. ¿Por qué? Sentí angustia. Años atrás, también junto al mar vi la tumba de otro poeta hispano: Antonio Machado. En Collioure, rozando al Ampurdán por el lado del mar latino, descansa el sencillo Machado esperando que lo lleven a la patria tan cercana y tan lejana. Aquí en las Antillas, cara al amplio Atlántico, reposa Salinas. Collioure, humilde, bello, pescador con olor a mar y a historia... San Juan de Puerto Rico, "ciudad murada", moderna, la del cordero echado, abierta al mar de las sorpresas... Dos tumbas, dos poetas de España sin España.

Me fui triste del antiguo cementerio.

Otro día volví hasta Juan Ramón. Lejos, en Hato Tejas, vive el poeta recluido en una clínica. Ni yo, ni mi buen amigo Rodolfo Barón Castro, sabíamos si sería posible ver al poeta. Tampoco lo sabía el caballeroso Don Sebastián García González, Decano de Humanidades, que nos facilitó el auto para llegar hasta Hato Tejas. Pero al siguiente día salíamos para Ciudad

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Trujillo y había que hacer lo imposible por entregarle a Juan Ramón Jiménez los papeles que yo le traía de Moguer.

San Juan, en esas mañanas suyas congestionadas de tráfico, se fue quedando atrás. Hato Tejas se acercaba por una carretera llena de anhelo. Llegamos. La fachada de la clínica, rodeada por una verja y un andén para autos, se asomaba a la misma carretera principal. Cerrada, hostil. Sin aire moderno en la construcción. Tocamos y tocamos. Nadie contestaba a nuestras llamadas. Por fin alguien, una, dos, tres cabezas de hombre hablaron por una ventana baja y nos indicaron la puerta de una fachada lateral. De la calle a dicha puerta se subía por una escalerita exterior que moría en un minúsculo vestíbulo en el cual un enfermero examinaba ciertos paquetes. A la izquierda una habitación despacho; al frente un pasillo en penumbras que terminaba en un patio lleno de luz.

—¿Don Juan Ramón? ¿Lo podemos ver?

—No sé; ahora mismo estaba en el patio paseando. Esperen, llamaré a la enfermera.

Sonriente, bonita, apareció una enfermera joven a quien volvimos a exponer nuestro deseo. Somos españoles, estamos de paso, y deseamos ver a Juan Ramón Jiménez.

—No sé si es posible. Lo consultaré.— Y desapareció para volver al rato con esta extraña respuesta: "Se lo vamos a bajar". Si no lo hubiera yo visto días antes, hubiera hecho miles de elucubraciones sobre la salud del premio Nobel. Yo le había visto y sabía que estaba bien. Sabía, también, por Connie Saleva que me atendió gentilmente en el antedespacho del Rector,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que Juan Ramón Jiménez había estado hecho una auténtica calamidad humana. Tras la muerte de Zenobia se había encerrado en su habitación, con las ventanas cerradas. Durante un año no salió, ni se cuidó de su persona. Daba lástima. La señorita Saleva, que actúa igualmente como secretaria del poeta, le hablaba desde una habitación cercana y sólo la enfermera podía entrar en su cuarto. Había que cambiarle las ropas a la fuerza. Daba pena. Quería morirse. Pero un hábil aunque duro tratamiento —me contaron— le había vuelto al mundo. Y el poeta se recuperó físicamente. Yo lo he visto, y Miss Saleva me ha encargado con simpatía que trasmita a la familia del poeta el magnífico estado en que se encuentra y lo que se ha hecho por él para traerlo a la vida.

De pie sentíamos pasar los minutos largos y ansiosos. ¿Bajaría?

Del patio, inundado de sol, se aproximaba la figura encorvada de Juan Ramón Jiménez apoyada levemente en la blanca figura de la enfermera. Serio, interrogante sin interrogar, nos miró el poeta y con una voz baja nos invitó a sentarnos.

No recuerdo cómo empezó la conversación. El poeta, vestido de oscuro, con la corbata floja en su nudo —denotando que se lo hacen—, su barba ya blanca y ese mirar que pintó Vázquez Díaz, nos preguntaba sentado en el rincón del vestibulito. La enfermera joven, que no es la habitual suya, se retiró a la habitación cercana.

Yo le entregué los papeles y fotos que traía, le hablé de mi buen amigo Gorostidi, Alcalde de Moguer y alma del mensaje... Lentamente miró las fotos. No

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se alteró ni un ápice. Eran fotos de las tumbas de sus padres. Moguer, su pueblo, le ofrecía una tumba para Zenobia y para él cuando Dios en su día lo llame. Luego comenzó a leer la carta de la Alcaldía. Levantó los ojos y me dijo: "Lo veré luego". Y nos preguntó por nosotros, qué éramos, qué hacíamos en Puerto Rico, a dónde íbamos. Barón Castro, diplomático salvadoreño, y español de sentimientos, le explicó todo. Le hablamos de La Rábida, de nuestra Universidad de Verano, de Moguer y del homenaje que anualmente la Universidad le hace al poeta en Fuente Piña. Barón Castro, que había sido este año precisamente quien cerró el acto, volvió a revivir el homenaje de Fuente Piña. Juan Ramón escuchaba callado. Y yo, mirándole a él y escuchando a Barón, di vida en mi mente a aquel atardecer espléndido, cien por cien juanramoniano. Yo me imaginaba a Moguer, entre los pinos y las viñas, con ligeras columnas de humo al cielo y el cielo multicolor al fondo, más allá de la ría... Juan Ramón escuchaba. ¿Qué sentiría?

Se siguió hablando de cosas más antiguas; de una visita que Barón le hizo cuando era más joven ... Por cierto que Barón se equivocó al citar la calle de Madrid donde vivía el poeta y éste, rápido, le corrigió. Se barajaron nombres de personas por las cuales Juan Ramón Jiménez preguntaba, y Barón Castro piadosamente le decía que vivían ... Pero algunos ya estaban más que muertos.

La entrevista se prolongaba. Yo entonces, anhelante por saber dos cosas, le dije a Juan Ramón Jiménez: "Me agradaría llevar algo a Moguer, para Moguer, de Vd. Allí siempre están deseando recibir

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

algo suyo, cualquier cosa..." Llena de nostalgia y de infinita tristeza sonó la respuesta de Juan Ramón Jiménez: "¿Qué voy a enviar yo a Moguer. Mi corazón, mi alma toda está en Moguer...?" No esperaba tal contestación y sentí un escalofrío que me atolondró. Torpemente le insistí, diciéndole ... "Me agradaría llevar algún libro suyo, una última edición ..." Y él volvió a explicarme que no tenía nada consigo, que todo estaba en Río Piedras, en el Seminario de la Universidad que lleva su nombre y el de Zenobia.

Varias veces había estado yo en dicho Seminario. Está junto al de don Federico de Onís, en la planta baja de la Biblioteca Universitaria. Una señorita encargada, muy simpática, me atendió siempre y me explicó muchas cosas. Allí estaba todo el mundo de objetos personales de Juan Ramón Jiménez y de Zenobia. Una lámpara, un Platero de trapo, una figura, libros dedicados, dibujos sobre Platero, originales, ediciones en todas las lenguas de sus versos, Platero trotando en todos los idiomas... Y una vieja gramola cuya tapa había sido herida por el poeta al morir Zenobia. Con un estilete la había tatuado con Zetas rabiosas y temblorosas, las cuales rodeaban a un corazón grabado con el mismo objeto y por Juan Ramón Jiménez en el centro de la tapadera. ¿Qué pensó al terminar su tarea? Porque con ira clavó el estilete en el mismo corazón y rompió la vieja tapa ... Todo en el Seminario estaba desordenado, tal como lo dejó Zenobia al morir. Ella lo arreglaba entonces, pero él no quiere variar ya nada. Y allí se amontonan las cosas. Entre ellas vi un día a Juan Ramón Jiménez sentado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

firmando lentamente una maravillosa y última edición que se ha hecho de *Platero y yo*.

Nos debíamos ir. Juan Ramón se mostraba fatigado. Habíamos hablado mucho. De nuevo volví a preguntarle por algo que deseaba, a toda costa, saber: "¿Por qué no vuelve Vd. a España? Todos le esperan. Todos le quieren. En Moguer han arreglado su casa para cuando Vd. vuelva".

Con la gravedad y tristeza de siempre me dijo: "Yo no puedo volver, yo soy un prisionero" ¿De quién? ... Tal vez del recuerdo de Zenobia. Diariamente va a su tumba a hablarle y llorar. Otra tumba fuera de la patria, en un camposanto —me han dicho— que Juan Ramón detestaba porque le parece un cementerio de perros.

Antes de irnos nos hicimos unas fotos con él. Cariñosamente apretó nuestras manos y con cada uno se retrató así. Salió al exterior a despedirnos, conducido por la enfermera, y levantó su mano en un adiós de melancolía. La máquina se disparó de nuevo para recoger el gesto juanramoniano. Y, sin volvernos más, caminamos en silencio hacia San Juan.

Llegué a la Universidad y tomé un ejemplar de *Platero y yo* para leer sólo el final: "Tú, Platero, estás sólo en el pasado. Pero ¡qué más te da el pasado a ti, que vives en lo eterno, que, como yo aquí, tienes en tu mano grana como el corazón de Dios perenne, el sol de cada aurora!"

Ahora me rodea la extraña noche jamaicana. Juan Ramón está lejos. Platero anda galopando siempre joven por el cielo y por todos los campos del mundo. Cualquier día, pienso, en Moguer le alzarán un mo-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

numento. Algo sencillo, como su propia vida: un pedestal de piedra noble y en lo alto un Platero alegre, de plata. Sobre la piedra el retrato de Juan Ramón Jiménez y estos renglones del libro: *Moguer, Monte de oro, Platero; puedes vivir y morir contento ...*

Mona. St. Andrew.

Jamaica, noviembre, 1957.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

XXI

SEVILLA Y CANARIAS EN PUERTO RICO

AL llegar a América —es un tópico el decirlo— nos sentimos como en nuestra casa, vivimos la historia de nuestros antepasados —antepasados también de los hispanoamericanos—; pero al arribar a Puerto Rico estas vivencias o sensaciones duplican su fuerza para un hombre que ha nacido en Canarias y vive en Andalucía. El encuentro o reencuentro con la isla nos trae en seguida aires familiares dentro de su exotismo; aires de Sevilla, Cádiz o Las Palmas de Gran Canaria. El Marqués de Lozoya y Ernesto de la Orden han escrito bella y certeramente que la isla de Puerto Rico tiene dos grandes etapas hispánicas: la del gótico y las fortalezas, época de colonos, misioneros y soldados de uniforme que bregan contra la penuria y los ataques foráneos, y la del neoclásico y los palacios del XIX, de gobernantes civiles con levita, testigo de años más boyantes y de proyectos políticos que se malograron con un trauma que ocasionará la tercera etapa, la del siglo XX.

Al sumergirnos en la historia puertorriqueña, sobre todo en la del período hispánico, buscando rastros o presencias de Sevilla y Canarias, pudiéramos derivar por el fácil camino del anecdotario o la ensoñación des-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ordenada y sentimental que un paseo sin itinerario fijo nos marque. Lo podríamos hacer así porque para ello no nos falta vocación literaria. En ese caso nos echaríamos a deambular por los callejones sanjuaneros de la Capilla, Gámbaro o Tamarindo, donde, como dice José S. Alegría, hallaríamos remembranzas de Cádiz y Sevilla. Y de Las Palmas de Gran Canaria, añadiría yo, porque sus casonas de balcones de torneados balaustres pintados de verde son como los del barrio de Vegueta grancanario. Podríamos divagar por la calle Tetuán, homónima por iguales razones que la famosa sevillana (batalla de Tetuán ganada a los moros en 1860); o por O'Donnell, San Francisco, Cuesta de las Monjas, Luna, Sol, Cristo... o llegar a la zona de la Puntilla donde paralela a la calle principal —Isabel II— discurre la calle de la Infanta Isabel Luisa, la que se casó con el Duque de Montpensier y montó en Sevilla una pequeña corte donde se conocieron Alfonso XII y María de las Mercedes, inspiradora del famoso canto infantil. Si queréis podemos ir al viejo cementerio, junto al mar, a rezar ante la tumba de Pedro Salinas, que hace medio siglo entró como catedrático en la Universidad de Sevilla. Y si vamos a Mayagüez y otros puntos nos encontraremos con la Virgen tinerfeña de la Candelaria, patrona del archipiélago canario. ¿Veis como es fácil evocar a Sevilla y Canarias en Puerto Rico? Mirando al pasado y remontándonos a los primeros años de la Colonización, podríamos decir con Arturo Morales Carrión en su "Historia del Pueblo de Puerto Rico (desde sus orígenes hasta el siglo XVIII)": "Pronto habrá de venir una planta de Gran Canaria que será reina y se-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ñora de la cocina de todo humilde poblado puertorriqueño. La mata de plátano. La mata de plátano es un triunfo de adaptación, más conquistadora ella que Juan Ponce y Cerón y el taimado Sánho Velázquez". Es, diríamos nosotros, el símbolo vegetal de la adaptación al suelo boricua del colono canario que allí echa raíces hondas como veremos. Y si proseguimos repasando el pasado comprobaremos que gobernantes civiles y eclesiásticos recordaban desde San Juan a la ciudad del Guadalquivir. En el siglo XVII dos obispos y un gobernador echaban manos de Sevilla en San Juan por diversos motivos. Fray Damián López de Haro (1644) describía a la ciudad de San Juan a su llegada diciendo que en ella "se vende pan de trigo a temporadas conforme vienen las ocasiones de la harina", y añade: "yo traje tres o cuatro barriles de España muy buenos y floreados de que al principio me hicieron rosquillas como en Sevilla."[1]

Las rosquillas sevillanas le debían de doler en el alma y en el esófago al buen obispo, privado tal vez, luego, de harina. De harina y de vino muchas veces; tantas, que ni las misas se podían oficiar. El otro obispo, fray Juan Alonso de Solís, no se acordaba de las rosquillas sevillanas, pero sí de la cárcel de Sevilla, cuyo espectáculo tremendista conocemos por textos. Y se acordaba en unos famosos versos, muy repetidos, en los que un poblador decía a una dama dominicana:

Esta es señora, una pequeña islita
falta de bastimentos y dineros,
andan los negros, como en esa, en cueros,
y hay más gente en la cárcel de Sevilla.[2]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Rimado testimonio de unas carencias que los documentos no dejan nunca de recoger tan sin interrupción, que el gobernador Felipe de Beaumont y Navarra llega a escribir en la primera mitad del XVII: "Con las cartas que he escrito a Su Majestad solicitándole auxilios para esta abandonada isla se podría enladrillar la mar desde el pie de la torre del Oro en el río de Sevilla hasta esta bahía de San Juan".[3]

No ya el vínculo humano, cultural y económico uniría a Sevilla con Puerto Rico pasando por la indeclinable escala de Canarias, sino hasta un puente de cartas, de documentos, que guardados en el Archivo de Indias nos sirven para buscar filiaciones y que más tarde vendrían a investigar muchos puertorriqueños como Salvador Brau que fue nombrado individuo correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y reunió material para su "La Colonización de Puerto Rico" donde deja constancia de la admiración que le produjo la arquitectura y contenido del Archivo de Indias. Antes que él, mucho antes, había anclado en la ciudad del Betis el puertorriqueño Gregorio Pérez de León, catedrático del Estudio de Maese Rodrigo de Santaella que fue célula a principios del XVI de la Universidad hispalense.[4]

¿Comprobáis cuán fácil es vagar y divagar urbana e históricamente para citarnos con Sevilla y Canarias en Puerto Rico o viceversa?

Es natural. Las relaciones Sevilla-Canarias eran viejas. El salto desde el archipiélago atlántico a las Antillas, normal. Las razones por las que Sevilla fue escogida como centro de la expansión ultramarina son múltiples y conocidas, pero entre otras estaban estas

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

viejas experiencias conquistadoras - colonizadoras sobre Canarias.

Cuando Puerto Rico se descubre a finales del siglo XV, Sevilla y Canarias llevaban años de relaciones. Siglos. Desde finales del XIII y principios del XIV habían comenzado estas conexiones que en el XV se adensan al convertirse lo que eran simples intereses "comerciales" —de incursiones— en todo un plan estatal para someter al archipiélago canario desde Sevilla, de esa Sevilla en cuyas gradas de la Catedral se pregonaban ya los asuntos canarios, en cuyas calles andaban esclavos canarios, en cuyas imprentas se imprimirán algunos exponentes de la inicial historiografía canaria (como América), de cuya población brotarán colonizadores que irán a Canarias, y de cuyo puerto zarparán naos con mílites, simientes, instrumentos, obispos y gobernantes originarios de Sevilla. La conquista y colonización de Canarias, sobre todo de Gran Canaria, se hizo desde Sevilla y por sevillanos prefigurándose en ella mucho de lo que años más tarde tendría lugar en América... En Sevilla se refugiaron un "rey" grancanario y sus seguidores; de Sevilla dependerá el obispado canario; el habla canaria tendrá conexión con la andaluza; y la hermandad con Sevilla será tan grande que Las Palmas de Gran Canaria tendrá como calle máxima la de Triana.

Decíamos que "años más tarde" se daría en América a escala enorme la experiencia canaria. Años más tarde no son muchos, porque si en 1483 se verifica la rendición de Gran Canaria, diez años más tarde el médico sevillano Diego Álvarez Chanca se embarcaba en la segunda expedición colombina, y, tras hacer la

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

habitual escala en Canarias para avituallarse y recoger algunos "isleños", proseguían, sin saberlo, hacia Puerto Rico que sería descubierta entonces. Álvarez Chanca se enroló en la aventura por propio deseo como atestigua la carta de los Reyes Católicos escrita desde Granada: "Nos habemos sabido que vos con el deseo que teneis de nos servir habeis voluntad de ir a las Indias, e porque en lo hacer nos servireis o aprovechareis mucho a la salud de los que por nuestro mandado allá van por servicio nuestro, que lo pongais en obra...".[5]

No sabemos de la posible actuación médica del sevillano Álvarez Chanca a lo largo del viaje, pero sí conocemos y es lo importante, la carta que dirigió al Ayuntamiento sevillano que constituye un testimonio histórico inapreciable. Allí, por vez primera, queda consignada la visión que Puerto Rico brindó a un hombre de Europa. Como dice Aurelio Tió, dado el "importantísimo cargo que desempeñó como físico y escribano o notario, así como cronista... la carta del Dr. Chanca tiene un valor probatorio de primer orden. Pocos documentos relacionados pueden compararse con ella en cuanto al crédito que puede dársele a su testimonio, no sólo como hombre de gran honradez intelectual sino como notario público y escribano real".[6] Desgraciadamente desaparecido el Diario personal de Colón, de este testimonio y del, ya de segunda mano, de otro sevillano llamado Bartolomé de Las Casas,[7] arranca la perpetua polémica puertorriqueña sobre dónde desembarcó el Almirante; ¿En Añasco, Aguada, Aguadilla, Mayagüez, Boquerón? ¿Por el Norte o por el Sur? ¿El 16 ó el 19 de noviembre?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Chanca, testigo presencial, escribe escuetamente: "En un puerto de esta isla estuvimos dos días, donde saltó mucha gente en tierra; pero jamás podimos haber lengua, que todos se fuyeron como gente atemorizada de los caribes. Todas estas islas dichas fueron descubiertas deste camino, que fasta aquí ninguna de ellas había visto el Almirante el otro viaje: todas son muy hermosas e de muy buena tierra; pero esta paresció mejor a todos".[8] *Pero ésta pareció mejor a todos*: he aquí el primer piropo a Borinquen por obra de un médico sevillano metido a navegador.

Y así se desliza el hilo que, desde Sevilla, pasando por Canarias iría zurciendo a la ciudad del Río Grande con estas zonas insulares. A través de ese hilo o canal se deslizarían, con los años, hombres emigrantes, manifestaciones artísticas, dietas alimenticias, folklore, técnicas industriales, advocaciones religiosas, formas e instrumentos económicos, etc. No es, pues difícil, hallar en Puerto Rico restos de todo esto que aún hoy persiste como testimonio y que diversos estudios, en especial puertorriqueños, han estudiado con cariño.

Cuando comienza la conquista de Borinquen volvemos a tropezarnos con un sevillano. Pedro Suárez de Castilla, caballero veinticuatro del Ayuntamiento hispalense que en 1509 solicitó licencia al Rey para poblar la isla. No fue oído por razones obvias: desde 1508 Juan Ponce de León tenía concedidos derechos sobre la isla, y en agosto de 1509 el Rey le nombra Gobernador de San Juan y le indicaba que debía dar tierras a los indios, a los conquistadores, y a treinta vecinos que, desde Sevilla, se enviaban para poblar la isla.[9] La conquista se había hecho y en ella, como

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

canta Juan de Castellanos en la "Elegía a la muerte de Juan Ponce de León", no habían faltado las hazañas del canario Luis de Perdomo:

Soldado diestro, suelto y animoso:
Hombre para la guerra de gran tomo
Y en lances semejantes venturoso?
Natural de las Islas de Canarias
Y de los antiquísimos de Paria.[9]

Sevilla y Canarias no habían, pues, estado ausentes en el nacimiento de Puerto Rico como pueblo nuevo compuesto por una tierra privilegiada, unos indios y unos europeos.

Desde entonces estas relaciones no cesan. Las llamadas fuentes primarias, crónicas y documentos, lo atestiguan. Sin necesidad de acudir ahora mismo al Archivo de Indias, parte de cuyo material relativo a Puerto Rico han dado a conocer a Coll y Toste, Vicente Murga y otros, o se atesora extractado por obra de Bibiano Torres en el Instituto de Cultura Puertorriqueña, vamos a poner nuestra atención en otro repositorio sevillano, menos examinado, el Archivo de Protocolos.[10] Allí, en sus documentos del XVI, se hallan múltiples muestras de las vinculaciones Sevilla-Puerto Rico. Existen continuas obligaciones a pagar préstamos de dineros que facilitaban sastres, plateros, cambiadores, boneteros, boticarios, etc., con el fin de aparejar y cargar naos que iban a Puerto Rico; hallamos también acuerdos entre maestres de naos y los oficiales de la Casa de la Contratación por los que aquellos se obligan a llevar mercancías y pasajeros a

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Puerto Rico. Resulta interesante leer cómo, por ejemplo, un carpintero se compromete a pagar 13 ducados de oro por su pasaje y comida hasta San Juan; o un ropero (vendedor de telas) abona diez pesos por él y un mozo acompañante. Otras veces el precio del pasaje se estipula en 60 ducados de oro o 4 pesos de oro por persona. Leemos escrituras pagando el importe de mercancías traídas de Puerto Rico; así se abonan 878 reales de plata por una caja de 35 arrobas de azúcar borinqueña vendida en Sevilla. Junto con el azúcar otro producto de importación suele ser el cuero que, tal vez, como el azúcar luego, se llevaba a Medina del Campo. Como es fácil de imaginar situándonos en el despacho de un notario actual, los documentos notariales del XVI son enormemente variados. Los hay para autorizar desde Puerto Rico a vender unas tierras que se tienen en Bollullos; para traspasar herencias, para dar poderes especiales en cualquier asunto en ambos lados; otorgando testamento al embarcar hacia Puerto Rico; dando poder para recibir herencias de familiares muertos allá en el trópico y es el caso de los familiares del Capitán General y Gobernador de Puerto Rico Francisco Ovando Mesías, etc. En las otorgaciones de autorización para designar representantes, bien en Sevilla o en Puerto Rico, nos encontramos con doña María Colón, hija de don Diego que tan decisivamente intervino en la conquista de la isla y de María de Toledo, la cual en 1537 concede poder a Vitores de Guilarte, vecino de Puerto Rico, para que le cobre de los oficiales reales unos 500.000 maravedís "de un juro anual que por virtud de Real Cédula tenía concedidos". Los mismos vamos con la madre de ella que desea

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

cobrar 400 ducados que el Rey le había hecho merced como ayuda de costas.

Interesantes son los contratos por los que varias personas forman una compañía para dedicarse al tráfico con Puerto Rico, tal como en la "commenda" y "societas maris" o mediterráneas y en los Viajes Andaluces: un tal siendo "señor de la mitad de la nao" otorga a otro "para que pueda ser maestre de la mitad de la nao y cumpla con sus obligaciones". Aquí vemos a mercaderes o capitalistas que intervienen: catalanes, genoveses, vascos, burgaleses, sevillanos; sastres, zapateros, guadamacileros, lo que importa el total de la mercancía embarcada (480.780 maravedises, 149.103 maravedises, 23.925 maravedises y 2.128 de avería), lo que se carga (vino de Cazalla y de Manzanilla, jabones, pescado seco, quesos, granos, aceite, harina, "ropa menuda", mercancías en general); las personas que a veces embarcan y el importe de sus pasajes según indicamos, entre los que no faltan esclavos ya en 1517, aunque antes han debido llegar según diremos más adelante. En este sentido nos topamos una obligación para llevar desde Sevilla dos esclavos bozales valorados cada uno en 22.330 maravedises, y con una esclava de 19 años valorada en 12.000 maravedises. Iban, suponemos, de criados o trabajadores. A veces eran trabajadores especializados como ocho hombres de color que en 1518 pasan a Puerto Rico con el fin de coger oro. Aun se creía en Eldorado insular. La emigración, de gente blanca, en ciertas ocasiones es masiva: de grupos de hombres "con sus utensilios", dice el documento evidenciándonos que son colonos. Otras veces la emigración desde Sevilla nos recuerda a los sirvientes su-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

jetos a contratos o voluntarios de la colonización británica. Sin que llegasen nunca a recibir el trato humano y jurídico de aquéllos. En Protocolos de Sevilla se guardan escrituras o contratos por los cuales un emigrante se compromete a ir a San Juan a trabajar con un escribano, con un mercader o con otro emigrante más poderoso económicamente, "a servirle en lo que este le mandare". Este emigrante aislado, que puede ser un "trabajador" de Córdoba que se concierta para servir a un mercader, otras veces es un matrimonio de hortelanos de Toledo que marcha con un tal Blas Fernández dispuesto también "a servirle en lo que este le mandare". Leemos el caso curioso de una señora que, con el permiso de su marido, se va a San Juan —no sabemos si con él— a servirle durante dos años a una cuñada.

Los maestres, que se han comprometido con los oficiales de la Casa de la Contratación a cumplir bien y fielmente las obligaciones de su cargo, también se comprometen a pagar los dineros que los mercaderes o capitalistas les han facilitado para abastecer su nao. Los pilotos por su parte formalizan su escritura para navegar y recibir 100 ducados de sueldo por el viaje de ida y vuelta, lo mismo que los marineros que perciben 60 ducados. El destino final, o como escala, de todos estos barcos es San Juan o San Germán.

En el desfile de personajes y barcos, notarios, marinos, mercaderes, prestamistas, clérigos, gente del común, etc. se repiten nombres y algunos nos llaman la atención más que otros por su fama, como Tomé Cano estante en Puerto Rico en 1520, o Lucas Vázquez de Ayllon estante en Santo Domingo y que importa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

doce vecinos, o el Dr. Francisco Hernández —luego famoso en México— vendiendo ciertas mercancías a Pedro Medina.

Como es de imaginar, el mapa urbano de la Sevilla de entonces, a través de los comparecentes, queda reflejado en sus barrios o collaciones: San Vicente, San Andrés, Santiago, Santa María Magdalena, San Lorenzo, Santa María la Blanca, Santa Cruz, Triana, San Isidoro, El Salvador, San Ildefonso, San Bartolomé, San Pedro, "en cestería"... etc.

El "prestigio" de los primeros años de San Juan, potencialmente rica (Puerto Rico), llevaba hasta sus puertos a estos barcos con vinos, harinas, aceite, pescado seco, losas de piedra de Canarias, quesos, granos, etc. Legalmente. Y cuando les fallaba el respaldo estatal, ilegalmente, porque ya en 1540 el rey se dirige a la Casa de la Contratación para comunicarle que sabe cómo a San Juan, Santo Domingo y Cuba van muchas carabelas de portugueses, tanto de Tenerife, como de Cabo Verde y Portugal a vender esclavos y bastimentos... y cargar azúcar, cueros, cañafístolas, pájaros y mucho oro y plata.[11] Es decir, que los extranjeros ya también estaban golosos de la isla. Pero en este tráfico comercial, lo más importante son los hombres, la emigración, de la cual ya hemos indicado algo.

En la primera etapa antillana o de aclimatación, de 1492 a 1520, el grupo de colonizadores más numeroso fue el de los andaluces, de los cuales un 78% procedía de Sevilla. De cada cinco pobladores uno era sevillano, y de cada seis, uno se llamaba *vecino* o *natural* de Sevilla, la mitad de las mujeres eran de Sevilla. Con referencia a Puerto Rico, Peter Boyd-Bowman[12]

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

afirma que *la idea de que los primitivos colonizadores de Puerto Rico fueron principalmente castellanos es ahora insostenible*; al mismo tiempo que él sostiene que "fue el lenguaje de Sevilla, no el de Toledo o Madrid el que estableció las primeras normas". En segundo momento, como sabemos, se incorporan otras zonas a esta prestación de sangre a las Indias, y Sevilla proporciona sólo la mitad del total (1520-1539). ¿Y Canarias? ¿Cuál es la prestación emigrante canaria?

Los nombres de Puerto Rico y Canarias, lo vimos ya, quedan vinculados desde 1493 con los que embarcan con Colón en el viaje descubridor, pasando por el conquistador Perdomo, siguiendo por toda la trascendental emigración del XVI al XVIII y terminando con Don Benito Pérez Galdós que actúa en las Cortes Españolas como diputado cunero (no nacido en la isla) de Borinquen. Realmente no termina aquí la vinculación según veremos. Pero es que entre 1493 y el siglo XIX discurre una extensa teoría de hombres del común, labriegos, colonos y algún que otro intelectual como Graciliano Afonso que llega a San Juan en 1838 y allí compone notables obras.

Al iniciarse la colonización se comienza también la corriente emigratoria "isleña", según temprana denominación que se da a los canarios en Antillas y Venezuela. Esta emigración se realiza por razones obvias; ser las islas lugar de paso, penosa situación de las Canarias y, de acuerdo con un autor de 1791, por "la propensión de los naturales de estas islas a embarcarse para América; propensión fomentada por la crianza, por la costumbre, por el espectáculo de algunos, aunque muy pocos paisanos, que vuelven con al-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

guna conveniencia de aquellos países, de modo que se puede decir que el canario, desde que tiene uso de razón, suspira por América como por su verdadera Patria, y trabaja con tanto afán en ajuntar el flete de su conducción, quizá a costa de los mayores sacrificios, como si fuese el precio de su rescate".[13]

Ya en 1513 se autorizó a un tal Jaime Cancer a salir de la Gomera con ganados, esclavos y otras cosas, rumbo a Puerto Rico.[14] Desde 1529 se acusa una mayor liberalidad en esta emigración porque, comprobada la pobreza minera aurífera insular antillana, amén del relumbrón de las conquistas continentales que atrae a pobladores de Antillas, se piensa en la economía azucarera implantada en el Caribe con esquejes llevados de Canarias. Y con los esquejes fueron los técnicos o maestros de azúcar con sus pailas, calderos, etc. algunos con órdenes de residir en Puerto Rico por lo menos seis años. Tiempo más que suficiente, pensamos, para enseñar su profesión. Esto ocurría en 1569.

Pasada la euforia de los primeros años, expresada en el nombre de Puerto Rico, que vimos en contratos de compañías y fletamentos, desbordadas las islas antillanas, ensombrecida la pantalla histórica del Nuevo Mundo en esta zona de su geografía por el relumbrón de México y Perú, resulta natural que las relaciones no sean ya las de los primeros años, y que las Antillas —algunas como Puerto Rico— se conviertan en lugar de paso, en fortín vigilante de flotas que van y vienen más lejos, con codiciados tesoros. Por eso en 1550 el Cabildo de San Juan remite a la Corte a un representante con el fin de exponer la pobreza del comercio con la metrópoli, aunque sigan llegando algunos barcos

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de Canarias, pero —insiste— es necesario que vengan más "de España, como de las Islas Canarias, porque de allí nos suelen proveer, y si por ellos no hubiese sido lo habríamos pasado peor".[15]

A la falta de comercio y tráfico se unía la carencia de población que se intenta paliar a base de Canarias, sin caer en la cuenta que éstas también exigían población y que si sus hijos se marchaban era porque no se mejoraba la agricultura, las artesanías o las industrias. Con los pobladores canarios —agricultores casi siempre— dijimos que embarcaban los técnicos y los esclavos y criados. Los negros esclavos existían en Canarias dedicados al cultivo del azúcar,[16] y algunos pasarían a Indias, pues en Castellanos rastreamos la presencia en Santo Domingo de un "Juan canario negro", y en el asiento de 1595 dado al portugués Pedro Gomes Reynel se le autoriza a llevar anualmente, de Sevilla, Lisboa y Canarias, 4.250 hombres de color.

El siglo XVII, de piratería y decadencia, acusa eso: decadencia en todo y aumento del peligro extranjero. Más que nunca, los puertorriqueños tienen que estar listos para los alardes, vestirse el uniforme militar, tomar las armas y hacer frente al enemigo. Las relaciones lánguidas prosiguen entre uno y otro lado del Atlántico; las Canarias en un continuo forcejeo y alegando —como Puerto Rico— que su penuria es grande y necesitan más libertad para exportar. Drásticamente la Corona ha impuesto a los canarios la obligación de enviar cinco familias a Indias por cada cien toneladas de productos (caldos) que exporten. Sin ponernos ahora a analizar lo negativo para el Archipiélago de tal medida y lo beneficiosa, en cambio, para

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

América, sí hemos de colegir que a Puerto Rico debieron llegar en el XVII más colonos canarios. Allí ya estaban los descendientes de los coterráneos arribados en el XVI, algunos de los cuales como los capitanes Andrés Botello, de Gran Canaria, y Mateo Delgado destacaron ampliamente en la defensa de la plaza en el ataque de Balduino Henrico (1625).

Como las peticiones de los boricuas (más pobladores) y de los canarios (más exportación) no cesaban, en 1695 y respondiendo a una demanda del Gobernador Gaspar de Arredondo que solicitaba gente blanca de Canarias, arribaron 20 familias de Tenerife,[17] que se establecen en Hato de Sabana Llana, luego municipio de Ríopiedras.

Sería la centuria dieciochesca la de la gran emigración canaria. Tenemos que en el año 1720 pasan veinte familias, en 1722 treinta, en 1723 veinte y cinco, en 1724 veinte y una, en 1727 veinte y siete, en 1728 treinta y dos y en 1730 dos, y en 1731 otras dos familias. Es decir, un total de casi ochocientas personas en ocho años, porcentaje considerable. El Reglamento de Comercio de 1718 para las Islas Canarias había fijado como puertos de exportación para Canarias siete de Indias, entre los cuales estaba Puerto Rico, con la condición de enviar anualmente 50 personas de cinco familias.[18] El origen de todas estas personas es muy difícil averiguarlo: quizá fueran de Tenerife, Gran Canaria y Lanzarote. Presumiblemente eran agricultores. Y su distribución se realizó por Loiza, Bayamón, Toa, San Luis de Príncipe (hoy Humacao) donde fracasó la fundación. Como nos consta por los registros de salida, en años sucesivos del XVIII siguieron yendo

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

a San Juan barcos con productos isleños, por lo que podemos suponer que en ellos continuaron navegando colonos canarios obligados o furtivamente. A partir de 1778 el Reglamento de Comercio Libre facilitó las relaciones entre el archipiélago atlántico y la isla antillana, por lo que hemos de pensar con Álvarez Nazario que "la inmigración canaria en Puerto Rico viene a constituir quizá el factor de mayor importancia dentro del extraordinario poblacional que experimenta la isla en dicha centuria". De 1765 a 1799 la población boricua se triplica. De las 8 poblaciones nuevas que surgen entre 1714 y 1797, no menos de 19 se deben al esfuerzo canario, como se aprecia fácilmente en la toponimia y en el culto a la Virgen de la Candelaria, pues ermitas consagradas a esta advocación serán la célula de Manatí, Maguez, Bayamón y Vega Alta.

Al socaire de la bonanza económica que la isla experimenta siguen llegando canarios. Aunque no tengamos datos precisos, concretos, sí los tenemos negativos como la orden de 1803 para que no se tolere la entrada de canarios sin pasaporte del Comandante General o Juez de Arribadas. Casi exactamente fechado seis años más tarde leemos un informe presentado al Ayuntamiento de San Juan abogando por la inmigración de canarios. Y alguna debió de arribar porque desde 1800 a 1812 —sin decirlo nos hemos metido en el XIX— la población de la isla aumentó en 1.781 habitantes de raza blanca, siendo lógico pensar que la inmigración canaria estaba inculpada en este hecho, pues las localidades que nacen entonces se hallan en zonas donde antaño se situaban los canarios. La sangre busca a la sangre. (Trujillo Alto, Las Piedras,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Barranquistas, Camuy, Cidra, San Lorenzo, Dorado.) Después de 1812 se intensifica la política boricua destinada a aumentar la población insular y al Intendente Alejandro Ramírez se debe el acomodo de familias canarias, algunas que iban de paso a otros destinos, como las doce familias lanzaroteñas y algunas de La Palma que se asentaron en Trujillo Alto y Vega Alta. Con destino a Texas habían salido ya lanzaroteños.[19] Otros grupos se esparcieron por Hatillo, Camuy, Quebradillas e Isabela, logrando estas fundaciones la categoría de pueblos con el flujo de tales emigrantes. De 1815 a 1830 nacen nuevos pueblos en el interior (Gurabo, Adjuntas, Morovis, Ciales, Naranjito, Orocovis, Comerío, Lares), donde hay también que apuntar la presencia de sangre canaria. Algunos de estos isleños procedían de Venezuela, de donde huían ante el Decreto a Muerte de Simón Bolívar, contra ellos y los peninsulares. Otros procedían de las Canarias donde funcionaba desde 1826 un banderín de enganche que permitía llevar mílites canarios a Puerto Rico para cubrir las bajas de la guarnición de San Juan. En ese año citado la Junta de Comercio de Puerto Rico recomendaba a los Procuradores de la isla que gestionasen en Madrid "la introducción de colonos de las Islas Canarias".[20] Al igual que hoy ha sucedido en corrientes emigratorias no faltará la picaresca, la explotación, el engaño por parte de quienes reclutaban emigrantes siempre humildes, labradores sencillos, llenos de buena fe, dispuestos a pagar un flete que a lo mejor les conducía a la esclavitud forzosa.

En la segunda mitad del siglo XIX penetra en Puerto Rico la mayor cantidad de emigrantes, sobre

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

todo entre 1850 y 1880, porque el cólera ha causado grandes bajas cuyos huecos se intentan llenar con jornaleros canarios y asiáticos. En los postreros años del XIX continúan desembarcando canarios que se sitúan en Arecibo, Hatillo, Camuy, Aguadilla...

El valor y trascendencia de toda esta sangre isleña se aprecia aún hoy. Se nota en apellidos, en la herencia lingüística que veremos seguidamente, en las técnicas agrícolas y en las fundaciones alzadas. Aparte de mil pequeños detalles. Por ejemplo: ¿el tiple puertorriqueño tiene que ver algo con el timple canario? La tinaja de Puerto Rico, húmeda y con musgo o culantrillo, que gotea contando las horas lentas de la canícula, es, sin duda la misma que vemos en Venezuela y en Canarias donde se le llama "pila", con su *talla* y *bernegal*. Son elementos culturales propios de un pueblo agricultor. No fueron comerciantes —eso se quedó para las gentes del norte y levante peninsular—. Pero no faltó entre ellos algún intelectual como el citado Graciliano Afonso o los cuatro hermanos Real, originarios de Tenerife, autores de notables empresas periodísticas como la fundación de la "Revista *Puerto Rico Ilustrado*" o el periódico *El Mundo*. No sólo los traigo a colación por esto, sino porque tuve el placer de tratar a Don Cristóbal Real, viejo y ciego, en Sevilla allá en su "Villa Puerto Rico" de Nervión.[21]

Señalábamos la herencia lingüística, la aportación lingüística en el habla de Puerto Rico, de todos estos inmigrantes. Esto es muy interesante porque Canarias tiene un habla especial y es camino y fonda en la ruta a América. Como tajantemente dice el gran filólogo Manuel Alvar, "la importancia de las hablas de Ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

narias es singular; pero su trascendencia se multiplica al parangonarlo con hechos que se cumplen en el español de América o al considerar las islas como eslabón insoslayable entre el Viejo y Nuevo Mundo."[22] Para Alvar el habla de Canarias no es un dialecto, no es un español caracterizado por sus arcaísmos, no es una lengua estancada sin evolución, no tiene semejanza con el judeo-español... La lengua hablada en Canarias es una variedad más de las tantas regiones de España con su propia personalidad, englobada en el complejo lingüístico de hablas hispánicas meridionales o español atlántico. Con esta previa caracterización, pasemos la página y vayamos a lo que nos importa: la filiación o influencia del español de Canarias en el de Puerto Rico. ¿La hay? Como la puede haber con el andaluz. Para eso tenemos en común el yeísmo, el seseo y la aspiración de las implosivas en una y otra parte. A Canarias debió llevar todas esas notas la población conquistadora; a Puerto Rico la población conquistadora colonizadora canaria. Según Álvarez Nazario,[23] en Puerto Rico se observa una herencia lingüística canaria expresada en:

1. Cierre final de la *e*, convirtiéndola en *i* (Este = esti).

2. Intercambio de la *R* y *l* al final de sílaba por debilitamiento de sus articulaciones (cardo por caldo, sul por sur).

3. Paso de la *R* y *l* al final de sílaba a *i* semivocal (vaiga por valga, ei cueipo por el cuerpo).

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

4. La palatalización y pronombre (llevalle por llevarle), aunque actualmente el campesino puertorriqueño reduce el grupo *rl* a *l* (sabelo por saberlo).

Creo que bastan con estas notas de parentesco lingüístico para demostración de la herencia o filiación citada.

Pero hay otra manifestación *sui géneris*, la del arte, que también nos muestra relaciones entre Sevilla, Canarias y Puerto Rico. La casa canaria, el balcón, los patios, las losas famosas permanecen en San Juan como trasunto del barrio de Vegueta grancanario. En la calle de la Cruz, entre Sol y Luna, hay un grupo de casas muy interesantes y, pasada la Plaza de Armas, se encuentra la Casa de Elzaburu con un piso alto lleno de remembranzas canarias. La génesis u origen de la casona puertorriqueña está en Cádiz y Canarias; de Canarias son los balcones de madera, los techos de viga al descubierto y las arquerías de los patios. Los balcones famosos, el balcón corrido y volado de la calle Tetuán o San José, con ligero tejado, es un elemento fundamental en las viejas casonas de San Juan. Y al igual que el de Canarias este balcón se parece más al de Cartagena de Indias que al del Perú; no es un balcón habitación, sino un mirador disimulado, un lugar para estar en la calle desde nuestra casa. El patio de esa casa como el sevillano o el canario, evocado en Puerto Rico por Paniagua Sarracante, es muy similar en ambas partes; si vamos a la Fortaleza, llamada también Palacio de Santa Catalina, con una estructura isabelina que es la más bella de América al decir de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

un especialista, nos encontraremos con un patio y acceso a jardines que recuerdan la casa popular canaria. Ernesto de la Orden dice que "es interesante comprobar que, después de la separación de la Madre Patria, los arquitectos puertorriqueños mantuvieron el gusto español y alzaron la Universidad de Río Piedras, la Aduana, la Escuela de Medicina y otros edificios sobre claros modelos de Sevilla o Salamanca".[24] No terminan, aunque quisiéramos, aquí las relaciones artísticas Canarias-Puerto Rico, porque nos parece digno de mencionar que en el siglo XVIII, cuando el puertorriqueño tiene conciencia de cierta fortaleza, de cierta personalidad, incluso en el arte, surge un pintor símbolo de esa emancipación estética y primer gran artista borinqueño: José Campeche. Su padre fue un esclavo liberto, Tomás de Rivafrecha y Campeche; y su madre una canaria, María Jordán. Como en los casos de Miranda y Martí la mitad de la sangre es isleña. Como bien sabemos, y Arturo Dávila lo ha estudiado, hay dos retratos de Campeche, uno hecho por Ramón Atiles (1804-1875) y otro por Francisco Oller (1833-1917) que han servido para ciertas polémicas, pero en ambos retratos se ve la condición mulata del pintor cuyo rostro nos recuerda, en el de Atiles, la imagen del más importante de los mestizos, el Inca Garcilaso.

El arte sevillano, irradiado por toda América gracias a las azulejerías, la imaginería y la pintura, surge en Puerto Rico desde el primer momento: con Caparra, la primera ciudad. Allí están los azulejos trianeros. Es posible que algunos canteros sevillanos trabajasen en la isla, pues la Iglesia de San José evoca su artesanía.[25] Si se hubieran quedado en la isla hu-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

bieran podido intervenir en la obra de la catedral, que el obispo sevillano Rodrigo de Bastidas quiso alzar en 1540 de estilo gótico e inspirada en la de Sevilla. Sus palabras al César Carlos así lo demuestran: "Mi anterior hizo una pobrecilla Iglesia; yo he comenzado un edificio perpetuo". Recuerda esto algo las altivas palabras de los obispos sevillanos que comenzaron su catedral, y manifestaron: "Fagamos una iglesia tal e tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos". Algo de eso debió de pensar el sevillano Bastidas. El modelo de la catedral hispalense está presente sin duda porque Torres Vargas dice: "de terminarse según los dibujos que vi sería como la de Sevilla". Pero la pobreza de medios obligó a variar el proyecto original, reduciendo sus dimensiones[26] y privándose así la catedral de San Juan de estar señalada en el pavimento de San Pedro de Roma como la de Sevilla sólo superada por San Pedro y San Pablo de Londres. La imaginería acusa notable presencia sevillana al igual que en toda América. Angulo Íñiguez ha estimado que el Cristo, enviado por Nicolás de Ovando a la famila Ponce de León, es de factura sevillana. Sobre este Cristo, venerada hoy en la Iglesia de San José, antiguo convento dominico, hay sus dudas, ya que Arturo Dávila supone que el auténtico es el que actualmente se conserva en la Iglesia de la Carolina.[27] Por el mismo Profesor Dávila sabemos que en la Capilla del Hospital de la Concepción se conserva un crucifijo, de factura andaluza, tal vez sevillano, con reminiscencias montañesinas, ya que recuerda algo al famoso Cristo de los Cálices de la catedral hispalense. Dávila supone también sevillana una imagen del niño Jesús, perteneciente

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

a una imagen de la Virgen de la Candelaria, de la Iglesia de San José. En el Museo de Porta Coeli de San Germán se exhibe un San Vicente Ferrer que entra en el mismo campo de anteriores suposiciones. Y aunque no se conservan, se sabe que Hernández Bello realizó un San Felipe y un Santiago por encargo del Gobernador Gabriel de Rojas Páramo, que había sido Sargento Mayor en Sevilla, así como Martínez Montañés construyó un tabernáculo para el monasterio de Santo Tomás a principios del XVII.[28] Hay noticias, recogidas por Angulo, de envío de otras imágenes. Y la conocida Virgen con el Niño del Seminario de Puerto Rico, hoy en la Catedral, una de las esculturas marianas más bellas de América, nació en un taller sevillano, quizás —suponía Angulo Íñiguez— en el de Juan Bautista Vázquez seguidor de Roque Balduque, autor de una serie de imágenes muy influyentes. La Virgen puertorriqueña es una réplica de la Virgen que existe en la Iglesia de la Magdalena, no desmereciendo del modelo, pero su ejecución, según Angulo Dávila, se debe al taller de Astorga en el XIX, de donde también salieron otras imágenes. Y ya que citamos la Iglesia de la Magdalena, antiguo Convento dominico, digamos que en él fue consagrado obispo el sevillano Fray Bartolomé de las Casas, de quien algunos autores suponen erróneamente que fue ordenado sacerdote en Puerto Rico. Fue ordenado en la Española, pero por un obispo de Puerto Rico. La Iglesia de Sevilla y Puerto Rico, tienen en común, comparten, por así decirlo, dos grandes momentos de la vida de este "español de América" gran defensor de los indígenas. Pero también en común muchas cosas. Recordemos, por ejemplo, que cuando

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se crea el Obispado de Puerto Rico en 1511 se le hace sufragáneo del Arzobispado sevillano hasta 1545. No olvidemos tampoco los Obispos de origen sevillano que rigieron la diócesis puertorriqueña. Diego Torres en su descripción citada nos habla de Fray Alonso de Monroy, mercedario, que aunque consagrado obispo de San Juan no llegó a trasladarse a la isla y murió en su ciudad siendo enterrado en el desaparecido convento mercedario. Otro, el segundo, también fue sevillano, hijo de notable descubridor y llamado como su padre, Rodrigo de Bastidas. Como en todas las facetas que estamos examinando lo mismo hay algo canario que algo sevillano, por eso tampoco aquí podía faltar un canario: Don Juan López Agurto de la Mata, natural de Tenerife, que sucedió nada menos que a Bernardo de Balbuena, muerto en 1625.

Era hombre caritativo, con su tierra, a la que remitió 6.000 ducados para el santuario de la Virgen de la Candelaria y con su nueva patria donde hizo muchas limosnas a las iglesias y personas necesitadas. Pero, sobre todo, y lo dice el canónigo sanjuanero Diego de Torres Vargas: "Era hombre entero, ajustado de vida, y, como dicen los italianos, de *Testa*, y tenía otras muchas partes de las que pide San Pablo para los Obispos". Siguiendo con los sevillanos que son más, citemos a Manuel de Mercado; a Fray Alonso de Monroe y segundo obispo del XVII y segundo sevillano que tampoco se atrevió a ir a San Juan... Luego están Martín Vázquez de Arce, Rector del famoso Colegio de Santo Tomás de Sevilla. En este siglo XVII, nos cuenta Gil González Dávila en su "Teatro Eclesiástico", utilizando la descripción de Diego Torres de

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

Vargas, exactamente en 1646, se logró licencia real para edificar o fundar un convento de monjas en San Juan. En la Real Cédula se concede tres monjas de Sevilla (no llegaron a ir), pertenecientes a la Orden de las Carmelitas Calzadas, porque así lo había exigido la dama sanjuanera Doña Ana de Lanzós que había ofrecido su hacienda para tal piadosa obra.[29]

Y del Obispado vayamos al Palacio del Gobernador, a ver si encontramos algún Gobernador sevillano o algún canario. ¡Por supuesto! Los hay en todos los siglos. En 1564, y seguimos la descripción del canónigo Diego de Torres Vargas, es nombrado Francisco Bahamonde de Lugo, natural de Tenerife, Gobernador y Capitán General de Puerto Rico. Había intervenido en el Perú con Núñez de Vela y La Gasca y había sido capitán de caballos en Flandes. De él se nos dice que "porque los caribes infestaban la isla por la banda de San Germán fue en persona a aquella guerra donde le dieron un flechazo en el muslo —como a Alvarado— que estuvo de él oleado, pero viviendo y acabado su gobierno fue a España y tan pobre, que una vuelta de cadena que sólo tenía, se la dio cuando se iba a embarcar, a la mujer de un sobrino suyo, diciendo: "Señora, no me agradezca el darle esta cadena, que no lo hago por servirle, sino por decir con verdad que no llevo nada de Puerto Rico".[30] Interpretémosle, si es que hay duda alguna en estas palabras. No es que haya querido decir, como cuentan anécdotas de otros hombres, que el Gobernador no deseaba llevarse de la isla ni el polvo por el mal recuerdo que de ella tenía. No, nada de eso. El Gobernador lo que deseaba manifestar era que no había peculado, que no se había enriquecido en la isla,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

que no había utilizado el cargo para enriquecerse. Por la década del ochenta, dentro del XVI, gobierna Juan López de Melgarejo, sevillano, que había sido alguacil de la Audiencia de Santo Domingo, la cual lo nombró Gobernador interino en San Juan. Ya dentro del XVII conocemos al ya citado Gabriel de Rojas, natural de Illescas, en las cercanías de Madrid, pero que había sido Sargento Mayor en Sevilla, de la que como tantos otros debió enamorarse, porque ya lo mencionamos encargando imágenes religiosas a Sevilla. Y no porque fuera un beatón, porque este hombre, dicen las crónicas, "fue el gobernador más asistente que ha tenido la fuerza del Morro". Lo mismo mandaba a tallar imágenes religiosas que alzaba los fuertes de Boquerón y el Cañuelo.

Estamos haciendo fatigosa esta nómina. Es como cuando pasamos revista a una galería o exposición de retratos de gobernantes. Nos cansan; sólo contemplamos a los que destacan por algo o a los que conocemos más. Aquí en este desfile de gobernantes de Puerto Rico nos estamos deteniendo sólo ante los sevillanos y canarios, pero, además, de ellos nos atraen los que por su acción y vida más descollaron. Pasemos de largo ante el sevillano y Gobernador Juan Pérez de Guzmán (1661-4), ante el probablemente grancanario Alonso de Campo Espinosa (1675-8), ante el tinerfeño (Garachico) Diego de Ponce Llarena (1686) experimentado soldado en Extremadura y Flandes, ante el también tinerfeño Juan Fernández Franco de Medina (1695-8), y entremos al XVIII. Aquí, la galería por el momento no nos brinda nada. Tan sólo a final de siglo vemos el retrato del Teniente de Gobernador Auditor de guerra

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

nacido en Caracas de padre sevillano, Francisco Rafael de Monserrate. ¿Y en el XIX qué encontramos? Por ahora nuestros conocimientos no han podido ahondar mucho. Sólo una figura, y mejor no haberla encontrado. Es, pues, un paréntesis de silencio. Un paréntesis que, desgraciadamente (insistimos), lo cierra don Ángel Rivero Méndez, hijo de canarios, que fue, por así decirlo, el último Gobernador de Puerto Rico, o por lo menos, el encargado de entregar a los norteamericanos la plaza de San Juan y sus edificios militares. Siento mucho, pido disculpas, por terminar este paseo histórico por la historia de Puerto Rico en sus relaciones con Sevilla y Canarias con esta nota, con este recuerdo lleno de melancolía para todo español: la pérdida de Puerto Rico.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

NOTAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

NOTAS AL CAPÍTULO III

1.—Fernández Navarrete, I, 229.
2.—A.G.I. Indiferente General, lep. 420.
3.—R. Palma: "Tradiciones Peruanas". Madrid, S. A. Espasa Calpe III p. 31.
4.—Vid. Capítulo XV.

NOTAS AL CAPÍTULO VII

1.—Aguilera, Miguel: "América en los clásicos españoles". Bogotá, 1952.
Franco, Ángel: "El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro". Madrid, 1954.
Morínigo, Marcos A.: "América en el teatro de Lope de Vega". Buenos Aires, Instituto de Filología, 1946.
Pedro, Valentín de: "América en las letras españolas del Siglo de Oro". Buenos Aires, 1954. Edit. Suramericana.
2.—Capote, Higinio: "Las Indias en la poesía española del Siglo de Oro". "Estudios Americanos. Vol. VI, núm. 21, junio-julio. Sevilla, 1953, pp. 5-36.
3.—Campos, Jorge: "Presencia de América en la obra de Cervantes". "Rev. de Indias", Año VIII, abril-septiembre. Madrid, 1947. Núms. 28-29, pp. 371-404.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

D'Olwer, Nicolau: "América en la obra de Cervantes". "Cuadernos Americanos". México, 1948, enero-febrero.
Valle, Rafael Heliodoro: "Cervantes en la América Española". "Cuadernos Hispanoamericanos", núm. 93 Madrid, 1957, pp. 369-379.
4.—Pereña Vicente, Luciano: "El descubrimiento de América en las obras de fray Luis de León". "Rev. Española de Derecho Internacional". VIII, núm. 3, Madrid, 1955, pp. 587-604.
5.—García Blanco, Manuel: "Tirso de Molina y América". "Cuadernos Hispanoamericanos", núm. 17, Madrid, sept-oct., 1950, pp. 243-258.
6.—Morínigo, Marcos A.: "Indigenismos americanos en el léxico de Lope de Vega". "Revista Nacional de Cultura", núm. 84, enero-febrero. Caracas, 1951, pp. 72-95.
7.—Montes, Hugo: "Góngora y América". "Finis Terrae". Santiago de Chile, 1961, Año VIII, núm. 32.
8.—Arco Ygaray, Ricardo: "La sociedad española en las obras dramáticas de Lope de Vega". Madrid, 1942.
9.—Campos, Jorge: "Lope de Vega y el descubrimiento colombino". "Rev. de Indias", IX, núms. 37-38, 1949, pp. 731-754.
Flint, Weston: "Colón en el teatro español". "Estudios Americanos" XXII, pp. 165-186. Sevilla, 1961.
Hazaña y la Rúa, Joaquín: "Colón en el teatro de Lope de Vega". "Rev. Contemporánea". Madrid, 1898.
Vega, Lope de: "El Nuevo Mundo". Prólogo y adaptación original de Joaquín de Entrambasaguas. Madrid, 1963.
Chueca, Calixto: "Colón y la poesía". "Estudios Literarios", II. "Clásicos Argentinos". Buenos Aires, 1948.
Rodríguez Casado, Vicente: "Lope de Vega en Indias". "Escorial", núm. 84, agosto. Madrid, 1943.
Savelli, Grazia: "Cristóbal Colón en Lope de Vega". "Studi Colombiani", III, 1952, pp. 131-142.
10.—Medina, José Toribio: "La Historia de América, fuente del antiguo teatro español". "Anales de la Univ. de Chile". CXL. Santiago de Chile, 1917.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

11.—Lohmann, Guillermo: "Francisco Pizarro en el Teatro Clásico Español". "Arbor", tomo V, mayo-junio, Madrid, 1946.

Miró Quesada, Aurelio: "Cervantes, Tirso y el Perú". Lima, 1948.

12.—Delgado, Jaime: "Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX", "Revista de Indias", Madrid, 1948, enero-junio, núms. 31-32, pp. 247-297.

13.—Campos, Jorge: "Hernán Cortés en la dramática española". "Revista de Indias", año IX, enero-junio, 1948. núms. 31-2, pp. 171-198.

14.—Medina, José Toribio: "Cervantes Americanista: lo que dijo de los hombres y cosas de América". Santiago de Chile, 1916.

"Escritores americanos celebrados por Cervantes en el 'Canto a Caliope'". Santiago de Chile, 1926.

Méndez Bejarano, Mario: "Poetas españoles que vivieron en América". Madrid, 1929.

NOTAS AL CAPÍTULO XIV

1.—"Revista de Historia". La Laguna, años 1941, 1942 y 1955. Los nombres de E. Serra Ráfols, A. Rumeu de Armas, Charles Verlinden, Torres Campos, etc. son hartamente conocidos para que pretendamos dar una bibliografía complementaria, aparecida, por lo general o comentada, en "Revista de Historia" (La Laguna), "Revista del Museo Canario" (Las Palmas) y "Anuario de Estudios Atlánticos" (Madrid-Las Palmas).

2.—"Précédents mediévaux de la colonie en Amérique". México, 1954, "Relations commerciales entre Gênes et le Portugal à l'époque des grandes découvertes". Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome XXXIII, 1961 y otros trabajos suyos que se relacionan en estos.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

3.—Vid A. SAPORI: "Le Marchand, Italien au Moyen Age". París, 1952, p. LXIII.

4.—MORALES PADRÓN F.: "Canarias en el Archivo de Protocolos de Sevilla". "Anuario de Estudios Atlánticos". Núms. 7-8. Documentos núms. 39, 70, 73, 103 104, 105, 106, 126, 127, 128, 135, 184, 201, 202, 205 y 206.

5.—"Libro Rojo de Gran Canaria". Introducción y notas de PEDRO CULLEN DEL CASTILLO. Las Palmas de Gran Canaria, 1947.

6.—"Registro General del Sello, años 1434-1488". Por Don Gonzalo Ortiz de Montalván, doña Amalia Prieto y doña Concepción Alvarez. 5 tomos. Simancas, 1959.

7.—MORALES PADRÓN F.: loc. cit.: Apéndice VI.

8.—Ibidem: Documentos núms. 184, 192 y 204.

9.—Ibidem: Docs. núm. 59, 64, 119, 193, 408, 211, 212, 280 y 312.

10.—Cfr. "Anuario de Estudios Americanos", vol. VII. Sevilla, 1950, y "Anuario de Estudios Atlánticos", núm. 1. Madrid-Las Palmas, 1955.

11.—MORALES PADRÓN F.: loc. cit.: Documentos núms.: 2, 38, 48, 77, 86, 87, 91, 94, 107, 111, 122, 132, 133, 151, 156, 158-9, 160-1, 174, 179, 187, 225, 227, 245, 252, 300, 338, 364 y 398.

12.—Después de 1483, indica Andrés Bernáldez: "Quedaron en Canarias las mujeres e la gente menuda, las cuales después las enviaron en Castilla, y les dieron casa en Sevilla, y toda la parcialidad del rey de Telde vino a Sevilla, y fueron allí vecinos a la puerta de Mihojar; e muchos se mudaron donde quisieron libremente, y muchos se finaron que les probó la tierra y después los volvieron por su grado en las islas en la misma Gran Canaria, desque estaba poblada de gente de Castilla, los que quedaron; y muchos llevaron a la conquista de Tenerife, donde murieron azas de ellos". "Historia de los Reyes Católicos". Cap. LXVI.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

13.—ORCHILLA "de la reina Nuestra Señora" leemos en el documento núm. 460, prueba de las propiedades particulares de los soberanos en las Islas.

14.—La moneda de Canarias equivalía a:

1 real de plata = 34 mrs.
1 escudo de oro y de peso = 375 mrs.
1 castellano de oro y de peso = 485 mrs.
1 dobla de oro castellano y de peso = 365 mrs.

15.—MORALES PADRÓN, F.: loc. cit.: Documentos núms.: 1, 15, 19, 37, 44, 45, 69, 72, 100, 131, 134, 140, 141, 153, 162, 165, 169, 185, 186, 190, 191, 196, 218, 226, 228, 230, 231, 233, 243, 247, 249, 253, 254, 258, 260-2 265, 276, 281, 303, 307, 317, 319, 320, 322, 327, 330-2, 347-8, 351, 357-8, 363, 375, 378, 395, etc.

16.—Ibidem: Documento núm. 314, JOSÉ DE ACOSTA: "Historia General y Natural de las Indias". Lib. IV Cap. XXXIII, p. 318, México, 1940.

17.—La obra ya citada de A. SAPORI resulta interesante para el conocimiento del mercader italiano. En concreto para los genoveses en la colonización de Tenerife importa un trabajo de MANUELA MARRERO en "Revista de Historia". Laguna, 1950.

NOTAS AL CAPÍTULO XV

1.—J. VIERA Y CLAVIJO: "Noticias de la Historia General de las islas Canarias". Prólogo: pp. 12-13. Tomo I. Goya, Ediciones.— Santa Cruz de Tenerife, 1950.

2.—"La Tortuga será como Gran Canaria".
CASAS: Lib. I, Cap. LV, tomo I, pp. 252 y 265.

3.—La Comparación con Jamaica en Lib. I, Cap. XCVII, I, 394.
CASAS: "Remedio para la reformación de las Indias". Apud. Opúsculos, Cartas y Memorias, p. 82.

4.—CASAS: Lib. I, Caps. VIII y XV, pp. 52 y 74-80.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

5.—CASAS: Lib. I, Cap. CXLII.

6.—CASAS: "Apologética Historia", Cap. VIII.

7.—F. LÓPEZ DE GÓMARA: "Historia General de las Indias". Barcelona, 1945. I, 374-6. CASTELLANOS: "Parte Primera. Elegía Primera". Canto Primero I. p. 72.

ACOSTA refiere que Plinio las llamó "Fortunatas" y la principal de ellas dice haberse llamado Canaria por la multitud de canes o perros que en ella había. Lib. I. Cap. XI, pp. 46-7.

8.—Capítulo LXII, pp. 135-7.

9.—Ibidem.

10.—Década III, Lib. V. Cap. I, pp. 241-2.

11.—Lib. I, Cap. IX.

12.—"Etimologías". Lib. XIV, Cap. VI.

13.—Lib. I, Cap. XX.

14.—"Suma de Geografía", Madrid, 1948, pp. 162-3.

15.—"Islario", Madrid, 1920, pp. 384-34.

16.—Ibidem.

17.—Vid. Descripción de Viera y Clavijo en Lib. II, Cap. VII.

18.—En la "Revista de Historia" de la Universidad de La Laguna se han publicado estos trabajos de Rumeu de Armas (IX, 1943, 339-341); E. Hardisson (n.° 61, 1943, p. 30); Darias Padrón (I, n.° 4 y 6, 1924 y 1925); Marco Dorta (IX, 1943), y Jesús Maynar (IX, 1943, 41-44). En la Crónica del "Matritense" se habla ya del Garoé que los indígenas denominan *Gan*. "Revista del Museo Canario", enero-abril, 1935. n.° 5, Año III, pp. 56-90.

19.—Cap. LXIV.

20.—GAROÉ, p. 44.

21.—Lib. I, Cap. IX.

22.—Lib. I, Cap. V, p. 11.

23.—Lib. I, Cap. XIX.

24.—"Islario", pp. 348-361. Garoé.

25.—2.ª parte. Cap. III.

26.—Cap. LXIV, p. 138.

27.—Ibid.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

28.—Cap. LXIV, p. 139.
29.—"Islario". Parte Tercera, p. 348.
30.—Lib. I, Cap. XXI.
31.—Lib. I, Cap. XXI.
32.—Cap. CCII.
33.—CASAS, Lib. I, Cap. XXI.
34.—Lib. VII, Cap. I, p. 260.
35.—ANGLERÍA: Década III, Lib. VII, Cap. I, p. 260.
36.—Lib. I, Cap. V.
37.—I. 374-5.
38.—"Islario". Parte Tercera, 348-361.
39.—Tomo III, Cap. XIII, p. 308.
40.—Caps. 64, 65, 66, 132 y 134. pp. 135-145 y 337-341.
41.—I. 374-6. Sobre "El dicho de Maninidra" véase aclaración de A. Cioranescu. "Revista de Historia Canaria", XXVIII, 137-140, 1962, pp. 182-187.
42.—Lib. I, Cap. V.
43.—Década I, Lib. I, Cap. I.
44.—Lib. I, Cap. XIX.
45.—Lib. I. Cap. XXII.
46.—Tomo I, pp. 73-118, de la edición del Fondo de Cultura Económica. México, 1951.
47.—Lib. I, Cap. XIX.
48.—Ibidem. y Cap. XVII.
49.—Lib. I, Cap. XVII.
50.—BALDOMERO DE LORENZO LEAL: "Cristóbal Colón y Alonso Sánchez o el primer descubrimiento del Nuevo Mundo", Jerez, 1892.
ALBERTO ABOAL AMARO: "El Piloto Desconocido". Montevideo, 1957.
51.—PIGAFETTA: "Primer viaje en torno al globo". Madrid, 1927, p. 12.
52.—HERRERA: Década I, Lib. I, Cap. II, Tomo I, p. 4.
53.—Parte Tercera, p. 347.
54.—Calancha, p. 10.
55.—ISAGOGA: "Historia Apologética de las Indias Occidentales", p. 146.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

56.—Gumilla: "El Orinoco Ilustrado". 2.ª parte, Cap. VI, pp. 260-1. El Padre Acosta corrobora esta posibilidad con una experiencia personal que cuenta así: "A mi me acaeció pasando a Indias, verme en la primera tierra poblada de españoles quince días después de salidos de las Canarias, y sin duda fuera más breve el viaje si se dieran velas a la brisa fresca que corría. Así que me parece cosa muy verosímil que hayan en tiempos pasados venido a Indias hombres vencidos de la furia del viento, sin tener ellos tal pensamiento..." Lib. I, Cap. XIX, p. 72.

57.—Lope de Velasco.

58.—Oviedo: Lib. I. Cap. IX.

59.—Vázquez de Espinosa: Lib. I, Cap. I. Punto 1.

60.—Castellanos: "Historia de Cartagena". Canto I, Tomo III, p. 19.

61.—José Acosta: Lib. III, Cap. IV, p. 144.

62.—Oviedo: Lib. II, Cap. VIII.

63.—Gómara, I. p. 371. (El Camino de las Indias).

64.—Casas: "Historia de las Indias". Lib. I, Cap. XXXVII.

65.—Acosta: Lib. III, Cap. IV, p. 144.

66.—Oviedo: Lib. VIII, Cap. V.

67.—Oviedo: Lib. XIV, Cap. I.

68.—Casas: H.ª de las Indias". Lib. I, Cap. XXXVI.

69.—Década III, Lib. I, Cap. I, p. 242.

70.—Casas: Ibid. Libro III. Cap. LIX.

71.—Oviedo: Lib. L. Cap. III. Tomo V, pp. 311-312.

72.—Oviedo: 2.ª Parte, Lib. X, Cap. VI, Tomo III, p. 223.

73.—Oviedo: 2.ª Parte, Lib. X, Cap. XXII, Tomo III, pp. 304.

74.—Las Casas: Lib. II, Cap. LIV.

75.—Oviedo: Lib. XX. Cap. I.

76.—Pigafetta: p. 44.

77.—Pedro Pizarro: "Relación del descubrimiento y conquista del Perú. Buenos Aires", 1944, pp. 20-21.

78.—Oviedo: II, 240; Oviedo: III, 343.

79.—Oviedo: 2.ª Parte, Lib. III, Cap. VIII.

80.—Oviedo: 2.ª Parte, Lib. IV, Cap. XV.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

81.—Oviedo: Lib. V, Cap. II.
82.—Aguado: Lib. IV, Cap. VII, p. 458. Caulín indica que en Tenerife Ordás se rehizo "de nuevas gentes y los correspondientes bastimentos". Libro II, Cap. V, p. 136.
83.—Castellanos: Primera Parte. Elegía IX. Canto Primero.
84.—Oviedo: Lib. V, Cap. VII, Tomo II, p. 409.
85.—Castellanos: Elegía XI. Canto I, Tomo I, p. 405.
86.—P. Fernández de Piedrahita: I Parte, Lib. III, Cap. V.
87.—Castellanos: "Cuarta Parte Historia del Nuevo Reino de Granada", Canto XVII, Tomo IV, p. 415. Simón: Sexta Noticia, Cap. I, Tomo III, p. 169.
88.—P. Fernández de Piedrahita: 1.ª Parte, Lib. VIII, Cap. I, pp. 301-2; Simón: Segunda Parte, Sexta Noticia. Capítulo I, Tomo III, p. 169.
89.—Oviedo: 2.ª Parte, Lib. VIII, Cap. V. Tomo III, p. 144.
90.—J. Ruiz de Arce: Advertencias de... a sus sucesores. Apud. "Tres testigos de la Conquista del Perú". Madrid, 1953, p. 76.
91.—Aguado, Lib. II, Cap. I, Tomo I. pp. 114-5.
92.—P. Fernández de Piedrahita: Parte I, Lib. III, Cap. IV, p. 88.
93.—Oviedo y Baños: Parte I, Lib. I, Cap. X, p. 48.
94.—Federman: "Historia Indiana". Madrid, 1958, pp. 24-28.
95.—Schmildl: "Derrotero y viaje a España y las Indias". Madrid, 1947, pp. 32-35.
96.—Fidalgo de Elvas: "Expedición de Hernando de Soto a la Florida". Cap. IV, p. 37.
97.—"Historia de la Florida", Cap. VIII.
98.—Cap. VI.
99.—Lib. V, Cap. III.
100.—Caps. XXXVIII y LXII.
101.—Lib. I, Cap. CXLVIII.
102.—"Islario", Parte III, pp. 348-61.
103.—Lib. I. Cap. IX. Tomo I, pp. 36-7.
104.—Lib. VIII, Cap. I. Tomo I, pp. 248-9; Tomo II, p. 38 Aquí indica que a La Española se llevaron conejos; pero se comprobó eran perjudiciales por lo mucho que

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

se reproducían, como había sucedido en Canarias donde son también dañinos para los campos.

105.—Lib. IV. Cap. VIII. Tomo I: p. 106 y Lib. VIII, Cap. L. Tomo I, p. 250.

106.—Lib. X, Cap. XLIV.

107.—Cobos: Lib. X, Cap. XLIII; Acosta: Lib. IV, Cap. XXXIII.

108.—Herrera: Década I, Lib. I, Cap. VI. Tomo I, p. 37.

109.—Aguado: "Capitulación del emperador con los alemanes". Notas al Cap. II del Lib. I.

110.—E. Ruidíaz y Caravia: "La Florida. Su conquista y colonización, por Pedro Menéndez de Avilés". Apéndice, XXXVII. Madrid, 1893. Tomo II, pp. 211-212.

111.—Sahagún: Cap. XIII, Tomo III, p. 308.

112.—"Relación del descubrimiento del Reino del Perú que hizo Diego de Trujillo..." Apud "Tres testigos de la Conquista del Perú", p. 127.

Las Casas también nos habla de los quesos canarios. Lib. III, Cap. CLVIII, Tomo III, p. 374.

113.—Inca Garcilaso: Lib. IX, Cap. XXV.

114.—Inca Garcilaso: "Comentarios Reales", Lib. IX, Cap. XXIV.

115.—"Naufragios y comentarios", p. 115.

116.—Aguado: Lib. IV, Cap. XI.

117.—Oviedo: Lib. V, Cap. X, 2.ª Parte.

118.—Lib. VI, Cap. I, Tomo I, pp. 642-3.

119.—Castellanos: "Elogio de Don Luis de Rojas..." Canto Cuarto, Tomo II, pp. 612-613.

120.—Castellanos: pp. 613-4.

121.—Canto II. "Elogio de Don Lope de Orozco", Tomo II, p. 658.

122.—Oviedo y Baños: Parte I, Lib. V, cap. V, p. 426.

123.—Castellanos: Canto IV. "Elogio de Don Luis de Rojas Gobernador de Santa Marta". Tomo II, pp. 613-4.

124.—Sobre el éxito de Canarias como mercado para la venta de esclavos, véase Las Casas Lib. I, Cap. CXXII, Tomo I, p. 466; el interés del Infante Don Henríquez por Ca-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

narias lo recoge él mismo. LAS CASAS ampliamente en el Lib. I, Cap. XVIII, y XIX. Tomo I, pp. 94-104; en HERRERA, LOPE DE VELASCO y el mismo PIGAFETTA aparecen noticias sobre Canarias y los Tratados internacionales de Castilla; el papel de la Isla en el tráfico americano figura mencionado por COBO (Lib. XI, Cap. XVI. Tomo III, p. 82); en LOPE DE VELASCO (p. 89) y en ACOSTA, Lib. IV, Cap. XVII, p. 270, (harina) y Lib. IV, Cap. XXXII, p. 313, (vino); Canarias y la piratería figuran en FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Lib. XI, Cap. XII, Tomo II, p. 208; en CASTELLANOS: Canto II. Discurso del Capitán Drake, Tomo IV, p. 40; en Memorias de Avilés, RUIDÍAZ, Tomo II, pp. 320-1, etc.

NOTAS AL CAPÍTULO XVI

1.—Cfr. ZAVALA, SILVIO: "La Conquista de Canarias y América". Estudio comparativo. Apud. Estudios Indianos, México, 1948.
2.—Cfr. MORALES PADRÓN, FRANCISCO: "El comercio canario-americano". (Siglos XVI, XVII y XVIII). Sevilla, 1955.
3.—LAS CASAS: "Historia de las Indias". Lib. I, Cap. CXI.
4.—Cfr. MORALES PADRÓN, FRANCISCO: "Rebelión contra la Compañía de Caracas". Sevilla, 1955.
5.—TORRES CAMPOS, RAFAEL: "Carácter de la Conquista y colonización de las Islas Canarias". Madrid, 1901.
6.—Cfr. PÉREZ VIDAL, JOSÉ: "Aportación de Canarias a la población de América. Su influencia en la lengua y en la poesía tradicional". Anuario de Estudios Atlánticos. Núm. 1, 1955, págs. 91-200.
7.—MARQUÉS DE LOZOYA: "El arte peruano y sus posibles relaciones con Canarias". La Laguna de Tenerife, 1944.
8.—HERNÁNDEZ PERERA, JESÚS: "Orfebrería de Canarias". C.S.I.C., Madrid, 1955; pp. 169 y ss.
9.—MORENO VILLA, JOSÉ: "La escultura colonial mexicana". México, 1942, págs. 31-2.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

NOTAS AL CAPÍTULO XXI

1.—Cartas del Obispo. "Crónicas de Puerto Rico". (1493-1797). Selección, introducción y notas de Eugenio Fernández Méndez. San Juan, 1957. p. 164. La carestía y emigración de harinas, así como noticias sobre la exportación desde Canarias, cuentan con datos de interés en el "Catálogo de las Cartas y peticiones del Cabildo de San Juan Bautista de Puerto Rico en el Archivo General de Indias (Siglos XVI-XVII)." Recopilación y notas, por José J. Real Díaz. Edición conjunta del Municipio de San Juan y el Instituto de Cultura Puertorriqueña. Barcelona, 1968. pp. 23, 41, 50, 53-8, 60-7, 74, 83, 112, 140-1, 196, 197, 200, 209, 250, 213, etc.

2.—Morales Padrón: "Barcas, libros y esclavos para Puerto Rico". Rev. del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1961.

3.—Carta al Rey, 4 de septiembre de 1618. AGI. Sto. Domingo, Leg. 169.

4.—"Descripción de la Isla y ciudad de Puerto Rico... por el Lic. Don Diego de Torres Vargas"; esta descripción que citaremos varias veces, puede consultarse en el cap. VII de la obra ya mencionada "Crónicas de Puerto Rico".

5.—Las notas sobre Álvarez Chanca, lo mismo que su relación, pueden leerse en la obra de Aurelio Tió: "Dr. Diego Álvarez Chanca (Estudio biográfico)" Instituto de Cultura Puertorriqueña. Barcelona, 1966.

6.—Ibidem. pp. 21-22.

7.—El relato de Las Casas se encuentra en la edición de su "Historia de las Indias" realizada por el Fondo de Cultura Económica. México, 1951 pp. 352-5.

8.—Ibidem, nota 5. p. 56.

9.—Parte I, Canto IV.

10.—Vid. "Colección de Documentos Inéditos para la Historia

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de Hispanoamérica publicados por el Instituto Hispano-Cubano". Madrid, s. a. 3 tomos; "Documentos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla. Siglo XVI", Madrid, 1935; y "Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla. Siglos XV y XVI". Sevilla, 1937 (Realmente los cinco tomos forman una colección).

11.—VICENTE MURGA SANZ: "Puerto Rico en los manuscritos de don Juan Bautista Muñoz". Estudio crítico por... Ediciones de la Universidad de Puerto Rico. Barcelona, 1966, p. 338.

12.—PETER BOYD-BOWMAN: "Índice Geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI". Tomo I: 1493-1519. Bogotá, 1964, pp. XIII y XXIV.

13.—"Memoria escrita para presentar a la Real Sociedad de Amigos de Tenerife, y de su orden a fin de evacuar un Informe que le había pedido la Real Audiencia sobre la emigración de los Naturales de estas Islas a la América". La Laguna, 25 de junio de 1791. Fondo Saavedra, leg. 49, en la Casa de los Padres Jesuitas de Sevilla.

14.—Vid. mis trabajos: "El Comercio canario-americano (Siglos XVI-XVII y XVIII)." Sevilla, 1955, y "Colonos Canarios en Indias" publicado en el Anuario de Estudios Americanos. Vol. VIII. Sevilla, 1951.

15.—VICENTE MURGA: "Historia Documental de Puerto Rico. Río Piedras, 1956. p. 327.

16.—Vid. GUILLERMO CAMACHO y PÉREZ GALDÓS: "El cultivo de la caña de azúcar y la industria azucarera en Gran Canaria (1510-1535)." Anuario de Estudios Atlánticos. Vol. 7, Madrid-Las Palmas 1961, pp. 11-70.

17.—Carta del Cabildo de San Juan indicando que el 3 de agosto de 1695 llegó el Sargento Mayor Juan Franco de Medina con 20 familias canarias. AGI. Santo Domingo 165. Apud. "Catálogos de las Cartas..." cit. en nota 1. Vid. Sobre emigración los artículos de F. Morales Padrón y Álvarez Nazario cits. en notas 14 y 21; así como Pérez Vidal: "Aportación de Canarias a la población

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

de América". "Anuario de Estudios Atlánticos". Vol. I. Madrid-Las Palmas, 1955, y Juana Gil-Bermejo García: "La primera fundación de Humacao, Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña núm. 22, 1964.

18.—Vid. F. Morales Padrón: "El comercio canario..." En 1727 el Rey autoriza al Juez de Arribada a conceder licencias de emigración rumbo a Filipinas, Cuba y Puerto Rico. A.G.I. Ultramar, 788.

19. AGI. Guadalajara, leg. 178.

20.—AGI. Ultramar, leg. 788.

21.—Vid. Álvarez Nazario: "La inmigración canaria a Puerto Rico". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña núm. 33, 1966, y Estela Cifre de Loubriel: "Los inmigrantes del siglo XIX. Su contribución a la formación del pueblo puertorriqueño". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña núm. 7, 1960.

22.—Manuel Alvar: "Estudios canarios" I. Las Palmas de Gran Canaria, 1968. pp. 13-23.

23.—"La herencia lingüística de Canarias". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña núm. 39, 1968.

24.—"La Arquitectura civil en Puerto Rico". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña. núm. 17, 1962.

25.—Marqués de Lozoya: "Vestigios de *Edad Media puertorriqueña*". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Núm. 2, 1959.

26.—Adolfo Hostos: "Crecimiento y desarollo de la ciudad de San Juan". San Juan, 1957.

27.—Arturo Dávila: "Una talla del siglo XVI en la Carolina. ¿El Cristo de los Ponce?" Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña núm. 26, 1965.

28.—Ibidem: "La escultura del siglo XVII en San Juan de Puerto Rico". Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Núm. 29. 1965.

29.—"Descripción..." por el Lic. Don Diego de Torres Vargas. Apud "Crónicas... cit. pág. 184.

30.—Ibidem. Nota 4, pp. 196-197.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ÍNDICE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

		Páginas
	A manera de prólogo	7
I.	Conquista de Gran Canaria	13
II.	Gran Canaria y Sevilla	25
III.	Colón en Canarias	39
IV.	El retorno de las carabelas	47
V.	Las derrotas del Atlántico	55
VI.	El Guadalquivir, río de América . . .	61
VII.	América en la Literatura Española . .	77
VIII.	Sevilla e Italia	115
IX.	Sevilla en América	125
X.	Sevilla y Las Casas	145
XI.	El Inca Garcilaso y Sevilla	149
XII.	Viajeros en Sevilla	157
XIII.	El "Betis" por el Guadalquivir . . .	163
XIV.	Canarias en un archivo de Sevilla . .	169
XV.	Las Canarias en los cronistas de Indias .	189
XVI.	Canarias en América, América en Canarias	255
XVII.	Gran Canaria, escuela de Vulcano . .	277
XVIII.	Lanzarote, donde los árboles mueren de rodillas	285
XIX.	Fuerteventura, la isla del silencio . . .	295
XX.	Platero en el Caribe	303
XXI.	Sevilla y Canarias en Puerto Rico . . .	313
	Notas	341

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

ESTE LIBRO, CUYA EDICIÓN CONSTA
DE QUINIENTOS EJEMPLARES, SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE LITOGRAFÍA SAAVEDRA,
LA NAVAL, 225 Y 227
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
EL DÍA VII DE NOVIEMBRE
DE MCMLXX

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010

EDICIONES DEL EXCMO. CABILDO INSULAR
DE GRAN CANARIA

Casa-Museo de Colón
Colón, 1. Las Palmas.

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: **Poemas.** (Publicado).
2. Luis Benítez: **Poemas del mundo interior.** (Publicado).
3. Fernando González: **Poesías elegidas.** (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: **Calas en el Romancero de Lanzarote.** (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: **Germán o sábado de fiesta.** (Publicado).
6. Agustín Espinosa: **D. José Clavijo y Fajardo.** (En prensa).
7. José Pérez Vidal: **Poesía Tradicional Canaria.** (Publicado).
8. Manuel Alvar: **Estudios Canarios.** (Publicado).
9. José Batlló: **Una Historia de Amor.** (Publicado).
10. Rafael Guillén: **Amor, acaso nada.** (Publicado).
11. Ruth Schmidt: **Cartas entre dos amigos del Teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós.** (Publicado).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: **Felo Monzón.** (Publicado).
2. J. Hernández Perera: **Juan de Miranda.** (En preparación).

III.—GEOGRAFÍA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: **Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria.** (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: **Maura y Galdós.** (Publicado).
3. M. Luezas: **Geografía de Gran Canaria.** (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: **Historia de la Medicina en Gran Canaria.** (Publicado).
5. F. Morales Padrón: **Sevilla, Canarias y América.** (Publicado).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: **El síndrome de Gardner-Bosch.** (Publicado).
2. José Murphy: **Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas.** (Publicado).
3. Günther Kunkel: **Helechos cultivados.** (Publicado).
4. F. Estévez: **Flora canaria.** (En preparación).
5. Günther Kunkel: **Árboles exóticos.** (Publicado).

V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: **Recuerdos de un noventón.** Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: **Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón.** (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: **Poemas.** (Publicado).
3. Joaquín Artiles, Luis Doreste Silva y Pedro Perdomo Acedo: **Rubén Darío.** (Publicado).

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
442372
BIG 964.9 MOR sev

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca universitaria, 2010